





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Dexter Morgan no es precisamente la clase de hombre que presentarías a mama. Su tendencia al asesinato puede resultar algo desconcertante. Pero en el fondo de su corazón Dexter es el perfecto caballero; un apoyo para su hermana Deb, miembro de la policía de Miami, y alguien interesado solo en terminar con gente que de verdad se merece su visita especial. Aunque es un hombre atractivo, Dexter se muestra totalmente indiferente, y, con franqueza, un poco perplejo, ante las atenciones que le prestan las mujeres. Y, pese al hecho de que no soporta la visión de la sangre, trabaja como analista de restos de sangre para la policía de Miami, una labor que le permite estar al día de los últimos crímenes y mantenerse ojo avizor ante la siguiente presa.

La organizada vida de Dexter se altera de repente cuando un segundo asesino en serie, mucho más visible, aparece en Miami. Dexter se siente intrigado, e incluso encantado, al ver que ese otro asesino parece tener un estilo virtualmente idéntico al suyo. Y sin embargo Dexter no puede evitar la sensación de que ese misterioso recién llegado no se limita a invadir su terreno... sino que le lanza una invitación directa para «ir a jugar con él».

Narrado por uno de los autores más originales e ingeniosos de los últimos años, *El oscuro pasajero* es una novela fresca, sorprendente y trepidante que está llamada a convertirse en un gran éxito.

L  LIBROS

Jeff Lindsay

El oscuro pasajero

Dexter 1

*Para Hilary
que lo es todo para mí*

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la generosa ayuda técnica y espiritual de Einstein y el Diácono. Representan el mejor ejemplo de policías de Miami, y me han enseñado parte de lo que implica desarrollar este trabajo, duro de por sí, en un entorno aún más duro. También deseo dar las gracias a un buen número de personas que han aportado sugerencias interesantes, sobre todo a mi esposa, los Barclay, Julio S., el doctor y la señora A. L. Freundlich, Pookie, Bear y Tinky.

Siempre estaré en deuda con Jason Kaufman por sus conocimientos e inspiración a la hora de estructurar el libro.

Gracias también a Doris, la Dama de la Última Risa.

Y mi más sincera gratitud a Nick Ellison, que es todo lo que un agente debería ser pero casi nunca es.

Luna. Una luna gloriosa. Llena, gorda y rojiza, que da a la noche la misma luz que si fuera de día, un reflejo que flota sobre la tierra trayendo alegría, alegría, alegría. También trae ese ruido sordo de las noches tropicales: la voz suave y salvaje del viento que te eriza el vello del brazo, el lamento hueco de las estrellas, ese bramido de la luna sobre el agua que te hace rechinar los dientes.

Todos responden a la Necesidad. Oh, ese alarido sinfónico de mil voces que se esconden, el grito de la propia Necesidad, *la entidad*, el observador silencioso, algo que está frío y quieto, que se ríe, el Bailarín de la Luna. Ese yo que no soy yo, eso que se burla y se ríe y llega con la intención de saciar el hambre. Con la Necesidad. Y en esos momentos la Necesidad era muy fuerte, se arrastraba sigilosa y fría y anillada, restallando pensativa, dispuesta, muy fuerte, muy dispuesta ya..., pero seguía esperando y observando, y obligándome a mí a esperar y a observar.

Llevaba ya cinco semanas observando al cura, esperándole. La Necesidad me pinchaba, juguetona, animándome a encontrar a otro, al siguiente, a este cura. Desde hacía tres semanas sabía que era él, que él era el próximo: ambos pertenecíamos al grupo de Oscuros Pasajeros, tanto él como yo. Y durante esas tres semanas había estado debatiéndome contra la presión, contra la creciente Necesidad que se erguía en mí como una gran marea que ruge e invade la playa sin retroceder, cobrando fuerza con cada latido del brillante reloj nocturno.

Pero, a la vez, había sido un periodo de tiempo necesario, un tiempo dedicado a alcanzar la certeza. No por lo que se refiere al cura, no, y a hacía mucho que no albergaba duda alguna sobre él. Tiempo para cerciorarme de que podía hacerse bien: un trabajo limpio, sin cabos sueltos, planificado al detalle. No podía dejar que me atraparan, no ahora. Había invertido demasiado empeño, demasiado tiempo, para hacer que esto funcionara, para proteger mi vida, insignificante y feliz.

Y me estaba divirtiendo demasiado para detenerme justo en este momento.

Así que extremaba el cuidado, siempre. Siempre ordenado. Siempre preparado de antemano para que todo saliera *bien*. Y cuando ya estaba listo, dedicaba un tiempo extra para mayor seguridad. Igual que Harry, Dios le bendiga, ese policía listo y perfecto, mi padre adoptivo. Certeza, cuidado y exactitud eran sus normas, y hacía ya una semana que todo estaba tan previsto que incluso Harry habría quedado satisfecho. Y esta noche, cuando salí de trabajar, supe que había llegado el momento. Esta noche era la Noche. Esta noche era distinta. Esta noche sucedería, *tenía* que suceder. Al igual que había sucedido antes. Al igual que volvería a suceder, una y otra vez.

Y la estrella invitada de la noche de hoy era el cura.

Se llamaba padre Donovan. Enseñaba música a los niños del orfanato de Saint

Anthony en Homestead, Florida. Los niños le adoraban. Y él adoraba a los niños, claro que sí, los quería con locura. Les había dedicado toda su vida. Había aprendido el criollo y el español. Había estudiado su música. Todo por los niños. Todo lo que hacía era por los niños.

Todo.

Esta noche le observé como había hecho tantas otras noches. Le vi detenerse en la puerta del orfanato para hablar con una niña negra que le había seguido hasta allí. Era pequeña, no tendría más de ocho años, y era menuda para su edad. Él se sentó en los escalones y habló con ella durante cinco minutos. Ella también se sentó, balanceando las piernas. Se rieron. Ella se inclinó hacia él. Él le acarició el cabello. Una monja apareció en el umbral y los contempló durante un momento antes de hablar. Después sonrió y tendió una mano hacia la niña, que apoyó la cabeza en el pecho del cura. El padre Donovan la abrazó, se incorporó y se despidió con un beso. La monja se rio y dijo algo al padre Donovan. Él le contestó.

Y entonces se dirigió hacia el coche. Por fin: me agaché para tomar impulso y...

Todavía no. La furgoneta del bedel se detuvo a unos seis metros de la puerta. Cuando pasaba el padre Donovan, la puerta lateral se abrió. Por ella salió un hombre con un cigarrillo en la mano y saludó al cura, que se apoyó en el vehículo y entabló conversación con el recién llegado.

Suerte. De nuevo la suerte. Siempre había que contar con ella en estas Noches. No había visto al hombre, no había adivinado que estaba allí. Pero él me habría visto. De no haber sido por la Suerte.

Inspiré profundamente. Solté el aire con lentitud y de forma continuada, frío como el hielo. Era solo un detalle. No había pasado por alto ningún otro. Lo había hecho todo bien, todo igual, todo tal y como tenía que hacerse. Saldría *bien*.

Ya.

El padre Donovan caminó hacia su coche. Se giró una vez para decir algo. El bedel le saludó desde la puerta del orfanato y desapareció dentro después de apagar el cigarrillo. Fuera de escena.

Suerte. Más suerte.

El padre Donovan buscó las llaves, abrió la puerta del vehículo y entró. Oí cómo metía la llave en el contacto. Oí cómo arrancaba el motor. Y entonces...

AHORA.

Me incorporé en el asiento trasero y deslicé el lazo alrededor de su cuello. Un giro rápido, limpio y fácil, y el resistente sedal de pesca estaba tenso y en su sitio. Exhaló un pequeño grito de pánico, nada más.

—Ya es mío —dije, y se quedó helado tal y como yo tenía previsto, casi como si oyera aquella otra voz, la del vigilante burlón que habitaba dentro de mí —. Haga exactamente lo que yo le diga.

Soltó un suspiro entrecortado y miró por el espejo retrovisor. Mi cara estaba allí, esperándole, cubierta por la máscara de seda blanca que lo ocultaba todo menos los ojos.

—¿Comprende? —dije. Al hablar, la seda de la máscara se movía sobre mis labios.

El padre Donovan no respondió. Me miró a los ojos. Tiré del lazo.

—¿Comprende? —repetí, en voz algo más baja.

Esta vez asintió con la cabeza. Llevó una mano hacia el lazo, sin saber qué sucedería si intentaba aflojarlo. La cara se le estaba poniendo morada.

Aflojé la presión.

—Sea buen chico —dije— y vivirá más.

Inspiró con fuerza. Oí cómo el aire le rasgaba la garganta. Tosió y volvió a respirar. Pero se mantuvo quieto y no intentó huir.

Perfecto.

Nos fuimos. El padre Donovan siguió mis indicaciones, sin trucos ni vacilaciones. Nos dirigimos hacia el sur cruzando Florida City y tomamos la carretera de Card Sound. Podía jurar que aquella carretera le ponía nervioso, pero no puso objeción alguna. No intentó hablar conmigo. Mantuvo ambas manos sobre el volante, pálidas y tan tensas que los nudillos resaltaban. También esto era perfecto.

Seguimos hacia el sur durante otros cinco minutos sin más ruido que el zumbido de las ruedas, y el viento, y la gran luna que tocaba esa poderosa música por mis venas, mientras el vigilante, atento, se reía en silencio en el fragor del alterado pulso de la noche.

—Gire aquí —dije por fin.

Los ojos del cura volaron hacia los míos reflejados en el espejo. El pánico intentaba huir de su mirada, descender por su rostro, llegar hasta la boca y expresarse, pero...

—¡Gire! —dije, y giró. Se derrumbó al ver confirmados sus temores, unos temores que albergaba desde el principio, y giró.

El camino sucio y estrecho apenas resultaba visible. Casi había que saber que estaba allí. Pero yo lo sabía. Ya había estado allí antes. El camino se prolongaba unos cuatro kilómetros, girando tres veces entre la maleza y los árboles, corriendo paralelo a un pequeño canal que al llegar a un claro se convertía en una ciénaga.

Alguien había construido una casa allí cincuenta años atrás. Se conservaba bastante bien. Incluso podía decirse que era grande. Tres habitaciones, medio tejado todavía en pie: un lugar que llevaba muchos años completamente abandonado.

Excepto por el antiguo huerto que había en el patio lateral. Presentaba señales de que alguien lo había estado excavando no hacía mucho.

—Pare el coche —dije en cuanto los faros alumbraron la casa en ruinas.

El padre Donovan obedeció a trompicones. El miedo le había dejado totalmente agarrotado, dando rigidez a sus miembros y sus pensamientos.

—Apague el motor —ordené, y lo hizo.

De repente, todo quedó en silencio.

Algún animalillo se agitó en un árbol. El viento erizaba la hierba. Y después más quietud, un silencio tan profundo que casi ahogaba el rugido de la música nocturna que resonaba en mi yo secreto.

—Baje —dije.

El padre Donovan no se movió en absoluto. Tenía los ojos fijos en el huerto.

La imagen era siniestra bajo la luz de la luna: siete pequeños montículos de tierra. Al padre Donovan le debieron de parecer aún más siniestros. Y siguió inmóvil.

Tiré con fuerza del lazo, con más fuerza de la que él creía que podía resistir, con más fuerza de la que él creía que podía aplicársele. La espalda se le arqueó en el respaldo, se le marcaron las venas de la frente y creyó que estaba a punto de morir.

Pero no lo estaba. Aún no. De hecho, todavía le quedaba un poco de tiempo.

Abrí la puerta con violencia y lo saqué de un tirón, solo para hacerle sentir lo fuerte que yo era. Cayó sobre el lecho arenoso, retorciéndose como una serpiente herida. El Oscuro Pasajero se reía, encantado, y yo representaba mi papel. Puse una bota sobre el pecho del padre Donovan y tiré del lazo.

—Será mejor que escuche con atención y obedezca mis órdenes —expliqué—. Mucho *mejor*. —Me agaché y aflojé el lazo—. Debería saberlo. Es importante.

Y me escuchó. Los ojos, inyectados en sangre y dolor, y derramando lágrimas por su cara, se encontraron con los míos en un súbito arrebató de comprensión: todo lo que tenía que pasar estaba ahí delante para que lo viera. Y lo vio. Y supo lo importante que era para él portarse *bien*. Empezaba a saberlo.

—Levántese —dije.

Lentamente, muy lentamente, sin apartar su mirada de la mía, el padre Donovan se incorporó. Nos quedamos un buen rato así, los ojos juntos, convirtiéndonos en una única persona con una sola necesidad, y entonces empecé a temblar. Levantó una mano hacia la cara, pero la dejó caer a medio camino.

—Vamos a la casa —dije con voz muy muy suave. En la casa todo estaba listo.

El padre Donovan bajó la mirada. Trató de mirarme, pero ya no soportaba mis ojos. Encaminó sus pasos en dirección a la casa, pero se detuvo al volver a ver los montículos oscuros del jardín. Y quiso mirarme, pero no pudo; no después de que la luna volviera a mostrarle aquellos montones negros de tierra.

Se dirigió hacia la casa mientras yo sostenía la correa. Avanzó obediente,

cabizbajo, una víctima buena y dócil. Subió los cinco escalones desvencijados y cruzó el estrecho porche que conducía hasta la puerta principal, que estaba cerrada. El padre Donovan se detuvo. No levantó la vista. No me miró.

—Abra la puerta —ordené con la misma voz suave.

El padre Donovan tembló.

—Abra la puerta de una vez —repetí.

Pero no pudo.

Me adelanté y empujé la puerta. Metí al cura dentro de un puntapié. Se tambaleó, recuperó el equilibrio y se quedó al otro lado del umbral con los ojos casi cerrados.

Cerré la puerta. Había dejado una lámpara alimentada por una batería en el suelo, junto a la puerta, y la encendí.

—Mire —susurré.

El padre Donovan, lenta y cuidadosamente, abrió un ojo.

Se quedó helado.

El tiempo se paró para el padre Donovan.

—No —dijo él.

—Sí.

—Oh, no.

—Oh, sí —dije.

—¡NOOO! —gritó.

Tiré del lazo. El grito se cortó en seco y cayó de rodillas. Emitió un gemido ahogado y se cubrió la cara con las manos.

—Sí —dije—. Es un espectáculo terrible, ¿no cree?

Necesité todos los músculos de la cara para cerrar los ojos. No podía mirar, ahora no, así no. Era comprensible, la verdad: era un espectáculo terrible. También a mí me había disgustado solo saber que estaba allí, a pesar de haberlo preparado yo para él. Claro que tenía que verlo. Tenía que verlo. No solo por mí. No solo por el Oscuro Pasajero, sino por *él*. Tenía que ver. Y no miraba.

—Abra los ojos, padre Donovan —dije.

—Por favor —dijo con un horrible gemido. Me sacó de quicio, lo reconozco, no debería haber perdido los nervios; debía haber mantenido un control glacial, pero no pude evitarlo, mientras gemía al ver todo ese espanto por el suelo. Le pateé las piernas. Tiré con fuerza del lazo y le agarré la nuca con la mano derecha para luego empujarle la cara contra el combado y sucio suelo de madera. Había un poco de sangre y eso me enojó aún más.

—Ábralos —dije—. Abra los ojos. Ábralos AHORA. *Mire*. —Le cogí del pelo y le eché la cabeza hacia atrás—. Haga lo que le digo. *Mire*. O le arrancaré los párpados de un tajo.

Fui muy convincente. Y obedeció. Hizo lo que se le decía. Miró.

Yo le había dedicado mucho esfuerzo para que quedara bien, pero no queda

más remedio que jugar con las cartas que uno tiene. No podría haberlo hecho si no hubieran llevado enterrados tiempo suficiente como para secarse, pero estaban muy sucios. Había conseguido eliminar gran parte de la suciedad, pero algunos cuerpos llevaban mucho tiempo en el huerto y resultaba difícil distinguir dónde empezaba la suciedad y acababa el cuerpo. Si te paras a pensarlo la verdad es que uno nunca podía decirlo. Tanta suciedad...

Eran siete, siete cuerpecillos, siete niños huérfanos muy sucios dispuestos sobre cortinas de ducha de plástico, que son más resistentes y absorben mejor. Siete líneas rectas apuntando directamente desde el suelo.

Apuntando directamente al padre Donovan. Y entonces lo supo.

Estaba a punto de reunirse con ellos.

—Santa María, madre de Dios... —empezó. Di un fuerte tirón al lazo.

—Deje eso ahora, padre. Ahora no. Ha llegado el momento de la verdad.

—Por favor —masculó.

—Sí, pídamelo. Eso está bien. Mucho mejor. —Volví a tirar—. ¿Cree que basta con eso, padre? ¿Solo eso a cambio de siete cadáveres? ¿Le suplicaron? —No tenía nada que decir—. ¿Cree que están todos, padre? ¿Solo siete? ¿Los he encontrado a todos?

—Oh, Dios —dijo con voz áspera, fruto de un dolor que resultaba gratificante de escuchar.

—¿Y qué me dice de las otras ciudades, padre? ¿Qué me dice de Fayetteville? ¿Le gustaría hablar de Fayetteville? —Emitió solo un gemido ahogado, sin palabras—. ¿O East Orange? ¿Fueron tres? ¿O me dejó alguno? Es difícil estar seguro. ¿Fueron cuatro en East Orange, padre?

El padre Donovan intentó gritar. No había en su garganta fuerza suficiente para emitir un buen grito, pero le puso mucho sentimiento, y eso compensaba la falta de técnica. Después se derrumbó hacia delante, de cara contra el suelo, y le dejé lloriquear durante un rato antes de volver a ponerlo de pie de un tirón. No se sostenía, había perdido el control. Había perdido el control de la vejiga y tenía la barbilla llena de babas.

—Por favor —dijo—. No pude evitarlo. No pude, de verdad. Tiene que entenderlo, por favor...

—Sí que le entiendo, padre —dije, y en mi voz había algo, era la voz del Oscuro Pasajero, y oír la heló la sangre. Levantó la cabeza lentamente para mirarme y lo que vio en mis ojos lo dejó inmóvil—. Le entiendo perfectamente —dije, acercándome mucho a su cara. El sudor de sus mejillas se convirtió en hielo—. ¿Sabe? Tampoco yo puedo evitarlo.

En ese momento estábamos muy cerca, casi tocándonos, y la suciedad que desprendía fue de repente demasiado para mí. Tiré con fuerza del lazo y volví a derribarlo a patadas. El padre Donovan cayó al suelo.

—¿Pero a niños? —dije—. Nunca podría hacerle esto a niños. —Apoyé la

dura suela de la bota en su nuca clavándole la cara contra el suelo—. Pero a usted sí, padre. A niños no. Tengo que encontrar personas como usted.

—¿Quién eres? —susurró el padre Donovan.

—El principio —dije—. Y el fin. Le presento a su Exterminador, padre. — Tenía la aguja a punto y esta penetró por su cuello tal y como se suponía que debía hacer, con una ligera resistencia por parte de los músculos en tensión, pero ninguna por parte del cura. Presioné el extremo y la jeringuilla se vació, llenando al padre Donovan de una calma rápida y limpia. Unos instantes, nada más: su cabeza empezó a flotar y giró el rostro hacia mí.

¿Me veía de verdad? ¿Veía los guantes de goma, el guardapolvo hasta los pies, la resbaladiza máscara de seda? ¿O eso era algo que solo sucedía en la otra habitación, en la del Oscuro Pasajero, la Habitación Limpia? Pintada de blanco dos noches atrás, y barrida, fregada, desinfectada y tan limpia como era posible. Y en medio de la estancia, las ventanas selladas con gruesas tiras de goma blanca, bajo las luces centrales, ¿me vio realmente junto a la mesa que yo había fabricado, junto a las bolsas blancas de basura, los botes llenos de sustancias químicas, y la pequeña fila de sierras y cuchillos? ¿Me vio entonces?

¿O solo vio aquellos siete tumores sucios, y quién sabe cuántos más? ¿Se vio a sí mismo, incapaz de gritar, convirtiéndose en parte del horrible espectáculo del jardín?

Por supuesto que no. Su imaginación no le permitía verse como a un miembro de la misma especie. Y en parte tenía razón. Él nunca se convertiría en un espectáculo tan horrible como el de los niños. Yo nunca lo haría, nunca lo permitiría. No soy como el padre Donovan. No soy ese tipo de monstruo.

Soy un monstruo muy pulcro.

Y la pulcritud requiere tiempo, claro, pero merece la pena. Merece la pena que el Oscuro Pasajero quede contento y así tenerlo tranquilo durante un tiempo. Merece la pena solo por la satisfacción del trabajo bien hecho. Eliminar un montón de basura del mundo. Unas cuantas bolsas pulcramente cerradas, y el pequeño rincón del mundo donde vivo se convierte en un lugar más pulcro, más feliz. Mejor.

Tenía ocho horas por delante. No más. Y las necesitaría todas.

Até al cura a la mesa con cinta adhesiva y le arranqué la ropa. Los preliminares fueron rápidos: depilar, restregar, eliminar todo lo que sobresalía de forma desordenada. Como siempre, sentí aquella fuerza lenta y prolongada que me latía por todo el cuerpo. Palpitaba en mí mientras trabajaba, elevándose y llevándome con ella, hasta el final, hasta que la Necesidad y el cura desaparecían meciéndose en la misma ola.

Y justo cuando iba a empezar a trabajar en serio, el padre Donovan abrió los ojos y me miró. No había ni rastro de miedo en esa mirada. Es algo que a veces sucede. Me miró directamente a los ojos y movió la boca.

—¿Qué? —dije, y acerqué la cabeza un poco más—. No le oigo.

Le oí respirar, emitir un lento y sosegado suspiro; volvió a decirlo antes de que se le cerraran los ojos.

—De nada —respondí, y me puse a trabajar.

A las cuatro y media de la madrugada ya no quedaba ni rastro del cura. Me sentí mucho mejor. Siempre me sucedía después. Matar me hace sentir bien. Desata los nudos de los oscuros meandros del querido Dexter. Es como una dulce liberación, un escape necesario de todas las pequeñas válvulas hidráulicas que hay dentro. Me gusta mi trabajo. Lamento que esto pueda molestarles. Lo lamento mucho, de verdad. Pero así es. Y no se trata de matar de cualquier manera, no. Tiene que hacerse en el momento adecuado, del modo adecuado y con el compañero adecuado: complejo, pero imprescindible.

Y siempre resulta un poco agotador. Estaba cansado, pero la tensión de la semana anterior había desaparecido: la fría voz del Oscuro Pasajero se había callado, y podía volver a ser yo mismo. Dexter el raro, el curioso, feliz y afortunado, muerto por dentro. Ya no era Dexter el del cuchillo, Dexter el Vengador. No, hasta la próxima.

Devolví todos los cuerpos al huerto acompañados de un nuevo vecino y limpié aquella casa ruinoso tan bien como pude. Metí mis cosas en el coche del cura y me dirigí hacia el sur, en dirección al pequeño canal donde había dejado mi lancha, una Whaler de diecisiete pies, de poco calado y con un buen motor. Empujé el coche al canal detrás de la lancha y subí a bordo. Observé cómo el coche desaparecía. Después arranqué el fueraborda y salí del canal, poniendo rumbo al norte por la bahía. El sol despuntaba dejando ver su brillo. Puse mi mejor cara de felicidad; solo era otro pescador que vuelve a casa de madrugada. ¿Alguien quiere un pargo colorado?

A las seis y media ya estaba en mi apartamento de Coconut Grove. Saqué la lámina del bolsillo, una simple tira de cristal pulido con una única gota de la sangre del cura en el centro. Limpia y bonita, ya seca, y lista para colocarla en la platina del microscopio cuando tuviera ganas de recordar. Coloqué la tira junto al resto: treinta y seis pulcras gotas de sangre seca.

Me di una ducha extralarga, dejando que el agua muy caliente se llevara con ella los últimos restos de tensión y deshiciere los nudos de los músculos, borrando los últimos vestigios del persistente olor a cura y al huerto de aquella casa junto a la ciénaga.

Niños. Debería haberle matado dos veces.

Fuera lo que fuera lo que me ha hecho tal y como soy, me dejó hueco, vacío por dentro, incapaz de sentir. No me parece un gran problema. Estoy bastante seguro de que la mayoría de la gente tiende a hacer mucho teatro en sus contactos sociales cotidianos. Yo los finjo todos. Los finjo muy bien, y los sentimientos nunca aparecen. Pero me gustan los niños. Nunca podría tenerlos, ya que la idea del sexo simplemente no existe. Imagínense haciendo esas cosas... ¿Cómo pueden? ¿Dónde queda el sentido de la dignidad? Pero los niños...

Los niños son algo especial. El padre Donovan merecía morir. Su muerte cumplía los requisitos del Código de Harry, amén de satisfacer al Oscuro Pasajero.

A las siete y cuarto de nuevo me sentí limpio. Tomé café y cereales y me fui al trabajo.

El edificio donde trabajo es uno de esos bloques grandes y modernos: blanco, con mucho cristal, y cerca del aeropuerto. Mi laboratorio está en el segundo piso, en la parte trasera. Tengo un despacho pequeño contiguo al laboratorio. No puede llamarse despacho propiamente, pero es mío, un cubículo junto al laboratorio principal de muestras de sangre. Todo mío, no hay nadie que pueda entrar, nadie con quien compartirlo, nadie que desbarajuste mis cosas. Una mesa con una silla, y otra silla para las visitas, siempre y cuando no sean muy corpulentas. Ordenador, estante, archivador. Teléfono. Contestador automático.

Un contestador automático cuya luz parpadeaba cuando entré. Tener un mensaje no es algo que me suceda todos los días. Por alguna razón hay muy pocas personas en el mundo que crean tener algo que decir a un analista de restos de sangre durante el horario de trabajo. Una de las pocas personas que suele tener algo que decirme es Deborah Morgan, mi hermana de leche. De la poli, como su padre.

El mensaje era suyo.

Apreté el botón y oí una débil música tejana, seguida por la voz de Deborah. «Dexter, por favor, ven en cuanto llegues. Estoy en el lugar de un crimen en Tamiami Trail, en el motel Cacique». Una pausa. La oí poner una mano sobre el receptor del teléfono mientras hablaba con alguien. Después se oyó otra ráfaga de música mexicana y volvió a ponerse al aparato. «¿Puedes venir enseguida? Por favor, Dex...».

Había colgado.

No tengo familia. Bueno, al menos por lo que yo sé. Supongo que debe de haber gente por ahí que lleva material genético parecido al mío, claro. Los compadezco. Pero no los conozco. No lo he intentado, ni ellos tampoco han intentado buscarme. Fui adoptado, criado por Harry y Doris Morgan, los padres de Deborah. Y, teniendo en cuenta lo que soy, podemos decir que hicieron un trabajo estupendo conmigo, ¿no creen?

Los dos han fallecido ya. De modo que Deb es la única persona del mundo a quien le importa una mierda si estoy vivo o muerto. Y, por alguna razón que no logro comprender, en realidad me prefiere vivo. Creo que es todo un detalle, y si fuera capaz de sentir algo por alguien, lo sentiría por Deb, seguro.

Así que hice lo que me pedía. Saqué el coche del aparcamiento de Metro-Dade y me metí por Turnpike, que me condujo hacia el sur, a la parte de Tamiami Trail que alberga el motel Cacique y a varios centenares de hermanos y hermanas de este. A su modo es el paraíso. Sobre todo si eres una cucaracha. Filas interminables de edificios que se las apañan para brillar y acumular polvo al

mismo tiempo. Neones relucientes sobre estructuras antiguas, escuálidas y putrefactas. Si no vas allí de noche, no vas nunca. Porque contemplar este tipo de lugares a la luz del día es ver la letra pequeña de nuestro pobre contrato con la vida.

Todas las ciudades importantes tienen una zona como esta. Si un enano calvo en un estado avanzado de lepra quiere acostarse con un canguro y un coro de adolescentes, seguro que hallará el camino hasta aquí y alquilará una habitación. Cuando haya terminado, tal vez lleve a todo el grupo al bar de al lado, a tomar una taza de café cubano y un sándwich «medianoche». A nadie le importará, siempre y cuando deje propina.

Deborah había pasado mucho tiempo por allí últimamente. Lo afirma ella, no yo. Parecía un lugar ideal para ir si eres poli y deseas aumentar las probabilidades estadísticas de atrapar a alguien haciendo algo realmente malo.

Deborah no lo veía así. Quizá porque estaba en la brigada antivicio. Una chica atractiva que está en la brigada antivicio en Tamiami Trail suele acabar haciendo de anzuelo: en la calle, casi desnuda, para atrapar a hombres que anden a la caza de sexo. Deborah lo odiaba. La prostitución solo le interesaba desde una perspectiva sociológica. No creía que cazar a esos tipos fuera luchar de verdad contra el crimen. Y, aunque eso solo lo sabía yo, también odiaba todo lo que daba mayor énfasis a su feminidad y realizaba su exuberante figura. Quería ser poli; no era culpa suya que su aspecto recordara más al de la chica de las páginas centrales de una revista masculina.

Y mientras entraba en el aparcamiento que unía al Cacique con su vecino, el Café Cubano de Tito, observé que aquel día su ropa realizaba su exuberante figura más que nunca. Llevaba un top ajustado color rosa neón, *shorts* elásticos, medias negras de red y tacones de aguja. Todo directamente sacado de la tienda de disfraces para Putas de Hollywood en 3-D.

Hace unos años llegó a oídos de alguien de la brigada antivicio que los chulos se reían de ellos por la calle. Según parece, los polis de antivicio, mayoritariamente hombres, escogían el atuendo para las agentes que debían actuar de señuelo. Dicha elección de vestuario mostraba muchas cosas sobre las perversiones sexuales de la policía, pero no se parecía mucho a lo que lleva una puta. De modo que cualquiera podía adivinar cuál de aquellas chicas nuevas llevaba una placa y un revólver en el bolso.

Tras ese soplo, los polis de antivicio empezaron a insistir en que las chicas que fueran de incógnito eligieran su propio uniforme de trabajo. Al fin y al cabo, los trapos son cosa de chicas, ¿no?

Tal vez de la mayoría de chicas, sí. Pero no en el caso de Deborah. La única prenda en la que siempre se ha sentido cómoda son los tejanos. Deberían haber visto lo que quería ponerse para el baile de graduación. Y ahora mismo: la verdad es que nunca había visto a una mujer guapa vestida con un traje tan

provocativo que resultara menos atractiva sexualmente que Deb.

Pero destacaba. Estaba controlando a la multitud, con la placa colgando del top ajustado. Resultaba más visible que el medio kilómetro de cinta amarilla que delimitaba el lugar, más que los tres coches patrulla aparcados con las luces centelleando. El ajustado top rosa sofocaba cualquier otra luz.

Estaba a un lado del aparcamiento, manteniendo a una creciente multitud alejada de los técnicos de laboratorio que husmeaban en torno al contenedor de basura de la cafetería. Me alegré de que no me hubieran asignado el caso. El hedor se extendía más allá de los límites del aparcamiento y se metía por la ventanilla del coche: una fetidez oscura de desechos de borra de café cubano, mezclada con fruta pasada y carne rancia de cerdo.

El poli que había a la entrada del aparcamiento era alguien a quien conocía. Me hizo señas para que entrara y me abrió paso hasta él.

—Deb —dijo mientras pasaba entre la gente—. Bonito traje. No deja mucho para la imaginación, ¿no crees?

—Vete a la mierda —dijo ella, y enrojeció. Toda una visión en un poli adulto—. Han encontrado a otra puta. Al menos creen que lo es. No resulta fácil saberlo con lo que queda de ella.

—Es la tercera en los últimos cinco meses —dije.

—La quinta —corrigió Deb—. Hubo dos más en Broward. —Sacudió la cabeza—. Y esos idiotas siguen empeñados en decir que oficialmente no hay conexión.

—Implicaría un montón de trabajo burocrático —dije, con ganas de ser útil.

Deb me lanzó una mirada desdeñosa.

—¿Y qué me dices de un poco de trabajo policial básico, joder? Hasta un imbécil podría ver que esas muertes están relacionadas —exclamó con un leve estremecimiento.

La miré, atónito. Era una poli, hija de un poli. Las cosas no la molestaban. Cuando era novata y los tíos más antiguos le gastaban bromas —mostrándole los cuerpos descompuestos que aparecen todos los días por Miami— para hacerle vomitar la comida, ella ni siquiera parpadeaba. No había espectáculo que la impresionara: lo había visto todo. Y ahí estaba, con su pasado, con su nuevo top.

Pero este crimen la hacía estremecer.

Interesante.

—Este es especial, ¿no? —pregunté.

—Este cae en mi campo de actuación, por las putas. —Me señaló con un dedo—. Y eso quiere decir que tengo la oportunidad de meterme en él, destacar y forzar de una vez el traslado a la brigada de Homicidios.

Le brindé mi sonrisa de felicidad.

—¿Ambiciosa, Deborah?

—Por supuesto —dijo ella—. Quiero salir de antivicio y de este traje sexy.

Quiero entrar en Homicidios, Dexter, y este podría ser el billete. Con un poco de suerte... —Hizo una pausa. Y después dijo algo totalmente alucinante—. Por favor, Dex, ayúdame. Odio todo esto.

—¿Por favor, Deborah? ¿Me estás pidiendo *por favor*? ¿Sabes lo nervioso que eso me pone?

—Corta el rollo, Dex.

—Pero Deborah, de verdad...

—Que cortes, te he dicho. ¿Me ayudarás o no?

Cuando se ponía así, con ese inusual e inaudito *por favor* flotando en el aire, ¿qué otra cosa podía decirle?

—Claro que sí, Deb. Ya lo sabes.

Me miró con dureza, retirando el *por favor*.

—No lo sé, Dex. Contigo nunca se sabe.

—Claro que voy a ayudarte, Deb —repetí, intentando sonar ofendido. Y fingiendo muy bien la pose de alguien con la dignidad ofendida, me dirigí al contenedor, rodeado por el resto de ratas de laboratorio.

Camilla Figg estaba arrastrándose entre la basura en busca de huellas dactilares. Era una mujer robusta de unos treinta y cinco años y pelo corto, que nunca se había mostrado muy receptiva a mis más volátiles y encantadores halagos. Pero en cuanto me vio, se puso de rodillas, enrojeció, y vio cómo me alejaba sin decir nada. Siempre hacía lo mismo: me miraba y se ruborizaba.

Sentado sobre una caja de cartón de leche volcada en el extremo más alejado del contenedor estaba Vince Masuoka, hurgando en un montón de desperdicios. Era medio japonés y solía bromear con que de esa mitad había sacado su corta estatura. Bueno, él decía que era broma.

Había algo ligeramente raro en la brillante sonrisa asiática de Vince. Como si hubiera aprendido a sonreír gracias a un libro de fotos. Nadie se enfadaba con él, ni siquiera cuando contaba los obligados chistes de mal gusto al resto de policías. Tampoco se reía nadie, pero eso no lo detenía. Seguía haciendo todos los gestos rituales correctos, pero siempre parecía falso. Me dije que por eso me gustaba. Otro que fingía ser humano, como yo.

—Bueno, Dexter —dijo Vince sin levantar la cabeza—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vine a ver cómo trabajan los expertos de verdad en una atmósfera altamente profesional —dije—. ¿Has visto a alguno?

—Ja, ja —dijo él. Se suponía que era una risa, pero era aún más falsa que su sonrisa—. Debes de pensar que estás en Boston. —Encontró algo y lo sacó a la luz, entrecerrando los ojos—. Ahora en serio, ¿qué haces aquí?

—¿Por qué no iba a venir, Vince? —dije, intentando dar a mi tono una nota de indignación—. Es el lugar de un crimen, ¿no?

—Analizas muestras de sangre —dijo él, tirando al suelo lo que fuera que estuviera mirando y buscando otra cosa.

—Ya lo sé.

Me miró con la mayor y más falsa de sus sonrisas.

—Aquí no hay sangre, Dex.

Eso me desconcertó.

—¿Qué quieres decir?

—No hay sangre: ni aquí ni en los alrededores, Dex. Ni una gota. Lo más raro que hayas visto nunca —dijo él.

Ni una gota. Podía oír esa frase retumbando en mi cabeza, cada vez más fuerte. Ni una gota de esa cosa caliente, pegajosa, sucia y desagradable llamada sangre. No había muestras. Ni manchas. NI SIQUIERA UNA GOTA DE SANGRE.

¿Por qué no se me había ocurrido antes?

Parecía la pieza que faltaba a algo que ignoraba que estuviera incompleto.

No pretendo comprender qué hay entre Dexter y la sangre. Solo pensar en ella me produce dentera, y, sin embargo, pese a eso, la he convertido en mi carrera, mi objeto de estudio y parte de mi trabajo de verdad. Resulta obvio que hay algo muy profundo ahí, pero me resulta difícil mantener el interés. Soy lo que soy, ¿y no hace una noche perfecta para diseccionar a un asesino de niños?

Pero esto...

—¿Estás bien, Dexter? —preguntó Vince.

—Estoy genial. ¿Cómo lo hace?

—Depende.

Miré a Vince. Tenía la vista fija en unos desechos de borra de café y los esparcía con cuidado con el dedo enfundado en un guante.

—¿De qué depende, Vince?

—De quién sea *él* y de lo que esté haciendo —contestó—. Ja, ja.

Sacudí la cabeza.

—A veces te esfuerzas demasiado para ser inescrutable —dije—. ¿Cómo se libra el asesino de la sangre?

—Es pronto para decirlo. No hemos encontrado ni rastro. Y el cuerpo no está en muy buena forma que digamos, así que resultará difícil encontrar algo.

Eso ya no sonaba tan interesante. A mí me gusta dejar un cuerpo limpio. Sin prisas, sin manchas, sin sangre que chorree. Si el asesino era solo otro perro despedazando un hueso, ya no me interesaba para nada.

Respiré algo más tranquilo.

—¿Y el cadáver? —pregunté a Vince.

Sacudió la cabeza en dirección a un lugar que quedaba a unos seis metros.

—Allí —dijo—. Con LaGuerta.

—Oh, no. ¿LaGuerta lleva el caso?

Volvió a dedicarme su fingida sonrisa.

—Un asesino con suerte.

Miré hacia allí. Un pequeño grupo de gente se había congregado en torno a un montón de bolsas de basura.

—No lo veo —dije.

—Allí. En las bolsas. Cada una contiene una parte del cuerpo. Cortó a la víctima a trozos y después las envolvió una por una, como si fueran regalos de Navidad. ¿Habías visto algo así antes?

Claro que sí.

Yo hago lo mismo.

Contemplar el lugar donde se ha cometido un homicidio bajo la brillante luz del sol de Miami tiene algo extraño y cautivador a la vez. Hace que los asesinatos más grotescos parezcan asépticos, un simple montaje. Como si estuvieras en una nueva atracción de Disney World. El Territorio de Dahmer, el carnicero de Milwaukee. Acérquense y juguemos a ver qué hay en la nevera. Tiren la comida solo en los contenedores señalados.

No es que la visión de cuerpos mutilados *me* haya molestado nunca, oh no, para nada. Los que están hechos un asco me ofenden un poco, sobre todo si no tienen cuidado con sus fluidos corporales: es repulsivo. Al margen de esto, no me causa más impresión que ver el mostrador de la carnicería. Pero los polis novatos y los transeúntes tienden a vomitar cuando se hallan en el lugar del crimen, y por alguna razón vomitan mucho menos aquí que en el norte. El sol elimina el gusanillo. Limpia las cosas, las deja más pulcras. Quizá por eso me encanta Miami. Por su *pulcritud*.

Y hacía uno de esos preciosos y cálidos días típicos de aquí. Todos los que llevaban abrigo estaban buscando algún lugar donde colgarlo. Pero en todo el sucio aparcamiento no había ninguno. Solo había cinco o seis coches y el contenedor de basura. El contenedor estaba incrustado en un rincón, al lado de la cafetería, apoyado en un muro de estuco rosa coronado por una alambrada. La puerta trasera del café daba allí. Una taciturna mujer joven entraba y salía, haciendo su agosto a base de café cubano y pasteles con los polis y el personal técnico. El variado ramillete de policías trajeados que solía rondar por el lugar de un homicidio, ya fuera para llamar la atención, presionar o asegurarse de que sabían lo que sucedía, tenían ahora un elemento más para hacer juegos malabares. Café, una pasta, un abrigo.

Los del laboratorio no llevaban traje. Les iban más las camisas de rayón estilo bolera con dos bolsillos. Yo mismo llevaba una. El motivo que tenía estampado eran unos tamborileros de una ceremonia de vudú y palmeras en un fondo verde lima. Elegante, pero práctica.

Me dirigí a la camisa de rayón más cercana de todas las que rodeaban al cadáver. Pertenecía a Angel Batista-nada-que-ver, como solía presentarse él mismo. Hola, soy Angel Batista, nada que ver. Trabajaba en la oficina del forense, y en ese momento estaba agachado al lado de una de las bolsas de basura, contemplando su contenido.

Me uní a él. Estaba ansioso por echar un vistazo al interior de esas bolsas. Si eso había provocado una reacción en Deborah, merecía la pena verlo.

—Angel —dije, acercándome por un lado—. ¿Qué tenemos ahí?

—¿Qué quieres decir con ese *tenemos*, chico blanco? —dijo él—. No hay sangre en este. No tienes nada que hacer con él.

—Eso he oído. —Me agaché a su lado—. ¿Lo hicieron aquí, o solo dejaron las bolsas?

Sacudió la cabeza.

—No sabría decirte. Vacían el contenedor de basura dos veces por semana. Esto debe de llevar aquí al menos dos días.

Recorrí el aparcamiento con la mirada y luego me centré en la enmohecida fachada del Cacique.

—¿Y qué me dices del motel?

Angel se encogió de hombros.

—Siguen registrándolo, pero no creo que encuentren nada. Las otras veces se limitó a usar el primer contenedor que tuvo a mano. ¿Eh? —dijo de repente.

—¿Qué?

Usó un lápiz para abrir la bolsa de plástico.

—Echa un vistazo a ese corte.

Apareció el extremo de una pierna amputada, pálida y con un aspecto excepcionalmente muerto bajo el resplandor del sol. El miembro acababa en el tobillo, el pie había sido limpiamente seccionado. Quedaba un pequeño tatuaje en forma de mariposa, aunque una de las alas había sido segada junto con el pie.

Silbé. Era un corte casi quirúrgico. Ese tío trabajaba bien, tan bien como yo.

—Impecable —dije. Y lo era, incluso más allá de la pulcritud en el corte. Nunca había visto un trozo de carne muerta con aspecto tan limpio, seco y *pulcro*. Maravilloso.

—Me cago en tanta limpieza y pulcritud —dijo Angel—. No está acabado.

Aparté la mirada de él y observé las profundidades de la bolsa. Nada se movía allí.

—A mí me parece bastante decisivo, Angel.

—Mira —dijo él. Abrió otra bolsa—. Cortó esta pierna en cuatro trozos. Casi con regla o algo, ¿eh? Y en cambio, *esta* —dijo señalando la primera pierna que tanta admiración me había provocado—, esta solo la ha partido en dos. ¿Cómo se come eso, eh?

—Te aseguro que no tengo ni idea —dije—. Quizá la inspectora LaGuerta lo averigüe.

Angel me miró durante un instante y ambos luchamos para mantenernos serios.

—Quizá sí —dijo él, volviendo al trabajo—. ¿Por qué no vas a preguntárselo?

—Hasta luego, Angel.

—Casi seguro —respondió, con la cabeza sobre la bolsa.

Hace años corrió el rumor de que la inspectora Migdia LaGuerta había conseguido entrar en Homicidios acostándose con alguien. Con solo verla una vez te creías la historia. Tiene la cantidad necesaria de todo y en las partes necesarias para resultar atractiva en un estilo algo triste, aristocrático. Era una verdadera

artista con el maquillaje y la ropa, con un toque chic de Bloomingdale's. Pero el rumor no podía ser cierto. Para empezar, aunque exteriormente parezca muy femenina, nunca he conocido a ninguna mujer que fuera más masculina por dentro. Era dura, ambiciosa en el sentido más egocéntrico de la palabra, y su única debilidad parecían ser apuestas modelos siempre unos años más jóvenes que ella. De modo que estoy bastante seguro de que no entró en Homicidios utilizando el sexo. Entró en Homicidios porque es cubana, juega a la diplomacia y sabe cómo besar un culo. En Miami, esa combinación te lleva mucho más lejos que el sexo.

LaGuerta es una gran especialista en besar culos, una lamedora de culos de primera clase. Besó culos durante el largo camino que la llevó a convertirse en investigadora de homicidios. Por desgracia, se trataba de una habilidad poco útil en su nuevo cargo, y lo cierto es que era una detective terrible.

Esas cosas pasan: la incompetencia es recompensada más a menudo de lo que parece. Pero tengo que trabajar con ella. Así que he utilizado mi notable encanto para caerle bien. Con resultados sorprendentes. Cualquiera puede ser encantador si no le importa mentir y decir todas las cosas estúpidas, obvias y nauseabundas que la conciencia suele reprimir en la mayoría de la gente. Por suerte, yo no tengo conciencia. Y las digo.

Cuando me acercaba al grupito que se había congregado cerca de la cafetería, LaGuerta estaba interrogando a alguien en un rápido español. Yo hablo español. Incluso entiendo el cubano. Pero con LaGuerta solo pillaba una palabra de cada diez. El dialecto cubano es la cruz de todos los hispanohablantes. El único propósito del español cubano parece ser correr contra un invisible cronómetro y emitir todo cuanto sea posible en ráfagas de tres segundos sin usar consonantes.

El truco para entenderlo es saber de antemano lo que la persona va a decir, lo cual tiende a contribuir a ese mundo cerrado del que se quejan todos los no cubanos.

El hombre al que LaGuerta estaba acribillando era bajo y de complexión ancha, moreno, con rasgos indígenas, y se veía claramente intimidado por la jerga, el tono y la placa. Intentaba no mirarla cuando hablaba, y eso parecía hacerla hablar aún más rápido.

—No, no había nadie fuera —dijo él en voz baja, lentamente, apartando la mirada—. Todo el mundo estaba en el café.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella.

El hombre miró de reojo las bolsas llenas de los trozos del cadáver y respondió:

—En la cocina. Y luego saqué la basura.

LaGuerta siguió adelante: presionándolo verbalmente, haciendo preguntas equívocas en un tono de voz que era abusivo y humillante a la vez, hasta conseguir que el hombre olvidara el horror de encontrar los trozos

desmembrados en el contenedor y se volviera hosco y con pocas ganas de cooperar.

Un toque maestro. Coge al testigo clave y ponlo en tu contra. Si puedes joder el caso en las primeras y vitales horas, te ahorrarás tiempo y papeleo más tarde.

LaGuerta terminó con una sarta de amenazas y despachó al hombre.

—Indio —escupió en cuanto él se hubo escabullido fuera de su alcance.

—Pasa con todos, inspectora —dije—. Incluso con los campesinos.

Levantó la vista y me recorrió con los ojos, lentamente, mientras yo me preguntaba a qué venía ese examen. ¿Se había olvidado de mi aspecto? Pero terminó con una gran sonrisa. A la muy imbécil le caía bien.

—Hola, Dexter. ¿Qué te trae por aquí?

—Me enteré de que estaba aquí y no pude resistirme. Por favor, inspectora, ¿cuándo se casará conmigo?

Ella se rio. Los demás agentes intercambiaron una mirada y luego se apartaron.

—Nunca me compro unos zapatos sin probármelos antes —dijo LaGuerta—. Por muy bonitos que parezcan. —Y, aunque estaba seguro de que era cierto, eso no explicaba por qué seguía mirándome con la lengua entre los labios mientras lo decía—. Y ahora vete, me distraes. Tengo trabajo que hacer aquí.

—Me lo imagino —dije—. ¿Ya ha atrapado al asesino?

Soltó un bufido.

—Hablas como un periodista. Esos capullos caerán encima de mí en una hora.

—¿Qué piensa decirles?

Eché un vistazo a las bolsas con los trozos del cadáver y frunció el ceño. No porque le molestaran. Lo que veía era su carrera, intentaba componer la declaración que haría a la prensa.

—Es solo cuestión de tiempo. Más tarde o más temprano el asesino cometerá un error y lo pillaremos...

—¿Lo que significa —dije— que hasta el momento no ha cometido ninguno, que no hay ninguna pista y que tiene que esperar a que vuelva a matar antes de poder hacer algo?

Me lanzó una mirada feroz.

—Se me olvida qué es lo que me gustaba de ti.

Me limité a encogerme de hombros. No tenía la menor idea, aunque aparentemente ella tampoco.

—Lo que tenemos es nada y nada. Ese guatemalteco —hizo un gesto despectivo en dirección al asustado indio— encontró el cadáver cuando salió a sacar la basura del restaurante. No reconoció esas bolsas y abrió una para ver si había algo aprovechable. Y se encontró con la cabeza.

—Cu-cú —dije con suavidad.

—¿Qué?

—Nada.

Miró a su alrededor, con el ceño fruncido, con la secreta esperanza de que una pista saltara por el aire y pudiera abatirla.

—Pues eso es todo. Nadie vio nada, nadie oyó nada. Nada. Tengo que esperar a que tus colegas acaben antes de poder saber algo más.

—Inspectora —dijo una voz a nuestra espalda. Se acercaba el capitán Matthews, envuelto en una nube de loción para el afeitado Aramis, lo que significaba que la prensa no debía de andar muy lejos.

—Hola, capitán —dijo LaGuerta.

—He pedido a la agente Morgan que colabore en este caso —dijo él. LaGuerta se sobresaltó—. Su experiencia en la zona como operativo encubierto y sus contactos entre la comunidad de prostitutas podrían sernos útiles a la hora de acelerar la resolución del caso. —El hombre hablaba con un diccionario en la mano. Demasiados años redactando informes.

—No estoy segura de que sea necesario, capitán —dijo LaGuerta.

Él parpadeó y apoyó una mano en el hombro de la inspectora. La capacidad de liderazgo también se aprendía.

—Relájese, inspectora. No va a interferir en sus prerrogativas de mando. Se limitará a informarla si consigue algún dato relevante. Testigos, ese tipo de cosas. Su padre fue un gran policía. ¿De acuerdo? —Sus ojos se posaron sobre algo que estaba en el extremo opuesto del aparcamiento. La furgoneta del noticiario del Canal 7 acababa de llegar—. Disculpenme —dijo Matthews. Se ajustó la corbata, compuso una expresión seria y se dirigió hacia la furgoneta.

—Put a —dijo LaGuerta resoplando.

No sabía si se trataba de una expresión genérica o si hablaba concretamente de Deb, pero pensé que era un buen momento para esfumarme antes de que LaGuerta recordara que la agente Puta era mi hermana.

Cuando me reuní con Deb, Matthews estrechaba la mano de Jerry González del Canal 7. Jerry era el campeón del periodismo de sucesos sangrientos en el área de Miami. Mi tipo de hombre. Esta vez se iba a llevar una decepción.

Sentí que un ligero escalofrío me recorría la espalda. *Ni una gota de sangre.*

—Dexter —dijo Deborah, intentando hablar como un poli aunque sin poder ocultar su nerviosismo—. He hablado con el capitán Matthews. Quiere que participe en la investigación.

—Eso he oído —dije—. Ten cuidado.

Parpadeó incrédula al escuchar mi consejo.

—¿A qué viene esto?

—LaGuerta —dije.

—¡Esa! —exclamó Deb con un bufido.

—Sí. Esa. No le caes bien y no te quiere en su grupo.

—Allá ella. Recibe órdenes del capitán.

—Ya. Y lleva ya cinco minutos pensando en cómo esquivarlas. Así que no te confíes, Deb.

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué has descubierto? —preguntó.

—Todavía nada —dije, sacudiendo la cabeza—. LaGuerta no tiene nada. Pero Vince dijo... —Me detuve. Incluso decirlo en voz alta me parecía un insulto a la intimidad.

—¿Qué dijo Vince?

—Es solo un dato, Deb. Un detalle. ¿Quién sabe lo que significa?

—Desde luego nadie lo sabrá si no lo dices, Dexter.

—Al parecer... al cuerpo no le queda sangre. Ni una gota.

Deborah permaneció un minuto en silencio, pensando. No se trataba de una pausa de admiración como la mía. Solo pensaba.

—Muy bien —dijo al final—. Me rindo. ¿Qué significa?

—Es pronto para decirlo.

—Pero crees que significa algo.

Significaba una ligera curiosidad. Significaba una comezón que me impulsaba a saber algo más de este asesino. Significaba un gesto de aprecio por parte del Oscuro Pasajero, que a estas horas debería estar calladito y satisfecho con su cura. Pero no podía explicar todo eso a Deborah, ¿no creen? De modo que solo dije:

—Tal vez, Deb. ¿Quién sabe?

Me miró fijamente durante un segundo y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo—. ¿Algo más?

—Oh, muchas cosas. Un trabajo de corte perfecto. Las incisiones son casi quirúrgicas. A menos que encuentren algo en el hotel, lo que sería una sorpresa, la víctima fue asesinada en otro lugar y tirada aquí.

—¿Dónde?

—Buena pregunta. La mitad del trabajo policial consiste en formular las preguntas adecuadas.

—Y la otra mitad consiste en responderlas —repuso Deb.

—Bueno. Nadie lo sabe aún, Deb. Y desde luego yo no tengo suficiente información forense para...

—Pero empiezas a tener un presentimiento de los tuyos —dijo ella.

La miré. Me devolvió la mirada. La verdad es que en el pasado había tenido alguna inspiración, lo que me había hecho merecedor de una cierta reputación. Mis intuiciones solían ser acertadas. ¿Y por qué no iban a serlo? A menudo sé cómo funciona la mente de un asesino. Piensan igual que yo. No siempre tenía razón, claro. En ocasiones metía la pata hasta el fondo. No quedaría bien que siempre acertara. Y tampoco quería que la pasma atrapara a *todos* los asesinos

en serie. ¿Con quién iba a entretenerme yo si los pillaban a todos? Pero este... ¿Qué debería hacer con este ejemplar tan interesante?

—Dime, Dexter —presionó Deborah—. ¿Tienes algún presentimiento?

—Es posible —dijo—. Aún es pronto.

—Bueno, Morgan —dijo LaGuerta acercándose por detrás. Ambos nos giramos—. Veo que se ha vestido de policía de verdad.

Algo en el tono de voz de LaGuerta sonaba como un bofetón en plena cara.

—Inspectora —dijo Deborah poniéndose en guardia—. ¿Ha descubierto algo? —Lo dijo en un tono que presuponía cuál sería la respuesta.

Fue un golpe bajo. Pero falló. LaGuerta agitó una mano en el aire.

—No son más que putas —dijo, clavando la mirada en el escote de Deb, realzado gracias al atuendo de calle—. Solo putas. Aquí lo que importa es evitar que la prensa se ponga histérica. —Sacudió lentamente la cabeza, en un gesto que indicaba casi incredulidad, y levantó la vista hacia nosotros—. Teniendo en cuenta lo que usted es capaz de hacer con la gravedad, eso no debería resultarle difícil. —Y, guiñándome un ojo se marchó de la zona acordonada, dirigiéndose al lugar donde el capitán Matthews hablaba, muy digno, con Jerry González del Canal 7.

—Zorra —dijo Deborah.

—Lo siento, Deb. ¿Preferirías que te dijera: *Ya verá lo que es bueno?* ¿O tiro por la línea del *Ya te lo advertí?*

—A la mierda, Dexter —dijo, mirándome fijamente—. Quiero ser la persona que atrape a este tipo.

Y, mientras, yo pensaba en ese *ni una gota de sangre...*

Yo también. También yo quería encontrarlo.

Aquella noche salí en mi lancha después del trabajo, en parte para escapar de las preguntas de Deb y en parte para aclarar mis propios sentimientos. *Sentimientos*. Yo. Qué idea.

Enfilé lentamente el canal con mi Whaler, sin pensar en nada, en un perfecto estado zen, avanzando por delante de las grandes casas, separadas unas de otras por setos altos y vallas sujetas con cadenas. Lancé un saludo vigoroso y automático, acompañado de una amplia sonrisa, a todos los vecinos que estaban en los jardines que crecían pulcramente a orillas del canal. Niños jugando en un césped muy cuidado. Papá y mamá ocupándose de la barbacoa, o descansando, o abrigando la alambrada, vigilando a los niños como halcones. Saludé a todo el mundo. Algunos incluso me devolvieron el saludo. Me conocían, me habían visto pasar antes, siempre alegre, siempre con un gran hola para todos. *Era un hombre tan agradable. Muy simpático. No puedo creer que hiciera esas cosas horribles...*

Aceleré en cuanto salí del canal, y me dirigí hacia el sudeste, hacia Cabo Florida. El viento en la cara y el sabor a sal contribuyeron a despejarme la cabeza, haciéndome sentir limpio y un poco más fresco. Me resultaba mucho más fácil pensar ahora. En parte se debía a la calma y la paz del agua. Y en parte se debía a que, siguiendo la más antigua tradición de los navegantes de Miami, la mayoría de las otras lanchas parecían tener intenciones de matarme. Era algo que encontraba muy relajante. Estaba en casa. Este es mi país; esta es mi gente.

A lo largo del día fui recibiendo datos forenses a gotas. Sobre mediodía la historia había estallado a nivel nacional. Después del «inquietante descubrimiento» del motel Cacique, se levantaba la veda contra el asesino de las putas. El Canal 7 había realizado un trabajo notable a la hora de señalar el horror implícito en las partes del cuerpo halladas en el contenedor sin decir nada concreto sobre ellas. Tal y como maliciosamente había comentado la inspectora LaGuerta, no eran más que putas; pero en cuanto los medios comenzaran a presionar, daría igual que se hubiera tratado de hijas de senadores. Y entonces el departamento iniciaría las maniobras defensivas, sabiendo exactamente qué clase de angustiosas bobadas salían de los valientes y arrojados soldados del quinto poder.

Deb había permanecido en el lugar del crimen hasta que el capitán comenzó a pensar que estaba autorizando demasiadas horas extra y la enviaron a casa. Empezó a llamarme a las dos de la tarde para enterarse de lo que yo había descubierto, lo cual era muy poco. No habían encontrado nada en el hotel. En el aparcamiento había tantas marcas de neumáticos que era imposible distinguirlas. No había huellas ni pistas en el contenedor, ni en las bolsas, ni en las partes del

cuerpo. Todo limpio.

La gran pista del día era la pierna izquierda. Tal y como Angel había señalado, la pierna derecha había sido cortada en varios trozos: a la altura de la cadera, la rodilla y el tobillo. Pero la izquierda no. La habían seccionado en dos, y luego las habían envuelto cuidadosamente. Ajá, dijo la inspectora LaGuerta en una de sus frecuentes muestras de genialidad. Alguien había interrumpido al asesino, lo había sorprendido, alarmado, y este no había tenido tiempo de terminar el corte. Sintió pánico al verse descubierto. Y a partir de ese momento todos los esfuerzos de LaGuerta se centraron en encontrar a dicho testigo.

La teoría de la interrupción de LaGuerta presentaba un pequeño problema. Algo mínimo, quizá sería buscar distinciones demasiado sutiles, pero... Todo el cuerpo había sido meticulosamente lavado y envuelto, al parecer después de ser seccionado. Y después había sido transportado con cuidado hasta el contenedor, en apariencia con suficiente tiempo y capacidad de concentración por parte del asesino como para no dejar el menor rastro ni cometer error alguno. O bien nadie le comentó esto a LaGuerta, o bien —¡maravilla de las maravillas!—, ¿era posible que nadie se hubiera dado cuenta? Pues sí: gran parte del trabajo policial es pura rutina y consiste en hacer que los detalles encajen en patrones preestablecidos. Así que, ante un nuevo patrón, los investigadores podían parecer ciegos observando a un elefante a través de un microscopio.

Pero dado que yo no estaba ciego ni atrapado por la rutina, a mí me parecía más probable que ese hecho fuera simplemente una muestra de que el asesino estaba insatisfecho. Había tenido tiempo de sobra para trabajar, pero... este era el quinto asesinato con el mismo patrón. ¿Acaso cortar el cuerpo a trozos empezaba a aburrirle? ¿Tal vez nuestro chico buscara algo distinto, algo más? ¿Alguna nueva dirección, un giro inédito?

Casi podía sentir su frustración. Haber llegado tan lejos, hasta el final, seccionando las sobras para envolverlas como regalos. Y entonces esa súbita idea: *No se trata de esto. Algo no está bien. Coitus interruptus.*

Lo que hacía ya no le llenaba. Necesitaba un enfoque distinto. Intentaba expresar algo y todavía no había encontrado las palabras. Y en mi opinión personal —es decir, si hubiese sido yo— esto debió de frustrarlo mucho. Y la única forma de responder a esa frustración era seguir adelante.

Pronto.

Pero dejemos que LaGuerta busque al testigo. No habría ninguno. Era un monstruo frío y prudente, y en mi opinión, absolutamente fascinante. ¿Y qué debería hacer yo respecto a dicha fascinación? No estaba seguro, así que me retiré a mi lancha a pensar.

Una Donzi a más de cien kilómetros por hora me cortó el paso a solo unos centímetros de distancia. Saludé alegremente y volví al presente. Me acercaba a Stiltsville, un grupo de casas asentadas sobre pilares, en su mayoría abandonadas

y viejas, cerca del Cabo Florida. Dibujé un gran círculo, sin rumbo definido, y dejé que mis pensamientos avanzaran en ese mismo arco lento.

¿Qué iba a hacer? Tenía que decidirlo ahora, antes de ser demasiado útil para Deborah. No me cabía la menor duda de que podía ayudarla a resolver el caso, nadie mejor que yo. Nadie más se estaba moviendo en la dirección correcta. ¿Pero quería ayudarla? ¿Quería que arrestaran a este asesino? ¿O prefería encontrarlo y encargarme de él personalmente? Es más —oh, un pensamiento perverso—, ¿de verdad quería que lo detuvieran?

¿Qué iba a hacer?

A mi derecha pude ver la zona de Elliot Key bajo la última luz del día. Y, como siempre, recordé la vez que fui de acampada allí con Harry Morgan. Mi padre adoptivo. El buen poli.

Eres diferente, Dexter.

Sí, Harry, la verdad es que sí.

Pero puedes aprender a controlar esa diferencia y usarla de forma constructiva.

De acuerdo, Harry. Si tú lo crees. ¿Cómo?

Y me lo explicó.

Ningún cielo estrellado puede compararse al del sur de Florida cuando tienes catorce años y has salido de acampada con tu padre. Aunque se trate solo de tu padre adoptivo. Y aunque la visión de todas esas estrellas solo te llene de una cierta satisfacción, ya que la emoción está fuera de juego. No la sientes. En parte, por eso estás aquí.

El fuego se ha extinguido y las estrellas brillan como nunca, y el querido padre adoptivo lleva un buen rato callado, dando sorbos a la anticuada cantimplora que ha sacado del bolsillo exterior de la mochila. Y no se le da muy bien, no es como muchos otros polis, en realidad no es un bebedor. Pero ahora está vacía, y ha llegado ya el momento de que diga lo que tiene que decir. Ahora o nunca.

—Dexter, tú eres diferente —empieza.

Aparto la mirada del brillo de las estrellas. Los últimos vestigios del fuego dibujan sombras en torno al pequeño claro donde nos hallamos. Algunas se reflejan en la cara de Harry. Lo veo raro, como si fuera la primera vez que lo tengo delante. Decidido, descontento, un poco inquieto.

—¿Qué quieres decir, papá?

No me mira.

—Los Billup dicen que Buddy ha desaparecido —dice él.

—Menudo coñazo. Se pasaba la noche ladrando. Mamá no podía dormir.

Y mamá necesitaba dormir, por cierto. Morir de cáncer requiere mucho

descanso, y no había forma de que lo consiguiera con aquel chucho asqueroso que vivía enfrente y que se pasaba la noche entera ladrando a cualquier hoja que cayera sobre la calle.

—Encontré la tumba —dice Harry—. Contení muchos huesos, Dexter. No solo los de Buddy.

No hay mucho que decir. Hago una montañita con hojas de pino y espero a que Harry prosiga.

—¿Cuánto tiempo llevas haciéndolo?

Observo la cara de Harry y luego desvío la mirada hacia el claro que hay junto a la playa. Nuestra embarcación está allí, meciéndose suavemente por el impulso del agua. A la derecha queda el tenue resplandor blanco de las luces de Miami. No puedo adivinar adónde quiere llegar Harry, qué quiere oír. Pero se trata de mi padre adoptivo, amigo de hablar sin dobleces; con Harry la verdad suele ser la mejor opción. Siempre lo sabe todo, o acaba enterándose.

—Un año y medio —digo.

Harry asiente.

—¿Por qué empezaste?

Una buena pregunta, y la verdad, con catorce años, la respuesta está fuera de mi alcance.

—Bueno... La verdad es que... tuve que hacerlo —le digo. Ya entonces, joven pero sutil.

—¿Oyes una voz? —insiste—. ¿Algo o alguien que te dice lo que debes hacer y a la que no puedes negarte?

—Huy —digo con la elocuencia típica de los adolescentes—, no exactamente.

—Cuéntamelo —dice Harry.

Esa luna, una luna buena y rolliza, algo más grande a lo que mirar. Agrupo un puñado más de hojas de pino. Me arde la cara, como si papá me hubiera pedido que le contara mis sueños eróticos. Lo cual, en cierto modo...

—Bueno, huy..., es como si *sintiera* algo, ya me entiendes. Dentro de mí. Observándome. Quizá..., hmm, ¿ríendose de mí? Pero no se trata de una voz, es solo... —Añado un elocuente encogimiento de hombros. Pero para Harry parece tener sentido.

—Y este *algo* hace que tengas ganas de matar.

Un lento y gordo jet cruza por encima de nuestras cabezas.

—No, hmm, no es que me *obligue* —digo—. Solo... hace que parezca una buena idea.

—¿Alguna vez has sentido deseos de matar otras cosas? ¿Algo más grande que un perro?

Intento responder pero noto un nudo en la garganta. Lo deshago.

—Sí.

—¿A alguna persona?

—Nadie en particular, papá. Solo... —Vuelvo a encogerme de hombros.

—¿Qué te contuvo?

—Creí... creí que a ti y a mamá no os parecería bien.

—¿Eso fue lo único que te detuvo?

—Bueno, no quería que os enfadarais. Ya sabes, no quería decepcionaros.

Miro a Harry de reojo. Él me observa fijamente, sin parpadear.

—¿Por eso hemos salido de excursión, papá? ¿Para hablar de esto?

—Sí —dice Harry—. Tenemos que aclarar esto.

Aclararlo, sí, por supuesto: un ejemplo de cómo es la vida según Harry, con rincones de hospital y zapatos relucientes. E incluso entonces ya lo sabía: esa necesidad de matar a alguien de vez en cuando acabaría colocándome, más tarde o más temprano, en la situación de aclarar mi situación.

—¿Cómo? —pregunto, y me dirige una mirada larga e intensa, y al ver que voy siguiéndole paso a paso hace un gesto de asentimiento.

—Buen chico —dice—. Ahora mismo. —Y a pesar de decir «ahora mismo», transcurre un buen rato antes de que vuelva a hablar. Observo las luces de una lancha que pasa a unos doscientos metros de nuestra pequeña playa. Por encima del ruido del motor una radio emite música cubana—. Ahora mismo —repite Harry, y lo miro. Pero él ha apartado la mirada, la tiene puesta en los restos de la hoguera, en el futuro que nos aguarda en algún lugar—. Es así —dice él. Lo escucho con atención. Es lo que suele decir antes de expresar una verdad importante. Cuando me enseñó cómo lanzar una pelota con efecto, y cómo propinar un gancho de izquierda. Es *así*, decía, y así era, tal y como él decía.

—Me hago viejo, Dexter. —Esperaba que yo pusiera alguna objeción, pero no lo hice y asintió con la cabeza—. Creo que la gente comprende las cosas de manera distinta a medida que envejece. No es que uno se vuelva blando, o vea las cosas en gris en lugar de en blanco y negro. Creo de verdad que entiendo las cosas de manera distinta. Mejor. —Me mira con la mirada de Harry: amor duro y ojos azules.

—De acuerdo —digo yo.

—Hace diez años te habría internado en algún centro —dice él, y parpadeo al oírlo. Casi me hace daño, pero tengo que reconocer que también yo lo he pensado—. Pero ahora creo que he aprendido muchas cosas. Sé cómo eres, y sé que eres un buen chico.

—No —protesto. Lo digo en voz baja, casi inaudible, pero Harry lo oye.

—Sí —dice con firmeza—. Eres un buen chico, Dex. Lo sé. Lo *sé*. —Lo repite casi para sí mismo, o tal vez para darle más énfasis, y sus ojos se encuentran con los míos—. En caso contrario no te habría importado qué pensara yo o qué pensara mamá. Lo habrías hecho. No puedes evitarlo, lo sé. Porque... —Se para y me mira sin decir nada durante un momento. Me resulta muy

incómodo—. ¿Qué recuerdas de antes? De antes de que te lleváramos a casa.

Eso todavía duele, pero la verdad es que ignoro por qué. Solo tenía tres años.

—Nada.

—Bien —dice él—. Es algo que nadie debería recordar. —Y eso será lo máximo que diga al respecto en toda su vida—. Pero aunque no lo recuerdes, Dex, eso te hizo algo. Esas cosas te hacen ser lo que eres. He hablado con expertos acerca de ello. —Y por raro que parezca, me dirige una de esas sonrisas breves, casi tímidas, típicas de Harry—. Esperaba que sucediera algo así. Lo que te sucedió cuando eras muy pequeño te ha modelado. He intentado corregirlo, pero... —Se encoge de hombros—. Era demasiado fuerte. Demasiado. Se te metió dentro a edad muy temprana y no te podrás desprender de ello. Te provocará ganas de matar y no podrás evitarlo. No puedes cambiarlo. Pero... —Prosigue, mirando hacia otro lado, como si viera algo que no está a mi alcance—. Pero puedes canalizarlo. Controlarlo. Elegir —sus palabras son ahora muy cuidadosas, mucho más de lo que habían sido nunca—, elegir qué o a *quién* quieres matar. —Y me lanzó una sonrisa, distinta a cualquiera de las que le había visto antes, una sonrisa tan seca y amarga como las cenizas que quedan de la hoguera—. Hay mucha gente que se lo merece, Dex.

Y con esas palabras orientó toda mi vida, mi todo, mi quién soy y qué soy. Ese hombre maravilloso, que lo veía todo y lo sabía todo. Harry. Mi padre.

Si hubiese sido capaz de amar, ¡cuánto habría amado a Harry!

Hace ya mucho tiempo. Harry lleva años muerto. Pero sus lecciones persisten. No por ningún sentimiento de nostalgia o emoción, sino porque Harry tenía razón. Lo he comprobado una y otra vez. Harry sabía de qué hablaba, y me enseñó bien.

Tén cuidado, había dicho Harry. Y me enseñó a tenerlo, tan bien como solo un policía puede enseñar a un asesino.

Escoger con cuidado de entre todos los que lo merecían. Asegurarse sin lugar a dudas. Después limpiar. No dejar rastro. Y siempre evitar cualquier implicación emocional: provoca errores.

Ese cuidado iba más allá del momento del asesinato, claro. Tener cuidado significaba construirse una vida. Compartimentar. Hacer vida social. Imitar al resto.

Y yo había seguido sus consejos con gran esmero. Era casi un holograma perfecto. Estaba por encima de cualquier sospecha, más allá de cualquier reproche, y ni siquiera era digno de desprecio. Un monstruo pulcro y educado, el vecino de la puerta contigua. Incluso Deborah seguía engañada la mitad del tiempo. Claro que ella también creía lo que quería creer.

Y en este momento ella creía que yo podía ayudarla a resolver estos

asesinatos, impulsar su carrera y catapultarla desde ese atuendo sexy hacia el traje chaqueta. Y tenía razón, por supuesto. Podía ayudarla. Pero lo cierto es que no me apetecía, porque disfrutaba mucho viendo actuar a ese otro asesino, sintiendo cierta clase de conexión estética, o...

Implicación emocional.

Bien. Ahí estaba. Una clara violación del código de Harry.

Empecé el camino de regreso. Ya había oscurecido del todo, pero me guié por una torre de radio que estaba a unos grados a la izquierda de mis aguas natales.

Así eran las cosas. Harry siempre había tenido razón, y por lo tanto ahora también la tenía. *No te impliqués emocionalmente*, había dicho Harry. Y no lo haría.

Ayudaría a Deb.

A la mañana siguiente llovía y el tráfico estaba imposible, como siempre que llueve en Miami. Algunos conductores reducían la velocidad en las resbaladizas autopistas, lo que ponía furiosos a otros, que hacían sonar el claxon, gritaban por las ventanillas y se metían por el arcén para adelantar, dejando atrás a los lentos mientras blandían los puños.

En la salida de LeJeune un enorme camión cargado con productos lácteos había invadido el arcén chocando con una furgoneta llena de alumnos de una escuela católica. El camión volcó. Y en este momento cinco niñas vestidas con faldas plisadas de lana estaban sentadas en un gran charco de leche con expresión de perplejidad en sus caras. El tráfico estuvo detenido casi durante una hora. Un niño fue trasladado en helicóptero al hospital Jackson. Los demás, enfundados en sus uniformes, observaban cómo los adultos se gritaban entre sí.

Yo aguardé plácidamente, escuchando la radio. Al parecer la policía tenía una buena pista en relación con el Carnicero de Tamiami. No se daban detalles, pero el capitán Matthews tenía indicios fiables. Parecía estar a punto de efectuar el arresto en persona tan pronto como acabara de beberse el café.

Por fin logré salir del atasco y avanzar un poco más deprisa. Me paré en la tienda de donuts que hay no muy lejos del aeropuerto. Compré un buñuelo relleno de manzana y un donut, pero el buñuelo de manzana no llegó ni al coche. Tengo un metabolismo muy alto. Es lo que pasa cuando te dedicas a la buena vida.

Cuando llegué al trabajo ya había dejado de llover. Brillaba el sol y las aceras exhalaban vapor. Entré en el edificio, mostré mis credenciales y subí a la oficina.

Deb me estaba esperando.

No se la veía muy contenta esta mañana. Claro que ya no se la ve contenta muy a menudo. Al fin y al cabo es una poli, y la mayoría no consiguen resistirlo. Se pasan demasiado tiempo de servicio intentando no parecer humanos. La cara les queda así.

—Deb —dije, colocando la crujiente bolsa con el donut sobre la mesa.

—¿Dónde te metiste anoche? —preguntó ella. Con amargura, tal y como esperaba. Tanto fruncir el entrecejo no tardaría en dejarle marcas permanentes en la frente, arruinando una cara maravillosa: profundos ojos azules, centelleantes de inteligencia, y una nariz pequeña y respingona con solo una ráfaga de pecas, todo enmarcado por los negros cabellos. Unos rasgos bellos, estropeados ahora por unos cuantos kilos de maquillaje barato.

La miré con cariño. Resultaba obvio que volvía del trabajo, aún vestida con el sujetador de encaje, *shorts* de lycra color fucsia y tacones dorados.

—¿Qué más da? —dije—. ¿Dónde has estado *tú*?

Enrojeció. Odiaba llevar cualquier prenda que no fueran tejanos limpios y

planchados.

—Te llamé —dijo.

—Lo siento.

—Sí. Ya.

Me senté en silencio. A Deb le gusta desahogarse conmigo. Para eso sirve la familia.

—¿Y por qué tenías tantas ganas de hablar conmigo?

—Me están dejando fuera —dijo ella. Abrió la bolsa de donuts y miró en el interior.

—¿Y qué esperabas? —pregunté—. Ya sabes lo que siente LaGuerta por ti.

Sacó el donut de la bolsa y lo devoró.

—Lo que espero —dijo con la boca llena— es seguir en el caso. Como dijo el capitán.

—Careces de antigüedad. Y de padrinos.

Arrugó la bolsa y me la tiró a la cabeza. Falló.

—Joder, Dexter. Sabes muy bien que merezco estar en Homicidios. En lugar de... —Tiró del tirante del sujetador y señaló con una mano el provocativo atuendo—... de esta mierda.

Asentí.

—Aunque la verdad es que te queda bien —añadí.

Hizo una mueca: rabia y disgusto competían por invadirle la cara.

—Lo odio —dijo ella—. Si tengo que hacerlo mucho tiempo más, juro que me volveré loca.

—Es un poco pronto para tener atados todos los cabos, Deb.

—Mierda —exclamó. Lo que sí estaba claro es que el trabajo policial estaba arruinando el vocabulario de Deborah. Me lanzó una mirada fría, de poli malo, la primera de ese estilo que le había visto. Era la mirada de Harry, los mismos ojos, la misma sensación de estar viendo la verdad a través de ti—. No me tomes el pelo, Dex. La mitad de las veces lo único que tienes que hacer es ver el cadáver y sabes quién lo ha hecho. Nunca te he preguntado cómo lo haces, pero si tienes algún presentimiento en este caso, quiero que me lo cuentes. —Dio una fuerte patada a la mesa haciéndole una pequeña mella—. Joder, quiero sacarme de encima esta mierda de uniforme.

—Y a todos nos encantará verlo, Morgan —dijo una voz profunda y maliciosa desde la puerta. Levanté la mirada. Vince Masuoka nos sonreía.

—No sabrías qué hacer, Vince —le dijo Deb.

—¿Y por qué no probamos a descubrirlo? —dijo él, sonriendo aún más con aquella sonrisa brillante y falsa de libro de texto.

—Sigue soñando, Vince —dijo Debbie, haciendo un mohín que no le había visto desde que tenía doce años.

Vince hizo un gesto de asentimiento hacia la arrugada bolsa blanca que estaba

encima de mi escritorio.

—Hoy te tocaba a ti, colega. ¿Qué me has traído? ¿Dónde está?

—Lo siento, Vince. Debbie se ha comido tu donut.

—Ojalá —dijo con voz de fingido falsete—. Así podría comerme su bollo de mermelada. Me debes un donut gigante, Dex.

—Es lo único gigante que tocarás nunca —dijo Deborah.

—En el donut el tamaño no importa, lo que importa es la habilidad del pastelero —respondió Vince.

—Por favor —dijo—. Os van a saltar los lóbulos frontales. Es demasiado temprano para ser tan mordaz.

—Ajá —dijo Vince, con su terrible risa falsa—. Ja, ja, ja. Hasta luego. —Nos guiñó un ojo—. No te olvides del donut. —Y fue a reunirse con su microscopio.

—¿Qué has descubierto? —me preguntó Deb.

Deb estaba convencida de que yo tenía presentimientos de vez en cuando. Y tenía motivos para creerlo. Normalmente mis inspiradas suposiciones se centraban en los canallas brutales que disfrutaban degollando a algún corderito cada pocas semanas solo por divertirse. En varias ocasiones Deborah me había visto poner el dedo en la llaga: señalar algo que los demás habían pasado por alto. Nunca había dicho nada, pero mi hermana es una poli condenadamente buena y lleva bastante tiempo sospechando de mí. No sabe muy bien de qué se trata, pero sabe que algo no cuadra y esto la vuelve loca de vez en cuando porque, al fin y al cabo, me quiere. Es el único ser viviente sobre la superficie terrestre que me quiere. Y no se trata de autocompasión, sino de autoconocimiento claro y frío. Nadie puede quererme. Siguiendo el plan de Harry he intentado hacer vida social e, incluso, en algún momento de debilidad, tener relaciones amorosas. Pero no funciona. Hay algo que me falta, o no va bien, y tarde o temprano la otra persona me pilla Actuando. O llega una de Esas Noches.

Ni siquiera puedo tener animales. Me odian. Una vez compré un perro: ladró y aulló sin parar con una furia incontenible e interminable durante dos días, hasta que me vi obligado a librarme de él. Probé con una tortuga. La toqué una vez y no volvió a salir de la concha; murió al cabo de pocos días. Antes que verme o dejar que la tocara eligió la muerte.

Nada me quiere, y nada me querrá. Ni siquiera —y sobre todo— yo mismo. Sé lo que soy, y no es algo que se pueda amar. Estoy solo en el mundo, totalmente solo, a excepción de Deborah. Y excepto, claro, de esa Cosa que vive dentro de mí y que no sale a jugar con demasiada frecuencia. Además, ni siquiera juega conmigo, sino que debe buscar a otra persona.

Así que, en la medida de mis capacidades, me preocupo por ella. Querida Deborah. No creo que sea amor, pero preferiría que fuera feliz.

Y ahí estaba, mi querida Deborah, con aspecto de ser muy desgraciada. Mi familia. Mirándome y sin saber qué decir, pero más tentada de decirlo antes que

nunca.

—Bueno —dije—, en realidad...

—¡Lo *sabía*! ¡TIENES algo!

—No interrumpas el trance, Deborah. Estoy contactando con el reino de los espíritus.

—Suéltalo ya —dijo ella.

—Es esa amputación interrumpida, Deb. La pierna izquierda.

—¿Qué le pasa?

—LaGuerta cree que alguien descubrió al asesino. Este se puso nervioso y no terminó.

Deborah asintió.

—Me ha tenido toda la noche preguntando a las putas si vieron algo. Alguien tiene que haberlo visto.

—Oh, no. No caigas en eso —dije—. *Piensa*, Deborah. Si lo hubieran interrumpido, si hubiera estado demasiado asustado para terminar...

—El envoltorio —cortó Deb—. Tuvo que pasarse un buen rato envolviendo el cuerpo, limpiando. —Me miró sorprendida—. Mierda. ¿*Después* de que alguien lo viera?

Aplaudí y le lancé una sonrisa radiante.

—Bravo, miss Marple.

—No tiene sentido.

—*Au contraire*. Si dispuso de tiempo suficiente, pero aun así no completó el ritual... Y recuerda, Deb, para ellos el ritual es casi lo más importante... ¿Qué podemos deducir?

—¿Por qué no puedes limitarte a decírmelo, por el amor de Dios?

—¿Qué gracia tendría?

Soltó un suspiro.

—Joder. Muy bien, Dex. Si no lo interrumpieron, pero no terminó... Mierda. ¿La parte del envoltorio era más importante que la de desmembrar el cadáver?

Sentí pena por ella.

—No, Deb. Piensa. Es la quinta víctima, exactamente como las otras. Tenemos cuatro piernas izquierdas perfectamente troceadas. Y de repente la número cinco... —Me encogí de hombros y enarqué una ceja.

—Mierda, Dexter, ¿cómo voy a saberlo? Quizá solo necesitaba cuatro piernas izquierdas. Quizá... Te juro por Dios que no lo sé. ¿Qué?

Sonreí y sacudí la cabeza. Para mí estaba clarísimo.

—Se acabó la emoción, Deb. Hay algo que no va bien. Que no funciona. Parte de la magia que lo hacía perfecto se ha esfumado.

—¿Y esperabas que lo dedujera?

—Alguien debería hacerlo, ¿no crees? Así que esa falta de emoción le obliga a detenerse en busca de inspiración, pero no la encuentra.

—¿Quieres decir que ya está? —dijo, con el ceño fruncido—. ¿No volverá a hacerlo?

Me reí.

—Oh, por Dios, no, Deb. Precisamente es al contrario. Si fueras un cura y creyeras genuinamente en Dios pero no pudieras hallar el modo de adorarlo, ¿qué harías?

—Seguir intentándolo —dijo ella— hasta conseguirlo. ¡Dios! ¿Eso crees? ¿Volverá a intentarlo enseguida?

—Es solo una intuición —dije con modestia—. Podría equivocarme. —Pero estaba seguro de que tenía razón.

—Deberíamos estar preparando algo para cazarlo cuando lo haga —dijo ella—. En lugar de buscar testigos inexistentes. —Se levantó y se dirigió hacia la puerta—. Luego te llamo. ¡Adiós! —Y se marchó.

Contemplé la bolsa de papel. No quedaba nada dentro. Era como yo: limpia y crujiente por fuera, pero totalmente vacía por dentro.

Doblé la bolsa y la metí en la papelera que tengo al lado de la mesa. Esta mañana tenía trabajo que hacer, auténtico trabajo policial de laboratorio. Tenía que redactar un largo informe, elegir las fotos que debía adjuntar, archivar las pruebas. Algo rutinario, un doble homicidio que seguramente nunca llegaría a los tribunales, pero me gusta asegurarme de que todo lo que pasa por mis manos está bien organizado.

Además, había sido un caso interesante. Las muestras de sangre habían sido muy difíciles de analizar; entre las arterias chorreantes, el hecho de que las víctimas eran dos —que obviamente no se habían estado quietas— y el extraño corte producido por lo que debía ser una sierra mecánica, me había resultado casi imposible encontrar un punto de impacto. A fin de cubrir toda la habitación tuve que usar dos botellas de Luminol, que revela incluso los rastros más débiles de sangre, y cuesta la friolera de 12 dólares la botella.

En realidad, había tenido que colocar cuerdas para que me ayudaran a deducir cuáles habían sido los ángulos primarios, una técnica lo bastante antigua como para parecer propia de alquimistas. La pauta de las salpicaduras era asombrosa, vivida: su brillo salvaje y terrorífico resaltaba en las paredes, los muebles, el televisor, las toallas, las colchas y las cortinas, formando una estampa horrenda de sangre por todas partes. Aunque estuviéramos en Miami, alguien tenía que haber oído algo. Dos personas son despedazadas vivas con una sierra mecánica en una habitación de un hotel caro y elegante, y la única reacción de los vecinos fue subir el volumen de la tele.

Podéis pensar que el trabajo absorbe demasiado a Dexter el diligente, pero me gusta ser concienzudo, y me gusta saber dónde se esconde toda la sangre. Las razones profesionales resultan obvias, pero no son tan importantes para mí como las de índole personal. Quizás algún día un psiquiatra pagado por el sistema

penitenciario del Estado me ayudará a descubrir el porqué.

En cualquier caso, cuando llegamos al lugar, los pedazos de cuerpo estaban fríos, y probablemente nunca encontraríamos a ese tío que calzaba unos mocasines italianos hechos a mano talla 42. Diestro y con sobrepeso, con un revés terrible.

Pero yo había perseverado hasta completar el trabajo al máximo. No trabajo para atrapar a los malos. ¿Por qué iba a querer hacerlo? No, mi trabajo consiste en poner orden en el caos. Obligar a las manchas de sangre a que se comporten como deben y después largarme. Otros pueden aprovechar mi trabajo para atrapar criminales; me parece bien, pero no me importa.

Si algún día soy lo bastante descuidado y me pillan, dirán que soy un monstruo psicópata, un demonio enfermo y retorcido que ni siquiera es humano, y probablemente me condenarán a morir en la silla eléctrica. En cambio, si algún día pillan al que calza 42, dirán que se trata de un desgraciado que eligió el camino equivocado por culpa de unas fuerzas sociales a las que no pudo resistirse, y le meterán diez años en la cárcel. Luego le soltarán con el dinero suficiente como para comprarse un traje nuevo y una nueva sierra mecánica.

Cada día que paso trabajando comprendo un poco mejor a Harry.

Viernes noche. Noche de citas en Miami. Y, créanlo o no, Noche de Cita para Dexter. Por extraño que parezca, había encontrado a alguien. ¿Qué, qué? ¿Ese muerto en vida de Dexter quedando con rubias debutantes? ¿Sexo entre zombies? ¿Tal vez mi necesidad de imitar la vida ha llegado hasta el extremo de fingir orgasmos?

Respiren profundamente. El sexo nunca ha formado parte de esto. Tras años de deambular atrozmente avergonzado e intentando parecer normal, había dado por fin con la cita perfecta.

Rita estaba casi tan hecha polvo como yo. Casada desde muy joven, había luchado para que su matrimonio durara a lo largo de diez años y dos hijos. Su encantador cónyuge tuvo unos cuantos problemas menores. Primero el alcohol, luego la heroína, lo crean o no, y finalmente el «crack». El muy bestia le pegaba. Rompía muebles, gritaba, arrojaba objetos y profería amenazas. Después la violaba. Le contagió una de esas espantosas enfermedades que acompañan a los adictos al crack. Todo esto de forma regular, y Rita lo soportó, trabajó, consiguió internarle dos veces en sendos programas de rehabilitación. Pero una noche el tío se ensañó con los niños y ahí Rita dijo basta.

Las heridas de la cara ya se le habían curado, por supuesto. Y los brazos y las costillas rotas son asunto rutinario para los médicos de Miami. Rita estaba ya bastante presentable, justo lo que pedía el monstruo.

El divorcio llegó por fin, el bestia fue encerrado, ¿y luego? Ah, misterios de la mente humana. En algún momento y por alguna razón, Rita había decidido volver a salir con hombres. Estaba bastante segura de que era Lo Que Debía Hacer; pero fruto de las regulares palizas recibidas a manos del Hombre de su Vida, había perdido por completo el interés por el sexo. Lo único que quería era, digamos, un poco de compañía masculina durante un rato.

Había buscado al chico adecuado: sensible, amable y dispuesto a esperar. Una búsqueda larga e infructuosa, por supuesto centrada en un hombre imaginario más interesado en tener a alguien con quien charlar y ver películas que a alguien con quien acostarse, porque ella todavía no estaba Preparada Para Eso.

¿Dije imaginario? Bueno, sí. Los hombres humanos no son así. La mayoría de mujeres tienen esto muy claro después de haber parido dos hijos y haber pasado por el primer divorcio. Pero la pobre Rita se había casado demasiado joven y demasiado mal para aprender esta valiosa lección. Y para recuperarse de un matrimonio desastroso, en lugar de comprender que todos los tíos son unos animales, había compuesto el retrato romántico y encantador del perfecto caballero que esperaría indefinidamente a que ella fuera abriéndose poco a poco, como una florecilla.

Bueno. Sí. Quizás ese hombre existiera en la Inglaterra victoriana, cuando había burdeles en todas las esquinas donde el caballero podía desfogarse entre protestas floridas de amor platónico. Pero, hasta donde yo sé, no en el Miami del siglo veintiuno.

Y, sin embargo, yo era capaz de imitar esas cosas a la perfección. Y además quería hacerlo. No sentía el menor interés por una relación sexual. Quería un disfraz, y Rita era exactamente lo que andaba buscando.

Como ya he dicho, era una mujer muy presentable. Menuda, coqueta y valiente, de complexión delgada y atlética, el pelo corto y rubio, y los ojos azules. Era una fanática del ejercicio físico y pasaba todas sus horas libres corriendo, montando en bici, etc. De hecho, sudar era una de nuestras actividades favoritas. Habíamos recorrido en bicicleta los Everglades, corrido tramos de cinco kilómetros, e incluso levantado pesas juntos.

Y lo mejor de todo eran sus dos hijos. Astor tenía ocho años y Cody cinco, y eran demasiado tranquilos. Tenían que serlo, claro. Los niños cuyos padres a menudo intentan matarse con los muebles tienden a ser ligeramente tímidos. Cualquier crío que crece en un ambiente de terror lo es. Pero al final puede superarlo: mírenme si no. De niño soporté horrores inimaginables, y sin embargo aquí estoy: un ciudadano de provecho, un pilar de la comunidad.

Quizás eso explicaba parte de mi extraño aprecio por Astor y Cody. Porque me caían bien, y eso para mí no tenía sentido. Sé lo que soy y comprendo muchas cosas de mí mismo. Pero uno de los pocos rasgos de mi carácter que me intriga de verdad es mi actitud hacia los niños.

Me gustan.

Son importantes para mí. Me preocupan.

La verdad es que no lo entiendo. Os juro que no me importaría nada que todos los seres humanos del universo expiraran de repente, con la posible excepción de mí mismo y, tal vez, de Deborah. El resto de la gente tiene menos importancia para mí que los muebles de jardín. Como dicen los psiquiatras con su elocuencia característica, no tengo ningún sentido de la realidad ajena. Y es algo que no me incomoda lo más mínimo.

Pero los niños... Los niños son distintos.

Llevaba un año y medio «saliendo» con Rita, y en ese tiempo, lenta y deliberadamente, había conseguido ganarme a Astor y a Cody. Yo era un buen tipo. No les hacía daño. Recordaba sus cumpleaños, los días que traían las notas, las vacaciones. Que yo entrara en casa no suponía peligro alguno. Podían confiar en mí.

Irónico, la verdad. Pero cierto.

Yo, el único hombre en quien podían confiar. Rita creía que esto formaba parte de mi paciente estrategia de cortejo. Demostrándole que los niños me importaban, ¿quién sabe lo que podía llegar a pasar? Pero lo cierto es que ellos

significaban para mí más que ella. Quizá fuera demasiado tarde, pero no quería que se convirtieran en alguien como yo.

Ese viernes por la noche fue la niña, Astor, la que abrió la puerta. Llevaba una camiseta enorme con la inscripción RUG RATS, tan larga que le llegaba a las rodillas, y el pelo pelirrojo sujeto en dos coletas. No se inmutó.

—Hola, Dexter —dijo ella con la tranquilidad de siempre. Para ella dos palabras ya eran toda una conversación.

—Buenas noches, preciosa damisela —dije en mi mejor imitación de lord Mountbatten—. ¿Me permite señalar que esta noche está usted más encantadora que nunca?

—Bien —dijo ella, sosteniendo la puerta. Y, por encima del hombro, dirigiéndose al sofá envuelto en penumbra, añadió—: Ya está aquí.

Entré en la casa. Cody estaba apostado a su espalda, en silencio, como si estuviera protegiéndola de quién sabe qué.

—Cody —dije, dándole una tira entera de gofres Neceo que él aceptó sin apartar los ojos de mí. Después se limitó a bajar el brazo sin echar ni un vistazo a los dulces. No los abriría hasta que me fuera, y entonces los compartiría con su hermana.

—¿Dexter? —gritó Rita desde la habitación de al lado.

—El mismo —dije—. ¿Es que no puedes enseñar modales a estos niños?

—No —dijo Cody en voz baja.

Una broma. Lo miré. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Llegaría a cantar algún día? ¿Bailaría claqué por la calle? ¿Dirigiría la convención demócrata nacional?

Rita apareció, cerrándose un pendiente de aro. En realidad, se había vestido de forma bastante provocativa. Llevaba un ligerísimo vestido de seda azul que le llegaba a media pierna, y por supuesto las mejores zapatillas de deporte New Balance. Nunca había conocido, ni siquiera de oídas, a ninguna mujer que se pusiera zapatos cómodos para salir por la noche. Era un encanto.

—Hola, guapo —dijo Rita—. Hablo un momento con la canguro y nos vamos. —Entró en la cocina donde dio instrucciones a la vecina adolescente que cuidaba a los niños. Hora de acostarse. Deberes. Lo que se debía y no debía ver por la tele. Número de móvil. Número de emergencia. Qué hacer en caso de envenenamiento accidental o decapitación fortuita.

Cody y Astor seguían mirándome fijamente.

—¿Vais al cine? —me preguntó Astor.

Asentí.

—Si podemos encontrar una peli que no nos haga vomitar.

—Achs —dijo ella, haciendo una mueca de asco. Sentí el orgullo de haber logrado algo.

—¿Vomitas en el cine? —preguntó Cody.

—¡Cody! —reconvino Astor.

—¿Lo haces? —insistió el niño.

—No —dije—. Pero no porque no tenga ganas.

—Vamos —dijo Rita, deteniéndose a dar un beso a cada uno de los niños—. Haced caso a Alice. Y a las nueve a la cama.

—¿Vas a volver? —preguntó Cody.

—¡Cody! Claro que voy a volver —dijo Rita.

—Me refiero a Dexter —dijo Cody.

—Estarás durmiendo —dije—. Pero entraré a saludarte, ¿de acuerdo?

—No estaré dormido —protestó él.

—Pues entonces echaremos una partida de cartas —dije.

—¿De verdad?

—Prometido. Un póquer con apuestas. El que gane se queda con los caballos.

—¡Dexter! —exclamó Rita sin dejar de sonreír—. A esas horas estarás dormido, Cody. Buenas noches, niños. Sed buenos. —Y, cogiéndome del brazo, me llevó hasta la puerta—. La verdad —murmuró— es que te has ganado completamente a esos dos.

La película no fue nada especial. No me dio ganas de vomitar, pero había olvidado ya gran parte del argumento cuando nos detuvimos en un pequeño bar de South Beach para tomar una copa. Idea de Rita. A pesar de llevar viviendo en Miami la mayor parte de su vida, seguía pensando que South Beach tenía glamour. Quizá fuera por los patinadores. O quizá creía que cualquier sitio abarrotado de gente maleducada *tenía* que poseer glamour.

En cualquier caso esperamos veinte minutos a que nos dieran mesa, y después otros veinte hasta que nos tomaron nota. A mí me daba igual. Me divertía ver cómo unos idiotas se miran a otros. Es todo un espectáculo.

Después paseamos por Ocean Boulevard, enfrascados en una conversación intrascendente, un arte que domino a la perfección. Hacía una noche preciosa. La luna llena de noches atrás, la que había iluminado mis juegos con el padre Donovan, había perdido un trozo.

Y cuando volvíamos a casa de Rita en el sur de Miami después de nuestra cita convencional, pasamos por un cruce situado en una de las áreas menos elegantes de Coconut Grove. Una luz roja parpadeante me llamó la atención y eché un vistazo a la calle. Se había cometido un crimen: la cinta amarilla ya estaba en pie y varios coches patrulla se dirigían hacia allí.

Ha vuelto a matar, pensé, y antes de saber qué estaba haciendo giré el volante hacia la calle donde se había perpetrado el crimen.

—¿Adónde vamos? —preguntó Rita, con bastante lógica.

—Bueno, ya que pasamos por aquí me gustaría asegurarme de que no me necesitan.

—¿No llevas el busca?

Le dediqué mi mejor sonrisa de viernes por la noche.

—No siempre *saben* que me necesitan.

Me habría parado igual, solo para presumir ante Rita. La gracia de llevar un disfraz es que la gente lo vea. Pero, sinceramente, la vocecilla que me martilleaba desde el oído me habría hecho parar en cualquier caso. *Ha vuelto a matar*. Y tenía que ver qué había hecho esta vez. Dejé a Rita en el coche y salí corriendo.

El muy canalla no había hecho nada bueno. Ahí teníamos el mismo lote de miembros seccionados pulcramente envueltos. Angel-nada-que-ver estaba agachado, casi en la misma postura como lo había dejado en la escena del último crimen.

—Hijo de puta —dijo él, cuando me acerqué.

—Espero que no te refieras a mí —dije.

—Estamos todos quejándonos de tener que trabajar un viernes por la noche y tú te presentas con una chica. Y aquí sigue sin haber *nada* para ti.

—¿El mismo individuo y el mismo patrón?

—Exacto —dijo él. Abrió el plástico con el bolígrafo—. Totalmente seco. Ni gota de sangre.

Esas palabras me hicieron sentir ligeramente ansioso. Me incliné para echar un vistazo. Una vez más las partes del cuerpo presentaban un aspecto increíblemente limpio y seco. Había en ellas un tono azulado, y parecían conservadas en su breve y perfecto momento temporal. Maravilloso.

—Esta vez hay una ligera diferencia en los cortes —dijo Angel—. En cuatro lugares. Este de aquí ha sido hecho con fuerza, casi con emoción. Ese de ahí no tanto. Y esos dos están en un punto medio. ¿Lo ves?

—Muy bonito —dije.

—Y, ahora, mira esto —dijo él. Con la punta de un lápiz apartó el pedazo desangrado que había encima. Debajo apareció otro fragmento, de un blanco resplandeciente. La carne había sido cuidadosamente arrancada, a lo largo, hasta dejar el hueso pelado—. ¿Por qué haría eso? —preguntó Angel en voz baja.

Respiré hondo.

—Está experimentando —expliqué—. Tratando de encontrar la forma de hacerlo. —Y me quedé contemplando el trozo seco y limpio hasta que me di cuenta de que Angel no me había quitado la vista de encima.

«Como un niño que juega con la comida», así se lo describí a Rita en cuanto volví al coche.

—Por Dios —exclamó ella—. ¡Qué horror!

—Creo que la palabra adecuada es *atroz*.

—¿Cómo puedes bromear sobre esto, Dexter?

Le brindé una sonrisa reconfortante.

—En mi campo de trabajo acabas acostumbrándote. Bromeamos para ocultar el dolor.

—Bueno, solo espero que capturen pronto a ese maniaco.

Pensé en las partes del cuerpo pulcramente envueltas, en la variedad de los cortes, en la maravillosa y absoluta falta de sangre.

—No lo creo —murmuré.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella.

—Decía que no creo que lo capturen demasiado pronto. Es un asesino extremadamente inteligente, y la inspectora que lleva el caso está más interesada en hacer política que en resolver crímenes.

Me miró para ver si bromeaba. Después permaneció un rato en silencio mientras nos dirigíamos al sur por la autopista estatal 1. No abrió la boca hasta que llegamos a South Miami.

—Nunca podría acostumbrarme a ver... No sé. ¿El lado oscuro? ¿La verdad de las cosas? Tu visión de las cosas —dijo finalmente.

Me cogió por sorpresa. Había aprovechado el silencio para meditar sobre las partes del cadáver cuidadosamente envueltas que habían quedado atrás. Mi mente había rondado con avidez sobre los miembros seccionados como un águila que busca un pedazo de carne para devorar. La observación de Rita fue tan inesperada que, por un instante, no pude ni hablar.

—¿Qué quieres decir? —conseguí articular, por fin.

Frunció el ceño.

—No estoy segura. Es solo que... Todos suponemos que las *cosas*... son de... una cierta manera. ¿Cómo deberían ser? Y luego nunca lo son, siempre son más... No sé, ¿más siniestras? Más humanas. Como esto: una piensa que los detectives quieren atrapar al criminal, ¿es lo que hacen, no? Y nunca se me había ocurrido antes que un asesinato pueda tener un componente político.

—Prácticamente todo lo tiene —dije. Giré por su calle y me paré delante de su limpia y vulgar casa.

—Pero tú —dijo ella. No parecía advertir dónde estábamos o qué había dicho yo—, tú empiezas por ahí. La mayoría de la gente no llegaría tan lejos.

—No soy tan profundo, Rita —dije, disponiéndome a aparcar el coche.

—Es como... como si todo tuviera dos partes: la parte que todos creemos que es y la que es de verdad. Y tú ya lo sabes, y todo esto parece solo un juego para ti.

No tenía la menor idea de qué intentaba decir. La verdad es que había desistido de seguir su razonamiento hacía rato y, mientras ella hablaba, había dejado que mi mente volviera al nuevo asesinato: la pulcritud de la carne muerta, la calidad improvisada de los cortes, la total y absoluta falta de sangre que dejaba un entorno impoluto...

—Dexter —dijo Rita, apoyando una mano en mi brazo.

La besé.

No sé cuál de los dos se quedó más sorprendido. Lo cierto es que no era algo

que tuviera planeado de antemano. Y puedo jurarles que no fue por su perfume. Pero llevé mis labios contra los suyos y los tuve allí durante un largo momento.

Ella se apartó.

—No —dijo ella—. Yo... No, Dexter.

—Muy bien —acepté, aún perplejo por lo que había hecho.

—No creo que quiera... No estoy *preparada* para eso... Maldita sea, Dexter —dijo ella. Se quitó el cinturón de seguridad, abrió la puerta del coche y corrió hacia su casa.

Oh, Dios, pensé. ¿Qué diablos has hecho?

Y supe que seguiría dándole vueltas a todo eso, y tal vez me sintiera decepcionado por haberme cargado un disfraz que llevaba año y medio construyéndome día a día.

Pero en este momento en lo único en que podía pensar era en ese montón de partes de cuerpo humano seccionadas.

Desangradas.

Ni una gota.

El cuerpo yace tal y como a mí me gusta. Brazos y piernas sujetos y la boca sellada con cinta aislante para que no haya ruido ni salpicaduras en mi área de trabajo. Y mi mano sostiene el cuchillo con tanta firmeza que estoy seguro de que este será uno de los buenos, muy satisfactorio...

Pero no se trata de un cuchillo, sino de una especie de...

Y tampoco se trata de mi mano. Aunque mi mano la mueve, no es la mía la que sostiene el arma. Y la estancia es muy pequeña, bastante estrecha, lo cual tiene sentido porque es... ¿qué?

Y ahora estoy flotando sobre este perfecto y cerrado espacio de trabajo y su tentador cuerpo, y por primera vez siento el frío que sopla alrededor, y, en cierto modo, a través de mí. Y si solo pudiera sentir los dientes, estoy seguro de que castañetearían. Y mi mano, en una simbiosis perfecta con esa otra mano, se alza y traza en el aire el arco que provocará un corte perfecto...

Y me despierto en mi apartamento, claro. No sé cómo he llegado hasta allí, pero estoy de pie junto a la puerta principal, completamente desnudo. El sonambulismo lo entiendo, pero ¿por qué hacer *strip-tease*? No sé, la verdad. Vuelvo a tuestas hasta ese follón que es mi cama. Las mantas están apiladas en el suelo. El aire acondicionado ha hecho descender la temperatura a unos 16 grados. Anoche, en su momento, me había parecido una buena idea, ya que estaba algo perplejo por lo que había sucedido con Rita. Absurdo, si es que había sucedido de verdad. Dexter, el bandido del amor, robando besos. Así que cuando llegué a casa me di una ducha caliente y bajé el termostato al mínimo antes de acostarme. No pretendo entender por qué, pero en mis momentos más oscuros siento que el frío purifica. No es que pretenda refrescar el ambiente más de lo necesario.

Y frío sí que hacía. Demasiado para tomar café y empezar el día entre los retazos difusos de mi sueño.

Por norma general no suelo recordar lo que sueño, y no le doy la menor importancia si eso sucede. De modo que resultaba ridículo que este en concreto no me dejara en paz.

Y ahora estoy flotando sobre este perfecto y cerrado espacio de trabajo... mi mano, en una simbiosis perfecta con esa otra mano, se alza y traza en el aire el arco que provocará un corte perfecto...

He leído libros. Quizá porque nunca llegaré a ser uno de ellos, los humanos me parecen interesantes. De modo que lo sé todo sobre simbolismos: flotar es una forma de volar, el símbolo del sexo. Y el cuchillo...

Ja, Herr Doktor. El cuchillo ist eine madre, ¿ja?

Olvidalo, Dexter.

Ha sido solo un sueño estúpido y absurdo.

El timbre del teléfono casi me provoca un infarto.

—¿Qué me dices de un desayuno en Wolfie's? —dijo Deborah—. Invito yo.

—Es sábado por la mañana —dije—. No habrá mesa.

—Me adelanto y empiezo a hacer cola —dijo ella—. Nos vemos allí.

El Wolfie's Deli de Miami Beach era toda una institución en Miami. Y dado que los Morgan somos oriundos de aquí, habíamos celebrado en él las ocasiones especiales durante todas nuestras vidas. El porqué Deborah creía que hoy podía ser una de esas ocasiones era algo que se me escapaba, pero no me cabía duda de que me lo diría cuando llegara el momento. De modo que me duché, me puse la mejor ropa cómoda que reservo para los sábados, y conduje hasta Miami Beach. El tráfico avanzaba con fluidez por la recientemente mejorada carretera elevada MacArthur, que discurre a muy poca altura sobre el mar, y no tardé mucho en estar abriéndome paso a base de educados codazos entre las hordas que abarrotaban el Wolfie's.

Haciendo honor a su palabra, Deborah había conseguido una mesa en un rincón. Estaba charlando con una camarera de edad avanzada, una mujer a la que reconocí incluso yo.

—Rose, amor mío —dije, agachándome para besar su arrugada mejilla. Ella me miró con su malhumor habitual—. Mi rosa silvestre de Irlanda.

—Dexter —protestó ella con un fuerte acento centroeuropeo—. Déjate de tanto beso, pareces un *faigelah*.

—¿*Faigelah*? ¿Es así cómo llamáis a los novios en Irlanda? —pregunté, tomando asiento.

—Bah —contestó ella antes de volver a la cocina sacudiendo la cabeza.

—Creo que soy su tipo —dijo a Deborah.

—Debes de ser el tipo de alguien —dijo Deb—. ¿Qué tal la cita de anoche?

—Genial —dije—. Deberías probarlo alguna vez.

—Bah.

—No puedes pasarte todas las noches paseando por Tamiami Trail en ropa interior, Deb. Necesitas una vida.

—Necesito un cambio de destino —atajó ella—. Al departamento de Homicidios. Entonces nos ocuparemos del resto.

—Lo comprendo. Desde luego, a los niños les sonará mucho mejor decir que mamá está en Homicidios.

—Por favor, Dexter...

—Es un pensamiento normal, Deborah. Sobrinos, sobrinas. Más Morgan pequeños. ¿Por qué no?

Soltó un prolongado suspiro.

—Creía que mamá había muerto —dijo ella.

—Estoy sintonizando con ella. Mediante la repostería danesa.

—Pues cambia de canal, ¿quieres? ¿Qué sabes de la cristalización celular?

Parpadeé.

—Guau. Acabas de ganar el primer premio en la competición anual de cambio de tema.

—Hablo en serio —dijo ella.

—Entonces reconozco que estoy atónito, Deb. ¿A qué te refieres con cristalización celular?

—Del frío —dijo ella—. Células cristalizadas debido al frío.

La luz me inundó el cerebro.

—Claro —dije—, hermoso. —Y en algún lugar de mi interior empezaron a sonar un montón de campanitas. *Frío... Frío puro y limpio, y la hoja fría del cuchillo casi silbando mientras rebana la carne a rodajas. Frialidad limpia y aseptica, el flujo sanguíneo paralizado e inútil, tan absolutamente correcto y totalmente necesario: frío*—. ¿Por qué no...? —empecé a decir, pero me callé al ver la cara de Deborah.

—¿Qué? —preguntó Deb—. ¿Qué está tan claro?

Sacudí la cabeza.

—Empieza por contarme por qué quieres saberlo.

Me miró durante un minuto largo e intenso y soltó otro suspiro.

—Creo que ya lo sabes —dijo, por fin—. Se ha cometido otro crimen.

—Lo sé —dije—. Pasé por delante anoche.

—Me dijeron que no te limitaste a pasar por delante.

Me encogí de hombros. La policía metropolitana es una familia muy pequeña.

—¿Así que qué significaba ese *claro*?

—Nada —dije, levemente irritado—. La carne del cuerpo tenía un aspecto ligeramente distinto. Si había estado expuesta al frío... —Extendí las manos—. Eso es todo, ¿vale? ¿De qué frío hablamos?

—Las temperaturas que se usan para conservar la carne —dijo ella—. ¿Por qué lo haría?

Porque es hermoso, pensé.

—Eso detendría el flujo sanguíneo —dije, en cambio.

—¿Y eso es importante? —preguntó ella, observándome con atención.

Tomé una larga y, tal vez, algo temblorosa bocanada de aire. No solo nunca podría explicárselo, sino que me encerraría si intentaba hacerlo.

—Es vital —dije. Por alguna razón me sentía incómodo.

—¿Por qué vital?

—Este... Bueno, no sé. Creo que ese tío tiene fijación con la sangre, Deb. Es solo una sensación que tengo de... No sé de dónde, no hay evidencia alguna, y a lo sabes.

Volvía a mirarme del mismo modo. Intenté que se me ocurriera algo que decir, pero no fui capaz. El ingenioso Dexter, el elocuente, se había quedado sin

nada que decir.

—Mierda —dijo ella, por fin—. ¿Eso es todo? El frío paraliza la sangre... ¿Y eso es vital? Venga, ¿qué coño quieres decir con esto, Dexter?

—No me pidas que tenga buenas ideas antes del café —dije, haciendo un heroico esfuerzo por recobrarme—. Solo puedo ser preciso.

—Mierda —repitió ella. Rose nos trajo el café. Deborah dio un sorbo—. Anoche recibí una invitación para la reunión de las setenta y dos horas.

Aplaudí.

—Fantástico. Lo has conseguido. ¿Para qué me necesitas?

La policía metropolitana sigue la política de organizar una reunión del equipo de homicidios aproximadamente a las setenta y dos horas de haberse cometido el asesinato. El agente encargado del caso y su equipo deliberan con el forense y, a veces, con alguien de la oficina del fiscal. Ayuda a unificar directrices. El hecho de que hubieran invitado a Deborah implicaba que estaba en el caso.

—No se me da bien la diplomacia, Dexter —dijo en tono taciturno—. Noto que LaGuerta me está apartando, pero no puedo hacer nada al respecto.

—¿Sigue buscando al testigo misterioso?

Deborah asintió.

—¿De verdad? ¿Incluso después del último asesinato?

—Dice que eso confirma la hipótesis. Los nuevos cortes no eran del todo completos.

—Pero eran todos *distintos* —protesté.

Se encogió de hombros.

—¿Y tú le sugeriste...?

Deb desvió la mirada.

—Le dije que creía que era una pérdida de tiempo buscar a un testigo cuando resultaba obvio que el asesino no fue interrumpido, sino que se había quedado insatisfecho.

—Uf —dije—. La verdad es que *no* tienes la menor noción de lo que es la diplomacia.

—Joder, Dex —dijo ella. Dos ancianas de la mesa de al lado la miraron mal, pero Deb ni lo notó—. Lo que dijiste tenía sentido. *Es* evidente, y ella no me hace ni caso. Bueno, de hecho hace cosas peores.

—¿Qué podría ser peor que no hacerte caso? —dije.

Se ruborizó.

—Después escuché a un par de polis murmurando a mis espaldas. Hay un chiste circulando y yo soy la protagonista. —Se mordió los labios y miró hacia otro lado—. Einstein.

—Lo siento, no lo capto.

—Si mis tetas fueran cerebros, yo sería Einstein —dijo amargamente. Sustituí la risa por un carraspeo—. Eso es lo que va diciendo de mí. Y es una de esas

etiquetas asquerosas que se te queda pegada, y luego ya no te ascienden porque creen que nadie respetaría a alguien con un apodo así. Joder, Dex —repitió—. Esa tía está arruinando mi carrera.

Sentí que Deborah necesitaba calor y protección.

—Es una imbécil.

—¿Debería decírselo a ella, Dex? ¿Crees que sería diplomático?

Llegó la comida. Rose nos plantó los platos delante como si un juez corrupto la hubiera condenado a servir desayunos a asesinos de bebés. Le brindé una sonrisa gigantesca y ella dio media vuelta, rezongando.

Tomé un bocado y volví a concentrarme en el problema de Deborah. Tenía que esforzarme por abordarlo de ese modo, el problema de Deborah. No «esos asesinatos fascinantes». No «ese fascinante y atractivo modus operandi del asesino», o «algo parecido a lo que me gustaría hacer algún día». Tenía que mantenerme al margen, pero la atracción que despertaba en mí era demasiado fuerte. Incluso el sueño de la noche pasada, el aire helado. Mera coincidencia, por supuesto, pero igualmente perturbador.

Este asesino había desentrañado mi estilo de matar. Solo en su modo de trabajar, claro, no en la elección de las víctimas. Debía ser detenido, sin duda. Esas pobres prostitutas.

Y, sin embargo... esa necesidad de frío... Sería tan apasionante explorarla algún día. Encontrar un lugar oscuro, cómodo, estrecho...

¿Estrecho? ¿De dónde había salido eso?

Del sueño, claro. Pero el sueño se limitaba a expresar lo que el subconsciente quería pensar, ¿no? Y el adjetivo estrecho podía aplicarse a la perfección, no me digan por qué. Frío y estrecho como...

—Un camión refrigerado —dije en voz alta.

Abrí los ojos. Deborah hizo esfuerzos por tragarse un bocado de huevos revueltos antes de poder hablar.

—¿Qué?

—Es solo una idea. Me temo que no es un presentimiento... Pero tendría sentido, ¿no?

—¿Qué es lo que tendría sentido? —preguntó ella.

Bajé la mirada y la fijé en el plato, frunciendo el ceño, tratando de imaginar cómo podía funcionar.

—Quiere un entorno frío. Que detenga el flujo sanguíneo. Y, además, que sea más... limpio.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Y tiene que ser estrecho...

—¿Por qué? ¿De dónde te has sacado eso de estrecho?

Opté por no oír aquella pregunta.

—Un camión refrigerado cumpliría todas las condiciones, y además se

mueve, lo que facilita mucho la tarea de tirar la basura.

Deborah mordió un pedazo de *bagel* y se quedó un momento pensativa mientras masticaba.

—Entonces —dijo por fin, y tragó—. ¿El asesino habría tenido acceso a uno de esos vehículos? ¿O es suyo?

—Hum. Tal vez. Pero no olvides que el asesinato de anoche ha sido el único en que han aparecido indicios de frío.

Deborah frunció el ceño.

—¿Así que salió y se compró un camión?

—Probablemente no. Está aún en fase experimental. Diría que lo del frío obedeció a un impulso.

Asintió.

—¿Y no tendremos la suerte de que se gane la vida conduciendo uno, no?

Le dediqué mi mejor sonrisa de tiburón.

—Ah, Deb. Qué lista te has levantado esta mañana. No, me temo que nuestro amigo es demasiado listo para dejarse pillar en una conexión tan obvia.

Deborah dio un sorbo al café, bajó la taza y apoyó la espalda en la silla.

—De modo que estamos buscando un camión refrigerado robado —concluyó.

—Eso me temo. ¿Pero cuántos robos de ese estilo pueden haberse producido en las últimas cuarenta y ocho horas?

—¿En Miami? —Soltó un bufido—. Alguien roba uno, corre la voz de que merece la pena robarlos y de repente todos y cada uno de los mañosos, traficantes, marielitos y chicos con problemas tienen que tener uno, solo para mantener el nivel.

—Esperemos que no haya corrido la voz —dije.

Deborah se tragó el resto del *bagel*.

—Lo comprobaré. —Alargó el brazo por encima de la mesa y me estrechó la mano—. Aprecio lo que estás haciendo por mí. —Durante un par de segundos me dedicó una sonrisa tímida y dubitativa—. Pero me preocupa cómo consigues adivinar este tipo de cosas, Dex. Es...

Le devolví el apretón.

—Deja las preocupaciones para mí —dije—. Concéntrate en encontrar el camión.

En teoría, la reunión de las setenta y dos horas concede a todo el mundo tiempo suficiente para haber averiguado algo en relación con el caso, pero es lo bastante pronto para que las pistas sigan frescas. Así pues, el lunes por la mañana, en una sala de conferencias del segundo piso, el magnífico equipo contra el crimen liderado por la indómita inspectora LaGuerta se congregó como correspondía a las setenta y dos horas del asesinato. Me uní a ellos. Recibí un par de miradas de extrañeza y unos cuantos comentarios bienintencionados por parte de polis que me conocían. Puras muestras de ingenio, como: «Hey, chico de la sangre, ¿dónde has dejado el enjugador de goma?». Esta gente son la sal de la tierra, y mi Deborah no tardaría en ser una de ellos. Me sentía orgulloso y humilde de estar en su misma habitación.

Por desgracia, no todos los presentes compartían estos sentimientos.

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —gruñó el sargento Doakes.

Era un negro enorme que exudaba una hostilidad permanente. Había en él una fiera fría que sin duda resultaría muy útil para alguien con mis aficiones. Qué pena que no pudiéramos ser amigos. Pero por alguna razón odiaba a todos los técnicos de laboratorio, y por alguna razón adicional odiaba sobre todo a Dexter. También tenía el récord de la policía de Miami en enfrentamientos con la prensa. Así que se ganó una de mis sonrisas más diplomáticas.

—Solo me he dejado caer por aquí para escuchar, sargento —le dije.

—Aquí no pintas nada, tío —dijo él—. ¿Por qué no te largas de una puta vez?

—Puede quedarse, sargento —dijo LaGuerta.

—¿Para qué coño...? —repuso él, desafiándola con la mirada.

—No es mi intención molestar a nadie —dije, dirigiéndome hacia la puerta sin demasiada convicción.

—No tienes por qué irte —dijo LaGuerta dedicándome una sonrisa. Se volvió a Doakes y repitió—: Puede quedarse.

—Joder, este tío me da escalofríos —murmuró Doakes. Comencé a apreciar la sensibilidad de ese hombre. Claro que yo le producía escalofríos. La única pregunta pertinente era por qué era él el único hombre en una estancia llena de polis que tenía intuición suficiente como para sentir escalofríos ante mi presencia.

—Empecemos —dijo LaGuerta haciendo restallar el látigo con suavidad, sin dejar ningún atisbo de duda de que era ella quien estaba al frente. Doakes se apoltronó en el asiento tras lanzarme una última mirada de desconfianza.

La primera parte de la reunión era mera rutina: informes, maniobras políticas, todas esas pequeñas cosas que nos hacen humanos. A aquellos que son humanos, claro. LaGuerta comunicó a los agentes que tenían que entrevistarse con la prensa qué datos podían filtrar y cuáles no. Entre lo que podían pasar estaba una fotografía resplandeciente que LaGuerta se había hecho

especialmente para la ocasión. Era seria y atractiva a la vez; intensa y a la vez refinada. Casi podías decir que era teniente con solo verla. Ojalá Deborah tuviera esa habilidad para las relaciones públicas.

Tardamos más de una hora en abordar realmente el tema de los asesinatos. Pero por fin LaGuerta pidió informes sobre los progresos efectuados en torno a la búsqueda del testigo misterioso. Nadie tenía nada que aportar. Hice un gran esfuerzo por aparentar sorpresa.

LaGuerta lanzó al grupo una mirada imperativa.

—Venga, chicos —dijo—. Alguien tiene que dar con algo.

Pero nadie tenía nada, y se produjo una pausa mientras el grupo se estudiaba las uñas, observaba el suelo o las placas del techo.

Deborah carraspeó.

—Este... —dijo, carraspeando de nuevo—. He tenido, este..., una idea. Una idea nueva. Buscar en una dirección ligeramente diferente.

Lo dijo como si estuviera entrecomillado, y en realidad lo estaba. Ni un millón de clases por mi parte podían hacer que sus palabras sonaran espontáneas, pero al menos había seguido mis consejos sobre la construcción políticamente correcta de párrafos.

LaGuerta enarcó una ceja artificialmente perfecta.

—¿Una idea? ¿En serio? —Hizo una mueca para demostrar lo sorprendida y encantada que estaba—. Por favor, adelante, compártala con nosotros, agente Ein... agente Morgan.

Doakes soltó una risita. ¡Qué encanto de hombre!

Deborah enrojeció, pero siguió adelante.

—Se refiere a la... cristalización de células. De la última víctima. Me gustaría comprobar si se ha robado algún camión refrigerado en la última semana, o poco más.

Silencio. Un silencio profundo y espeso. El silencio de las vacas. Los muy capullos no lo captaban, y tampoco puede decirse que Deborah colaborara en aclararlo. Dejó que el silencio fuera creciendo, un silencio que LaGuerta batió con un encantador fruncido de cejas y una mirada de perplejidad e inocencia hacia todos los presentes para ver si alguien comprendía algo, rematada con una cortés mirada dirigida a Deborah.

—¿Camiones... refrigerados? —dijo LaGuerta.

La pobre Deborah se veía muy nerviosa. No era alguien a quien se le diera bien hablar en público.

—Exacto —dijo ella.

LaGuerta prolongó el momento, disfrutándolo.

—Mmm... Ya.

A Deborah se le ensombreció la cara; no era una buena señal. Carraspeó, y cuando vi que no servía de nada tosi, lo bastante fuerte como para recordarle que

conservara la calma. Me miró. Lo mismo hizo LaGuerta.

—Lo siento —dije—. Creo que ayer cogí un resfriado.

¿Alguien podría pedir un hermano mejor?

—Ah, el *frio*... —balbuceó Deborah, captando lo que quería decirle—. Un vehículo refrigerado podría causar ese efecto en el tejido. Y además se mueve, así que dificultaría la captura. También le resultaría más fácil librarse del cadáver. Así que..., bueno... si hubieran robado alguno, me refiero a uno de esos... camiones... eso podría llevarnos a alguna parte.

Bueno, era más o menos así y lo había expuesto todo. Un par de miradas pensativas florecieron entre los asistentes. Casi pude oír cómo cambiaban de marcha.

Pero LaGuerta se limitó a asentir.

—Es una idea muy ... *interesante*, agente —dijo, dando el énfasis justo a la palabra *agente*, para recordarnos que estábamos en una democracia donde todos podíamos hablar, pero que en realidad...—, pero sigo convencida de que nuestra mejor apuesta es encontrar al testigo. Sabemos que ese hombre existe. —Sonrió, con una sonrisa fingidamente tímida—. O esa mujer —añadió, para demostrarnos que podía ser aguda—. Alguien vio algo. Tenemos *pruebas* de eso. Así que concentrémonos en ello y dejemos los pajares para los chicos de Bronward, ¿de acuerdo? —Hizo una pausa, esperando alguna risita por parte del público—. Pero, agente Morgan, apreciaría que siguiera ayudándonos en los contactos con las prostitutas. Allí la conocen bien.

Por Dios, qué buena era. Había borrado cualquier vestigio de la idea de Deb, la había puesto en su sitio, y apelado a la solidaridad grupal del equipo con la broma de nuestra rivalidad con el condado de Bronward. Todo con solo unas palabras. Sentí deseos de aplaudir.

Excepto porque, claro, yo estaba en el equipo de Deborah, y acababan de vencerla. Abrió la boca un segundo, luego la cerró, y observé cómo los músculos de la mandíbula luchaban para volver de nuevo a la expresión de poli neutral. Se trataba de una excelente maniobra, pero la verdad es que jugaba en una liga distinta a la de LaGuerta.

El resto de la reunión pasó sin pena ni gloria. No había nada más de que hablar al margen de lo ya expuesto. De modo que poco después de la estupenda conclusión de LaGuerta, la reunión se disolvió y salimos todos al vestíbulo.

—La odio —murmuró Deborah entre dientes—. La odio, la odio, ¡la odio!

—Totalmente de acuerdo —asentí.

—Gracias, hermano —dijo, mirándome—. Has sido de gran ayuda.

Enarqué las cejas.

—Convinimos en que yo me quedaría fuera para que te llevaras el mérito.

—¿Mérito? Me ha dejado como una imbécil delante de todos.

—Con todo mi respeto, hermanita, has colaborado bastante.

Deborah me miró, luego bajó los ojos y levantó las manos en un gesto de desesperación.

—¿Qué querías que dijera? Ni siquiera formo parte del equipo. Solo estoy allí porque el capitán les ordenó que me admitieran.

—Y no les dijo que tuvieran que escucharte.

—Y no lo hacen. Ni lo harán —dijo Deborah con amargura—. En lugar de conducirme a Homicidios esto acabará con mi carrera. Moriré haciendo de puta en la calle, Dex.

—Hay una salida, Deb —dije, y la mirada que me dirigió era casi de desesperanza.

—¿Cuál?

Le sonreí, brindándole mi sonrisa más reconfortante y desafiante a la vez, una sonrisa que decía tampoco-soy-tan-cruel.

—Encuentra el camión.

Tardé tres días en volver a tener noticias de mi hermana adoptiva, un período muy largo para ella. Entró en mi oficina el jueves, justo después de comer, con aspecto abatido.

—Lo encontré —dijo, pero no supe a qué se refería.

—¿Qué has encontrado, Deb? —pregunté—. ¿El manantial de la vida eterna?

—El camión —dijo ella—. El camión refrigerado.

—Pero esa es una buena noticia —dije—. ¿Por qué parece que vayas buscando a alguien a quien partirle la cara?

—Porque me gustaría encontrarlo —dijo ella, lanzando cinco páginas grapadas sobre mi escritorio—. Echa un vistazo a esto.

Lo cogí y miré la primera hoja.

—Vaya... ¿Cuántos en total?

—Veintitrés —dijo ella—. En el último mes se han denunciado los robos de veintitrés camiones refrigerados. Los chicos de tráfico dicen que la mayoría acaban hundidos en canales, incendiados para cobrar el dinero del seguro. Nadie se toma demasiadas molestias para encontrarlos. De forma que nadie los busca, ni piensan hacerlo.

—Bienvenida a Miami.

Deborah suspiró y me quitó la lista de las manos. Se repanchigó en la silla como si se hubiera quedado sin huesos.

—No hay forma humana de seguir el rastro de todos, al menos no yo sola. Me llevaría meses. Maldita sea, Dex. ¿Qué hacemos ahora?

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, Deb. Me temo que solo podemos esperar.

—¿Eso es todo? ¿Esperar?

—Exacto —dije.

Y así fue. Durante dos semanas fue lo único que hicimos. Esperamos.

Y entonces...

Desperté empapado en sudor, sin saber muy bien dónde estaba y absolutamente seguro de que iba a cometerse otro asesinato. En algún lugar, no muy lejos, *él* buscaba su siguiente víctima, deslizándose por la ciudad como un tiburón entre pececillos. Estaba tan convencido que casi podía oír el crujido de la cinta aislante. Estaba ahí fuera, alimentando a su Oscuro Pasajero, y este hablaba con el que yo llevaba dentro. Y había estado moviéndome con él en sueños, una rémora fantasmal que dibujaba círculos grandes y lentos.

Me senté en mi cama individual y me zafé del amasijo de sábanas. El reloj de la mesilla indicaba que eran las 03:14. Habían pasado cuatro horas desde que me acosté y me sentía como si hubiera estado surcando la jungla con un piano cargado a la espalda. Estaba sudoroso, entumecido y atontado, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera esa certeza de que algo estaba ocurriendo sin mí.

El sueño se había acabado por esa noche, no cabía duda. Encendí la luz. Tenía las manos húmedas y temblorosas. Me las sequé con la sábana, pero no sirvió de nada. Las sábanas estaban igual de húmedas. Fui al cuarto de baño a lavármelas. Las puse debajo del chorro de agua. El grifo soltaba un chorro cálido, a temperatura ambiente, y por un instante era como si me lavara las manos con sangre y el agua se volvió roja; fue solo un segundo, en la semipenumbra del cuarto de baño, pero del grifo brotó sangre.

Cerré los ojos.

Y el mundo cambió de posición.

Tenía la intención de librarme de este truco fruto de la luz y de mi cerebro somnoliento. Cierra los ojos, ábrelos, y la ilusión se habrá desvanecido y lo que tendré delante será simplemente agua. En su lugar, fue como si al cerrar los ojos hubiera abierto otros en otro mundo.

Había regresado a mi sueño, flotaba como la hoja de un cuchillo sobre las luces del boulevard Biscayne, un vuelo frío y acerado, concentrado en un objetivo y...

Volví a abrir los ojos. El agua era solo agua.

¿Pero qué era yo?

Sacudí la cabeza con fuerza. Tranquilo, chico; no te hundas, Dexter, por favor. Inspiré profundamente y me miré en el espejo: tenía el aspecto que debía tener. Rasgos cuidadosamente compuestos. Ojos azules serenos y burlones, una perfecta imitación del ser humano. Aparte del pelo, tan revuelto como el de Stan Laurel, no había señal alguna de lo que acababa de pasar por mi cerebro medio dormido y me había sacado del sueño.

Con cuidado volví a cerrar los ojos.

Oscuridad.

Pura y simple oscuridad. Sin vuelos, sin sangre, sin luces de la ciudad. Solo el

bueno de Dexter delante del espejo con los ojos cerrados.

Los abrí de nuevo. Hola, chico, qué alegría verte. ¿Pero dónde diablos te has metido?

Esa era la pregunta, claro. He pasado la mayor parte de mi vida sin sueños molestos y, por supuesto, sin alucinaciones. No he sufrido visiones del Apocalipsis, ni iconos junguianos rebotados de mi subconsciente, ni recurrentes imágenes misteriosas filtrándose en la historia de mi inconsciente. Nada perturba las noches de Dexter. Cuando me voy a dormir, todo mi ser duerme.

Entonces, ¿qué había sucedido? ¿Por qué se me aparecían estas imágenes?

Me lavé la cara con vigor y me aplasté el cabello. Esto no respondía a la pregunta, por supuesto, pero me hizo sentir un poco mejor. ¿Cómo podían ir mal las cosas con el pelo debidamente peinado?

Lo cierto era que no lo sabía. Las cosas podían ir muy mal. Podía estar perdiendo el juicio. ¿Y si llevaba años hundiéndome en la locura, y este asesino había sido solo el último empujón hacia la demencia total? ¿Cómo podía medirse la cordura en alguien como yo?

Las imágenes habían sido tan desagradables y tan reales... Pero no podían ser ciertas: no me había movido de la cama. Y, sin embargo, casi había sido capaz de oler la sal del agua, el cansancio y aquel perfume barato que flotaba sobre el *boulevard* Biscayne. Completamente real... ¿y no era acaso uno de los síntomas de la locura que las alucinaciones no pudieran distinguirse de la realidad? No tenía respuesta, ni forma de encontrarla. Hablar con un psiquiatra quedaba descartado, claro. El pobre tío se llevaría un susto mortal y podía sentirse obligado a encerrarme en algún sitio. No es que dudara de lo acertado de la idea, pero si estaba perdiendo el control sobre mi cordura tal como yo la había construido, era un problema mío y de nadie más, y el problema comenzaba en que no había forma de tener la certeza de ello.

Aunque, puestos a pensar, sí había un modo.

Diez minutos después me dirigía en coche a Dinner Key. Conducía despacio, ya que en realidad no sabía qué estaba buscando. Esta parte de la ciudad estaba dormida, más dormida que nunca. Algunas pocas personas aún se movían en el paisaje de Miami: turistas que habían tomado demasiado café cubano y no podían conciliar el sueño. Gente de Iowa en busca de una gasolinera. Forasteros buscando South Beach. Y los depredadores, claro: chulos, ladrones, traficantes de crack, vampiros, espectros y monstruos variados de mi calaña. Pero en esta área, a estas horas, tampoco había muchos. Esto era Miami desierto, más desierto imposible, un lugar que tenía aspecto solitario debido al fantasma de la multitud que lo ocupaba durante el día. Era una ciudad reducida a un simple terreno de caza, sin los llamativos disfraces en forma de camisetas brillantes y luz solar.

Así que me dediqué a cazar. Los demás ojos nocturnos advirtieron mi presencia y me descartaron cuando pasé sin aminorar la marcha. Me dirigí hacia

el norte, por el antiguo puente levadizo, hasta llegar al centro de Miami, sin estar muy seguro de lo que iba buscando y sin verlo todavía; pero a la vez, por alguna razón incómoda, absolutamente seguro de que acabaría encontrándolo, de que iba en la dirección correcta, de que *me* esperaba en algún lugar.

Justo después del Omni empezaba la vida nocturna. Más actividad, más cosas que ver. Gente gritando por la acera, música que salía de los coches que iban y venían. Las chicas de la noche en la calle, apiñándose en las esquinas, riéndose o contemplando estúpidamente los coches que pasaban. Y estos se detenían a devolverles la mirada, escudriñando su atuendo y las partes que este dejaba al aire. Dos manzanas por delante un flamante Rolls Royce Corniche se paró y una bandada de chicas surgió de las sombras, bajando de la acera y rodeando al vehículo en la calzada. El tráfico se quedó parcialmente detenido, sonaron las bocinas. La mayor parte de los conductores esperó un minuto, contentos con el espectáculo, pero un camión impaciente adelantó a la fila de coches, invadiendo el carril contrario.

Un camión refrigerado.

No era nada, me dije. Reparto nocturno de yogures; ristas de salchichas para el desayuno, frescura garantizada. Un cargamento de mero en dirección norte o hacia el aeropuerto. Por Miami circulaban camiones refrigerados a todas horas, incluso ahora, incluso de noche... Nada más.

Pero en cualquier caso apreté el acelerador. Me moví, adelantando entre los coches. Me quedé a tres vehículos del Corniche y su asediado conductor, sin perder de vista al camión. El tráfico se detuvo. El camión se dirigía hacia Biscayne, avanzando por una avenida sembrada de semáforos. Si me quedaba demasiado atrás lo perdería. Y de repente sentía la urgencia de no perderlo.

Aguardé a que se produjera un hueco en el tráfico y metí el morro en el carril contrario. Adelanté al Corniche y aceleré, acercándome al camión. Intentando no correr demasiado, no acosar, pero a la vez reduciendo poco a poco la distancia que nos separaba. Iba tres semáforos por delante, luego dos.

Entonces tuvo que detenerse en un semáforo, y antes de poder acelerar y saltarme el mío, este también cambió. Me paré. Con cierta sorpresa me di cuenta de que estaba tenso: yo, Dexter, el bloque de hielo. Estaba sintiendo emociones humanas como ansiedad, desesperación, angustia real. Quería alcanzar este camión y verlo con mis propios ojos; ah, cómo deseaba apoyar la mano en el camión, abrir la puerta de la cabina y mirar en el interior...

¿Y luego qué? ¿Lo arrestaba yo solo? ¿Lo llevaba de la mano a ver a la inspectora LaGuerta? ¿Mira lo que he pillado? ¿Puedo quedármelo? Era igual de probable que lo dejaran quedarse conmigo. Ese individuo estaba en plena caza, y yo me limitaba a seguirlo como un pesado hermano pequeño. ¿Y por qué lo seguía? ¿Acaso quería probarme a mí mismo que era él, ese *él*, el que estaba al acecho y yo no estaba loco? Y si no estaba loco, ¿cómo lo sabía? ¿Qué sucedía en

mi cerebro? Quizás estar chiflado sería una solución más conveniente al fin y al cabo.

Un viejo pasó por delante de mi coche, cruzando la calle con pasos increíblemente lentos y trabajosos. Le observé por un instante, preguntándome cómo debe de ser la vida cuando te mueves tan despacio, y después posé los ojos en el camión.

Su semáforo se había puesto verde. El mío no.

El camión aceleró con rapidez, avanzando hacia el norte al máximo de velocidad, las luces traseras haciéndose cada vez más pequeñas mientras lo observaba, esperando a que cambiara el semáforo.

Algo que este se negaba a hacer. Y así, apretando los dientes —¡tranquilo, Dex!—, me salté el semáforo, esquivando al viejo por muy poco. Ni se inmutó.

En esta zona del *boulevard* Biscayne el límite de velocidad es de sesenta kilómetros por hora. En Miami eso significa que si vas a menos de ochenta, te echan de la calzada. Aceleré hasta ciento cinco, sorteando el escaso tráfico, desesperado por acortar distancias. Las luces del camión parpadearon cuando dobló una curva, ¿o se había devuelto? Aumenté la velocidad hasta ciento veinte, y atravesé a todo gas la calle 79, seguí la curva hasta el Publix Market y me mantuve en la misma avenida, buscando desesperadamente algún rastro del camión.

Y lo vi. Allí delante.

Avanzando *hacia* mí.

El muy cabrón había vuelto sobre sus pasos. ¿Había notado que lo seguía? ¿Había oído mi desesperada persecución? No importa: era él, el mismo camión, no cabía duda y, después de cruzarnos, giró hacia la carretera elevada.

Pisé el pedal del freno hasta el fondo, me metí en un aparcamiento cercano, di media vuelta y acelerando me incorporé al *boulevard* Biscayne, ahora en dirección sur. Pocos metros más adelante giré para tomar la carretera que discurre a poca altura sobre el mar. Delante, a lo lejos, casi en el primer puente, vi las pequeñas luces rojas, parpadeantes, burlándose de mí. Pisé con fuerza el pedal del gas y seguí adelante.

Ahora subía por la pendiente de acceso al puente, ganando velocidad, manteniendo fija la distancia que nos separaba. Lo que quería decir que debía saber, debía haber advertido que alguien lo seguía. Aceleré un poco más y fui aproximándome, poco a poco, cada vez más cerca.

Y entonces desapareció: estaba en el punto más alto del puente y bajó a toda velocidad en dirección de North Bay Village, una zona constantemente patrullada por la policía. Si iba demasiado rápido, lo verían y lo obligarían a parar. Y entonces...

Había llegado a ese mismo punto del puente y miré hacia abajo... Nada.

Una calle vacía.

Frené, miré hacia todas direcciones aprovechando la ventaja de hallarme en un punto elevado. Un coche venía hacia mí. No era el camión, sino un Mercury Marquis con un guardabarros abollado. Descendí por el carril izquierdo.

Al final del puente, la carretera sobre el mar dividía North Bay Village en dos áreas residenciales: a la izquierda, por detrás de la gasolinera, una hilera de casas pareadas y bloques de apartamentos en forma de círculo; a la derecha estaban las casas independientes, pequeñas pero caras. Nada se movía por ningún sitio. No se veía ninguna luz, ninguna señal de nada, ni de tráfico ni de vida.

Avancé por la zona muy despacio. Nada. Había desaparecido. Lo había perdido en un área residencial con una sola calle principal. ¿Pero, cómo?

Di media vuelta, me detuve en el arcén y cerré los ojos. No sé por qué: quizá esperaba *ver* algo de nuevo. Pero no sucedió. Solo oscuridad y lucecitas brillantes bailando dentro de mis párpados. Estaba cansado. Me sentía como un imbécil. Sí, yo, Dexter el robot intentando jugar a ser el Chico Maravillas y usando mis poderes psíquicos para atrapar al genio malvado. Persiguiéndole en mi supervehículo anticrimen. Y, para colmo, seguro que se había tratado solo de un chico de reparto colocado jugando a hacerse el machito con el otro único conductor que había esa noche en la carretera. Algo que en Miami sucedía todos los días a cualquier conductor de esta bella ciudad. A ver si puedes atraparme. Después te mandaban a la mierda mostrándote el dedo y enseñando la pistola, cuatro tacos y vuelta al trabajo.

Solo un camión refrigerado, nada más, que ahora debía de estar surcando Miami Beach a toda velocidad con la radio emitiendo atronadoras notas de *heavy metal*. Y no mi asesino, no un enlace misterioso que me había sacado de la cama y enviado de patrulla por toda la ciudad a medianoche. Porque eso era demasiado estúpido para expresarlo con palabras, y desde luego demasiado estúpido para el desapasionado y calculador Dexter.

Apoyé la cabeza en el volante. Qué fantástico había sido vivir esta experiencia tan *humana*. Ahora sabía qué se siente cuando haces el imbécil de forma absoluta. No muy lejos el timbre que anunciaba la subida del puente levadizo empezó a sonar. Ding ding ding. La alarma de mi intelecto difunto. Bostecé. Hora de volver a casa, de acostarse.

A mi espalda oí el ruido de un motor al arrancar. Volví la cabeza.

Salió de la gasolinera que había al final del puente como una exhalación, dibujando un círculo. Pasó junto a mí, coleando, y sin dejar de acelerar; pese a la velocidad distinguí una silueta que se giraba hacia mí desde la ventanilla del asiento del conductor, con un gesto duro y violento. Agaché la cabeza. Algo chocó contra el lateral de mi coche, produciendo el sonido de un buen golpe. Esperé un momento, solo para asegurarme de que no corría peligro. Después levanté la cabeza y miré. El camión se alejaba a toda velocidad, llevándose consigo la barrera de madera que impedía el paso al puente y, con un último

acelerón, saltó con facilidad al otro lado justo cuando este empezaba a subir, entre los gritos de desesperación del vigilante. Después desapareció, tomando el camino de regreso a Miami, alejándose al otro lado del foso infranqueable dejado por el puente levadizo. Se había esfumado totalmente, se había esfumado como si nunca hubiera existido. Y ahora nunca sabría si el conductor era mi asesino, o solo otro capullo de los muchos que poblaban Miami.

Salí del coche a inspeccionar la abolladura. Era considerable. Miré alrededor para ver qué había lanzado.

Había rodado unos dos o tres metros hasta detenerse en mitad de la calle. Incluso a esta distancia no cabía duda, pero solo para asegurarme de que no había error posible, los faros de un coche que se acercaba la alumbraron. El coche derrapó y chocó contra un seto, y por encima del sonido ininterrumpido de la bocina pude oír los gritos del conductor. Me acerqué a esa cosa para confirmar mis sospechas.

Sí. Era eso.

Una cabeza de mujer.

Me agaché para verla de cerca. Se trataba de un corte muy limpio, un trabajo excelente. Casi no había sangre en el borde de la herida.

—Gracias a Dios —dije en voz alta, consciente de que estaba sonriendo. ¿Y por qué no?

¿No era una buena noticia? Al fin y al cabo no estaba loco.

Poco después de las ocho de la mañana LaGuerta se acercó al lugar donde estaba yo sentado, sobre el capó del coche. Apoyó el impecable traje sastre en la carrocería y se deslizó hasta que nuestros muslos se rozaron. Esperé que dijera algo, pero por una vez no parecía tener nada que decir. Tampoco yo. De modo que permanecí unos minutos sentado, mirando el puente, sintiendo el calor de su muslo contra el mío y preguntándome adónde se habría ido mi tímido amigo del camión. Pero una presión en el muslo me sacó de mi ensimismamiento.

Bajé la vista hacia el pantalón. LaGuerta me amasaba el muslo como si fuera una barra de arcilla. La miré a los ojos y me sostuvo la mirada.

—Han encontrado el cuerpo —dijo ella—. Ya me entiendes, el que acompañaba a la cabeza.

Me incorporé.

—¿Dónde?

Me miró del modo en que los policías miran a la gente que encuentra cabezas decapitadas por la calle. Pero respondió.

—En el Office Depot Center.

—¿Dónde juegan los Panthers? —pregunté, y sentí un escalofrío, como si un dedo helado me atravesara el cuerpo—. ¿En el hielo?

LaGuerta asintió sin dejar de observarme.

—Los Panthers son un equipo de hockey —dijo ella—, ¿verdad?

—Creo que sí —dije, sin poder contenerme.

Se mordió los labios.

—Lo encontraron envuelto en la red de la portería.

—¿La del equipo de casa o la de los visitantes? —pregunté.

—¿Eso importa algo? —dijo ella, parpadeando.

Sacudí la cabeza.

—Era solo una broma, inspectora.

—No tengo ni idea de qué diferencia hay. Debería encontrar a alguien que entienda de hockey —dijo ella, apartando por fin la mirada de mí y dirigiéndola hacia la multitud, en busca de alguien que llevara un disco para jugar al hockey—. Me alegra que estés de humor para bromas —añadió—. ¿Y qué es una... —Frunció el ceño, en un esfuerzo por recordar— *sam-boli*?

—¿Qué?

—Es una especie de máquina —explicó con un encogimiento de hombros—. Creo que se usa para el hielo...

—¿Una Zamboni?

—Como se llame. El individuo que la conduce la saca para preparar el hielo para el entrenamiento matutino. Hay un par de jugadores a los que les gusta practicar a primera hora. Y les gusta que el hielo esté en condiciones, así que el

tío este, el conductor de la... —vaciló por un instante— ¿*zamboli*?, llega muy temprano los días de entreno. La mete en la pista y ve las bolsas apiladas. Junto a la red de la portería. De manera que se acerca a echar un vistazo. —Volvió a encogerse de hombros—. Doakes está allí ahora. Dice que no consiguen calmarle lo suficiente como para sacarle ni una palabra más.

—Entiendo algo de hockey —dije yo.

Me lanzó una mirada intensa.

—Hay tantas cosas de ti que no sé, Dexter. ¿Juegas al hockey?

—No, nunca he jugado —admití con modestia—. Solo he visto unos cuantos partidos.

No dijo nada y tuve que mordirme los labios para no seguir presumiendo. Lo cierto es que Rita había sacado entradas de temporada para los Florida Panthers y, para mi sorpresa, yo había descubierto que me gustaba el hockey. No era solo la violencia frenética y alegremente homicida lo que me divertía. Había algo relajante en estar sentado en el enorme y frío estadio, y habría ido allí sin oponer resistencia hasta para ver un partido de golf. También es cierto que le habría dicho cualquier cosa a LaGuerta con tal de que me llevara al estadio. Sentía unas incontenibles ganas de ir al estadio. Deseaba ver el cuerpo apilado sobre el hielo más que cualquier otra cosa, deseaba deshacer el pulcro envoltorio y ver la limpia carne fresca. Deseaba tanto verla que me sentí como un perro babeante de esos que salen en los dibujos animados; mi urgencia por verlo era tal que incluso sentía que el cuerpo, en cierto modo, me pertenecía.

—Muy bien —dijo LaGuerta cuando yo ya estaba a punto de reventar, luciendo una sonrisa fugaz, en parte oficial y en parte... ¿qué? Daba igual, algo distinto; desgraciadamente, algo humano que quedaba más allá de mi capacidad de comprensión—. Nos dará ocasión de charlar.

—Me gustaría mucho —dije, rezumando encanto por todos los poros.

LaGuerta no respondió. Quizá no me oyó, aunque tampoco importaba. Estaba más allá del sarcasmo en todo lo que se refería a su imagen. Era posible herirla con el halago más absurdo del mundo y ella lo aceptaba como si fuera su obligación. La verdad es que no me divertía halagarla. Cuando no hay desafío pierde la gracia. Pero no se me ocurría nada mejor que decir. ¿De qué se imaginaba ella que hablaríamos? Ya me había interrogado sin piedad antes de llegar a la escena del crimen.

Permanecemos junto a mi coche abollado y presenciamos la salida del sol. Ella observó la carretera sobre el mar y me preguntó siete veces si había visto al conductor del camión, cada vez con una inflexión levemente distinta, frunciendo el ceño entre una y otra pregunta. Me había preguntado en cinco ocasiones si estaba seguro de que se trataba de un camión refrigerado, y estoy seguro de que eso era lo que entendía por sutileza. Quería preguntar mucho más, pero se echó atrás para no resultar demasiado obvia. Incluso una vez se olvidó de quién era y

preguntó en español. Le contesté en español que estaba *seguro*, y ella me miró a los ojos y me tocó el brazo, pero no volvió a preguntar.

Y por tres veces había seguido con la mirada la rampa de acceso al puente, sacudido la cabeza y mascullado « ¡Putas! » entre dientes. Se trataba de una clara referencia a la agente Puta, mi querida hermana Deborah. Dada la aparición en escena del camión refrigerado que Deborah había predicho, iba a necesitar una cierta cantidad de control por su parte y, por cómo LaGuerta se mordisqueaba el labio inferior, deduje que la inspectora estaba firmemente concentrada en ese problema. Estaba seguro de que daría con algo que a Deb le resultara incómodo —era una de sus mayores habilidades—, pero por el momento esperaba que mi hermana se anotara el punto. No con LaGuerta, claro, pero cabía esperar que el resto advirtiera que su brillante intento de trabajo detectivesco había dado en la diana.

Por extraño que resulte, LaGuerta no preguntó qué hacía yo en mi coche a esas horas. Claro que no soy detective, pero me parece una pregunta bastante obvia. Quizá sería poco amable por mi parte decir que las omisiones de ese tipo eran típicas de ella, pero ahí está. Simplemente no preguntó.

Y, sin embargo, al parecer teníamos más cosas de qué hablar. De manera que la seguí hasta su coche, un gran Chevrolet azul celeste que no tenía más de dos años y que conducía cuando estaba de servicio. En su vida privada llevaba un pequeño BMW del que se suponía que nadie tenía noticia.

—Sube —dijo ella. Y me senté en el asiento delantero, de un azul impoluto.

LaGuerta conducía deprisa, sorteando el tráfico, y en pocos minutos estábamos en la carretera sobre el mar de regreso a Miami, atravesando la bahía de Biscayne de nuevo y a un kilómetro más o menos de la I-95. Se incorporó a la autopista en dirección norte sorteando el tráfico a una velocidad que parecía un poco excesiva incluso para Miami. Pero llegamos a la 595 y giramos hacia el oeste. Me miró tres veces de reojo antes de decidirse a hablar.

—Bonita camisa —dijo.

Me miré la bonita camisa, que me había echado encima cuando salí de mi apartamento para llevar a cabo la cacería, y ahora la veía por primera vez: una camisa deportiva de poliéster con brillantes dragones rojos estampados. La había llevado todo el día anterior y estaba un poco arrugada, pero seguía pareciendo limpia. Y era bonita, claro, pero aun así...

¿Podía ser que LaGuerta estuviera intentando entablar una conversación intrascendente con el fin de que me relajara lo bastante para inculparme de algo? ¿Sospechaba que yo sabía más de lo que admitía y creía que podía hacerme bajar la guardia y decirlo?

—Siempre llevas una ropa preciosa, Dexter —dijo ella.

Me miró fijamente, con una sonrisa golosa, enorme, sin darse cuenta de que estaba a punto de estampar el coche contra un camión con remolque. Reaccionó

a tiempo y movió el volante con un dedo; adelantamos al camión y nos metimos en la I-595 en dirección oeste.

Pensé en la ropa preciosa que llevaba siempre. Bueno, claro que sí. Me enorgullecía ser el monstruo mejor vestido del condado de Dade. Sí, cierto, despedazó al señor Duarte, pero ¡era tan elegante! Ropa adecuada para cada ocasión... Por cierto, ¿qué se supone que hay que ponerse para asistir a una decapitación de madrugada? Una camisa deportiva vieja y pantalones holgados, naturalmente. Iba *à la mode*. Pero al margen del atuendo que me había puesto de prisa aquella mañana, lo cierto es que ponía atención a la ropa. Fue una de las lecciones de Harry: sé pulcro, viste bien y evita llamar la atención.

¿Pero por qué iba a advertirlo una inspectora cuyo único interés era hacer carrera? A no ser que...

¿Era esto? Una extraña idea empezó a crecer. Algo cansado por aquella sonrisa que se resistía a abandonar su cara me dio la clave. Era ridículo, ¿pero qué otra cosa podía ser?

LaGuerta no intentaba que bajara la guardia para formular preguntas más inquisitivas sobre lo que había visto. Y le importaba un rábano que entendiera de hockey.

LaGuerta estaba flirteando.

Se sentía *atraída* por mí.

Todavía estaba intentando recuperarme del terrible *shock* que había supuesto el extraño e incontenible impulso con Rita... y ahora esto. ¿LaGuerta ligando conmigo? ¿Acaso un grupo terrorista había vertido algo en el agua de Miami? ¿Exudaba yo alguna especie de feromona extraña? ¿O es que toda la población femenina de Miami se había dado cuenta de lo inútiles que son los hombres y yo les resultaba atractivo por eliminación? Con toda seriedad, ¿qué coño pasaba?

Claro que podía equivocarme. Arremetí contra la idea como una barracuda contra una cucharilla de plata. Al fin y al cabo, menuda muestra de egocentrismo pensar que una mujer ambiciosa, refinada y sofisticada como LaGuerta podía mostrar el menor interés por mí. ¿No resultaba más probable que, que...?

¿Que qué? Por desafortunada que fuera la conclusión, esta no dejaba de tener cierto sentido. Nuestros trabajos estaban en el mismo campo y, por tanto, según decía el sentido común policial, teníamos más tendencia a comprendernos y perdonarnos mutuamente. Nuestra relación podía sobrevivir a sus horarios y a su estresante estilo de vida. Y aunque no es algo que deba decir yo, soy bastante presentable: no estoy mal, como suele decirse. Y me había empeñado en ser encantador con ella durante años. Se había tratado de una pura estrategia diplomática, pero ella no tenía por qué saberlo. Ser encantador se me daba *bien*, es una de las pocas cosas de las que puedo envanecerme. Había estudiado mucho y ensayado durante mucho tiempo, y si me aplicaba en ello nadie podía

descubrir que fingía. Lo cierto es que se me daba muy bien esparcir la semilla de mi encanto. Quizás era lógico que las semillas acabaran dando fruto.

¿Pero este fruto precisamente? ¿Y ahora qué? ¿Iba a proponerme una cena íntima cualquier noche de estas? ¿O unas cuantas horas de bendito y sudoroso placer en el motel Cacique?

Por suerte llegamos al estadio antes de que el pánico me invadiera por completo. LaGuerta rodeó el edificio en busca de la entrada correcta. No costaba demasiado encontrarla. Un enjambre de coches de policía se había esparcido frente a una fila de puertas dobles. Aparqué el coche entre ellos. Salté deprisa, antes de que pudiera ponerme la mano en la rodilla. Ella también se bajó y me miró durante un momento, torciendo la boca.

—Echaré un vistazo —dije. Casi fui corriendo hasta el estadio. Huía de LaGuerta, sí, pero también me sentía muy ansioso por entrar: ver qué había hecho el juguetero de mi amigo, estar cerca de su obra, inhalar su espíritu, aprender de él.

El interior resonaba con el tumulto organizado típico de cualquier escenario de un asesinato, y, sin embargo, tenía la sensación de que había una electricidad especial en el aire, un sentimiento levemente acallado de nerviosismo y tensión ausente en los asesinatos corrientes, la intuición de que este, en cierto modo, era distinto, de que cosas nuevas y maravillosas podían suceder por estar ahí, en el filo de la navaja. Pero tal vez fuera solo cosa mía. Un grupo de gente se había congregado en torno a la portería. Algunos llevaban uniformes de Broward; con los brazos cruzados observaban cómo el capitán Matthews discutía sobre jurisdicciones con un hombre trajeado. Al acercarme vi a Angel-nada-que-ver en una postura inusual, de pie junto a un hombre calvo que estaba apoyado sobre una rodilla revisando un montón de paquetes cuidadosamente envueltos.

Me detuve en la baranda y miré por el cristal. Ahí estaba, a solo tres metros. Tenía un aspecto perfecto sobre la pureza fría de la pista de hockey recién preparada. Cualquier joyero les confirmará que encontrar el engaste adecuado resulta vital, y este... Era alucinante. Absolutamente perfecto. Me sentí un poco mareado, inseguro de que la barandilla sostuviera mi peso, como si pudiera atravesar la madera cual hilo de niebla.

Incluso desde la baranda no cabía duda. Se había tomado su tiempo, lo había hecho bien, a pesar de lo que debía de haber parecido una persecución en toda regla por la carretera sobre el mar solo unos minutos antes. ¿O tal vez, de algún modo, había sabido que yo no representaba peligro alguno?

Y, dado que yo había dado la voz de alarma igualmente, ¿representaba para él algún peligro? ¿De verdad pretendía perseguirlo hasta su guarida y dar la voz de alarma para favorecer la carrera profesional de Deborah? Eso es lo que yo pensaba que estaba haciendo, claro, ¿pero sería lo bastante fuerte para llevarlo a cabo si las cosas seguían poniéndose tan interesantes? Estábamos en la pista de

hockey donde había pasado muchas horas agradables y contemplativas; ¿acaso no era esto otra prueba de que este artista —perdonen, quiero decir «asesino», por supuesto— se movía por un sendero paralelo al mío? Contemplan solo la exquisita obra que ha realizado aquí.

Y la clave tenía que estar en la cabeza. No cabía duda de que era una pieza demasiado importante en sus propósitos como para dejarla fuera. ¿Me la había lanzado para asustarme, provocarme un paroxismo de horror, terror y pavor? ¿O había averiguado de algún modo que yo sentía lo mismo que él? ¿Acaso él también podía sentir la conexión que se había establecido entre nosotros y solo quería jugar un poco? ¿Me estaba tomando el pelo? Tenía que tener una buena razón para entregarme un trofeo como ese. Me invadían sensaciones poderosas y vertiginosas, ¿cómo podía él no sentir nada?

LaGuerta me siguió.

—Tienes mucha prisa —comentó, con un deje de queja en la voz—. ¿Tienes miedo de que se vaya? —Señaló las partes del cuerpo amontonadas.

Sabía que en algún lugar de mi interior había una respuesta ingeniosa, algo que la haría sonreír, la seduciría un poco más, suavizaría mi torpe huida de sus garras. Pero allí, en la barandilla, con la vista clavada en el cadáver que había sobre el hielo, en la red de la portería —en presencia, pues, de algo grande, como suele decirse—, mi ingenio se agotó. Me las arreglé para no decirle a gritos que se callara, pero por poco no lo logro.

—Tenía que verlo —reconocí sinceramente, recobrándome después lo bastante como para añadir—: es la red de la portería local.

Me propinó una juguetona palmada en el brazo.

—Eres incorregible.

Por suerte el sargento Doakes se nos acercó antes de que la inspectora tuviera tiempo de emitir su risita coqueta, lo que habría sido más de lo que yo podía soportar. Como de costumbre, Doakes parecía tener más interés en encontrar el modo de agarrarme por las costillas y abrirme en canal que en cualquier otra cosa, y me lanzó una mirada de bienvenida tan cálida y penetrante que me esfumé al instante dejándolo con LaGuerta. Noté que me seguía con la mirada, observándome con una expresión que proclamaba a gritos que yo era culpable de algo, y lo complacido que estaría él de examinar mis entrañas para descubrir de qué. Estoy convencido de que Doakes habría sido más feliz en algún lugar donde se permitiera a la policía romper alguna tibia o un fémur de vez en cuando. Me alejé de él, avanzando despacio por la pista hasta el lugar más cercano donde pudiera sentirme seguro. Acababa de encontrarlo cuando alguien se me acercó por la espalda y me golpeó, con fuerza, en las costillas.

Me erguí para enfrentarme a mi atacante con un leve morado y una sonrisa tensa.

—Hola, hermanita —dije—. ¡Qué alegría ver una cara conocida!

—¡Cabrón! —susurró ella.

—Probablemente —admitió—. ¿Pero por qué sacarlo a colación ahora?

—Porque, miserable hijo de puta, tenías una pista y no me llamaste.

—¿Una pista? —dijo, casi tartamudeando—. ¿Qué te hace pensar que...?

—Corta el rollo, Dexter —atajó Deborah—. Tú no ibas conduciendo a las cuatro de la mañana en busca de putas. Sabías dónde estaba, maldita sea.

Se hizo la luz. Había estado tan absorto en mis propios problemas, empezando por el sueño —y por el hecho de que obviamente no había sido solo un simple sueño— y siguiendo con la pesadilla de mi encuentro con LaGuerta, que no se me ocurrió que le había fallado a Deborah. No había compartido nada con ella. Estaba enfadada, y con razón.

—No era una pista, Deb —dijo, tratando de calmarla un poco—. Nada sólido. Solo un... presentimiento. Una idea, eso es todo. No había nada...

Volvió a empujarme.

—Pero encontraste *algo* —exclamo—. *Lo* encontraste a él.

—En realidad no estoy muy seguro. Más bien diría que él me encontró a mí.

—No te hagas el listo conmigo —dijo ella, y extendí las manos, en señal de que jamás se me ocurriría algo así—. Maldita sea, me lo prometiste.

No recordaba haber formulado ninguna promesa que incluyera llamarla a medianoche para contarle mis sueños, pero no parecía muy oportuno mencionarlo en ese momento, así que no lo hice.

—Lo siento, Deb —dijo en su lugar—. Te juro que nunca creí que esto llevara a nada. La verdad es que solo fue... una corazonada. —Desde luego no tenía la menor intención de intentar explicar los aspectos parapsicológicos del tema, ni siquiera a Deb. O, mejor dicho, sobre todo a ella. Pero me asaltó otro pensamiento. Bajé la voz—. Quizá podrías ayudarme un poco. ¿Qué se supone que debo decirles si me preguntan qué hacía conduciendo a las cuatro de la madrugada?

—¿LaGuerta ya te ha interrogado?

—Exhaustivamente —dijo, luchando contra un escalofrío.

Deb puso cara de asco.

—Y no te lo ha preguntado. —No era una pregunta.

—Estoy seguro de que la inspectora tiene muchas cosas en la cabeza —dijo, sin añadir que al parecer yo era parte de esas cosas—. Pero alguien lo hará tarde o temprano. —Miré hacia LaGuerta, que estaba ocupada Dirigiendo la Operación—. El sargento Doakes probablemente —dijo con temor no fingido.

Deb asintió.

—Es un buen poli. Si solo tuviera otro carácter.

—Es todo un carácter, no me cabe duda —dijo—. Pero por alguna razón no le caigo bien. Preguntaré lo que haga falta para incomodarme.

—Pues dile la verdad —dijo Deborah con cara de póquer—. Pero antes,

dímela a mí. —Y volvió a darme otro codazo en el mismo sitio.

—Por favor, Deb —dijo—. Ya sabes con qué facilidad me salen morados.

—No lo sé —dijo ella—. Pero me apetece averiguarlo.

—No volverá a pasar —prometí—. Fue solo uno de esos momentos de inspiración que se producen a las tres de la mañana. ¿Qué habrías dicho si te hubiera llamado y luego todo hubiera quedado en nada?

—Pero no fue así. Descubriste algo —dijo, con otro empujón.

—Nunca creí que daría algún fruto. Y me habría sentido como un imbécil arrastrándote en esto.

—Imagina cómo me habría sentido yo si ese tío te hubiera matado —dijo ella.

Eso me pilló desprevenido. Ni siquiera podía empezar a imaginar qué habría sentido. ¿Remordimiento? ¿Disgusto? ¿Ira? Me temo que estas cosas quedan fuera de mi alcance. De modo que me limité a repetir:

—Lo siento, Deb. —Y entonces, como tengo algo de la alegre Pollyanna que siempre encontraba el lado bueno de todas las cosas, añadí—: Pero al menos el camión refrigerado estaba allí.

Parpadeó al oírlo.

—¿El camión estaba dónde?

—Oh, Deb. ¿No te lo han dicho?

Esta vez me dio un buen golpe en el mismo sitio.

—Mierda, Dexter —siseó—. ¿Qué pasa con el camión?

—Estaba allí, Deb —dijo, parcialmente incómodo ante su pura reacción emocional, y también, ¿por qué no reconocerlo?, por el hecho de que una mujer atractiva me estuviera zurrando—. Ese hombre conducía un camión refrigerado. Cuando me arrojó la cabeza.

Me cogió de los brazos y se quedó mirándome fijamente.

—¿Qué coño dices? —preguntó.

—Lo que acabas de oír, coño.

—¡Por Dios! —dijo ella, con la mirada perdida en el espacio y viendo, sin duda, cómo su ascenso flotaba más o menos sobre mi cabeza. No me cabe duda de que habría seguido, pero en ese momento la voz de Angel-nada-que-ver se elevó por encima de los ecos del estadio.

—¡Inspectora! —gritó, mirando a LaGuerta.

Fue un sonido extraño, instintivo, el grito medio estrangulado de un hombre que jamás emite ese tipo de ruidos en público, y hubo algo en él que provocó un silencio instantáneo en la sala. El tono indicaba sorpresa y triunfo a partes iguales: he encontrado algo importante, pero ¡Dios mío! Todos los ojos se volvieron hacia Angel y él señaló hacia el calvo agachado que, con cuidado, muy despacio, iba sacando algo de la bolsa superior.

El hombre acabó por fin de sacar lo que fuera y lo soltó. El objeto cayó y

rebotó sobre el hielo. Intentó agarrarlo, pero resbaló, patinando tras aquella cosa brillante que había sacado de la bolsa hasta que ambos fueron a parar contra las tablas. Con la mano temblorosa, Angel lo cogió, lo sostuvo y lo alzó para que todos pudiéramos verlo. El súbito silencio del lugar fue inspirador, imponente, hermoso, como el abrumador estallido de aplausos que sigue a la obra de un genio.

Era el espejo retrovisor del camión.

El gran manto de silencio expectante duró solo un momento. Después, el zumbido de las charlas en el estadio cambió de intensidad mientras la gente se dedicaba a ver, explicar, especular.

Un espejo. ¿Qué diablos significaba?

Buena pregunta. Pese a sentirme muy conmovido por ese objeto, no disponía de ninguna teoría inmediata al respecto. A veces el arte sublime es así. Te afecta y no sabes decir por qué. ¿Se trataba de algún símbolo profundo? ¿Un mensaje críptico? ¿Una súplica desesperada de ayuda y comprensión? Era imposible decirlo, y para mí, ni siquiera primordial. Solo quería empaparme de ello. Que se preocuparan los demás por cómo había llegado hasta allí. Al fin y al cabo quizá simplemente se había caído y el asesino había decidido echarlo en la bolsa de basura que tenía más cerca.

Pero eso no era posible, claro que no. Y ahora ya no podía dejar de pensar en ello. El espejo estaba allí por alguna razón importante. Las bolsas no eran para él simple basura. Tal y como había demostrado eligiendo la pista de hockey como escenario, la presentación jugaba un papel trascendente en sus actos. No dejaba ningún detalle al azar. Y por eso empecé a pensar qué podía significar el espejo. Tenía que creer que, por improvisado que pudiera parecer, colocarlo con los trozos del cuerpo era un acto absolutamente deliberado. Y tenía la sensación, burbujeando en algún punto de mis pulmones, de que se trataba de un mensaje esmerado, muy privado.

¿Dirigido a mí?

Si no a mí, ¿a quién? El resto del acto hablaba para el mundo en general: vean cómo soy. Vean cómo somos todos. Vean qué hago al respecto. El retrovisor de un camión no formaba parte de la frase. Seccionar el cuerpo, drenar la sangre... eran acciones necesarias y elegantes. Pero el espejo —y sobre todo si resultaba pertenecer al camión que perseguí— era distinto. Un toque elegante, sí; ¿pero qué información aportaba? Ninguna. Se había añadido por alguna otra razón, y esa razón tenía que ser comunicar algo nuevo y distinto. Podía sentir la electricidad del pensamiento surcando mi cuerpo. Si pertenecía al camión, solo podía ir dirigido a mí.

¿Pero qué significaba?

—¿A qué coño viene eso? —dijo Deb, a mi lado—. Un retrovisor. ¿Por qué?

—Ni idea —dije, aun sintiendo que su energía latía en mí—. Pero te apuesto una cena en Joe's Stone Crabs a que procede del camión refrigerado.

—No me apuesto nada —dijo ella—. Pero al menos deja sentada una cuestión importante.

La miré, atónito. ¿Podía haber deducido de verdad algo que a mí me había pasado por alto?

—¿Qué cuestión, hermanita?

Indicó con un movimiento de cabeza al enjambre de agentes que seguían deambulando por los bordes de la pista.

—Jurisdicción. Este es nuestro. Vamos.

A primera vista, la inspectora LaGuerta no estaba muy impresionada por este nuevo hallazgo. Quizá bajo aquella máscara de indiferencia cuidadosamente estructurada se ocultaba una inquietud profunda y permanente por el simbolismo del espejo y todas sus implicaciones. O eso, o era más tonta que una bolsa con piedras. Seguía junto a Doakes. A favor de él hay que decir que parecía perplejo, pero quizás obedeciera simplemente a que su cara se había cansado de la habitual expresión de mezquindad y estaba intentando algo nuevo.

—Morgan —dijo LaGuerta dirigiéndose a Deb—. No te había reconocido vestida.

—Supongo que es posible pasar por encima de un montón de cosas obvias, inspectora —dijo Deb antes de que yo pudiera detenerla.

—Así es —dijo LaGuerta—. Por eso algunos de entre nosotros nunca llegan a Homicidios. —Fue una victoria total y sin esfuerzo, y LaGuerta ni siquiera esperó a ver cómo la bala daba en el blanco. Apartándose de Deb, se dirigió a Doakes—: Averigua quién tiene llaves del estadio. Quién puede entrar aquí cuando se le antoje.

—De acuerdo —dijo Doakes—. ¿Compruebo las cerraduras para ver si alguien ha forzado alguna?

—No —dijo LaGuerta con una pequeña mueca—. Ahora ya tenemos la relación con el hielo. Ese camión refrigerado era solo una cortina de humo —añadió mirando a Deborah, antes de volverse de nuevo hacia Doakes—. Los daños que se aprecian en los tejidos tienen que proceder de aquí, del hielo. De modo que el asesino guarda alguna relación con este lugar. —Miró a Deborah una última vez—. No con el camión.

—Uh, uh —dijo Doakes. No sonaba muy convencido, pero no era él quien mandaba.

LaGuerta me miró.

—Creo que puedes irte a casa, Dexter —dijo—. Ya sé dónde vives por si te necesito. —Al menos no me guiñó un ojo.

Deborah me acompañó hasta las puertas del estadio.

—Como esto siga así, estaré vigilando pasos de cebra dentro de un año —dijo, con un gruñido.

—Tonterías, Deb. Yo diría que dentro de dos meses máximo.

—Gracias.

—Bueno, la verdad es que no puedes desafiarla abiertamente. ¿No has visto cómo lo hacía el sargento Doakes? Un poco de sutileza, por el amor de Dios.

—Sutileza. —Se quedó inmóvil y me cogió del brazo—. Mira, Dexter. Esto no

es ningún juego.

—Sí lo es, Deb. Un juego diplomático. Y no lo estás jugando como es debido.

—No estoy jugando a nada. Hay vidas humanas en peligro. Hay un carnicero campando a sus anchas que seguirá suelto mientras esa inútil de LaGuerta siga al frente de la operación.

Reprimí un atisbo de esperanza.

—Quizá sea así...

—*Es así* —insistió Deb.

—... pero Deborah, no vas a cambiar nada ganándote un destierro a la patrulla de tráfico de Coconut Drive.

—No —dijo ella—. Pero eso puede cambiar si encuentro al asesino.

Hay gente que simplemente no tiene la menor idea de cómo funciona el mundo. En otros temas Deb era una persona muy lista, de verdad, pero había heredado toda la franqueza tosca de Harry, su modo directo de enfrentarse a las cosas, sin el matiz de comprensión con que él la combinaba. En Harry la testarudez había constituido un modo de atravesar la materia fecal. En Deborah era un modo de fingir que no existía tal materia.

Una de las patrullas que había en la zona me llevó hasta mi coche. Fui hacia casa, imaginando que había guardado la cabeza, la había envuelto cuidadosamente en papel de seda y la había colocado en el asiento trasero para llevarla conmigo. Estúpido y terrible, lo sé. Por primera vez comprendí a esos individuos tristes, normalmente pervertidos, que se extasían ante los zapatos de mujer o llevan encima ropa interior sucia. Una sensación sucia que me hacía desear una ducha en la misma medida en que deseaba acariciar esa cabeza. Pero no la tenía en mi poder. Lo único que me quedaba era volver a casa. Avancé despacio, a una velocidad algo inferior a la permitida, algo que en Miami equivale a llevar un cartel diciendo PÉGAME colgado a la espalda. Nadie me golpeó, claro. Para eso habrían tenido que frenar. Pero sí intentaron meterme prisa a base de bocinazos unas siete veces, me insultaron ocho, y cinco coches se limitaron a adelantarme, y a fuera por el arcén o invadiendo el carril contrario.

Pero aquel día ni siquiera el enérgico espíritu de los conductores de Miami conseguía animarme. Estaba agotado, aturdido; necesitaba pensar, lejos de los ecos estrepitosos del estadio y del absurdo acoso de LaGuerta. Conducir despacio me daba tiempo para meditar, para descifrar el significado de todo lo que había sucedido. Y caí en la cuenta de que una estúpida frase seguía rondándome por la cabeza, columpiándose entre los engranajes y ruedecillas de mi exhausto cerebro. Había tomado vida propia. Y cuanto más atención prestaba a mis pensamientos, más sentido tenía. Además del sentido, se convirtió en una especie de mantra hipnótico. Se convirtió en la clave para pensar sobre el asesino: la cabeza rodando por la calle, el espejo retrovisor guardado junto a una de esas partes del cuerpo maravillosamente secas.

De haber sido yo...

Es decir: «De haber sido yo, ¿qué querría decir con ese espejo?», y «De haber sido yo, ¿qué habría hecho con el camión?».

Claro que no había sido yo, y esa envidia es muy mala para el alma, pero como no acabo de estar seguro de tener una, tampoco importaba. De haber sido yo, habría metido el camión en cualquier cuneta cercana al estadio para así alejarme después en un coche más rápido. ¿Un coche escondido de antemano? ¿Robado? Dependía. De haber sido yo, ¿tendría ya planeado dejar el cadáver en el estadio, o habría surgido como reacción a la persecución por carretera?

Pero todo esto no tenía sentido. Él no podía haber previsto que alguien lo perseguiría hasta North Bay Village, ¿o sí? Pero, en este caso, ¿cómo tenía la cabeza lista para ser arrojada? ¿Y por qué depositar luego el resto en el estadio? Parecía una elección muy peculiar. Sí, en él había mucho hielo, y cuanto más frío mejor. Pero ese amplio y estruendoso espacio no era muy apropiado para la intimidad que se suele buscar en esos momentos... de haberlo hecho yo. Se respiraba en él una terrible y abierta desolación que no propiciaba en modo alguno la creatividad genuina. Divertido para verlo, pero no el estudio de un artista real. Un cubo de basura, no un taller de trabajo. No emanaba las sensaciones correctas.

De haberlo hecho yo, claro.

De modo que el estadio era un golpe audaz en territorio inexplorado. Daría pistas a la policía, y los conduciría ciertamente en la dirección errónea. Si es que alguna vez tomaban alguna dirección concreta, lo que al día de hoy se revelaba como altamente improbable.

Y para colmo el espejo: si yo estaba en lo cierto acerca de las razones para elegir el estadio, la adición del espejo no hacía más que confirmarlo. Era un comentario a lo que acababa de suceder, conectada al abandono de la cabeza. Era un enunciado que agrupaba todos los cabos sueltos, envolviéndolos con la misma pulcritud que a las partes del cuerpo, un elegante énfasis de una obra mayor. ¿Cuál sería el enunciado, de haberlo hecho yo?

Te veo.

Bueno. Claro que se trataba de eso, a pesar de resultar una obviedad. Te veo. Sé que andas detrás de mí y te vigilo. Pero sigo manteniéndote a distancia, controlando tus movimientos y decidiendo tu velocidad, mientras contemplo cómo me sigues. Te veo. Sé quién eres y dónde estás, y que lo único que sabes de mí es que estoy vigilándote. Te veo.

Eso sonaba acertado. ¿Por qué, pues, no me hacía sentir mejor?

Es más, ¿hasta qué parte podía contarle a Deborah? Este asunto se estaba convirtiendo en algo tan intensamente personal que resultaba difícil recordar que tenía un lado público, un lado que era importante para mi hermana y para su carrera profesional. No podía decirle —ni a ella ni a nadie— que creía que el

asesino estaba intentando comunicarse conmigo, por si yo tenía ingenio suficiente para oírlo y replicar. Pero el resto... ¿Había algo que necesitara decirle, y, por otro lado, quería hacerlo?

Era demasiado. Necesitaba dormir antes de poder resolverlo.

No es que cayera redondo en cuanto me metí en la cama, pero tampoco fue muy distinto. Dejé que el sueño me venciera rápidamente, hundiéndome en la oscuridad. Y obtuve casi dos horas y medio de sueño profundo antes de que me despertara el teléfono.

—Soy yo —dijo una voz al otro extremo de la línea.

—Ya sé que eres tú —dije—. Deborah, ¿no? —Y, por supuesto, lo era.

—He encontrado el camión.

—Bien, felicidades, Deb. Es una gran noticia.

Se produjo un prolongado silencio.

—¿Deb? —dije, por fin—. Es una buena noticia, ¿no?

—No —dijo ella.

—Oh. —Sentía la necesidad de dormir golpeándome la cabeza, como si alguien sacudiera una alfombra de oración antes de que llegaran los fieles, pero traté de concentrarme—. Este, Deb... ¿qué...? ¿Qué ha pasado?

—Lo comprobé todo —dijo ella—. Me aseguré por completo. Fotos, placas de matrícula, todo. Así que, como una buena *scout*, se lo expliqué todo a LaGuerta.

—¿Y no te creyó? —pregunté, atónito.

—Supongo que sí.

Intenté parpadear, pero los ojos querían cerrarse de modo que me rendí.

—Lo siento mucho Deb, pero uno de los dos no se explica bien. ¿Soy yo?

—Intenté explicárselo —dijo Deborah con una vocecilla débil que me transmitió la idea de estar sumergiéndose en el agua sin salvavidas—. Le conté toda la historia. Fui incluso cortés.

—Muy bien. ¿Y qué te dijo?

—Nada —dijo Deb.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada —repitió Deb—. Excepto gracias, con el mismo tono en que se las darías al aparcacoches. Me dedicó esa sonrisa suya tan peculiar y dio media vuelta.

—Bueno, Deb, tampoco puedes esperar que...

—Luego descubrí por qué sonreía así —dijo Deb—. Como si tuviera delante a una retrasada mental y hubiera decidido por fin dónde encerrarme.

—Oh, no —exclamé—. ¿No estarás fuera del caso?

—Todos lo estamos, Dexter —dijo Deb con una voz que revelaba tanto cansancio como el que yo sentía—. LaGuerta ha arrestado a alguien.

De repente el silencio invadió la línea y no pude pensar en nada, pero al

menos consiguió despertarme.

—¿Qué?

—LaGuerta ha detenido a un tipo, uno de los trabajadores del estadio. Lo tiene bajo custodia y está convencida de que es el asesino.

—Eso es imposible —dije, aunque sabía que era posible. Maldita puta descerebrada. LaGuerta, no Deb.

—Ya lo sé, Dexter. Pero no intentes decírselo a LaGuerta. Está segura de que ha pillado al asesino.

—¿Hasta qué punto? —pregunté. La cabeza me daba vueltas y sentía ganas de vomitar. No sabía decir por qué.

—Daré una conferencia de prensa dentro de una hora —gruñó Deb—. Para ella no hay duda.

Los golpes en mi cabeza se hicieron demasiado fuertes para oír lo siguiente que dijo Deb. ¿LaGuerta había arrestado a alguien? ¿A quién? ¿A quién podía haberle cargado el muerto? ¿De verdad era capaz de pasar por alto todas las pistas, el aroma, la textura y el sabor de estos asesinatos y arrestar a alguien? Porque nadie capaz de hacer lo que había hecho este asesino —de hecho, ¡lo que seguía haciendo!— podía permitir que una imbécil como LaGuerta lo atrapara. Nunca. Apostaría mi vida en ello.

—No, Deborah —dije—. No es posible. Se ha equivocado de hombre.

Deborah se rio, con esa risa fatigada que dice aquí-hay-juego-sucio típica de la policía.

—Sí —dijo ella—. Yo lo sé. Tú lo sabes. Pero ella no. ¿Y quieres saber algo gracioso? Él tampoco.

Eso no tenía ningún sentido.

—¿Qué dices, Deb? ¿Quién no lo sabe?

Repitió aquella risita breve y amarga.

—El tipo al que han arrestado. Supongo que debe de estar tan aturdido como LaGuerta, Dex. Porque ha confesado.

—¿Qué?

—Ha confesado, Dexter. El muy capullo ha confesado.

Se llamaba Daryll Earl McHale y era lo que se conoce vulgarmente como un perdedor nato. Había pasado doce de sus últimos veinte años como huésped del estado de Florida. El apreciado sargento Doakes había escarbado en los archivos del personal del estadio hasta dar con él. En una comprobación informática de empleados con antecedentes de violencia o condenas en prisión, el nombre de McHale había saltado dos veces a la pantalla.

Daryll Earl era un borracho que maltrataba a su mujer. Por lo que se ve, de vez en cuando también asaltaba alguna gasolinera solo para entretenerse. Su media de permanencia en cualquier empleo era de un par de meses a lo sumo. Pero entonces, un viernes por la noche cualquiera, engullía unos cuantos lotes de seis botellas de cerveza y empezaba a creerse el Martillo de Dios. Así que salía en el coche hasta dar con una estación de servicio que simplemente le molestara. Entraba empuñando un arma, cogía el dinero y escapaba. Después usaba el botín de 80 o 90 dólares para comprar unos cuantos lotes más, hasta que se sentía tan bien que tenía que zurrar a alguien. Daryll Earl no era un tipo grande: medía un metro sesenta y ocho y era más bien esmirriado. Así que, para no correr riesgos, ese alguien a quien zurrar solía ser su esposa.

Las cosas no le iban mal, y lo cierto es que había conseguido librarse de la justicia varias veces. Pero una noche se ensañó más de la cuenta con su mujer y la mandó al hospital durante un mes. Ella presentó cargos, y como Daryll Earl ya tenía antecedentes, se pasó una buena temporada a la sombra.

Seguía bebiendo, pero al parecer se había asustado lo bastante como para entrar en vereda. Consiguió trabajo como conserje en el estadio, y la verdad es que esta vez le duró. Por lo que sabíamos, hacía años que no le ponía la mano encima a su mujer.

Es más, Nuestro Héroe había tenido incluso su momento de gloria cuando los Panthers consiguieron llegar a la Copa Stanley. Parte de su trabajo consistía en salir a la pista y retirar los objetos lanzados por la afición. Esa temporada tuvo mucho trabajo, ya que cada vez que los Panthers marcaban un gol, sus seguidores arrojaban a la pista unas tres o cuatro mil ratas de plástico. Daryll Earl tenía que salir y recogerlas todas: un trabajo monótono, no cabe duda. De modo que una noche, animado por unos chupitos de vodka barato, cogió una rata de plástico e hizo una especie de baile con ella. La multitud se lo tragó y pidió más a gritos. Empezaron a reclamar el numerito siempre que Daryll Earl salía a la pista de hielo. Daryll Earl representó ese baile durante el resto de la temporada.

Ahora las ratas de plástico estaban prohibidas. Y aunque fueran exigidas por una orden federal, nadie las arrojaría de todos modos. Los Panthers no marcaban un gol desde los días en que Miami tenía un alcalde decente, en algún momento

del siglo pasado. Pero McHale seguía apareciendo en los partidos a la espera de poder mostrar sus habilidades como bailarín.

La que sí demostró que no le faltaban habilidades en la conferencia de prensa fue LaGuerta. Hizo que pareciera como si los recuerdos de una fama fugaz hubieran impelido a Daryll Earl a matar. Y, por supuesto, con su alcoholismo galopante constituía el sospechoso perfecto para esta serie de asesinatos estúpidos y brutales. Ahora las putas de Miami podían descansar tranquilas: la matanza había terminado. Abrumado por la ingente presión de una investigación intensa e inmisericorde, Daryll Earl había confesado. Caso cerrado. Vuelta a la calle, chicas.

La prensa se lo tragó. Supongo que tampoco se les podía echar la culpa. LaGuerta hizo un trabajo tan magnífico a la hora de presentar los hechos y colorearlos con un poco de reluciente razonamiento que habría convencido prácticamente a cualquiera. Y tampoco es que tengas que hacerte un test de inteligencia para llegar a ser reportero. Incluso así, siempre me queda la esperanza de que alguien ponga algo en duda. Y siempre me decepcionan. Quizás es que vi demasiadas películas en blanco y negro cuando era niño. Seguía esperando que un periodista borrachín y gastado de algún medio importante formulara una pregunta inteligente que obligara a los investigadores a reconsiderar atentamente las pruebas.

Pero, por triste que sea, la vida no siempre imita al arte. Y en la conferencia de prensa de LaGuerta el papel de Spencer Tracy fue representado por una serie de modelos masculinos y femeninos con el cabello perfecto y trajes ligeros. Sus penetrantes preguntas culminaron con: «¿Cómo se sintió al encontrar la cabeza?» o «¿Podemos disponer de alguna foto?».

Nuestro reportero solitario, Nick Nosequé de la cadena local afiliada a la NBC, preguntó a LaGuerta si estaba segura de que McHale era culpable. Pero cuando ella afirmó que la evidencia de pruebas masivas indicaban que así era y que, en cualquier caso, la confesión era concluyente, dejó de preguntar. O bien se quedó satisfecho, o bien el discurso había sido demasiado imponente.

De modo que ya estaba. Caso cerrado, la vara de la justicia había caído. La poderosa maquinaria del aparato contra el crimen de la policía metropolitana de Miami había vuelto a triunfar sobre las oscuras fuerzas que asediaban a Nuestra Hermosa Ciudad. Fue un espectáculo encantador. LaGuerta distribuyó algunas instantáneas siniestras de Daryll Earl grapadas a las relucientes fotos de ella misma en plena investigación que le había sacado un fotógrafo de moda de South Beach que cobraba a 250 dólares la hora.

Formaban un conjunto maravillosamente irónico; el peligro aparente y la realidad letal, dos caras de una moneda. Porque por violento y brutal que fuera el aspecto de Daryll Earl, la amenaza real para la sociedad era LaGuerta. Había atado a los perros, cerrado enérgicamente la investigación y enviado a la gente a

la cama en un edificio en llamas.

¿Era yo el único capaz de ver que Daryll Earl McHale no podía ser el asesino? ¿Qué este poseía un ingenio y un estilo que un capullo como McHale no podía ni siquiera llegar a entender?

Nunca había estado tan solo en mi admiración hacia la obra real de un asesino. Las propias partes del cuerpo parecían cantar algo para mí, una rapsodia sin sangre que me iluminaba el corazón y me llenaba las venas de una contagiosa sensación de inspiración. Pero tampoco iba a dejar que esto interfiriera en mi celo a la hora de capturar al asesino, un ejecutor frío y despiadado de inocentes que debía, sin duda, ser llevado ante la justicia. Es así, ¿no, Dexter? ¿Eh? ¿Hola?

Sentado en mi apartamento, frotándome los ojos irritados por el sueño, me dediqué a meditar sobre el espectáculo que acababa de presenciar. Había rozado la perfección tanto como podía hacerlo una conferencia de prensa sin desnudos ni comida gratis. LaGuerta había tocado sin duda todas las teclas que tenía a mano para organizar la mayor y más destacada conferencia de prensa posible, y así había sido. Y, quizá por vez primera en su carrera de lamer Guccis, LaGuerta estaba total y firmemente convencida de que tenía al asesino. Tenía que creerlo. La verdad es que daba más bien lástima. Esta vez pensaba que lo había hecho todo bien. No se trataba de otra maniobra política: en su mente estaba cobrando la recompensa por un resultado limpio y espléndido. Había resuelto el crimen, lo había hecho a su modo, había atrapado al malo y detenido los asesinatos. Se había ganado un aplauso al trabajo bien hecho. Y qué maravillosa sorpresa se llevaría cuando apareciera el siguiente cadáver.

Porque yo sabía, sin lugar a dudas, que el asesino seguía suelto. Probablemente estaría viendo la conferencia de prensa del Canal 7, la cadena que suelen elegir las personas a las que les va la carnaza. En ese momento se estaría riendo con tantas ganas que no podría ni sostener un cuchillo, pero eso pasaría. Y cuando lo hiciera, el sentido del humor lo empujaría a comentar la situación.

Por alguna razón la idea no me abrumó de miedo y desesperación y me hizo tomar la firme decisión de detener a este demente antes de que fuera demasiado tarde. En su lugar sentí un pequeño espasmo de anticipación. Sabía que estaba mal, y eso quizá me hizo sentir incluso mejor. Oh, quería que detuvieran a este asesino y lo llevaran ante el juez, sí, sin duda... ¿pero tenía que ser ya?

También quedaba un pequeño trato por hacer. Si yo iba a colaborar en la pequeña medida de mis posibilidades en el arresto del asesino auténtico, al menos podía hacer que sucediera algo positivo al mismo tiempo. Y mientras le daba vueltas a esa idea sonó el teléfono.

—Sí, lo he visto —dije al receptor.

—¡Por Dios! —dijo Deborah al otro extremo de la línea—. Creo que voy a vomitar.

—Bueno, pues no tengo tiempo para ponerte paños fríos en la frente, hermanita. Hay trabajo que hacer.

—¡Por Dios! —repitió ella. Y luego añadió—: ¿Qué trabajo?

—Dime —le pregunté—, ¿estás apesada?

—Estoy cansada, Dexter. Y más cabreada de lo que he estado en toda mi vida. ¿Puedes hablar claro?

—Te pregunto si estás en lo que papá habría llamado la caseta del perro. ¿Tu nombre es lodo en el departamento? ¿Tu reputación profesional ha sido ensuciada, vilipendiada, embrutecida, modificada y/o cuestionada?

—Entre las puñaladas de LaGuerta y el chiste de Einstein, mi reputación profesional se ha ido a la mierda —dijo ella con más amargura de la que habría creído posible en alguien tan joven.

—Bien. Es importante que no tengas nada que perder.

Se rio.

—Me alegra poder ayudarte en esto. Porque así estoy, Dexter. Si me hundo un poco más, estaré haciendo cafés para las visitas. ¿Adónde quieres ir a parar, Dex?

Cerré los ojos y me apoltroné en la silla.

—Declararás públicamente, ante el capitán y ante todo el departamento, que crees que Daryl Earl no es el hombre buscado y que se cometerá otro asesinato. Presentarás un par de razones convincentes obtenidas gracias a tus investigaciones y serás el hazmerreír de toda la policía de Miami durante un tiempo.

—Ya lo soy —dijo ella—. No pasa nada. ¿Pero hay alguna razón para esto?

Sacudí la cabeza. En ocasiones me resultaba difícil que pudiera ser tan ingenua.

—Queridísima hermana —dije—, ¿no crearás de verdad que Daryl Earl sea culpable?

No contestó. Podía oír cómo respiraba y se me ocurrió que también ella debía de estar tan cansada como yo, pero además sin la energía que da la certeza absoluta.

—¿Deb?

—El tipo confesó, Dexter —dijo ella por fin, y su voz revelaba aún más fatiga que antes—. No... No... Me he equivocado antes, Dexter, incluso cuando... *confesó*, Dexter. ¿Eso no...? Mierda. Quizá debiéramos dejarlo así.

—Ah, mujer de poca fe —dije—. Se han equivocado de hombre, Deborah. Y ahora vas a reescribir la historia.

—Seguro.

—No fue Daryl Earl McHale —dije—. De eso no me cabe la menor duda.

—Y aunque tengas razón, ¿qué pasa?

Ahora llegaba mi turno de parpadear y extrañarme.

—¿Perdona?

—Mira, si yo fuera el asesino, me daría cuenta de que eso me deja libre de sospechas, ¿no? Con un detenido se acaba la búsqueda. ¿Por qué no parar? ¿O incluso largarme a otro lado y volver a empezar?

—Imposible —dije—. Tú no entiendes cómo piensa este individuo.

—Supongo que no —dijo ella—. ¿Cómo lo haces tú?

Preferí pasar por alto aquella pregunta.

—Se quedará aquí y volverá a matar. Tiene que demostrarnos a todos lo que piensa de nosotros.

—¿Qué es...?

—Nada bueno —admití—. Hemos cometido una estupidez al arrestar a un perdedor tan obvio como Darryl Earl. Es cómico.

—Ja, ja —dijo Deb sin la menor alegría.

—Pero al mismo tiempo lo hemos insultado. Hemos dado a ese mediocre gilipollas todo el crédito de su trabajo, que es como decirle a Jackson Pollock que tu hijo de seis años podría haber pintado sus cuadros.

—¿Jackson Pollock? ¿El *pintor*? Dexter, ese tío es un carnicero.

—A su modo, es un artista, Deborah. Y se considera como tal.

—Por el amor de Dios. Es la mayor estupidez que...

—Confía en mí, Deb.

—Sí, confío en ti. ¿Por qué no iba a confiar? De modo que tenemos a un artista airado y divertido que no piensa irse a ninguna parte, ¿es así?

—Exacto —dije—. Tiene que volver a hacerlo, y esta vez delante de nuestras narices. Con toda seguridad será algo más grande.

—¿Qué hará esta vez: matar a una puta gorda?

—A mayor escala, Deborah. Más grande en concepto. Apabullante.

—Oh, apabullante. Claro. Como si usara abono orgánico.

—Las cartas han cambiado, Deb. Se siente ofendido, insultado, y el siguiente asesinato reflejará esos sentimientos.

—Ya —dijo ella—. ¿Y en qué se traduce eso?

—La verdad es que no lo sé —admití.

—Pero estás seguro de ello.

—Sin duda —dije.

—Se aproxima una tormenta —dijo ella—. Pero al menos ya sé lo que debo esperar.

Ese lunes, en cuanto crucé la puerta volviendo del trabajo, supe que algo iba mal. Alguien había estado en mi apartamento.

No habían roto la cerradura, ni forzado las ventanas, ni conseguí distinguir ninguna señal de vandalismo, pero lo supe. Llámenlo sexto sentido o lo que quieran. Alguien había estado aquí. Quizá olía feromonas dejadas por el intruso en las moléculas del aire de mi habitación. O quizá habían perturbado la atmósfera en torno a mi butaca « La Haragana ». Cómo lo sabía no importaba: lo sabía y punto. Alguien había entrado en mi apartamento mientras yo estaba trabajando.

De entrada, tampoco era nada demasiado insólito. Al fin y al cabo estábamos en Miami. Muchas personas vuelven a casa todos los días para encontrarse con que el televisor ha desaparecido, que las joyas y aparatos electrónicos han sido robados, que han violado su espacio, han incautado sus pertenencias y han preñado a la perra. Pero esto era distinto. Incluso mientras realizaba un examen preliminar intuía que no echaría nada de menos.

Y tenía razón. No faltaba nada.

Pero habían añadido algo.

Tardé unos minutos en encontrarlo. Supongo que un reflejo inducido por mi trabajo me hizo comprobar primero lo más obvio. Si todo sigue su lógica, cuando un intruso te visita, ciertas cosas brillan por su ausencia: juguetes, objetos valiosos, reliquias privadas, las últimas galletas de chocolate... De manera que lo comprobé.

Pero mis cosas seguían incólumes. El ordenador, el aparato de alta fidelidad, la tele y el DVD: todo tal y como lo había dejado. Incluso mi preciosa colección de placas de cristal seguía guardada en la librería, todas con la gota de sangre seca en su lugar. Todo estaba exactamente como recordaba haberlo dejado.

Pasé a revisar las zonas privadas solo para asegurarme: dormitorio, cuarto de baño, botiquín. Todo estaba bien, aparentemente intacto, y sin embargo sobre los objetos flotaba un aire que indicaba que todos y cada uno de ellos habían sido examinados, tocados y recolocados con tal esmero que incluso las motas de polvo estaban donde debían estar.

Volví al salón, me hundi en la silla y miré a mi alrededor, sintiéndome repentinamente inseguro. Habría podido jurar que alguien había estado aquí, pero ¿por qué? ¿Y quién podía estar tan interesado en mí para entrar y dejar mi modesto hogar tal y como lo había encontrado? Porque no faltaba nada, ni un detalle. La montaña de periódicos para reciclar de la papelería tal vez estuviera un poco inclinada hacia la izquierda... ¿No serían imaginaciones mías? ¿No podía haber sido resultado de la brisa del aire acondicionado? No había nada distinto, nada cambiado o desaparecido: nada.

¿Y por qué iba alguien a entrar en mi casa? No había nada especial aquí: yo mismo me había asegurado de esto. Formaba parte de la construcción de mi perfil, siguiendo los consejos de Harry. Crea un conjunto armonioso. Actúa de forma normal, aburrida incluso. No hagas ni poseas nada que pueda provocar comentarios. Y eso había hecho. No tenía más objetos valiosos que el aparato de música y el ordenador. Había objetivos más codiciables en el vecindario inmediato.

Y en cualquier caso, ¿por qué iba alguien a entrar y luego no llevarse nada, ni hacer nada, ni dejar rastro alguno? Me recosté en la butaca y cerré los ojos, empezando a creer que todo era fruto de mi imaginación. Seguro que era debido a una acumulación de estrés. Un síntoma de la falta de sueño y de la preocupación por la carrera profesional de Deborah, gravemente herida. Solo una pequeña señal más de que el Pobre y Viejo Dexter se estaba hundiendo en Aguas Profundas. Realizando el último e indoloro paso de sociópata a psicópata. No es que sea necesariamente una locura en Miami asumir que estás rodeado de enemigos anónimos, pero actuar en consecuencia resulta socialmente inaceptable. Por fin iban a tener que encerrarme.

Y, sin embargo, la sensación era muy fuerte. Intenté sacudírmela: era un espejismo, una mala pasada que me jugaban los nervios, una indigestión pasajera. Me incorporé, me estiré, respiré hondo y traté de pensar en cosas agradables. No se me ocurrió ninguna. Sacudí la cabeza y entré en la cocina en busca de un vaso de agua; entonces la vi.

Ahí estaba.

Me quedé plantado frente a la nevera, observando durante no sé cuánto tiempo, mirándola como un imbécil.

Pegada a la nevera, el pelo sujeto a la puerta gracias a uno de mis imanes con frutas tropicales, había la cabeza de una Barbie. No recordaba haberla dejado allí. Ni siquiera recordaba que tuviera una. Y diría que se trata de la clase de cosa de la que uno se acuerda.

Llevé la mano hacia la cabecita de plástico, y esta se balanceó suavemente chocando contra la puerta con un ligero *tac*. Se giró un poco, lo justo para que Barbie me mirara con un interés tenso, estilo perruno. Le devolví la mirada.

Sin saber a ciencia cierta qué hacía o por qué, abrí la puerta del congelador. Allí, cuidadosamente dispuesto sobre la bandeja del hielo, estaba el cuerpo de la Barbie. Le habían arrancado las piernas y los brazos, y el cuerpo había sido separado a la altura de la cintura. Las piezas estaban pulcramente colocadas, envueltas y atadas con un lazo de color rosa. Y una de las manitas de Barbie sostenía un pequeño complemento: un espejito de mano Barbie.

Después de un momento eterno cerré la puerta del congelador. Quería tumbarme y apoyar la mejilla contra las frías baldosas del suelo. En su lugar volví a mover la cabeza de la Barbie con el dedo meñique. Esta repiqueteó contra

la puerta. *Tac, tac*. La moví otra vez. *Tac, tac*. Bien. Ya tenía un nuevo hobby.

Dejé la muñeca donde estaba y regresé a mi butaca, hundiéndome con fuerza en los cojines y cerrando los ojos. Sabía que debía sentirme disgustado, enfadado, asustado, ultrajado, lleno de paranoica hostilidad y justa ira. Pero no era así. En su lugar me sentía... ¿Cómo? Más que inquieto. Ansioso, tal vez... ¿O era más bien emocionado?

Ya no cabía duda sobre quién había estado en mi apartamento. A menos que me tragara la idea de que algún extraño, por razones desconocidas, había elegido al azar mi apartamento como el lugar ideal para enterrar a una Barbie decapitada.

No. Mi artista favorito me había hecho una visita. Cómo me había encontrado no importaba. Debía de haberle resultado muy sencillo anotar el número de la matrícula la noche de la carretera. Había dispuesto de mucho tiempo para vigilarme cuando se ocultó en la estación de servicio. A partir de ahí cualquiera que tuviera conocimientos de informática podía dar con mi dirección. Y, una vez hallada, le habría sido muy fácil entrar, echar un vistazo y dejar un mensaje.

Y así llegábamos al mensaje: la cabeza separada, las partes del cuerpo colocadas sobre la bandeja del hielo, y, de nuevo, el maldito espejo. Combinado con un desinterés absoluto por el resto de cosas de la casa, todo esto solo tenía un significado posible.

¿Pero cuál?

¿Qué me estaba diciendo?

Podía haber dejado algo o nada. Podía haber atravesado el corazón de una vaca con un asqueroso cuchillo de carnicero y dejar la masa ensangrentada sobre las baldosas del suelo. Le agradecía que no lo hubiera hecho —menudo asco—, ¿pero por qué una Barbie? Dejando a un lado el hecho evidente de que la muñeca reflejaba el cuerpo de su última víctima, ¿por qué decírmelo así? ¿Era esto más siniestro que cualquier otro mensaje, o menos? ¿Era algo así como: « Te vigilo y te atraparé » ?

O tal vez me decía: « Hola. ¿Quieres jugar? » .

Y quería. Vaya si quería.

Pero ¿y el espejo? Incluirlo esta vez le confería un significado que iba más allá del camión y la persecución por carretera. Ahora tenía que simbolizar algo más. Y lo único que se me ocurría era: « Mírate » . ¿Qué sentido tenía eso? ¿Por qué debía mirarme en él? No soy lo suficientemente presumido para disfrutar con eso; al menos no en lo que se refiere a mi aspecto físico. ¿Por qué iba a querer mirarme cuando lo que de verdad quería era ver al asesino? El espejo debía tener un significado que se me escapaba.

Pero incluso en esto no podía estar seguro. Era posible que no quisiera decir nada. No quería creerlo de un artista tan elegante, pero tampoco podía descartarlo por completo. Y también podía tratarse de un mensaje privado,

desquiciado y siniestro. No había forma de saberlo. Y, al mismo tiempo, tampoco había forma de saber qué debía hacer al respecto. Ni siquiera si debía hacer algo.

Tomé el camino más humano. Es irónico cuando lo piensas: yo, tomando una opción humana. Harry habría estado orgulloso. Humanamente, decidí no hacer nada. Esperaría acontecimientos. No denunciaría lo sucedido. Al fin y al cabo, ¿qué podía denunciar? No faltaba nada. Desde un punto de vista oficial, lo único que podía decir era: «Eh, capitán Matthews, pensé que debía saber que alguien irrumpió en mi apartamento y dejó una muñeca Barbie en el congelador».

Eso le habría sonado a música celestial. Seguro que circularía por todo el departamento. Quizá lo investigara el sargento Doakes en persona, pudiendo revelar así sus dotes ocultas para los interrogatorios en profundidad. Y quizá me llevara de cabeza a la lista de los Mentalmente Incapaces de Trabajar, junto con la pobre Deb, ya que oficialmente el caso estaba cerrado y ni siquiera cuando estaba abierto había tenido algo que ver con muñecas Barbie.

No, la verdad era que no tenía nada que contar, ni cómo contarlo. De modo que, pese al riesgo de otro codazo salvaje, ni siquiera se lo diría a Deborah. Por razones que ni yo mismo podía explicar, ni siquiera a mí mismo, esto tenía un carácter personal. Y manteniéndolo así había más posibilidades de acercarme a mi visitante. Con el fin de llevarlo ante el juez, claro. Por supuesto.

Tomar esa decisión me quitó un gran peso de encima. De hecho, me sentía casi mareado. No tenía la menor idea de qué saldría de aquí, pero estaba listo para enfrentarme a lo que llegara. Esa sensación me duró toda la noche, e incluso todo el día siguiente, en el trabajo, mientras redactaba un informe, consolaba a Deb y le robaba un donut a Vince Masuoka. Permaneció en mí durante el trayecto de regreso a casa a través del tráfico alegremente homicida de la ciudad. Estaba en un estado de preparación zen, listo para la sorpresa.

O eso creía.

Acababa de regresar a mi apartamento, me había acomodado en la butaca para relajarme cuando sonó el teléfono. Lo dejé sonar. Quería respirar durante unos minutos y no se me ocurría nada que no pudiera esperar. Además, el contestador me había costado casi 50 dólares. Que se los ganara.

Dos pitidos. Cerré los ojos. Tomé aire. Relájate, chico. Tres pitidos. Expira el aire. Saltó el contestador, con el mensaje grabado, maravillosamente urbano.

«Hola, ahora no estoy en casa, pero si dejas un mensaje te llamaré en cuanto llegue. Después de la señal, por favor. Gracias».

Qué maravilla de entonación. ¡Qué ingenio más ácido! Un mensaje verdaderamente genial. Sonaba casi humano. Estaba muy orgulloso. Inspiré aire de nuevo, mientras escuchaba el melódico *bip* que seguía al mensaje.

—Hola, soy yo.

Una voz de mujer. No era Deborah. Noté un picor en el párpado. ¿Por qué tanta gente empieza sus mensajes con soy yo? Claro que eres tú. Todos lo

sabemos. ¿Pero quién coño eres tú? Claro que en mi caso las opciones eran bastante limitadas. Sabía que no se trataba de Deborah. Tampoco parecía LaGuerta, aunque no era imposible. De modo que solo quedaba...

¿Rita?

—Este... Lo siento, y o... —Un largo suspiro—. Mira, Dexter, lo siento. Creí que me llamarías, pero como no lo has hecho... —Otra prolongada expiración—. Bueno, da igual. Tengo que hablar contigo. Porque me he dado cuenta de que... Oh, Dios. ¿Podrías... llamarme? Si... bueno, y a sabes.

No lo sabía. No sabía nada. Ni siquiera estaba seguro de quién era. ¿Podría ser en verdad Rita?

Otro largo suspiro.

—Lo siento si... —Y una pausa eterna. Dos inspiraciones más. Profundas. Dentro... y fuera. Dentro... y fuera con fuerza—. Por favor, Dexter, llámame. Solo... —Una larga pausa. Otro suspiro. Y luego colgó.

A lo largo de mi vida había tenido muchas veces la sensación de que me faltaba algo, alguna pieza esencial del puzzle que todo el mundo llevaba consigo inconscientemente. No suele importarme, porque la mayoría de veces resulta ser un rasgo de humanidad increíblemente estúpido, como comprender el vuelo de las moscas o no ir a por todas en la primera cita.

Pero otras veces tengo la sensación de estar perdiéndome una gran reserva de sabiduría, la ciencia que envuelve algún sentido. No poseo eso que los humanos sienten con tanta profundidad que no necesitan hablar de ello y ni siquiera pueden expresar con palabras.

Esta era una de esas ocasiones.

Sabía que debía comprender que Rita estaba transmitiendo en realidad un mensaje muy concreto, que las pausas y las vacilaciones configuraban algo grande y maravilloso que cualquier macho de la especie humana captaría intuitivamente. Pero no tenía la menor idea de qué podía ser, o cómo averiguarlo. ¿Debía contar los suspiros? ¿Medir las pausas y convertir los números en versículos de la Biblia para llegar al código secreto? ¿Qué intentaba decirme? Y, de paso, ¿por qué intentaba decirme algo?

Según mi visión de las cosas, cuando, llevado por un extraño y estúpido impulso, había besado a Rita, había cruzado una línea que ambos habíamos acordado mantener infranqueable. Una vez hecho no había forma de deshacerlo, de volver atrás. A su modo, el beso había sido un acto de asesinato. Y resultaba reconfortante tomárselo así. Había matado nuestra perfecta relación dejando que mi lengua tomara la iniciativa y la tirara por un precipicio. Bum, relación muerta. Ni siquiera había vuelto a pensar en Rita desde ese momento. Había desaparecido, se había esfumado de mi vida como oculta tras una niebla incomprensible.

Y ahora me llamaba y dejaba sus suspiros grabados para que me divirtiera.

¿Por qué? ¿Pretendía castigarme? ¿Insultarme, restregarme mi locura por las narices, obligarme a comprender la inmensidad de mi ofensa?

Todo el asunto comenzó a irritarme más allá de toda medida. Deambulé por mi apartamento. ¿Por qué tenía que dedicarme a pensar en Rita? En ese momento tenía preocupaciones más importantes. Rita no era más que una barba, un disfraz absurdo que me ponía los fines de semana para ocultar que yo era de la clase de personas que hacía cosas parecidas a las que ahora hace este interesante individuo en mi lugar.

¿Eran celos? Claro que ahora estaba inactivo. Acababa de terminar por un tiempo y no tenía ninguna intención de volver a ello en fecha inmediata. Demasiado arriesgado. No había preparado nada.

Y sin embargo...

Volví a la cocina y jugueteé con la cabeza de la Barbie. *Tac. Tac, tac.* Parecía notar algo. ¿Ganas de jugar? ¿Una inquietud profunda y permanente? No sabía decirlo, y Barbie no me decía nada.

Era demasiado. La confesión obviamente falsa, la violación de mi santa sanctórum... y encima Rita. Demasiado para un solo hombre. Incluso para uno tan sospechoso como yo. Empecé a sentirme inquieto, mareado, confundido, hiperactivo y letárgico al mismo tiempo. Caminé hasta la ventana y miré hacia fuera. Había oscurecido, y a lo lejos, sobre el agua, una luz se elevaba en el cielo y, al verla, una malvada vocecilla se elevó para reunirse con ella desde algún lugar de mi interior.

Luna.

Un susurro en el oído. Ni siquiera un sonido; solo la leve sensación, casi imaginada, de alguien pronunciando tu nombre, cerca. Muy cerca, aproximándose a ti. Sin palabras, solo un crujido seco de una no-voz, un tono sin tono, un pensamiento expresado en el aire. La cara me ardía, y de repente me oí respirar. La voz volvió, un sonido suave que caía sobre el borde exterior de mi oreja. Me volví, aunque sabía que no había nadie y que no era mi oreja, sino mi querido amigo de dentro, empujado hacia la conciencia por quién sabe qué y por la luna.

Esa luna rolliza, simpática y feliz. Cuántas cosas tenía que decir. Y por mucho que intentara decirle que no era el momento, que era demasiado pronto, que había otras cosas que hacer ahora, cosas importantes, la luna tenía argumentos para eso y más. Y además aunque estuve media hora discutiendo con ella, nunca hubo la menor duda.

Me desesperé, luché con todos los trucos que tenía, y cuando fracasé hice algo que me sorprendió hasta la médula: llamar a Rita.

—Dexter —dijo ella—. Estaba... un poco asustada. Gracias por llamar. Yo solo...

—Lo sé —dije, aunque lo cierto es que, obviamente, no lo sabía.

—¿Podríamos...? No sé lo que... ¿Podemos vernos luego, solo para...? Tengo muchas ganas de hablar contigo.

—Por supuesto —le dije, y cuando acordamos encontrarnos más tarde en su casa me pregunté qué tendría ella en mente. ¿Violencia? ¿Lágrimas de reproche? ¿Insultos a voz en grito? Ahí estaba en terreno desconocido: podía ser cualquier cosa.

Y después de colgar, esas especulaciones me sirvieron de maravillosa distracción durante casi media hora antes de que la suave voz interior volviera a deslizarse en mi cerebro, insistiendo con calma en que esa noche debía ser especial.

Algo me empujó hasta la ventana, y ahí estaba de nuevo: la cara inmensa y feliz en el cielo, la luna cloqueando. Corrí la cortina y di media vuelta, recorrí todo el apartamento estancia por estancia, tocando cosas, diciéndome que debía comprobar por enésima vez si faltaba algo, sabiendo que no faltaría nada, y sabiendo también el porqué. Y en esas vueltas por el apartamento cada vez me acercaba más al escritorio del salón donde tengo el ordenador, consciente de lo que quería hacer y sin querer hacerlo, hasta que, por fin, tres cuartos de hora después, el impulso fue ya demasiado fuerte. Estaba demasiado mareado para mantenerme en pie y creí que me limitaría a dejarme caer en la butaca: estaba ahí, a mano. Pero ya que estaba allí, encendí el ordenador, y entonces...

Pero no está terminado, pensé. No estoy listo.

Claro que eso no importaba. Que yo estuviera o no listo no tenía la menor importancia. Porque *él* sí lo estaba.

Estaba casi seguro de que se trataba de él, pero solo casi, y nunca antes había estado solo *casi* seguro. Me sentí débil, embriagado, medio enfermo por una combinación de nerviosismo, incertidumbre y completo error... pero, claro, era el Oscuro Pasajero el que conducía desde el asiento de atrás, y cómo me sintiera y o a estas alturas daba igual porque *él* se sentía fuerte y frío, ávido y dispuesto. Lo notaba moviéndose en mi interior, deslizándose por los rincones oscuros de mi cerebro de lagarto, unos movimientos que solo podían terminar de un modo y, siendo así, tenía que ser con este.

Lo había encontrado unos meses atrás, pero después de un breve período de observación, había decidido que el cura era una apuesta segura y que este podía esperar un poco más, hasta conseguir cerciorarme al cien por cien.

Qué equivocado había estado. Ahora descubría que no podía esperar más.

Vivía en una callejuela de Coconut Grove. A unas manzanas de su mugrienta casa empezaba un barrio negro de clase baja, con barbacoas e iglesias decrepitas. A un kilómetro en dirección opuesta, los millonarios vivían en inmensas mansiones y construían muros de coral para mantener alejadas a personas como él. Pero Jamie Jaworski estaba justo en el centro, en una casa que compartía con un millón de escarabajos peloteros y con el perro más feo que hubiera visto en mi vida.

A pesar de todo, esa casa seguía estando por encima de sus posibilidades. Jaworski trabajaba como bedel a tiempo parcial en el instituto Ponce de León, y por lo que yo sabía esa constituía su única fuente de ingresos. Trabajaba tres días por semana, lo que le habría dado lo justo para vivir, pero no mucho más. Claro que a mí no me interesaban sus finanzas precisamente. Si estaba muy interesado en el hecho de que hubiera aumentado sustancialmente el número de niñas que asistían al Ponce de León y decidían fugarse desde que Jaworski empezó a trabajar allí. Todas de unos doce o trece años. Todas rubias.

Rubias. Era importante. Por alguna razón es la clase de dato que la policía suele pasar por alto, pero que siempre llama la atención a alguien como yo. Quizá no pareciera políticamente correcto: las niñas de pelo y piel morena deberían tener las mismas oportunidades de ser secuestradas, violadas y después desdanzadas frente a una cámara, ¿no creen?

Y Jaworski, cosas de la vida, siempre parecía ser el último en ver a las niñas. La policía había hablado con él, lo habían retenido una noche entera en comisaría para interrogarlo, pero no habían podido cargarle nada. Claro que ellos debían cumplir ciertos requisitos legales. La tortura, por ejemplo, solía no estar muy bien vista últimamente. Y sin unas buenas dotes de persuasión, Jamie Jaworski nunca iba a confesar su hobby. Yo sabía que no lo haría.

Pero también sabía que era cosa suya. Estaba embarcando a esas niñas en

una carrera cinematográfica fugaz y letal. Yo estaba casi seguro. No había encontrado ningún cuerpo ni le había visto hacerlo, pero todo cuadraba. Y conseguí encontrar por Internet algunas imaginativas fotos de tres de las niñas desaparecidas. No puede decirse que sonrieran a la cámara precisamente, aunque, por lo que me han contado, la mayor parte de las cosas que hacían en esas imágenes solían provocar satisfacción.

No podía conectar de modo inequívoco a Jaworski con las fotos. Pero la dirección de correo estaba en South Miami, a pocos minutos del colegio. Y él vivía por encima de sus posibilidades. Y en cualquier caso, desde el asiento de atrás, alguien me recordaba que me había pasado de tiempo, que este no era un caso en el que la plena certeza fuera demasiado importante.

Pero aquel perro feo me molestaba. Los perros siempre constituían un problema. No les gusto, y a menudo desaprueban lo que hago a sus dueños, sobre todo porque no suelo compartir los trozos con ellos. Tenía que encontrar el modo de esquivar al perro y llegar a Jaworski. Quizá saliera él. Si no, tendría que hallar el modo de entrar.

Pasé tres veces por delante de su casa, pero no se me ocurrió nada. Necesitaba un golpe de suerte, y lo necesitaba antes de que el Oscuro Pasajero me obligara a hacer algo apresurado. Y justo cuando mi querido amigo empezaba a susurrar sugerencias imprudentes, la suerte llamó a mi puerta. Jaworski salió de su casa y se montó en su desvencijada camioneta Toyota de color rojo. Reduje la velocidad tanto como pude, y un momento después él dio marcha atrás y condujo su vehículo hacia Douglas Road. Di media vuelta y lo seguí.

No tenía idea de cómo iba a hacerlo. No estaba preparado. No tenía ningún espacio habilitado, ni ropa limpia, nada excepto un rollo de cinta y un cuchillo para la carne debajo del asiento. Tenía que ser invisible, inadvertido y perfecto, y no sabía cómo. Odiaba improvisar, pero tampoco me quedaba elección.

Una vez más la suerte me vino de cara. Jaworski se dirigía hacia el sur por la carretera de Old Cutler y había poco tráfico; tras unos tres kilómetros giró a la izquierda en dirección a la playa. Otra gran obra iba a mejorarnos la vida a todos transformando árboles y animales en cemento y ancianos de Nueva Jersey. Jaworski avanzó lentamente entre las obras, pasó el medio campo de golf con las banderas en su sitio y sin hierba hasta casi llegar al agua. El almacén de un gran edificio de apartamentos a medio construir ocultó la luna. Me quedé alejado, apagué los faros y luego avancé un poco para ver en qué andaba metido mi muchachote.

Jaworski se había metido entre las obras del edificio de apartamentos y había aparcado. Salió y se quedó entre la furgoneta y una gran montaña de arena. Por un momento se dedicó a mirar a su alrededor, y aproveché para aparcar en el arcén y apagar el motor. Jaworski se quedó mirando los apartamentos y después

la carretera que bajaba hasta el agua. Con aspecto satisfecho entré en el edificio. Yo habría asegurado que buscaba a un guardia. También yo. Esperaba que hubiera hecho los deberes. La mayoría de las veces, en estos enormes parajes, hay un guardia montado en un carro de golf que va de un sitio a otro. Supone un ahorro de dinero y, al fin y al cabo, estamos en Miami. Parte de los gastos generales de cualquier proyecto lo constituye el material que se espera que desaparezca poco a poco. Intuí que lo que pretendía Jaworski era que las expectativas del constructor no quedaran defraudadas.

Bajé del coche y deslicé el cuchillo y la cinta aislante en una bolsa barata que había traído conmigo. En ella ya había guardado unos guantes de goma para jardín y unas cuantas fotos, no muchas. Solo muestras que me había bajado por Internet. Me colgué la bolsa al hombro y me moví con cautela a través de la noche hasta llegar a su apostosa camioneta. La parte trasera estaba tan vacía como la cabina. El piso, lleno de montañas de vasos y envoltorios del Burger King y paquetes de Camel vacíos. Nada que no fuera pequeño y sucio, como el propio Jaworski.

Levanté la vista. Sobre el borde del medio edificio solo se veía el brillo de la luna. Una ráfaga de viento nocturno me azotó la cara, trayendo consigo todos los aromas encantadores de nuestro paraíso tropical: aceite diésel, vegetación podrida y hormigón. Inhalé profundamente y volví a concentrarme en Jaworski.

Estaba en algún lugar del interior de la obra. No sabía de cuánto tiempo disponía, y una voccecilla me impelía a darme prisa. Dejé la furgoneta y entré en el edificio. Le oí nada más cruzar la puerta. O, mejor dicho, llegó a mis oídos un extraño zumbido vibrante que tenía que ser él, o...

Me detuve. El sonido procedía de un lado y hacia él me dirigí de puntillas. Un cable bajaba por la pared, un conducto de electricidad. Lo toqué y lo sentí vibrar, como si algo dentro de él estuviera moviéndose.

Se me encendió una luz en el cerebro. Jaworski estaba arrancando el cable. El cobre era muy caro, y existía un mercado negro para él en cualquiera de sus formas. Era un modo más de complementar el magro sueldo de un bedel, y ayudaba a cubrir los prolongados períodos de escasez entre una joven y otra. Se sacaría varios cientos de dólares por una carga de cobre.

Ahora que ya sabía qué hacía, una idea empezó a formarse en mi cerebro. Por el sonido, debía de estar en algún lugar encima de mí. Podía detectarlo con facilidad, vigilarlo hasta que llegara el momento y luego abalanzarme sobre él. Pero aquí me encontraba prácticamente desnudo, expuesto y sin preparación. Estaba acostumbrado a hacer estas cosas de un cierto modo. Salirme de mis estrechos cauces me ponía muy nervioso.

Un ligero escalofrío me recorrió la columna. ¿Por qué hacía esto?

La respuesta rápida, claro, fue que no era yo quien lo hacía, sino mi querido amigo del asiento de atrás. Yo estaba allí solo porque tenía carné de conducir.

Pero él y yo habíamos llegado a un acuerdo. Habíamos alcanzado una coexistencia atenta y equilibrada, un modo de convivir, a través de la solución aportada por Harry. Y ahora él estaba rebasando las firmes y hermosas líneas de tiza dibujadas por Harry. ¿Por qué? ¿Ira? ¿La invasión de mi casa constituía un ultraje tal que lo movía a atacar como venganza?

No estaba enfadado conmigo: como de costumbre, parecía frío, tranquilamente divertido, ávido ante su presa. Y yo tampoco estaba enojado. Me sentía... medio borracho, alto como una cometa, bordeando el filo de la euforia, tambaleándome a través de una serie de ondas internas que se parecían sospechosamente a lo que yo siempre había pensado que debían de ser las emociones. Y la ansiedad me había llevado hasta este lugar peligroso, sucio e imprevisto, para hacer algo en el frenesí del momento que hasta ahora siempre había planeado con sumo cuidado. Y, pese a saber todo esto, seguía deseando hacerlo. *Tenía* que hacerlo.

Muy bien. Pero no había necesidad de hacerlo sin ropa. Miré a mi alrededor. Un gran montón de planchas de yeso se apilaba en un rincón de la sala, envueltas en film plástico. En un momento me había hecho un delantal y una extraña máscara transparente con el plástico; nariz, boca y ojos rasgaron sendos orificios que me permitían respirar, hablar y ver. La tensé con fuerza, sintiendo cómo transformaba mis rasgos en algo irreconocible. Retorcí los extremos detrás de la cabeza e hice un torpe nudo al plástico. Anonimato perfecto. Podía parecer una bobada, pero me había acostumbrado a cazar llevando una máscara. Y dejando a un lado la compulsión neurótica de hacer las cosas *bien*, se trataba simplemente de algo menos de lo que preocuparse. Me provocaba una cierta tranquilidad, así que solo por eso ya era una buena idea. Saqué los guantes de la bolsa y me los puse. Ya estaba listo.

Encontré a Jaworski en el tercer piso, con una montaña de cable eléctrico enrollado a sus pies. Me mantuve en la penumbra de la escalera y le observé mientras tiraba del cable. Retrocedí en el rellano y abrí la bolsa. Con ayuda de la cinta adhesiva colgué las fotos de las niñas que había traído conmigo. Dulces fotos de niñas desaparecidas, en una variedad de posturas encantadoras y sumamente explícitas. Las pegué a los muros de hormigón donde Jaworski tendría que verlas al ir de la puerta a las escaleras.

Volví a mirar a Jaworski. Tiró de otros veinte metros de cable, pero de repente este se quedó encallado y ya no salió más. Jaworski tiró dos veces, después sacó unas gruesas tijeras del bolsillo trasero y cortó el cable. Recogió el que había a sus pies y se lo enrolló alrededor del antebrazo, hasta formar un anillo tenso. Después se dirigió hacia las escaleras, hacia mí...

Di un paso atrás y aguardé.

Jaworski no pretendía ir con cuidado. No esperaba interrupción alguna, y desde luego no me esperaba a mí. Oí sus pasos y el pequeño zumbido del cable

que colgaba tras él. Más cerca...

Cruzó la puerta y pasó ante mí sin advertir mi presencia. Y entonces vio las fotos.

—¡Mierda! —exclamó, como si alguien le hubiera propinado un puñetazo en el estómago. Se quedó mirándolas, boquiabierto, incapaz de moverse, y entonces apareció por su espalda y le apoyé el cuchillo en la garganta.

—No te muevas ni hagas el menor ruido —dijimos.

—¿Hey, qué es...? —dijo él.

Giré levemente la muñeca y le clavé el cuchillo en el cuello, justo bajo la barbilla. Emitió un gemido al mismo tiempo que un desagradable y pequeño chorro de sangre manaba de la herida. Completamente innecesario. ¿Por qué la gente se empeña en no escuchar?

—Te he dicho que no hagas el menor ruido —le dijimos, y entonces sí que se calló.

Y a partir de ese momento los únicos sonidos fueron el rasgado de la cinta adhesiva, la respiración de Jaworski, y el cloqueo tranquilo del Oscuro Pasajero. Le sellé la boca, utilicé parte del preciado cable de cobre para atarle las muñecas y lo empujé sobre otra pila de planchas de yeso envueltas en plástico. En solo unos minutos le tenía tumbado sobre la mesa del taller, convenientemente sujeto.

—Charlemos un rato —dijimos, con la voz fría y amable del Oscuro Pasajero.

No sabía si le estaba permitido hablar, y de todos modos la cinta aislante se lo habría puesto difícil, de modo que optó por seguir en silencio.

—Charlemos un rato sobre chicas que se escapan —dijimos, arrancándole la cinta aislante de la boca.

—¡Ayyy! ¿Qué...? ¿A qué te refieres? —dijo, aunque no en un tono demasiado convincente.

—Creo que ya sabes a qué me refiero —le replicamos.

—Pues no...

—Pues sí.

Iba de listo. Se me acababa el tiempo, la noche estaba a punto de terminar. Pero se puso chulo. Me miró a la cara.

—¿De qué vas? ¿Acaso eres poli o algo así? —preguntó.

—No —dijimos, mientras le cortábamos la oreja izquierda. Fue fácil. El cuchillo estaba afilado y por un instante no pudo creer que le estuviera sucediendo: se había quedado sin oreja izquierda de forma permanente, para siempre. Arrojé la oreja sobre su pecho para que lo creyera. Abrió mucho los ojos y llenó los pulmones de aire para soltar un grito, pero le metí una bola de plástico en la boca justo cuando iba a hacerlo.

—De eso nada —dijimos—. Pueden pasar cosas peores.

E iban a pasar, oh, por supuesto que sí, pero no hacía falta que lo supiera

todavía.

—¿Las niñas desaparecidas? —preguntamos, con amabilidad, frialdad, y aguardamos solo un momento, sin dejar de mirarle a los ojos, para asegurarnos de que no iba a chillar. Entonces le quitamos el plástico.

—Por Dios —dijo entre jadeos—. Mi oreja...

—Aún te queda otra —dijimos—. Háblanos de las chicas de esas fotos.

—¿Háblanos? ¿Qué dices, tío? Joder, ¡cómo duele! —gritó.

Hay gente que no lo pilla. Volví a meterle la bola de plástico en la boca y puse manos a la obra.

Casi me dejo llevar; comprensible, dadas las circunstancias. El corazón me latía a cien por hora y tenía que hacer un gran esfuerzo para evitar que me temblara la mano. Pero puse manos a la obra: explorando, buscando algo que siempre estaba más allá de las yemas de mis dedos. Excitante, y tremendamente frustrante. Dentro de mí ascendía el nivel de presión, subiendo por las orejas y pidiendo a gritos que le diera rienda suelta... pero me contuve. Solo esa creciente presión, y la sensación de que había algo maravilloso más allá de mis sentidos, esperando a que lo encontrara y me sumergiera en ello. Pero no lo encontré, y ninguna de mis antiguas costumbres me proporcionó la menor alegría. ¿Qué podía hacer? Llevado por la confusión abrí una vena y un horrible charco de sangre empapó el plástico que envolvía al bedel. Me detuve durante un instante, buscando una respuesta y sin hallar nada. Aparté la mirada, la posé en la ventana. Me quedé con la vista fija, olvidándome hasta de respirar.

La luna descansaba sobre el agua. Por alguna razón que no alcanzaba a explicar eso me pareció tan adecuado, tan necesario, que por un momento me quedé mirando el agua, contemplando aquel brillo perfecto. Me tambaleé y tropecé con la mesa, y eso me hizo recobrar la conciencia. Pero la luna... ¿o había sido el agua?

Estaba tan cerca... Tan cerca de algo que casi podía olerlo, pero ¿qué era? Me recorrió un escalofrío... y eso también me pareció adecuado, tan adecuado... que se iniciara toda una serie de escalofríos hasta que los dientes castañetearan. ¿Pero por qué? ¿Qué significaba? Había algo allí, algo *importante*, una pureza y claridad abrumadoras cabalgando sobre la luna y el agua, más allá de la hoja del cuchillo de carnicero, y no podía captarlo.

Devolví la atención al bedel. Me ponía de tan mal humor: el modo en que estaba tumbado, cubierto con señales improvisadas y sangre innecesaria. Pero resultaba difícil mantenerse enojado con aquella hermosa luna de Florida derramándose ante mí, con aquella brisa tropical que avanzaba en el aire, la bella sinfonía nocturna compuesta por la flexible cinta aislante y los jadeos de pánico. Casi me eché a reír. Hay personas que mueren por razones bien extrañas, pero esta horrible cucaracha estaba muriendo por un cable de cobre. Y la expresión de su cara: tan dolida, perpleja y desesperada. De no haberme sentido tan

frustrado habría sido hasta divertido.

Y lo cierto es que se merecía que le pusiera más empeño; al fin y al cabo no era culpa suya que yo no me hallara en plena forma. Ni siquiera era lo bastante malvado como para ocupar un lugar prominente en mi lista de OBLIGACIONES. Era solo un bichejo repugnante que mataba niñas por dinero para drogas, y, por lo que sabía, solo había acabado con cuatro o cinco. Casi sentí lástima por él. El pobre no estaba preparado para jugar en la liga profesional.

Bueno. De vuelta al trabajo. Me coloqué a un lado de Jaworski. Ahora ya no se debatía tanto, pero seguía manteniendo demasiada vitalidad para mis métodos habituales. Además, esa noche tampoco llevaba conmigo todos mis juguetes, y el principio había sido un poco duro para Jaworski. Pero, cual actor veterano, no se había quejado. Sentí hacia él una corriente de afecto y contuve la ferocidad del enfoque, dedicándole un poco de tiempo a sus manos. Su reacción fue de verdadero entusiasmo y me dejé llevar, entregado a esa búsqueda feliz.

Finalmente fueron sus gritos sofocados y sus salvajes movimientos los que me hicieron recapacitar. Y recordé que ni siquiera me había asegurado de que fuera el culpable. Esperé a que se calmara y después le quité el plástico de la boca.

—¿Las niñas desaparecidas? —preguntamos.

—Oh, Dios. Por Dios —dijo débilmente.

—No, no —dijimos—. Creo que las hemos olvidado.

—Por favor —rogó—. Oh, por favor...

—Háblame sobre las niñas que se escaparon —dijimos.

—De acuerdo —musitó.

—Te llevaste a esas niñas.

—Sí...

—¿Cuántas?

Dedicó un momento a respirar. Tenía los ojos cerrados y creí que le había perdido demasiado pronto. Por fin abrió los ojos y me miró.

—Cinco —dijo por fin—. Cinco pequeñas monadas. Y no lo lamento.

—Claro que no —dijimos. Coloqué una mano sobre su brazo. Fue un momento hermoso—. Y ahora, y o tampoco lo lamento.

Le metí la bola de plástico en la boca y volví al trabajo. Pero tan solo empezaba a pillar de nuevo el ritmo cuando oí al guardia que llegaba al pie de la escalera.

Fue la estática de su radio lo que le delató. Yo estaba profundamente absorto en algo que nunca había hecho antes cuando la oí. Estaba trabajando en el torso con el filo del cuchillo y sentía el primer hormigueo real subiéndome por las piernas y la columna; lo último que deseaba era parar. Pero una radio... Era peor noticia que la llegada de un simple guardia. Si llamaba pidiendo refuerzos o para bloquear la calle, era posible que algunos de mis actos de esa noche resultaran algo difíciles de explicar.

Miré a Jaworski. Ya casi estaba acabado, y sin embargo no me gustaba cómo habían ido las cosas. Demasiado lío, y ni siquiera había llegado a encontrar lo que buscaba. En algún instante había sentido el atisbo de algo maravilloso, una revelación alucinante que tenía que ver con... ¿qué? ¿Con el agua que fluía al otro lado de la ventana? Fuera lo que fuera no había sucedido. Y ahora estaba con el cuerpo de un violador de niñas —inconcluso, sucio, indeseable e insatisfactorio—, y para colmo con un guardia de seguridad que se unía a la fiesta.

Detesto acelerar el final. Es un momento tan importante, y un alivio real para los dos, para el Oscuro Pasajero y para mí. ¿Pero qué otra elección tenía? Durante un prolongado momento —demasiado largo, la verdad, y me avergüenza reconocerlo— pensé en matar al guardia y proseguir. Sería fácil, y podría continuar con la exploración con renovados bríos.

Pero no. Claro que no. No funcionaría. El vigilante era inocente, tan inocente como cualquiera que viva en Miami. Seguro que lo peor que había hecho en su vida había sido echar unas cuantas fotos a sendos conductores en la autovía de Palmetto. Casi Blancanieves. No, tenía que realizar una retirada rápida, no había otra opción. Y si eso implicaba no acabar del todo con el bedel y no quedarme del todo satisfecho... bueno, la próxima vez habría más suerte.

Contemplé a aquel insecto mugriento y me sentí lleno de odio. Esa cosa rezumaba sangre y mocos, una masa fea y húmeda que le goteaba por la cara. Un desagradable hilillo rojo le manaba de la boca. En un rápido ataque de resentimiento le rajé la garganta. Lamenté la crudeza al instante: de la herida salió un horrible manantial de sangre que hizo que todo pareciera aún más lamentable, un error asqueroso. Sintiéndome sucio e insatisfecho, corrí hacia la escalera. Un gruñido frío y petulante de mi Oscuro Pasajero acompañó mis pasos.

Bajé hasta el segundo piso y me escabullí por una ventana sin cristal. A mis pies vi aparcado el carrito de golf del guardia, apuntando hacia Old Cutler, lo que significaba, esperé, que había llegado desde la dirección opuesta y, por tanto, no había visto mi coche. De pie junto al carrito, un joven gordo y de piel olivácea, cabello negro y fino bigote, miraba hacia el edificio. Por suerte, hacia el otro lado.

¿Habría oído algo? ¿O estaba haciendo el recorrido habitual? Tenía que esperar esto último. Si había oído algo, si se quedaba fuera y pedía ayuda, lo más probable sería que me capturarán. Y por listo y locuaz que fuera, no creía que pudiera llegar a librarme de esta.

El joven vigilante se tocó un extremo del bigote y tiró de él, como para fomentar su crecimiento. Frunció el ceño y llevó la mirada por toda la fachada. Me escondí. Cuando saqué la cabeza, segundos después, ya solo alcancé a verle la cabeza. Se dirigía hacia el interior.

Esperé hasta oír sus pasos en la escalera. Entonces salí por la ventana, entre el primer y el segundo piso, colgando de los dedos desde el basto hormigón del alféizar para luego saltar. Me hice daño, un tobillo se me torció al dar contra una roca y me despeleje una rodilla. Pero con la extremidad sana me las arreglé para refugiarme en las sombras y correr hacia el coche.

Cuando por fin entré en el vehículo, el corazón me latía a toda prisa. Miré hacia atrás y no vi ni rastro del guardia. Arranqué el motor y, con las luces todavía apagadas, conduje con tanto silencio y rapidez como pude hasta tomar la carretera de Old Cutler, dirigiéndome hacia el sur de Miami y enfilando hacia casa por la autovía Dixie, el camino más largo. El pulso seguía golpeándome en las sienes. Había corrido un riesgo estúpido. Nunca antes había cometido un acto tan impulsivo, nunca había hecho nada sin haber trazado de antemano un detallado plan. Ese era el modo de Harry: atención, seguridad, preparación. Los Scouts Oscuros.

Y en su lugar, me había arriesgado a que me cogieran. A que me vieran. Imbécil, imbécil: de no haber oído a tiempo al guardia de seguridad quizá me habría visto obligado a matarle. Matar violentamente a un joven inocente; tenía casi la absoluta certeza de que Harry lo desaprobaba. Y, además, había sido tan sucio y desagradable...

Aún no estaba a salvo, por supuesto: cabía la posibilidad de que el guardia hubiera anotado el número de matrícula de mi coche si había pasado por delante en su carrito de golf. Había corrido riesgos absurdos y terribles, había ido en contra de todos mis métodos, me había jugado la vida que con tanto esmero me había construido... ¿Y para qué? ¿La mera emoción de matar? Debía avergonzarme. Y en lo más profundo de la oscuridad de mi mente el eco dijo, *Oh, sí, vergüenza debería darte*, y después emitió aquel cloqueo familiar.

Tomé aire con fuerza y me miré la mano que llevaba el volante. Pero había sido *emocionante*, ¿o no? Había vivido una excitación salvaje, lleno de vida y de sensaciones nuevas, de intensa frustración. Se había tratado de algo totalmente nuevo e interesante. Y la extraña sensación de que todo me llevaba a alguna parte, hacia un lugar que era nuevo y conocido a la vez: lo cierto es que tendría que explorarlo más a fondo la próxima vez.

Aunque no es que fuera a haber una próxima vez, desde luego que no. No

volvería a cometer otra locura impulsiva de ese calibre. Nunca. Pero por una vez... había sido divertido.

No importaba. Me iría a casa y me tomaría una ducha excepcionalmente larga, y cuando terminara...

La hora. El recuerdo se abrió en mi mente, sin desearlo ni pedirlo. Había quedado con Rita a... bueno, ahora mismo, según el reloj del salpicadero. ¿Y para qué oscuro propósito? No podía adivinar lo que corría por la mente humana de sexo femenino. ¿Por qué diablos tenía que pensar en eso en un momento como este, en que todas mis terminaciones nerviosas estaban en pie de guerra y protestando de frustración? No me importaba sobre qué quería gritarme Rita. Ni me molestarían sus comentarios, por agudos que fueran al reflejar mis defectos, pero resultaba irritante verme obligado a dedicar tiempo a escucharla cuando tenía otras cosas más importantes en qué pensar. En concreto, quería fantasear sobre qué debería haberle hecho al recientemente fallecido Jaworski. Además del climax cruelmente interrumpido e inacabado, habían sucedido muchas otras cosas que requerían todo mi esfuerzo mental; debía reflexionar, recapacitar y comprender adónde me había llevado todo esto, y cuál era la relación con ese otro artista que había por las calles, imitándome y desafiándome con su trabajo.

Con todo esto en la cabeza, ¿para qué necesitaba a Rita precisamente ahora?

Pero iría, claro. Y, por supuesto, también podía servir de humilde coartada en caso de que necesitara una para mi aventura con el pequeño bedel. «Inspector, ¿cómo puede pensar que yo...? Además, a esa hora estaba discutiendo con mi novia. Bueno, con mi exnovia, en realidad». Porque en mi interior no albergaba la menor duda de que Rita quería... ¿Qué expresión usaban todos para describir esto últimamente? ¿Dar puerta? Sí, Rita quería que nos viéramos para darme puerta. Y para destacar algunos rasgos importantes de mi personalidad, dándoles el énfasis emocional correspondiente, precisaba hacerlo en persona.

Dado que así estaban las cosas, me tomé un minuto extra para asearme. Di un rodeo hacia Coconut Grove y aparqué en el lado más lejano del puente que cruzaba el canal. Debajo fluía una intensa corriente de agua. Cogí un par de rocas de coral de los árboles que había al borde del canal, las metí en la bolsa de lona, que ya estaba llena con el plástico, los guantes y el cuchillo, y lo lancé todo con fuerza al fondo.

Realicé otra parada en un parque pequeño y oscuro muy cercano a la casa de Rita, donde me lavé con esmero. Debía estar pulcro y presentable: recibir los improperios de una mujer furiosa debía abordarse como una cita semiformal.

Pero imaginen mi sorpresa cuando llamé a su puerta unos minutos más tarde. No abrió la puerta de par en par ni empezó a lanzarme muebles y a insultarme. De hecho, la abrió lentamente, con cuidado, casi escondiéndose detrás, como si estuviera mortalmente asustada de lo que la aguardaba al otro lado. Y, teniendo en cuenta que quien la aguardaba era yo, esto suponía una extraña muestra de

sentido común.

—¿Dexter? —dijo ella, con voz dulce, tímida, como si no estuviera del todo segura de si quería que la respuesta a esa pregunta fuera sí o no—. Creí que... que no vendrías.

—Y sin embargo aquí estoy —dije para animarla.

La pausa que siguió fue bastante más larga de lo necesario. Por fin, entreabrió la puerta un poco más y dijo:

—¿Te... te importa entrar? ¿Por favor?

Y si aquel tono dubitativo y lánguido, distinto de cualquiera que hubiera oído en su voz, era una sorpresa, imaginen lo atónito que me quedé al ver su atuendo. Creo que lo que llevaba se llama salto de cama; o tal vez *negligée*, dado que la cantidad de tela usada en su construcción es prácticamente nula. Cualquiera que fuera el nombre correcto, lo cierto es que lo llevaba puesto. Y, por rara que pareciera la idea, creo que esa indumentaria tenía algo que ver con mi presencia allí.

—¿Por favor? —repitió ella.

Eso ya era demasiado. A ver, la verdad, ¿qué se suponía que debía hacer? La insatisfecha experiencia con el bedel seguía rondándome por la cabeza, sin contar con los murmullos de decepción que se filtraban desde el asiento de atrás. Una evaluación rápida de la situación revelaba que me hallaba emparedado entre mi querida Deb y el artista oscuro, y ahora, para colmo, se esperaba de mí que llevara a cabo un acto humano, como... Bueno, ¿cómo qué? Ella no podía desear... ¿Acaso no estaba FURIOSA conmigo? ¿Qué estaba pasando? ¿Y qué pintaba yo en todo esto?

—He enviado a los niños a la casa de al lado —dijo Rita, sosteniendo la puerta con la cadera.

Entré.

Se me ocurren muchas formas de describir lo que sucedió a continuación, pero ninguna parece adecuada. Rita se dirigió hacia el sofá. La seguí. Tomó asiento. Lo mismo hice yo. Se la veía incómoda y no paraba de frotarse las manos. Era como si estuviera esperando algo y, puesto que yo ignoraba de qué se trataba, mi mente viajó hacia el trabajo inconcluso de Jaworski. ¡Si hubiera tenido solo un poco más de tiempo! ¡La de cosas que podría haber hecho!

Y mientras pensaba en todas esas cosas, me di cuenta de que Rita había empezado a llorar en silencio. La miré durante un momento, intentando borrar las imágenes del bedel despellejado y sin sangre. Les juro por mi vida que no comprendía por qué lloraba, pero dado que he practicado mucho en la imitación de las conductas humanas, sabía que en ese momento debía consolarla. Me incliné hacia ella y coloqué un brazo en torno a sus hombros.

—Tranquila, Rita —dije—. Tranquila.

No es que fuera una de mis mejores frases, pero venía avalada por muchos

expertos. Y resultó eficaz. Rita se recostó sobre mí y apoyó la cara en mi pecho. La estreché en mis brazos, y el gesto me devolvió la visión de mi propia mano. Hacía menos de una hora esa misma mano había sostenido un cuchillo de carnicero sobre el pequeño bedel. La idea me dio vértigo.

Y, la verdad, reconozco que no sé cómo sucedió, pero sucedió. En un momento la estaba acariciando, entre murmullos de «tranquila, tranquila», y contemplando las líneas de mi mano, sintiendo cómo la memoria sensitiva se filtraba por los dedos, aquella fuente de luz y poder sentida mientras el cuchillo exploraba el abdomen de Jaworski. Y al minuto siguiente...

Creo que Rita me miró. También estoy bastante seguro de que le devolví la mirada. Y sin embargo, en cierto modo, no fue a Rita a quien vi, sino a un conjunto de miembros fríos y sin sangre. Y no eran las manos de Rita las que percibía en la hebilla del cinturón, sino aquel estribillo creciente e insatisfecho producido por el Oscuro Pasajero. Y muy poco después...

Bueno, sigue siendo algo impensable. Quiero decir... allí mismo, en el sofá.

¿Cómo diablos llegó a suceder *eso*?

Cuando me acosté en mi estrecha cama estaba totalmente exhausto. Por regla general no me hace falta dormir mucho, pero aquella noche presentía que necesitaría al menos treinta y seis horas. Los acontecimientos de aquella noche, combinados con la tensión provocada por tantas experiencias nuevas, me habían dejado vaciado. Más vaciado estaba Jaworski, claro, aquel insecto repugnante, pero había usado toda la reserva mensual de adrenalina en una única noche. Ni siquiera podía empezar a pensar qué significaba todo aquello, desde el extraño impulso de emprender la caza de forma tan airada e inmisericorde hasta las cosas increíbles que habían sucedido en casa de Rita. La había dejado dormida y, en apariencia, mucho más feliz. Pero el pobre, siniestro y turbado Dexter volvía a estar perplejo, y cuando la cabeza rozó la almohada, el sueño me venció casi al instante.

Y ahí estaba, flotando sobre la ciudad cual pájaro sin huesos, girando en el cielo mientras el aire frío soplaba en torno a mí y me impulsaba a seguir; obligándome a descender al lugar donde la luz de la luna arañaba el agua; de repente me halló en la fría y estrecha estancia donde el pequeño bedel me mira y se ríe, despatarrado bajo el cuchillo y sin embargo riéndose, y el esfuerzo le distorsiona la cara, la cambia, y entonces ya no es Jaworski sino una mujer, y el hombre que sostiene el cuchillo mira hacia donde estoy yo, flotando sobre las revueltas vísceras rojas, y cuando la cara se vuelve hacia mí oigo a Harry al otro lado de la puerta y me giro justo antes de poder ver quién está sobre la mesa, pero...

Desperté. El dolor en mi cabeza era tan fuerte que podría partir una lechuga.

Tenía la sensación de que acababa de cerrar los ojos, pero el reloj de la mesita de noche marcaba las 5:14.

Otro sueño. Otra llamada a larga distancia de mi línea fantasma particular. No me extrañaba que hubiera pasado la vida rechazando la posibilidad de soñar. Unos símbolos tan estúpidos, tan absurdos y tan obvios. Una ansiedad totalmente incontrolable y odiosa, una bobada tan evidente.

Pero ya no pude volver a dormirme, pensando en aquellas imágenes infantiles. Puestos a soñar, ¿por qué no podían ser unos sueños más propios de mí, elaborados y atípicos?

Me senté y me froté las sienes palpitantes. Una terrible y tediosa inconsciencia se esfumó cual agua por un sumidero y me senté en el borde de la cama en actitud de franca perplejidad. ¿Qué me estaba pasando? ¿Y por qué no podía pasarle a otro?

Este sueño había sido distinto y no estaba seguro de en qué radicaba la diferencia o cuál era su significado. La última vez había tenido la absoluta certeza de que otro asesinato estaba a punto de ocurrir, e incluso sabía dónde. Pero en esta ocasión...

Suspiré y me fui hasta la cocina a por un vaso de agua. La cabeza de la Barbie volvió a golpear la puerta de la nevera en cuanto la abrí. Me quedé parado, observando, bebiéndome un buen vaso de agua fría. Los brillantes ojos azules me devolvieron la mirada, sin parpadear.

¿A qué venía ese sueño? ¿Era fruto de las aventuras de la noche anterior que se abrían paso desde mi vapuleado subconsciente? Antes nunca había sentido tensión; más bien se trataba de un sentimiento de *liberación*. Claro que nunca antes había estado tan al borde del desastre. ¿Pero por qué soñar con eso? Algunas imágenes eran dolorosamente obvias: Jaworski y Harry y la cara del hombre del cuchillo, fuera de mi vista. Sí. ¿Por qué molestarme con bobadas psicológicas de principiante?

¿Por qué molestarme en soñar, lo que fuera? No me hacía falta. Necesitaba descanso, y en cambio ahí estaba, en la cocina, jugando con una Barbie. Volví a agitar la cabeza: *tac, tac*. De paso, ¿qué pintaba Barbie en todo esto? ¿Y cómo iba a averiguarlo a tiempo de salvar la carrera de Deborah? ¿Cómo podía mentir a LaGuerta cuando la pobre estaba tan colgada por mí? Y, para colmo, por si fuera poco, estaba Rita: ¿por qué había necesitado hacerme ESO?

De repente todo me pareció como un culebrón retorcido, y pensé que ya tenía bastante. Encontré una caja de aspirinas y me apoyé en la encimera para tomarme tres. No me importaba mucho el sabor. Nunca me habían gustado las medicinas, de ninguna clase, aunque apreciaba su utilidad.

Sobre todo desde la muerte de Harry.

La muerte de Harry no fue ni rápida ni fácil. Se tomó un tiempo largo y tremendo, siendo el primer y último acto de egoísmo que cometió en toda su vida. Harry estuvo agonizando durante año y medio, en pequeños pasos, empeorando unas semanas y recobrándose luego casi por completo, teniéndonos a todos en vilo intentando adivinar qué iba a suceder. ¿Esta vez se iría, o había vencido por fin? Nunca lo sabíamos, pero, tratándose de Harry, parecía absurdo rendirse. Harry haría lo que debía, por duro que fuera, pero ¿qué significaba eso en algo como la muerte? ¿Lo correcto era luchar y resistir y hacernos pasar a todos por el sufrimiento que conllevaba una muerte sin fin, cuando lo cierto era que, hiciera Harry lo que hiciera, la muerte era inevitable? ¿O era mejor dejarse llevar por ella, dignamente y sin alboroto?

Con diecinueve años lo cierto es que yo ignoraba la respuesta, aunque ya sabía más sobre la muerte que la mayoría del resto de estudiantes de segundo año que, con las caras llenas de granos y el cerebro de hormonas, asistían conmigo a la Universidad de Miami.

Y un hermoso otoño, tras la clase de química, cuando cruzaba el campus hacia la asociación de estudiantes, Deborah apareció a mi lado.

—Deborah —grité, creyendo usar mi mejor tono universitario—, vamos a tomarnos una coca-cola.

Harry me había aconsejado que me uniera a la asociación y bebiera coca-cola. Me había dicho que eso me ayudaría a pasar por humano, y aprender cómo se comportaba el resto de la especie. Y, por supuesto, tenía razón. A pesar del daño que causaba a mis dientes, estaba aprendiendo muchas cosas sobre ese desagradable grupo.

Deborah, ya demasiado sería a los diecisiete años, sacudió la cabeza.

—Es papá —dijo.

Poco después nos dirigíamos al hospital donde habían ingresado a Harry. La hospitalización no era una buena noticia. Significaba que los médicos decían que Harry estaba listo para morir, y sugerían que lo mejor que podía hacer era colaborar.

Cuando llegamos, Harry no hacía buena cara. Tenía el semblante tan verdoso e inmóvil que pensé que habíamos llegado demasiado tarde. Su prolongada lucha contra la enfermedad le había dejado flaco y demacrado, como si algo lo estuviera devorando por dentro. El respirador que tenía al lado emitió un silbido, un sonido a lo Darth Vader desde una tumba viviente. En sentido estricto, Harry estaba vivo.

—Papá —dijo Deborah, tomándole de la mano—. Dexter está aquí.

Harry abrió los ojos y la cabeza rodó hacia nosotros, casi como si una mano invisible la hubiera empujado desde el extremo opuesto de la almohada. Pero

esos no eran los ojos de Harry. Eran fosos azules y tenebrosos, huecos vacíos, deshabitados. El cuerpo de Harry quizás estuviera vivo, pero él no estaba en casa.

—No está bien —dijo la enfermera—. Ahora solo intentamos que no sufra. —Y se concentró en coger una larga aguja hipodérmica de una bandeja, a llenar la jeringuilla y a sostenerla erguida para expulsar la burbuja de aire.

—Espere... —Fue tan débil que al principio creí que se trataba del respirador. Recorrí la habitación con la mirada y por fin posé la vista en lo que quedaba de Harry. Tras el vacío oscuro de sus ojos brillaba una pequeña chispa—. Espere... —repitió, señalando a la enfermera.

Ella no le oyó, o bien optó por no hacerle caso. Avanzó hacia su lado y levantó con cuidado aquel brazo seco, empezando a frotarlo con un poco de algodón.

—No... —musitó Harry, de forma casi inaudible.

Miré a Deborah. Parecía la representación perfecta de la incertidumbre formal. Volví a mirar a Harry. Sus ojos atraparon los míos.

—No... —repitió, y ahora sus ojos reflejaban algo muy cercano al terror—. La inyección... No...

Di un paso adelante y detuve el brazo de la enfermera, justo antes de que clavara la aguja en la vena de Harry.

—Espere —dije. Me miró, y por una minúscula fracción de segundo algo brilló en sus ojos. Casi retrocedí al verlo. Se trataba de una ira fría, un sentido inhumano, reptil, de los deseos propios, la creencia de que el mundo era su terreno de juego. Fue solo un resplandor, pero no me cabía duda. Quería clavarme la aguja en el ojo por interrumpirla. Quería hundírmela en el pecho y retorcerla hasta sacarme las costillas, hasta reventarme el corazón y sostenerlo en sus manos para estrujarlo, retorcerlo y arrancarme hasta el último soplo de vida. Era la mirada de un monstruo, de un cazador, de un asesino. De un depredador, un ser malvado y sin alma.

Como yo.

Pero la sonrisa automática volvió muy deprisa.

—¿Qué pasa, cielo? —dijo, siempre tan dulce, tan perfecta y tan profesional. La Última Enfermera.

La lengua casi no me cabía en la boca y creo que tardé varios minutos en contestar, pero por fin me las arreglé para decir:

—No quiere que le pongan esa inyección.

Ella volvió a sonreír, un hermoso gesto que dio a su rostro un aire de sabia bendición.

—Tu papá está muy enfermo —dijo—. Siente mucho dolor. —Sostuvo la aguja erguida y un rayo de luz melodramático, procedente de la ventana, la hizo resplandecer. La aguja centelleó como si fuera su Santo Grial particular—. Necesita una inyección.

—Pero no la quiere —dijo.

—Está sufriendo mucho.

Harry dijo algo que no alcancé a oír. Mi mirada se enfrentó con la de la enfermera, dos monstruos luchando por la misma carne. Sin apartar los ojos de ella me incliné hacia Harry.

—QUIERO... el dolor —dijo Harry.

Esto me hizo mirarle. Detrás de aquel esqueleto viviente, al abrigo de aquella hendidura que de repente parecía demasiado grande para su cabeza, Harry había vuelto y estaba luchando contra la niebla. Asintió, llevó la mano muy despacio hacia la mía y la apretó.

Volví a mirar a la Última Enfermera.

—Quiere el dolor —le dije, y escondido en el fruncimiento de cejas, en la arrogante sacudida de la cabeza, escuché el bramido de la bestia salvaje observando cómo la presa se le escurría por la madriguera.

—Tendré que hablar con el doctor —dijo ella.

—Muy bien —repliqué—. Esperaremos aquí.

La vi salir hacia el pasillo, cual ave grande y letal. Sentí una presión en la mano. Harry me observaba mientras yo observaba a la Última Enfermera.

—Tú... lo sabes... —dijo Harry.

—¿Me hablas de la enfermera? —pregunté. Cerró los ojos y asintió, solo una vez—. Sí. Lo sé.

—Le gusta... lo que a ti... —dijo Harry.

—¿Qué? —interrumpió Deborah—. ¿De qué estáis hablando? Papá, ¿te encuentras bien? ¿Qué significa que le gusta lo que a él?

—Dice que le gusto —mentí—. Cree que la enfermera se ha encaprichado de mí, Deb. —Volví a mirar a Harry.

—Ah, eso —murmuró Deborah, pero yo ya estaba concentrado solo en Harry.

—¿Qué ha hecho? —le pregunté.

Intentó sacudir la cabeza, pero solo consiguió realizar un pequeño gesto. Contrajo la cara. Comprendí que volvía el dolor, tal y como había querido.

—Demasiada... —dijo él—. Pone... demasiada... —La voz se le fue y cerró los ojos.

No puede decirse que tuviera uno de mis mejores días, porque al principio no entendí a qué se refería.

—¿Demasiada qué? —pregunté.

Harry abrió un ojo, impregnado de dolor.

—Morfina —susurró.

Sentí como si me invadiera una gran ráfaga de luz.

—Sobredosis —dije—. Mata por sobredosis. Y en un lugar como este, donde puede decirse que su trabajo casi consiste en eso, nadie le hará preguntas, ni por

qué, ni...

Harry volvió a apretarme la mano y dejé de balbucear.

—No la dejes —dijo con voz ruda y haciendo gala de una fuerza sorprendente—. No dejes... que vuelva a drogarme.

—Chicos, por favor —dijo Deborah en un tono que bordeaba el enojo—, ¿de qué estáis hablando? —Miré a Harry, pero este, víctima de una súbita ola de dolor, cerró los ojos.

—Bueno, cree... —empecé, y paré enseguida. Deborah no tenía la menor idea de lo que era yo, claro, y Harry me había dado instrucciones muy precisas de mantenerla en la ignorancia. Cómo contarle esto sin revelar más de lo necesario era todo un problema—. Cree que la enfermera le da demasiada morfina —dije por fin—. A propósito.

—Eso es una locura —dijo Deb—. Se trata de una enfermera.

Harry abrió los ojos pero no dijo nada. Y, para ser sincero, tampoco a mí se me ocurría nada que decir ante la increíble ingenuidad de Deb.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté a Harry.

Harry me estuvo mirando durante mucho rato. Al principio creí que el dolor le había enturbiado la mente, pero al mirarle a los ojos advertí que Harry estaba allí. Tenía la mandíbula tan apretada que creí que los huesos le reventarían la flácida capa de piel, y los ojos tan claros y agudos como siempre, como el día en que me dio la solución a mis impulsos.

—Detenla —dijo por fin.

Sentí un escalofrío que me ascendía por la columna. ¿Detenerla? ¿Era eso? ¿Quería decir, de verdad, *detenerla*? Hasta el momento Harry me había ayudado a controlar al Oscuro Pasajero, alimentándolo de animalitos domésticos, cazando ciervos; en una gloriosa ocasión había ido con él a cazar a un mono salvaje que había estado aterrorizando a todo un barrio del sur de Miami. Había estado tan cerca de..., era tan humano..., pero no del todo, claro. Y juntos habíamos recorrido todos los pasos teóricos de la cacería, la colocación de pruebas, etcétera, etcétera. Harry sabía que algún día Eso sucedería y quería que yo estuviera a la altura. Siempre me había alejado de Hacer Eso. Pero ahora... Detenerla. ¿Quería decir Eso?

—Voy a hablar con el médico —dijo Deborah—. Él le dirá que ajuste la dosis.

Abrí la boca para decir algo, pero Harry me apretó la mano y asintió una sola vez, con gran esfuerzo.

—Ve —dijo, y Deborah le miró durante un momento antes de salir en busca del doctor. Cuando se fue, la estancia se llenó de un crudo silencio. Solo podía pensar en lo que Harry acababa de decir: «Detenla». Y no se me ocurría ninguna otra forma de interpretarlo, excepto de que por fin me estaba dejando suelto, me daba permiso para hacer Eso de verdad. Pero no me atrevía a

preguntarle si era eso lo que implicaban sus palabras por miedo a que me dijera que se refería a otra cosa. Así que me quedé allí plantado, durante un rato eterno, contemplando el ventanuco que daba al jardín, donde unos parterres de flores rojas rodeaban una fuente. Pasó el tiempo. Se me secó la boca.

—Dexter... —dijo Harry por fin.

No contesté. No se me ocurría nada que fuera oportuno.

—Es así... —dijo Harry, lenta y dolorosamente, y mis ojos se posaron en los suyos. Al ver que por fin le prestaba atención, me dedicó una media sonrisa tensa —. Pronto... y ya no estaré. No podré evitar que... seas quien eres.

—Que sea *lo que soy*, papá —dije.

Desdeñó el comentario con su mano débil y huesuda.

—Más pronto o más tarde... *necesitarás* hacérselo a alguien —dijo él, y sentí que el corazón me daba un vuelco de alegría al pensarlo—. Alguien que... lo *necesite*.

—Como la enfermera —dije casi sin mover los labios.

—Sí —dijo él, cerrando los ojos durante un momento muy largo. Cuando volvió a hablar, la voz le fallaba por el dolor—. Ella lo necesita, Dexter. Es... —Trató de tomar aliento. Oí cómo la lengua chocaba con las secas paredes de la boca—. Mata pacientes... deliberadamente... con sobredosis... matándolos... a propósito... Es una asesina, Dexter... Una asesina...

Me aclaré la garganta. Me sentía algo torpe y confundido, pero al fin y al cabo este era uno de los momentos importantes en la vida de un hombre joven.

—¿Quieres...? —pregunté, pero me detuve porque se me quebró la voz—. ¿Te parece bien que... la detenga, papá?

—Sí —dijo Harry—. Detenla.

Por alguna razón yo precisaba tener una certeza absoluta.

—Te refieres a... ¿cómo hemos hecho otras veces? ¿Cómo con el mono, por ejemplo?

Los ojos de Harry estaban cerrados y una marea de dolor lo alejaba visiblemente. Tomó aliento, sin fuerzas.

—Haz con ella... lo mismo que con el mono. —La cabeza le cayó ligeramente a un lado, y empezó a respirar, alientos rápidos y roncós.

Bien.

Ya estaba.

«Haz con ella lo mismo que con el mono». Tenía incluso cierto ritmo. Claro que, en el bullicio de mi enloquecido cerebro, todo sonaba a música. Harry me soltaba las riendas. Tenía su permiso. Habíamos hablado de que algún día esto llegaría, pero siempre me había contenido. Hasta ahora.

Ahora.

—Hemos hablado... de esto —dijo Harry, con los ojos todavía cerrados—. Ya sabes... qué hay que hacer...

—Acabo de hablar con el médico —dijo Deborah, entrando en la habitación—. Vendrá en un momento y ajustará las dosis.

—Bien —dije, sintiendo que algo crecía en mi interior, desde la base de la columna vertebral y hasta la cabeza, una corriente eléctrica que me envolvía cubriéndome como si fuera un manto oscuro—. Voy a hablar con la enfermera.

Deborah se quedó perpleja, quizá por mi tono de voz.

—Dexter... —dijo mi hermana.

Hice una pausa, luchando por controlar la alegría salvaje que sentía que iba a desbordarse.

—No quiero que se produzca ningún malentendido —dije. La voz me sonó rara incluso a mí. Me alejé de Deborah antes de que pudiera ver bien la expresión de mi cara.

Y en el pasillo de aquel hospital, abriéndome paso entre montañas de sábanas blancas, limpias y almidonadas, sentí cómo el Oscuro Pasajero dirigía mis actos por vez primera. Dexter quedaba en segundo plano, casi invisible, reducido a las coloreadas rayas de un tigre salvaje y transparente. Me fundí en él, casi imperceptible a la vista, pero yo estaba allí, y empecé la caza, empecé a trazar círculos en el aire en busca de mi presa. En aquel tremendo fogonazo de libertad, cuando me dirigía a Hacerlo por vez primera, autorizado por Harry todopoderoso, me desvanecí, me difuminé, dando paso a mi propio y oscuro yo, mientras que el otro yo se agachaba y aullaba. Lo haría, por fin. Por fin haría aquello para lo que había sido creado.

Y lo hice.

Y lo había hecho. Hace tiempo, pero el recuerdo sigue vivo en mí. Conservaba aquella primera gota de sangre en su placa correspondiente. Era la primera, y podía rememorar aquella experiencia solo con sacar la pequeña placa y mirarla. Lo hacía de vez en cuando. Había sido un día muy especial para Dexter. La Última Enfermera se había convertido en la Primera Jugadora, y había abierto tantas puertas maravillosas para mí. Había aprendido tanto, descubierto tantas cosas nuevas.

¿Pero por qué recordar ahora a la Última Enfermera? ¿Por qué toda esta serie de recientes acontecimientos parece desplazarme en el tiempo? No podía permitirme el lujo de recordar la primera vez que me puse pantalón largo. Tenía que pasar a la acción, tomar importantes decisiones e iniciar actos trascendentes. En lugar de dejarme mecer plácidamente por el túnel de la memoria, regodeándome en dulces recuerdos de mi primera placa de sangre.

Que, ahora que caía en la cuenta, no había recogido de Jaworski. Era la clase de detalle minúsculo y sin importancia que convertía a los hombres de acción en débiles y temblorosos neuróticos. *Necesitaba* esa placa. Sin ella, la muerte de Jaworski era inútil. Todo ese episodio idiota era ahora algo más que una locura impulsiva y estúpida: estaba incompleto. No tenía placa.

Sacudí la cabeza, intentando conectar de forma espasmódica dos células grises en la misma sinapsis. En parte deseaba sacar la lancha para dar un paseo matutino. Quizás el aire de mar me borraría la estupidez del cráneo. O podía dirigirme hacia el sur, hacia Turkey Point, y esperar que la radiación me provocara una mutación y me transformara en una criatura racional. Pero, en su lugar, hice café. La verdad es que no tenía la placa de Jaworski. Esto malograba toda la experiencia. Sin ella, bien podía haberme quedado en casa. O casi. Claro que también había habido otras recompensas. Sonreí con avidez al recordar la mezcla de luz de luna y gritos sofocados. Oh, menudo monstruito loco había sido. Un episodio distinto a cualquiera de los otros. Estaba bien romper con la aburrida rutina de vez en cuando. Y también estaba Rita, claro, pero como no tenía ni idea de qué pensar al respecto, opté por no hacerlo. En su lugar dejé que mi mente viajara hacia la brisa fresca que corría en torno a aquel hombrecillo que había disfrutado maltratando niñas. Casi había sido un momento feliz. Pero, por supuesto, dicho recuerdo se habría esfumado en diez años y sin la placa no podía invocarlo. Necesitaba mi souvenir. Bueno, y a veríamos.

Mientras esperaba a que estuviese listo el café, miré a ver si estaba el periódico, más por deseo que con verdadera esperanza. Era raro que el periódico llegara antes de las seis y media, y los domingos casi nunca llegaba hasta pasadas las ocho, lo que suponía otro claro ejemplo de la desintegración social que tanto había inquietado a Harry. La verdad, si uno no puede recibir el

periódico a su hora, ¿cómo se puede esperar de mí que reprima las ganas de matar a ciertas personas?

Ni rastro del periódico. Tampoco importaba. El cubrimiento de mis aventuras por parte de la prensa nunca me había despertado demasiado interés. Y Harry me había advertido de la idiotez que constituiría montar cualquier clase de álbum con recortes de prensa. Esta vez era algo distinto, por supuesto, y a que me había comportado de forma algo impetuosa y, por tanto, sentía una leve preocupación por saber si había conseguido cubrir mi rastro convenientemente. Tenía una cierta curiosidad sobre qué dirían de mi fiesta accidental. De manera que me senté a tomarme el café durante cuarenta y cinco minutos hasta que oí el golpe del periódico contra la puerta. Lo recogí y procedí a echarle un vistazo.

Por mucho que se diga sobre los periodistas —y conste que con todo lo que se ha escrito al respecto casi podría publicarse una enciclopedia—, lo cierto es que los recuerdos los turban muy poco. El mismo periódico que recientemente había proclamado LA POLICÍA ACORRALA AL ASESINO, ahora gritaba ¡LA HISTORIA DEL HOMBRE DE HIELO SE FUNDE! Era un artículo largo y maravilloso, escrito con una gran fuerza dramática, detallando el descubrimiento de un cuerpo cruelmente herido en un edificio en construcción en una de las salidas de la carretera de Old Cutler. «Un portavoz de la policía metropolitana de Miami» —refiriéndose sin duda a la inspectora LaGuerta— había declarado que era demasiado pronto para establecer nada con certeza, pero que, con toda probabilidad, se trataba de un asesinato por imitación. El periódico había sacado sus propias conclusiones —algo en lo que tampoco suelen cortarse demasiado— y pasaba a preguntarse si aquel distinguido caballero cautivo, el señor Daryl Earl McHale, era el verdadero asesino. ¿O tal vez este seguía suelto, como evidenciaba este último ultraje contra la moral pública? Porque, señalaba con intención el periódico, ¿cómo íbamos a creer que dos asesinatos de esa calaña estuvieran haciendo de las suyas al mismo tiempo? Era un razonamiento sin lagunas que me hizo pensar que si hubieran dedicado tanta energía mental a resolver los asesinatos, el asunto y a habría quedado cerrado al día de hoy.

Pero era una lectura de lo más apasionante, por supuesto. Y provocó que mi mente se lanzara a la especulación. Cielos, ¿era de verdad posible que este animal enloquecido anduviera suelto? ¿Alguien podía considerarse a salvo?

Sonó el teléfono. Miré de reojo el reloj de la pared; eran las 6:45. Solo podía ser Deborah.

—Acabo de leerlo —dije al descolgar.

—Dijiste que haría algo más grande —me acusó Deborah—. Apabullante.

—¿Y acaso esto no lo es? —pregunté con toda mi inocencia.

—Ni siquiera es otra puta —dijo ella—. Un bedel a media jornada del Instituto Ponce cortado a trozos en una obra en construcción junto a la carretera de Old Cutler. ¿Qué coño es esto, Dexter?

—Sabías que no soy perfecto, ¿no, Deborah?

—Y ni siquiera se ajusta al patrón: ¿dónde está el frío que dijiste que habría? ¿Qué ha pasado con el espacio pequeño?

—Estamos en Miami, Deb, la gente roba cualquier cosa.

—Ni siquiera es una imitación —dijo ella—. No se parece en nada a los otros. Incluso LaGuerta lo vio. Ya lo ha dicho por escrito. Maldita sea, Dexter. Tengo el culo al aire, y esto es un simple asesino por casualidad, o un asunto de drogas.

—Tampoco me parece justo echarme la culpa de todo eso.

—A la mierda, Dex —dijo, y colgó.

Los programas televisivos de primera hora dedicaron noventa segundos enteros al sorprendente hallazgo del cuerpo mutilado. El Canal 7 le dedicó los mejores adjetivos. Pero nadie decía más de lo que aparecía en la prensa. Irradiaban ira y una inexorable sensación de desastre que mantuvieron incluso en la previsión meteorológica, pero estoy seguro de que gran parte de eso venía provocado por la falta de fotos.

Otro bello día en Miami. Cadáveres mutilados con previsión de chubascos vespertinos. Me vestí y me fui a trabajar.

Admito que existía un motivo subyacente para dirigirme a la oficina a una hora tan temprana, y la fortalecí haciendo una parada en la pastelería. Compré dos buñuelos, un hojaldre de manzana y un donut de canela del tamaño de una rueda de recambio. Me zampé el hojaldre y un buñuelo mientras sorteaba alegremente aquel tráfico letal. No sé cómo sigo en forma con la cantidad de donuts que como. No gano peso ni me salen granos, y aunque puede sonar poco razonable, tampoco noto que mi corazón se queje al respecto. Ese rollo de la genética había sido bastante generoso conmigo: metabolismo alto, buen tamaño y fuerza, todo lo cual suponía una gran ayuda para mi afición secreta. Y me han dicho que no soy desagradable a la vista, lo que creo que se puede tomar como un cumplido.

Tampoco necesitaba dormir demasiado, lo que en una mañana como esta representaba otra ventaja. Había esperado llegar antes que Vince Masuoka, y por lo visto lo había logrado. Cuando entré, cargado con la bolsa de papel para disimular, su despacho estaba a oscuras: mi visita, sin embargo, tenía poco que ver con los donuts. Registré rápidamente su zona de trabajo, buscando el expediente de pruebas marcado con el nombre de JAWORSKI y la fecha de ayer.

Lo encontré y tomé con rapidez algunas muestras de tejido. Con eso bastaría. Me puse unos guantes de látex y en un momento había colocado las muestras en la placa limpia de cristal. Sé que era una estupidez correr un riesgo más, pero tenía que conseguir mi placa.

Acababa de guardarla en una bolsa con cremallera cuando oí pasos a mi espalda. Lo devolví todo a su lugar a toda prisa y giré para estar de cara a la

puerta, cuando Vince entró y me vio.

—Por Dios —dije—. Eres tan silencioso. Seguro que te has entrenado con un guerrero ninja.

—Tengo dos hermanos mayores —dijo Vince—. Viene a ser lo mismo.

Levanté la bolsa de papel y anuncié:

—Le traigo un presente, maestro.

Miró la bolsa con curiosidad.

—Que Buda te bendiga, saltamontes. ¿Qué es?

Lancé la bolsa hacia él, pero le golpeó en el pecho y cayó al suelo.

—¿Demasiado para un guerrero ninja? —pregunté.

—Mi hermoso y templado cuerpo necesita café para funcionar —me dijo Vince, agachándose para recoger la bolsa—. ¿Qué hay aquí? Me has hecho daño. —Alcanzó la bolsa con el ceño fruncido—. Espero que no sean trozos de un cadáver. —Sacó el gran donut de canela y le echó una mirada apreciativa—. Caramba. Mi pueblo no pasará hambre este año. Te lo agradecemos profundamente, saltamontes. —Hizo una reverencia con la pasta en primer plano—. Una deuda satisfecha supone una bendición para todos, hijo mío.

—En ese caso —dije—, ¿tienes a mano el expediente del tipo que encontraron anoche en Old Cutler?

Vince dio un generoso mordisco al bollo de canela. Los labios le brillaban por el azúcar mientras masticaba con gran lentitud.

—Mmmm —dijo, antes de tragar—. ¿Nos sentimos excluidos?

—Si ese nosotros se refiere a Deborah, sí, lo estamos —dije—. Le prometí que echaría un vistazo a las pruebas.

—Bueno —comentó, con la boca llena de donut—, al menos hay un bontón de angüe esta vez.

—Disculpe, maestro. Mis oídos no logran descifrar su idioma.

Masticó y tragó.

—Decía que al menos esta vez hay cantidad de sangre. Pero tú sigues siendo la Cenicienta. Bradley se encarga de este.

—¿Puedo ver el expediente?

Dio otro bocado.

—El io eguía ivo...

—Seguro que sí. ¿Y en cristiano?

Vince tragó.

—El tío seguía vivo cuando le arrancaron la pierna.

—Es asombrosa la resistencia que llega a tener el ser humano, ¿no crees?

Vince se metió el resto de donut en la boca y sacó el expediente, tendiéndomelo y dando un gran mordisco a la pasta al mismo tiempo. Cogí la carpeta.

—Me voy —dije—. Antes de que vuelvas a hablar.

Se sacó la pasta de la boca.

—Demasiado tarde —dijo.

Caminé despacio hacia mi pequeño cubículo, revisando el contenido de la carpeta. Gervasio César Martez había encontrado el cadáver. Su declaración era el primer documento. Era guardia de seguridad, empleado de Sago Security Systems. Llevaba catorce meses trabajando para ellos y no tenía antecedentes penales. Martez había hallado el cuerpo a las 22:17 aproximadamente, y de inmediato realizó un registro rápido del área antes de llamar a la policía. Quería atrapar al *pendejo* que había hecho eso porque nadie debería hacer cosas así y menos cuando él, Gervasio, estaba de servicio. Era como si se lo hubieran hecho a él, ¿comprenden? Así que atraparía a ese monstruo él solo. Pero no había sido posible. No había ni rastro del atacante por ninguna parte, así que había llamado a la policía.

El pobre hombre se lo había tomado como algo personal. Yo compartía su ira. Esa clase de brutalidad no debería estar permitida. Por supuesto, le estaba enormemente agradecido por su sentido del honor que me había concedido tiempo para huir. Y yo que siempre había creído que la moralidad era algo inútil.

Doblé la esquina que me llevaba a mi pequeño y oscuro despacho chocando de frente con la inspectora LaGuerta.

—Hey —exclamó—. ¡No ves bien a estas horas!

Pero no se movió.

—No soy muy de mañanas —le dije—. Mis biorritmos no se ponen en marcha hasta el mediodía.

Me miró a tres centímetros de distancia.

—A mí me parecen perfectos —dijo.

Me escabullí hacia el otro lado de la mesa.

—¿En qué puede contribuir mi humilde persona a su majestad la ley esta mañana? —le pregunté.

Ella me miró fijamente.

—Tienes un mensaje —dijo—. En el contestador.

Eché un vistazo al contestador automático. Claro, la luz parpadeaba. Esa mujer estaba hecha una gran detective.

—Debe de ser alguna chica —dijo LaGuerta—. Ese parpadeo suena a somnolencia y felicidad. ¿Tienes novia, Dexter? —Había una nota de desafío en su voz.

—Ya sabe cómo son estas cosas —dijo—. Las mujeres de hoy son tan lanzadas, y cuando uno es tan atractivo como yo, revolotean en torno a tu cabeza sin dudar. —Quizá no había sido la expresión más afortunada; cuando lo decía no pude evitar que mi mente recordara la cabeza de la mujer que había volado en torno a mí hacía bien poco.

—Vigila —dijo LaGuerta—. Más pronto o más tarde alguna se te pegará. —

No tenía ni idea de qué creía ella que significaba eso, pero se trataba de una imagen muy desasosegante.

—Estoy seguro de que tiene razón —dije—. Hasta entonces, *carpe diem*.

—¿Qué?

—Es latín —aclaré—. Significa quéjate a la luz del día.

—¿Tienes algo sobre el caso de anoche? —preguntó ella, de repente.

Levanté el expediente.

—Estaba echándole un vistazo ahora mismo.

—No es el mismo —dijo, frunciendo el ceño—. No importa lo que digan esos capullos de la prensa. McHale es culpable. Confesó. Este tío es otro.

—Supongo que parece demasiada coincidencia —dije—. Dos asesinos brutales al mismo tiempo.

LaGuerta se encogió de hombros.

—Estamos en Miami, ¿qué se creen? Esos tíos vienen aquí de vacaciones. Hay un montón de chicos malos ahí afuera. No puedo atraparlos a todos.

Para ser sinceros no podría capturar a ninguno a menos que ellos mismo saltaran de un edificio y aterrizaran en el asiento delantero de su coche, pero no me pareció el momento más oportuno para comentárselo. LaGuerta dio un paso hacia mí y acarició la carpeta con una uña de color rojo oscuro.

—Necesito que descubras algo aquí, Dexter. Algo que demuestre que no es el mismo hombre.

Se hizo la luz. La estaban presionando, el capitán Matthews probablemente, un hombre que se creía lo que publicaban los periódicos siempre y cuando escribieran su nombre sin faltas de ortografía. Y ella necesitaba un poco de munición para presentar batalla.

—Claro que no es el mismo —dije—. Pero ¿por qué acude a mí?

Me miró durante un momento a través de los ojos medio cerrados, un efecto curioso. Creo que había visto esa misma mirada en alguna película que Rita me había obligado a ver, pero no tenía ni idea de qué podía querer decir en los ojos de LaGuerta.

—Dejé que te quedaras a la reunión de las setenta y dos horas —dijo ella—. Aunque Doakes te quiere muerto, y o te permití quedarte.

—Muchas gracias.

—Porque tienes un sexto sentido para estas cosas. Para los asesinos en serie. Todos lo dicen. A veces Dexter presiente cosas.

—Eh, vamos —dije—, han sido solo un par de suposiciones acertadas...

—Y necesito que alguien de laboratorio encuentre algo.

—¿Por qué no se lo pide a Vince?

—Él no es tan agudo —dijo ella—. Encuentra algo.

Seguía estando incómodamente cerca, tan cerca que podía oler su champú.

—Encontraré algo —dije.

Hizo un gesto señalando al contestador.

—¿No vas a devolverle la llamada? Vas a estar demasiado ocupado para cazar conejitos.

No había retrocedido y tardé un segundo en caer en la cuenta de que se refería al mensaje del contestador. Le brindé mi sonrisa más diplomática.

—Creo que es ella quien está intentando cazarme, inspectora.

—Ja. En eso tienes razón. —Me lanzó una mirada prolongada, después se volvió y salió por la puerta.

Ignoro por qué, pero observé cómo se iba. La verdad es que tampoco se me ocurría ninguna otra cosa que hacer. Justo antes de que llegara al rincón y desapareciera de mi vista, se ajustó la falda a las caderas y se volvió a mirarme. Después se fue, perdiéndose en los difusos corredores de los Políticos Homicidas.

¿Y qué pasaba conmigo? ¿El pobre y alucinado Dexter? ¿Qué otra cosa podía hacer? Me hundí en la butaca de oficina y apreté el botón de *play* del contestador automático. «Hola, Dexter, soy yo». Claro que sí. Y por rara que pareciera, aquella voz lenta y ligeramente ronca pertenecía a Rita. «Mmm... Estaba pensando en lo de anoche. Llámame, señor». Como había observado LaGuerta, sonaba cansada y a la vez feliz. Al parecer ahora tenía una novia de verdad.

¿Dónde acabaría toda esta locura?

Durante unos momentos me limité a permanecer sentado, reflexionando sobre las crueles ironías de la vida. Tras tantos años de independencia solitaria, de repente las mujeres me acosaban desde todas direcciones. Deb, Rita, LaGuerta: todas parecían incapaces de existir sin mí. Sin embargo, la única persona con la que me apetecía pasar un rato se mostraba esquiva, dejándome cabezas de Barbies en la nevera. ¿Era justo?

Me llevé la mano al bolsillo y palpé la pequeña placa de cristal, enfundada y a buen recaudo. Eso me hizo sentir un poco mejor durante un momento. Al menos estaba haciendo algo. Y, al fin y al cabo, la única obligación de la vida era ser interesante, y no podía decirse que no lo fuera en ese momento. «Interesante» no empezaba ni a describirla. Daría un año de vida por averiguar algo más acerca de esta esquiva quimera que se burlaba de mí sin la menor misericordia con una obra de tanta elegancia. De hecho, había estado a punto de desperdiciar más de un año con el pequeño interludio de Jaworski.

Sí, no cabía duda, las cosas estaban poniéndose interesantes. ¿Y de verdad andaban diciendo por el departamento que poseía un sexto sentido para los homicidas en serie? Eso resultaba muy inquietante. Significaba que mi cuidadoso disfraz podía estar a punto de rasgarse. Había sido demasiado bueno demasiadas veces. Podía convertirse en un problema. ¿Pero qué podía hacer? ¿Hacerme el tonto durante un tiempo? No estaba seguro de saber cómo hacerlo, ni siquiera tras tantos años de esmerada observación.

Bien. Abrí el expediente de Jaworski, pobre hombre. Tras una hora de estudio llegué a un par de conclusiones. Primera, y más importante, pese a la absurda impulsividad que había guiado mis actos, me iba a librar de aquello. Y, en segundo lugar, podía existir un modo de meter a Deb en esto. Si podía probar que era obra de nuestro artista original mientras LaGuerta se comprometía con la teoría del imitador, Deb podía pasar de ser alguien en quien no confiaban ni para llevarles el café a ser el aroma del mes. Claro que no era obra del mismo tipo, pero digamos que esta era una observación demasiado delicada llegados a este punto. Y dado que yo sabía, sin ningún género de dudas, que pronto encontrarían más cuerpos, no era algo de lo que preocuparse mucho.

Y, naturalmente, al mismo tiempo, tenía que proporcionar a la pesada inspectora LaGuerta suficiente cuerda como para que se colgara sola. Lo que, me dije, también podía servir de algo a un nivel más personal. Acorralada y convertida en una imbécil ante la opinión pública, la reacción natural de LaGuerta sería echar la culpa al idiota del técnico de laboratorio que le había dado las conclusiones erróneas: el soso e inútil Dexter. Y mi reputación sufriría un necesitado receso hacia la mediocridad. Tampoco pondría en peligro mi trabajo, ya que se suponía que consistía en analizar muestras de sangre, no en

proporcionar perfiles homicidas. Contando con esto, LaGuerta parecería por fin tan idiota como era, y elevaría las posibilidades de Deborah todavía más.

Es encantador cuando todo encaja tan bien. Llamé a Deborah.

A la una y media del día siguiente me encontré con Deb en un pequeño restaurante a unas manzanas al norte del aeropuerto. Estaba encajado en un centro comercial, entre una tienda de recambios para coches y otra de armas. Era un lugar que ambos conocíamos bien, no muy lejos de la jefatura de policía de Miami-Dade, y donde hacían los mejores bocadillos cubanos del mundo. Quizá no les parezca nada del otro mundo, pero les aseguro que hay ocasiones en que lo único que me sirve es un *medianoche*, y en momentos como ese el Café Relámpago era el único lugar donde conseguirlo. Los Morgan frecuentaban ese local desde 1974.

Y mi ánimo indicaba que había llegado el momento de hacer un pequeño brindis; aunque no se trataba de una celebración en toda regla, sí al menos el reconocimiento de que las cosas pintaban un poco mejor. Quizá simplemente me sentía más contento por haber soltado un poco de vapor con mi querido amigo Jaworski, pero en cualquier caso me encontraba increíblemente bien. Incluso pedí un *batido de mamá*, un batido de leche de inimitable aroma cubano que sabe como a una combinación de sandía, melocotón y mango.

Deb, por supuesto, era incapaz de compartir mi irracional estado de ánimo. Parecía haber estado estudiando las expresiones faciales de peces grandes, severas y mustias hasta límites insospechados.

—Deborah, por favor —supliqué—, si no te moderas se te quedará la cara así. La gente te tomará por un mero.

—Por lo que seguro que no me tomarán es por una poli —replicó—. Porque voy a dejar de serlo.

—Tonterías —dije—. ¿No te hice una promesa?

—Sí. Y también me prometiste que iba a funcionar. Pero no dijiste nada de las miradas que recibiría del capitán Matthews.

—Oh, Deb —dije—. ¿Te *miro*? Lo siento mucho.

—Que te jodan, Dexter. No eres tú quien estaba allí, y no es tu vida la que se va por el desagüe.

—Te advertí de que sería duro por un tiempo, Deb.

—Bueno, al menos en eso tenías razón. Según Matthews, estoy a punto de ser suspendida.

—¿Pero te dio permiso para usar tu tiempo libre para investigar un poco más a fondo?

Soltó un gruñido.

—Dijo: « No puedo detenerte, Morgan. Pero estoy muy decepcionado. Y me pregunto qué habría dicho tu padre » .

—¿Y no le dijiste: « Mi padre nunca habría cerrado el caso teniendo entre

rejas a un hombre inocente» ?

—No —dijo, con aspecto sorprendido—. Pero es lo que pensaba. ¿Cómo lo sabes?

—Pero no se lo *dijiste*, Deb, ¿verdad que no?

—No —dijo ella.

Empujé el vaso hacia ella.

—Toma un poco de *mamé*, hermanita. Las cosas van bien.

Me miró.

—¿Estás seguro de que no estás tirando de la cadena?

—Nunca, Deb. ¿Cómo podría hacerlo?

—Con la mayor facilidad.

—Hermanita, por favor. Debes confiar en mí.

Me sostuvo la mirada durante un momento y luego la bajó. Ni siquiera había probado su batido, lo cual era una lástima. Estaban buenísimos.

—Confío en ti. Pero juro por Dios que no sé por qué. —Levantó los ojos y me miró con una extraña expresión que le sobrevalaba el rostro—. Y a veces ni siquiera creo que debiera hacerlo, Dexter.

Le brindé mi mejor y más lograda sonrisa de hermano mayor.

—En los próximos dos o tres días algo nuevo cambiará las cosas. Te lo prometo.

—No puedes saberlo —dijo ella.

—Sé que no puedo, Deb. Pero lo sé. De verdad.

—¿Y por qué te muestras tan feliz ante la perspectiva?

Quería decirle que era porque la idea me hacía feliz. Porque tener la oportunidad de volver a ver otra muestra de aquella maravilla sin sangre me hacía más feliz que ninguna otra cosa en la que pudiera pensar. Pero, por supuesto, no era un sentimiento que Deb pudiera compartir conmigo, así que me lo guardé.

—Estoy contento por ti, obviamente.

—Cierto, se me olvidaba —dijo con un gruñido. Pero al menos dio un sorbo al batido.

—Mira —dije—, o LaGuerta tiene razón...

—Lo que significa que estoy muerta y jodida.

—O bien *se equivoca*, y tú eres una hembra viva y virgen. ¿Me sigues hasta aquí, hermanita?

—Mmm —dijo ella, mostrándose notablemente malhumorada sin pensar en la paciencia que estaba teniendo con ella.

—Si te dedicaras a las apuestas, ¿apostarías a que LaGuerta tiene razón? ¿Sobre cualquier tema?

—En trapos, tal vez —dijo ella—. Viste realmente bien.

Llegaron los bocadillos. El camarero los dejó caer amargamente en medio

de la mesa sin una palabra y se esfumó detrás del mostrador. Sin embargo, seguían siendo buenos. No sé qué los hacía mejores que los demás *medianoches* de la ciudad, pero lo eran: el pan crujiente por fuera y blando por dentro, la proporción exacta de cerdo y pepinillos, el queso perfectamente fundido... una bendición. Di un buen mordisco. Deborah jugueteó con la pajita del batido.

Tragué.

—Deb, si mi lógica mortal no consigue animarte, ni tampoco lo consigue un bocadillo del Relámpago, hemos perdido. Ya estás muerta.

Me miró con aquella cara de mero y mordió el bocadillo.

—Está muy bueno —dijo sin ninguna expresión—. ¿Ves cómo me animo?

La pobre no estaba convencida, lo que suponía un duro revés para mi ego. Pero, al fin y al cabo, la había alimentado con una de las mejores comidas tradicionales de la familia Morgan. Y le había dado noticias fantásticas, aunque ella no las reconociera como tales. Si todo esto no la había hecho sonreír... Bueno, tampoco podía esperarse que yo lo hiciera todo.

Sin embargo, otro asuntillo que tenía a mi alcance era alimentar a LaGuerta: no era algo tan delicioso como los bocadillos del Relámpago, pero a su modo era sabroso. Y así, aquella tarde visité a la gran inspectora en su oficina, un pequeño y encantador cubículo situado en el rincón de una gran sala que contenía otra media docena de cubículos. El suyo, por supuesto, era el más elegante, con varias fotos de ella acompañada de celebridades colgando de la tela del biombo. Reconocí a Gloria Estefan, Madonna y Jorge Mas Canosa. Sobre la mesa, al lado de un servicio de escritura verde jade con marco de piel, había un exquisito portaplumas verde ónix para la estilográfica con un reloj de cuarzo en el centro.

Cuando entré, LaGuerta estaba al teléfono hablando en español a una velocidad endiablada. Me miró sin verme y desvió la mirada. Pero un momento después sus ojos volvieron a posarse en mí. Esta vez me miró de arriba abajo, frunció el ceño y dijo: «Okay, okay, 'Ta luo», que es el modismo cubano para *hasta luego*. Colgó y siguió mirándome.

—¿Qué tienes para mí? —dijo por fin.

—Sube la marea —le dije.

—Si eso significa que son buenas noticias, te aseguro que me hacen falta.

Enganché una silla plegable con el pie y la arrastré hasta su cubículo.

—No cabe la menor duda —dije, sentándome en la silla plegable— de que tiene en la cárcel al tipo correcto. El asesinato de Old Cutler fue cometido por una mano distinta.

Se limitó a mirarme durante un momento. Me pregunté si siempre le llevaba tanto tiempo procesar la información y reaccionar.

—¿Tienes algo fiable en qué apoyarlo? —me preguntó al final—. ¿Con seguridad?

Claro que podía apoyarlo en datos fiables, pero no pensaba hacerlo, por muy

buena que fuera la confesión para un alma atormentada. En su lugar, dejé caer la carpeta sobre su mesa.

—Los hechos hablan por sí mismos —dije—. Y no dejan lugar a dudas. —Claro que no las había: eso lo sabía muy bien—. Mire —dije, extrayendo una página llena de comparaciones cuidadosamente elegidas que había pasado a ordenador—, en primer lugar, esta víctima era un varón. Todas las demás eran mujeres. Esta víctima fue hallada junto a Old Cutler. Todas las víctimas de McHale aparecieron por la zona de Tamiami Trail. Esta víctima fue hallada en un estado relativamente intacto y en el lugar donde fue asesinada. Las víctimas de McHale estaban completamente despedazadas y fueron trasladadas a una ubicación distinta para que fueran encontradas allí.

Proseguí, y ella me escuchó con atención. La lista era buena. Me había llevado varias horas dar con las comparaciones más obvias, absurdas y transparentemente demenciales, y debo decir que hice un buen trabajo. Y LaGuerta también representó su papel a la perfección. Se tragó todo el asunto. Por supuesto, estaba oyendo lo que quería oír.

—En resumen —dije—, este nuevo asesinato tiene todo el aspecto de una venganza, probablemente relacionada con drogas. El tipo de la cárcel cometió los otros asesinatos, y estos pueden darse por terminados: absoluta y positivamente, al cien por cien, ahora y para siempre. Nunca volverán a pasar. Caso cerrado. —Dejé la carpeta sobre su mesa y sostuve la lista en la mano.

Cogió la hoja de papel y la miró durante bastante rato. Frunció el ceño. Sus ojos subieron y bajaron por la página unas cuantas veces. El extremo de su labio inferior se torció. Después la dobló con cuidado sobre la mesa, ocultándola bajo una pesada grapadora verde jade.

—De acuerdo —dijo, enderezando la grapadora para que estuviera perfectamente alineada con el extremo del recado para escribir—. De acuerdo. Muy bien. Esto debería ayudar. —Volvió a mirarme, la expresión de concentración aún pegada a su rostro, y después, súbitamente, sonrió—. De acuerdo. Gracias, Dexter.

Fue una sonrisa tan inesperada y genuina que, de haber tenido alma, me habría sentido bastante culpable.

Se incorporó, aún sonriendo, y antes de que pudiera apartarme ya había llevado los brazos a mi cuello para darme un abrazo.

—Aprecio lo que has hecho —dijo—. Haces que me sienta MUY agradecida. —Y frotó su cuerpo contra el mío de un modo que solo podía calificarse de sugerente. No cabía duda de ello y, bueno, siendo como era una defensora de la moral pública y allí, en un lugar público... aunque ni en la intimidad de una cámara acorazada habría tenido yo el menor interés en que su cuerpo rozara el mío. Sin mencionar el hecho de que acababa de darle un trozo de cuerda con la esperanza de que la usara para colgarse, lo que no parecía la clase de evento que

debiera celebrarse con... Bueno, ¿es que todo el mundo se había vuelto loco? ¿Qué pasa con los humanos? ¿No hay ninguno que piense?

Atenazado por algo muy próximo al pánico intenté deshacerme de su abrazo.

—Por favor, inspectora...

—Llámame Migdia —dijo ella, acercándose y frotando su cuerpo contra el mío con más fuerza. Llevó una mano a la parte delantera de mis pantalones y di un salto. Por el lado bueno, mi acción descolocó a la amorosa inspectora. Por el negativo, dio un traspiés, su cadera chocó contra la mesa, y acabó tropezando sobre la silla y aterrizando despatarrada en el suelo.

—Este... La verdad es que debo volver al trabajo —tartamudeé—. Tengo una... algo importante.

Sin embargo no se me ocurría nada más importante que escapar para salvar la vida, de manera que me escabullí del cubículo, dejándola con la vista fija en mí.

No me pareció una mirada particularmente amistosa.

Desperté de pie ante el lavamanos con el grifo abierto. Tuve un momento de pánico total, una sensación de completa desorientación, el corazón me latía desbocado mientras los párpados irritados temblaban en un intento de seguir el ritmo de sus latidos. El lugar no correspondía a nada. El lavamanos no tenía el aspecto que debía tener. Ni siquiera estaba seguro de quién era yo: en el sueño también estaba de pie delante del lavamanos con el grifo abierto, pero no era este en concreto. Me estaba frotando las manos, ensañándome con el jabón, arrancando de la piel cualquier mínimo rastro de horrible sangre roja, lavándome con agua tan caliente que me dejaba la piel rosada, nueva y aséptica. Y el calor del agua contrastaba dolorosamente con el frío pasado en la estancia que acababa de dejar; la sala de juegos, la sala de matar, la sala de las amputaciones secas y cuidadosas.

Cerré el grifo y me quedé un momento apoyado en el frío mármol del lavamanos. Todo había sido muy real, se parecía muy poco a cualquier otra clase de sueño que hubiera conocido. Y recordaba la estancia con suma claridad. Podía verla solo con cerrar los ojos.

Estoy sobre la mujer, viéndola debatirse y tensarse contra la cinta aislante que la sujeta, observando cómo el terror asoma a sus ojos vacíos hasta explotar en la más pura expresión de desesperación, y siento que me invade esa gran y maravillosa oleada que impulsa el brazo que sostiene el cuchillo. Y así, mientras empuño el cuchillo para empezar...

Pero esta no es la primera. Porque debajo de la mesa hay otra, ya seca y pulcramente envuelta. Y en el extremo opuesto hay una más, esperando su turno, el rostro convertido en la máscara de desesperanza más terrorífica de todas cuantas he visto jamás; aunque se trata de algo en cierto modo familiar y necesario, esta negación tan completa de que exista cualquier otra posibilidad me impregna de una energía limpia y pura, más contagiosa que...

Tres.

Esta vez son tres.

Abrí los ojos. Me vi en el espejo. Hola, Dexter. ¿Otro sueñecito, colega? Interesante, ¿no? Esta vez tres... Pero solo ha sido un sueño. Nada más. Me sonreí en un intento de mover los músculos faciales. Fracaso total. Y, por delirante que hubiera sido, ahora estaba despierto y lo único que quedaba de él eran una resaca y las manos mojadas.

Lo que debería haber sido un placentero interludio de mi subconsciente me tenía tembloroso, inseguro. Estaba lleno de temor ante la idea de que mi mente se hubiera largado de la ciudad dejándome atrás para pagar el alquiler. Pensé en las tres compañeras de juegos, cuidadosamente atadas, y sentí el deseo de volver allí y terminar lo empezado. Pero pensé en Harry y supe que no podría. Estaba

atrapado entre un recuerdo y un sueño, y no sabía decir cuál de los dos resultaba más atrayente.

Esto ya no tenía ninguna gracia. Quería mi cerebro de siempre.

Me sequé las manos y volví a la cama, pero el pobre y disminuido Dexter ya no iba a conciliar el sueño. Me limité a tumbarme boca arriba y observar las sombras oscuras que surcaban el techo hasta que, a las seis menos cuarto, sonó el teléfono.

—Tenías razón —dijo Deb en cuanto descolgué.

—No sabes lo bien que me sienta oírlo —dije, haciendo un gran esfuerzo para mostrarme tan brillante como era antes—. ¿Y sobre qué tengo razón?

—En todo —dijo Deb—. Estoy en la escena de un crimen en Tamiami Trail. ¿Adivinas de quién se trata?

—¿Acerté?

—Es él, Dexter. Tiene que serlo. Y desde luego es apabullante.

—¿Apabullante en qué sentido, Deb? —pregunté, pensando *tres cuerpos*, con la esperanza de que no lo dijera y alterado por la certeza de que lo haría.

—Tres víctimas parecen indicar un asesinato múltiple —repuso ella.

Un espasmo me atravesó desde el estómago, como si me hubiera tragado unas pilas vivas. Pero hice un gran esfuerzo para dar una réplica inteligente, típica de mí.

—Maravilloso, Deb. Empiezas a hablar como si estuvieras redactando un informe sobre homicidios.

—Bueno, la verdad es que empiezo a creer que escribiré uno algún día. De lo único que me alegro es que no sea este. Es demasiado raro. LaGuerta no sabe qué pensar.

—Ni siquiera sabe cómo pensar. ¿Qué tiene eso de raro, Deb?

—Tengo que irme —dijo Deborah, de repente—. Ven hacia aquí, Dexter. Tienes que verlo.

Cuando llegué, una multitud, formada en su mayor parte por reporteros, se agolpaba en triple fila en torno a la barrera. Siempre cuesta abrirse paso entre una nube de reporteros que huele el rastro de la sangre. Tal vez no lo crean, y a que con las cámaras parecen imbéciles descerebrados con serios desórdenes alimenticios, pero pónganlos en una barricada policial y presenciarán el milagro. Se vuelven fuertes, agresivos, diligentes, y a la vez capaces de arrasar lo que sea y a quien sea y pisotearlo hasta hundirlo en la tierra. Es algo parecido a las historias con madres de mediana edad que levantan un camión cuando su hijo está atrapado debajo. La fuerza les viene de algún lugar misterioso y, sea como sea, cuando hay vísceras en juego, estas criaturas anoréxicas pueden abrirse paso hasta en la jungla. Y sin ni siquiera despeinarse.

Por suerte para mí, uno de los guardias de la barricada me reconoció.

—Dejadle pasar, chicos —dijo a los reporteros—. Apartaos.

—Gracias, Julio —dije al poli—. Parece que hay más reporteros cada año.

—Alguien debe de estar clonándolos. Para mí todos tienen la misma pinta —dijo con un gruñido.

Crucé por debajo de la cinta amarilla, y mientras me dirigía al extremo opuesto, tuve la extraña sensación de que alguien estaba descomponiendo el contenido de oxígeno de la atmósfera de Miami. Me detuve cuando llegué junto a un edificio en construcción. Se trataba con toda probabilidad de un bloque de oficinas de tres pisos, de la clase que ocupan los empresarios de segunda fila. Y al dar un paso más, siguiendo la actividad que rodeaba aquella estructura a medio construir, supe que no se trataba de ninguna coincidencia. Con este asesino nada era una coincidencia. Todo era deliberado, cuidadosamente medido para causar un impacto estético, explorado en función de una necesidad artística.

Estábamos en una obra porque así debía ser. Ese individuo estaba proclamando algo, tal y como yo le había predicho a Deborah. *Os habéis equivocado de individuo*, decía. *Habéis encerrado a un cretino porque eso es lo que sois, cretinos. Sois demasiado idiotas para verlo a menos que os lo pase por las narices, ¿no? Pues allá va.*

Pero lo peor de todo, peor que ese mensaje destinado a la policía y al público en general, era que estaba hablando conmigo, burlándose de mí con esa cita de mi propia y apresurada obra. Había llevado los cadáveres a un edificio en construcción porque yo había hecho lo mismo con Jaworski. Estaba jugando conmigo al ratón y al gato, mostrándonos a todos lo bueno que era y aprovechando la ocasión para decirle a alguien —a mí— que estaba al acecho. *Sé lo que hiciste y también yo puedo hacerlo. Y mejor.*

Supongo que eso debería haberme inquietado un poco.

Pero no lo hizo.

En realidad casi me hizo sentir popular, como si fuera una estudiante que contempla cómo el capitán del equipo de rugby tartamudea pidiéndole una cita. ¿Te refieres a mí? ¿De verdad? ¿A alguien como yo? Perdonadme si hago tremolar mis pestañas.

Tomé aire con fuerza e intenté recordarme que yo era una buena chica incapaz de hacer cosas como esa. Pero sabía que él las hacía, y lo que más deseaba era ir con él. Harry... Por favor...

Porque además de las actividades interesantes que me proponía este nuevo amigo, necesitaba encontrar a este asesino. Tenía que verle, hablar con él, probarme a mí mismo que era real y que...

¿Qué?

¿Qué no era yo?

¿Qué no era yo quien hacía esas cosas tan horribles e interesantes?

¿Por qué pensar en eso? No era solo una idiotez: era un pensamiento que no merecía que mi cerebro, antes algo de lo que enorgullecerme, le prestara la

menor atención. Excepto porque... Ahora que la idea había penetrado en mí, no podía contentarme con tomar asiento y comportarme como es debido. ¿Y si de verdad había sido yo? ¿Y si, de algún modo, había hecho todo eso sin darme cuenta? Imposible, por supuesto, totalmente imposible, pero...

Me despierto en el lavabo, lavándome la sangre de las manos después de un «sueño» en el que con cuidado y regocijo me mancho de sangre haciendo cosas con las que normalmente solo me permito soñar. Sin saber cómo, poseo información sobre toda la cadena de asesinatos, datos que no debería saber a menos que...

A menos que nada. Tómame un calmante, Dexter. Empieza de nuevo. Respira hondo, imbécil: que entre el aire bueno y salga el malo. Esto no era más que otro síntoma de mi reciente debilidad mental. Lo que me pasaba era que, debido a la tensión originada por una vida tan limpia, me estaba volviendo senil antes de tiempo. Había experimentado un par de momentos de estupidez humana en las últimas semanas. ¿Y qué? Eso tampoco probaba necesariamente que fuera humano. Ni tampoco que de repente tuviera sueños creativos.

No, claro que no. Bien; no significaba nada de eso. Entonces... hmmm... ¿qué significaba?

Había supuesto que me estaba volviendo loco, ni más ni menos, los tornillos se me caían a puñados. Muy reconfortante, pero si era capaz de suponer eso, ¿por qué no admitir la posibilidad de haber cometido toda una serie de deliciosos crímenes sin recordarlos, excepto en forma de sueños fragmentados? ¿Acaso la locura era más fácil de aceptar que la inconsciencia? Al fin y al cabo, era solo un paso más en la carrera de sonambulismo: andar en sueños, matar en sueños. Seguro que era más común de lo que creía. ¿Por qué no? ¿No cedía ya el asiento del conductor de mi conciencia al Oscuro Pasajero cuando a este le apetecía salir a dar una vuelta? Tampoco suponía un paso tan enorme aceptar que lo que sucedía aquí era lo mismo, aunque de una forma ligeramente distinta. El Oscuro Pasajero se limitaba a llevarse el coche mientras yo dormía.

¿Cómo explicarlo de otro modo? ¿Qué me proyectaba astralmente en sueños y conectaba mis vibraciones con el aura del asesino debido a alguna conexión en una vida anterior? Sí, eso tendría sentido... si estuviéramos en el sur de California. En Miami no era un argumento muy convincente. Así pues, si entraba en esa obra a medio construir y descubría tres cadáveres dispuestos de una forma que parecía querer decirme algo, tendría que considerar la posibilidad de que fuera yo el autor del mensaje. ¿No tenía eso más sentido que creer que estaba conectado a alguna clase de *party line* subconsciente?

Había llegado a la escalera exterior del edificio. Me detuve un momento y cerré los ojos, apoyándome contra la pared de hormigón. Estaba un poco más fresca que el aire, y era áspera al tacto. Froté la mejilla contra ella, sintiendo una mezcla de dolor y placer. No importaba lo mucho que deseara subir y ver lo que

había que ver, tenía las mismas ganas de no ver nada en absoluto.

Habla conmigo, susurré al Oscuro Pasajero. *Dime qué has hecho*.

Pero no hubo respuesta, por supuesto, al margen de aquel cloqueo frío y distante habitual. Y eso no me servía de nada. Me sentía enfermo, atacado de un leve vértigo, perplejo, y no me gustaba sentir que sentía ese tipo de cosas. Realicé tres prolongadas inspiraciones, me incorporé y abrí los ojos.

A unos diez metros estaba el sargento Doakes mirándome, justo desde la escalera, con un pie en el primer peldaño. Su rostro era una máscara siniestra grabada con una curiosa hostilidad, como la expresión de un rottweiler que quiere arrancarte los brazos pero está levemente interesado en saber primero qué sabor deben de tener. Y había algo en esa expresión que no había visto nunca en ninguna otra cara, excepto en el espejo. Era un vacío profundo y abisal capaz de penetrar entre la charada cómica de la vida humana y leer la letra pequeña.

—¿Con quién hablabas? —me preguntó mientras mostraba sus dientes brillantes y voraces—. ¿Llevas a alguien escondido dentro?

Sus palabras y el tono en que las dijo me atravesaron por la mitad reduciendo mi interior a gelatina. ¿Por qué elegir precisamente esas palabras? ¿Qué quería decir con «alguien escondido dentro»? ¿Acaso sabía de la existencia del Oscuro Pasajero? ¡Imposible! A menos que...

Doakes sabía lo que era yo.

Del mismo modo que yo había reconocido a la Última Enfermera.

Lo que llevamos dentro se abre paso entre el vacío cuando reconoce a otros de su calaña. ¿Acaso el sargento Doakes también cargaba con un Oscuro Pasajero? ¿Cómo era posible? ¿Un sargento de Homicidios, un depredador como el siniestro Dexter? Increíble. ¿Pero cómo explicarlo de otro modo? No se me ocurría ninguna otra explicación y me limité a mirarle fijamente durante un largo rato. Me sostuvo la mirada.

Por fin sacudió la cabeza, sin dejar de observarme.

—Uno de estos días... —dijo él—. Tú y yo.

—Espero su invitación —le dije con toda la alegría que pude reunir—. Mientras tanto, si me disculpas...

Se quedó allí, ocupando la escalera por completo y sin hacer otra cosa que mirarme a los ojos. Pero finalmente asintió ligeramente con la cabeza y se apartó.

—Uno de estos días —repitió cuando le adelanté escaleras arriba.

El impacto de este encuentro había servido para sacudirme al instante de toda aquella ola de autocompasión. Claro que no me dedicaba a cometer asesinatos en estado inconsciente. Dejando a un lado lo ridícula que era la idea, sería una pérdida increíble hacer esas cosas para luego no recordarlas. Debía haber alguna otra explicación, algo puro y simple. Seguro que en los alrededores había más de uno capaz de llevar a cabo obras tan creativas. Al fin y al cabo, estaba en Miami,

rodeado de criaturas tan peligrosas como el sargento Doakes.

Subí las escaleras a toda prisa, sintiendo cómo la adrenalina me invadía de nuevo, siendo casi yo mismo otra vez. Mis pasos avanzaban a un ritmo saludable, que obedecía solo en parte al hecho de estar escapando del bendito sargento. Más que eso, estaba ansioso por ver este último ataque contra el bienestar público: curiosidad natural, nada más. Y, desde luego, no iba a encontrar huellas más.

Llegué al segundo piso. Ya habían colocado parte de los tabiques, pero la mayor parte del suelo seguía sin paredes. Cuando avanzaba por el descansillo hacia el área principal, vi a Angel-nada-que-ver inmóvil, agachado en el centro del suelo. Tenía los codos apoyados en las rodillas, las manos sosteniendo su cara, y se limitaba a mirar hacia delante. Me paré y le contemplé, asombrado. Era una de las escenas más notables que había visto en mi vida: un técnico de homicidios de Miami reducido a la inmovilidad por lo que ha hallado en el escenario de un crimen.

Y el hallazgo en sí era aún más interesante.

Era una escena sacada de algún oscuro melodrama, un vodevil de vampiros. Al igual que en la obra donde yo había acabado con Jaworski, había un cargamento de cartón yeso envuelto con plástico. Lo habían tirado contra un muro, y ahora quedaba cubierto por la luz propia de las obras, más las añadidas por el equipo de investigación.

Sobre el cartón yeso, erguido en forma de altar, había un banco de trabajo portátil, dispuesto con toda la intención de que la luz le diera de lleno, o mejor dicho, con la intención de que la luz iluminara solo lo que había en su parte superior.

Era, por supuesto, una cabeza de mujer, y en la boca le habían metido un espejo retrovisor, lo que provocaba que su rostro mostrara una mueca de sorpresa casi cómica.

Sobre esta, a la izquierda, estaba la segunda cabeza. Debajo de la barbilla le habían colocado el cuerpo de una muñeca Barbie, de modo que lo que se veía era una cabeza enorme sobre un cuerpecillo diminuto.

A la derecha estaba la tercera cabeza. Había sido pulcramente dispuesta sobre un bloque de cartón yeso, y le habían pegado las orejas con lo que debían de ser virutas del mismo material. No había ni una gota de sangre en toda la exhibición. En ninguna de las tres cabezas.

Un espejo, una Barbie y el cartón yeso.

Tres asesinatos.

Los huesos secos.

Hola, Dexter.

No había la menor duda al respecto. El cuerpo de la Barbie era una clara

referencia al que yo tenía en la nevera de casa. El espejo procedía de la cabeza que lanzó en la autopista, y el material de construcción era un homenaje a Jaworski. O alguien estaba tan dentro de mi cabeza que podía ser yo, o era yo mismo en realidad.

Tomé aire, despacio y con fuerza. Estoy bastante seguro de que mis emociones no eran como las tuyas, pero la reacción que me pedía el cuerpo era idéntica: sentarme en el suelo junto a Angel-nada-que-ver. Necesitaba un momento para recordar cómo se piensa, y el suelo parecía un gran lugar para empezar. En su lugar, me descubrí avanzando lentamente hacia el altar, empujado como si me hallara sobre railes untados de aceite. No podía detenerme, ni reducir la velocidad, ni hacer otra cosa que acercarme cada vez más. Solo podía mirar, maravillarme, y concentrarme en seguir respirando por los lugares adecuados. Y poco a poco me di cuenta de que no era el único de por allí que no podía creer lo que veía.

En el transcurso de mi trabajo —y no digamos de mi hobby— había estado en el escenario de cientos de crímenes, muchos tan desagradables y salvajes que me impactaban incluso a mí. Y en todos y cada uno de esos asesinatos el equipo de Miami-Dade había llegado y llevado a cabo su trabajo de una forma relajada y profesional. En todos y cada uno de ellos alguien había estado tomando café, alguien había ido en busca de pasteles o donuts, alguien cotilleaba o bromeaba mientras recogía las vísceras. En todos y cada uno de esos escenarios había visto a un grupo de gente que estaba tan totalmente al margen de la matanza que bien podían haber estado jugando a los bolos en la liga parroquial.

Hasta ahora.

Esta vez la gran y desnuda sala de cemento estaba extrañamente en silencio. Agentes y técnicos se mantenían en grupos silenciosos de dos o tres, como si temieran estar solos, y sin apartar la mirada de lo que les habían dejado en el extremo más alejado de la sala. Si alguien hacía algún ruido sin querer, todos se sobresaltaban y miraban con furia al causante. La escena era tan positiva y sardónicamente extraña que habría prorrumpido en carcajadas de no haber estado tan ocupado mirando como el resto del equipo.

¿Yo había hecho esto?

Era hermoso... en un sentido terrible, claro. Pero aun así, la disposición era perfecta, atrayente, hermosamente exangüe. Mostraba un gran ingenio y un fantástico sentido de la composición. Alguien se había tomado muchas molestias para convertirlo en una gran obra de arte. Alguien con estilo, talento y un morboso sentido del juego. En toda mi vida solo había conocido a una persona así.

¿Podía esa persona ser Dexter, el soñador siniestro?

Me quedé tan cerca del retablo como pude, sin tocarlo, solo mirándolo. Todavía no se había espolvoreado el altar en busca de huellas; no se había hecho nada, aunque deduje que sí se habrían tomado fotos. Oh, cómo deseaba llevarme a casa una de esas fotos... Ampliada, a todo color, sin pizca de rojo. Si era obra *mía*, era un artista mejor de lo que ni siquiera yo había sospechado. Incluso a corta distancia las cabezas parecían flotar en el espacio, suspendidas sobre la tierra mortal en una parodia eterna y exangüe del paraíso, cortadas literalmente de sus cuerpos...

Sus cuerpos: miré a mi alrededor. No había señal de ellos, nada que indicara la presencia de aquellos paquetes cuidadosamente envueltos. Solo aquella pirámide de cabezas.

Miré más a fondo. Unos momentos después Vince Masuoka se acercó lentamente, boquiabierto y pálido.

—Dexter —dijo, sacudiendo la cabeza.

—Hola, Vince —dije. Volvió a sacudir la cabeza—. ¿Dónde están los cuerpos?

Se limitó a contemplar las cabezas durante unos minutos. Después dirigió la vista hacia mí con una cara rebosante de inocencia.

—En otro lugar —dijo.

Se oyó un tumulto en las escaleras y el hechizo se rompió. Me aparté del retablo justo cuando entraba LaGuerta acompañada de un escogido grupo de reporteros: ese Nick Algo, y Rick Sangre, de la cadena local, y Eric el Vikingo, un extraño y respetado columnista del periódico. Por un momento la sala se alteró. Nick y Eric echaron un vistazo y corrieron escaleras abajo con una mano tapándose la boca. Rick Sangre frunció el ceño, miró las luces y después se volvió hacia LaGuerta.

—¿Hay algún enchufe? Tengo que traer al cámara —dijo.

LaGuerta sacudió la cabeza.

—Espera a que lleguen los otros —respondió ella.

—Necesito fotos —insistió Rick Sangre.

El sargento Doakes apareció detrás de él. El reportero volvió la cabeza y le vio.

—Nada de fotos —dijo Doakes. Sangre abrió la boca, miró al policía y después volvió a cerrarla. Una vez más, las duras cualidades del sargento habían salvado la partida. Se retiró, manteniéndose con aire protector junto a las cabezas cortadas, como si fuera el guardián de un proyecto científico.

Se oyó a alguien que tosía en la puerta y poco después ese tal Nick y Eric regresaron, subiendo lentamente las escaleras y entrando de nuevo en la sala como dos ancianos. Eric no se atrevía a mirar al fondo. Nick intentaba no hacerlo, pero no podía evitar volver la cabeza en dirección a aquella horrenda

visión, para luego mirar directamente a LaGuerta.

Esta empezó a hablar. Me acerqué lo suficiente como para oírla.

—Os pedí a los tres que vinierais a ver esto antes de que autorizemos ningún seguimiento por parte de los medios —dijo la inspectora.

—¿Pero podemos cubrir la noticia extraoficialmente? —interrumpió Rick Sangre.

LaGuerta no le hizo caso.

—No queremos que la prensa se lance a especulaciones salvajes sobre lo sucedido aquí —prosiguió—. Como veis, se trata de un crimen depravado y extraño... —hizo una pausa y después dijo, con mucho énfasis—: Distinto a Cualquier Otro que Hayamos Visto con Anterioridad. —Casi podías oír cómo ponía las mayúsculas.

—Ya —dijo Nick con aspecto pensativo.

Eric el Vikingo lo captó de inmediato.

—Hey, espere un momento. ¿Está diciendo que se trata de un nuevo asesino? ¿El inicio de una serie de asesinatos distintos?

LaGuerta le miró con intención.

—Es demasiado pronto para asegurar nada, por supuesto —dijo ella, aunque en su tono había toda la certeza posible—, pero abordemos la cuestión desde una perspectiva lógica, ¿de acuerdo? En primer lugar —levantó un dedo—, tenemos a un tipo que confesó haber cometido todo lo anterior. Está en la cárcel, y os juro que no le dejamos salir para que se entretuviera con esto. En segundo lugar, esto no se parece a nada que yo haya visto antes, ¿cierto o no? Hay tres víctimas y están tan... bien dispuestas, ¿sí o no? —Que Dios la bendiga, lo había advertido.

—¿Por qué no puedo hacer venir al cámara? —preguntó Rick Sangre.

—¿No se encontró un espejo en otro de los asesinatos? —dijo débilmente Eric el Vikingo, haciendo auténticos esfuerzos por no mirar.

—¿Han identificado los, eeeh...? —dijo Nick. Había empezado a girar la cabeza hacia la obra del asesino, pero se contuvo y se volvió hacia LaGuerta—. ¿Las víctimas eran prostitutas, inspectora?

—Escuchad —dijo LaGuerta. Su tono indicaba preocupación y su voz denotó un leve rastro de acento cubano durante un segundo—. Dejad que os *explique* algo: no me importa si son prostitutas. No me importa que haya un espejo. No me importa nada de eso. —Tomó aire y prosiguió, mucho más tranquila—. Tenemos al otro asesino a buen recaudo. Tenemos una confesión. Esto es algo completamente nuevo, ¿de acuerdo? Eso es lo que importa. Podéis verlo: es un caso distinto.

—¿Entonces por qué se le ha asignado también a usted? —preguntó Eric el Vikingo, con toda la razón, me dije.

LaGuerta mostró sus afilados dientes.

—Resolví el otro caso —afirmó.

—¿Pero está segura de que estamos ante un nuevo asesino, inspectora? —preguntó Rick Sangre.

—Sin ninguna duda. No puedo daros más detalles, pero tengo pruebas de laboratorio que lo confirman. —Estaba seguro de que se refería a mí y sentí que me embargaba un cierto orgullo.

—Pero se parecen, ¿no? La misma zona, la misma técnica general... —empezó Eric el Vikingo. LaGuerta le cortó.

—Es totalmente distinto. Totalmente.

—De manera que afirma con toda seguridad que McHale cometió los anteriores asesinatos y que este es obra de otra persona —dijo Nick Nosequé.

—Al cien por cien —dijo LaGuerta—. Además, nunca dije que McHale fuera el responsable de los otros.

Durante un segundo los reporteros olvidaron el horror de no tener fotos.

—¿Qué? —dijo Nick, por fin.

LaGuerta enrojeció, pero insistió:

—Nunca dije que McHale lo hiciera. McHale dijo que lo había hecho, ¿de acuerdo? ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Decirle que se largue, que no le creo?

Eric el Vikingo y Nick Nosequé intercambiaron una mirada llena de intención. Yo también lo habría hecho de haber tenido a alguien a quien mirar. En su lugar observé la cabeza situada en el centro del altar. No me guiñó el ojo, pero seguro que estaba tan alucinada como yo.

—Eso es una chorrada —murmuró Eric, pero su voz quedó cubierta por la de Rick Sangre.

—¿Le importa que entrevistemos a McHale? —preguntó Sangre—. ¿Delante de una cámara?

La llegada del capitán Matthews nos salvó de la respuesta de LaGuerta. Sus pasos resonaron por los peldaños, y se quedó paralizado al contemplar nuestra pequeña exhibición artística.

—Por Dios —exclamó. Su mirada se posó en el grupo de reporteros que rodeaba a LaGuerta—. ¿Qué coño estáis haciendo aquí, chicos? —preguntó.

LaGuerta miró a su alrededor, pero nadie se ofreció voluntario para responder.

—Yo los dejé pasar —dijo al final—. Extraoficialmente. Confidencialmente.

—No dijo nada de confidencialidad —soltó Rick Sangre—. Solo dijo extraoficialmente.

LaGuerta le miró con desdén.

—Extraoficialmente es sinónimo de confidencialmente.

—Fuera —vociferó Matthews—. Oficialmente y a voz en grito. Fuera.

Eric el Vikingo carraspeó.

—Capitán, ¿está usted de acuerdo con la inspectora LaGuerta en que se trata de una serie totalmente nueva de crímenes, obra de un asesino distinto?

—Fuera —repitió Matthews—. Contestaré a sus preguntas abajo.

—Necesito una conexión eléctrica —dijo Rick Sangre—. Será solo un minuto. Matthews hizo un gesto en dirección a la salida.

—¿Sargento Doakes?

Doakes se materializó y cogió a Rick Sangre del codo.

—Caballeros —dijo con su voz suave y terrorífica. Los tres reporteros se volvieron hacia él. Vi cómo a Nick le costaba tragar. Después los tres giraron al unísono, sin decir palabra, y salieron en tropel.

Matthews los vio marcharse. Cuando estuvieron lo bastante lejos como para que no le oyeran, se volvió hacia LaGuerta.

—Inspectora —dijo con una voz tan letal que parecía aprendida de Doakes—, si se le ocurre provocar esta clase de mierda, otra vez tendrá suerte de conseguir un empleo aunque sea de aparcacoches en un Wal-Mart.

LaGuerta se puso de un tono verde pálido y después de un rojo encendido.

—Capitán, solo quería... —balbuceó. Pero Matthews ya había dado media vuelta. Se ajustó la corbata, se echó el pelo hacia atrás con una mano y bajó las escaleras tras los reporteros.

Volví a contemplar el altar. No había cambiado, pero ya estaban empezando a espolvorearlo en busca de huellas. Después lo desmontarían y analizarían las piezas. Pronto sería solo un bello recuerdo.

Bajé las escaleras en busca de Deborah.

En el exterior Rick Sangre ya tenía la cámara en marcha. El capitán Matthews estaba bajo los focos con micrófonos apuntándole a la barbilla, ofreciendo la declaración oficial.

—... la política de este departamento ha sido siempre dar autonomía al inspector encargado del caso, hasta el momento en que resulta evidente que una serie de errores de criterio cuestionan la competencia de dicho inspector. Ese momento aún no ha llegado, pero controlo de cerca la situación. Con todo lo que hay en juego para la comunidad...

Vi a Deborah y me abrí paso hacia ella. Estaba en la barrera de cinta amarilla, vestida con el uniforme azul de patrulla.

—Bonito traje —le dije.

—Me gusta —respondió—. ¿Lo has visto?

—Sí. También he visto al capitán Matthews discutiendo el caso con la inspectora LaGuerta.

Deborah contuvo el aliento.

—¿Qué decían?

Le di una palmada en el brazo.

—Me parece recordar que papá utilizó una vez una colorida expresión que lo define por completo. Él «le estaba abriendo un agujero nuevo en el culo». ¿Conocías la frase?

Primero se quedó sorprendida, pero su semblante enseguida dio paso a la complacencia.

—Genial. Ahora sí que necesito tu ayuda, Dexter.

—¿Acaso no te he estado ayudando ya?

—No sé qué crees que has estado haciendo, pero no basta.

—Eso es injusto, Deb. Y no muy amable por tu parte. Al fin y al cabo, ahora estás en el lugar de un crimen y vestida de uniforme. ¿Acaso preferías el modelito sexy?

Se estremeció.

—Esa no es la cuestión. Me has estado ocultando algo acerca de todo esto y quiero saberlo ya.

Por un momento no se me ocurrió nada que decirle, lo que siempre resulta bastante incómodo. No tenía ni idea de que fuera tan perspicaz.

—Deborah...

—Mira, tú crees que no entiendo cómo funciona todo el rollo político, y tal vez no sea tan lista como tú, pero sé que van a estar bastante ocupados protegiéndose el culo. Lo que significa que nadie hará nada en relación con el caso.

—¿Lo que significa que tienes la oportunidad de hacer algo por tu cuenta? Bravo, Debs.

—Y también significa que necesito tu ayuda como nunca. —Puso una mano sobre la mía y apretó—. Por favor, Dexy.

No sé qué me causó mayor sorpresa: su intuición, el apretón de manos, o el uso de mi apodo infantil, Dexy. No lo oía en sus labios desde que tenía diez años. Lo pretendiera o no, cuando me llamaba Dexy nos devolvía a los dos con firmeza al terreno de Harry, un lugar donde la familia tenía importancia y donde las obligaciones eran tan reales como aquellas putas decapitadas. ¿Qué podía decir?

—Por supuesto, Deborah. —Dexy. Casi me emociono.

—Bien —dijo ella, pasando de nuevo al trabajo, un cambio maravillosamente rápido que me dejó admirado—. ¿Qué es lo primero que llama la atención en este momento? —preguntó, señalando con la cabeza hacia el segundo piso.

—La falta de los cuerpos —dije—. ¿Sabes si hay alguien buscándolos?

Deborah me dedicó una de esas miradas de Poli Mundano, versión amarga.

—Por lo que sé, hay más agentes ocupados en alejar las cámaras que haciendo algún tipo de labor policial.

—Bien —dije—. Si conseguimos encontrar los cadáveres, quizá demos un pequeño salto hacia delante.

—De acuerdo. ¿Dónde miramos?

Era la pregunta justa, lo que naturalmente me situó en desventaja. No tenía ni idea de dónde buscar. ¿Habría dejado los miembros en la sala donde cometió los

crímenes? No lo creía: me parecía sucio, y sería imposible volver a usar esa estancia con aquellos restos dando vueltas por allí.

Muy bien, entonces tendríamos que suponer que el resto de la carne había ido a parar a otra parte. ¿Pero adónde?

O, tal vez, pensé mientras lentamente se hacía la luz en mi cabeza, la pregunta real debería ser: ¿por qué? La disposición de las cabezas obedecía a una razón. ¿Cuál sería la razón de colocar el resto de los cuerpos en otro lugar? ¿Simple ocultación? No: con este tipo nada era simple, y la ocultación no era una virtud que él apreciara demasiado. Sobre todo ahora que se estaba exhibiendo un poco. Dada la situación, ¿dónde habría dejado las sobras?

—¿Y bien? —insistió Deborah—. ¿Qué me dices? ¿Dónde deberíamos buscar? Sacudí la cabeza.

—No lo sé —dijo despacio—. Sea donde sea, está claro que forma parte del mensaje que quiere transmitir. Y no estamos seguros de qué quiere decirnos realmente, ¿no?

—Joder, Dexter...

—Sé que quiere restregárnoslo por las narices. Tiene la necesidad de decir que hemos cometido una tontería increíble, y que, aunque no la hayamos cometido, él sigue siendo más listo que nosotros.

—Y hasta el momento tiene razón —dijo ella, poniendo de nuevo cara de mero.

—Así que... dondequiera que los haya arrojado forma parte de su declaración de principios. Está clamando a gritos que somos idiotas... No, me equivoco. Que hemos HECHO una idiotez.

—Cierto. Un matiz importante.

—Por favor, Deb, se te va a quedar la cara así. Es importante porque supone una observación sobre el ACTO, no sobre los ACTORES.

—Ah. Eso está muy bien, Dex. Así que lo que deberíamos hacer es acercarnos al teatro más próximo en busca de un actor con sangre hasta los codos, ¿no crees?

Sacudí la cabeza.

—Nada de sangre, Deb. Ni una gota. Es uno de los puntos más importantes.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque no ha habido sangre en ninguno de los lugares anteriores. Es algo deliberado, y resulta vital para lo que se propone hacer. Y en esta ocasión su intención es repetir todas las partes importantes, haciendo hincapié en lo que ya ha hecho antes para echarnos en cara lo que no hemos sabido ver, ¿no lo ves?

—Claro que lo veo. Tiene mucho sentido. ¿Y por qué no vamos a echar un vistazo al Office Depot Center? Tal vez haya vuelto a dejar los cadáveres en la red.

Abrí la boca para emitir alguna réplica maravillosamente inteligente. La pista

de hockey ciertamente no era el lugar adecuado; buscar allí sería cometer un error total y obvio. Había sido un experimento, algo distinto, pero sabía que no iba a repetirlo. Empecé a explicárselo a Deb: la única razón por la que repetiría la pista sería... Me quedé paralizado, con la boca abierta. *Claro*, pensé. *Naturalmente*.

—¿Y ahora quién pone caras raras, eh, Dex?

Me quedé en silencio durante un segundo. Estaba demasiado ocupado intentando enlazar los pensamientos que me rondaban sueltos. *La única razón por la que repetiría la pista de hockey sería para demostrarnos que hemos encerrado a un inocente*.

—Oh, Deb —dije, por fin—. Por supuesto. Tienes razón, la pista de hockey. Partes de premisas equivocadas, pero aun así...

—Es bastante mejor que llegar a conclusiones equivocadas —dijo ella, corriendo hacia el coche.

—¿Te das cuenta de que se trata de un tiro al aire? —dije—. Lo más probable es que no encontremos nada de nada.

—Ya lo sé —dijo Deb.

—Y la verdad es que no tenemos jurisdicción aquí. Estamos en Broward. Y los chicos de Broward no nos tienen mucho cariño que digamos, de manera que...

—Dexter, por el amor de Dios —me cortó ella—. Hablas como una colegiala.

Quizá fuera cierto, aunque era muy poco amable por su parte decirlo. Y, por otro lado, Deborah estaba hecha un manojo de tensos nervios de acero. Cuando salimos de la autopista de Sawgrass y entramos en el aparcamiento del centro deportivo, apretó los dientes aún más. Casi pude oír cómo le crujía la mandíbula.

—Harriet la Sucia —dije para mis adentros, pero al parecer Deb me oyó.

—Que te jodan —me dijo.

Llevé la mirada del rostro de granito de Deborah al centro deportivo. Por un breve instante, con el sol de la mañana dándole de lleno, daba la impresión de que un enjambre de platillos volantes rodeaba el edificio. Se trataba, por supuesto, de la instalación de luces externas que brotaban del estadio como si fueran enormes setas de acero. Alguien debió de decirle al arquitecto que el efecto resultaba distinguido. «Juvenil y vigoroso a la vez», seguro. Y estoy convencido de que así era, al menos con la luz adecuada. Esperaba que no tardaran mucho en encontrarla.

Rodeamos el edificio en busca de señales de vida. En la segunda vuelta vimos que un coche, un desvencijado Toyota, se acercaba a una de las puertas. La puerta del copiloto estaba ajustada con una cuerda que cruzaba la ventana y rodeaba la jamba. Abriendo la puerta del coche al mismo tiempo que aparcaba, Deborah se bajó mientras el otro todavía estaba subiendo la ventanilla.

—Perdone, señor —dijo al hombre que se apeaba del Toyota, un tipo bajo de unos cincuenta años vestido con un viejo pantalón verde y una chaqueta de nailon azul que, al ver el uniforme de Deb, se puso nervioso al instante.

—¿Qué pasa? —dijo este—. Yo no he hecho nada.

—¿Trabaja aquí, señor?

—Sí. Si no, ¿cree que estaría aquí a las ocho de la mañana?

—¿Le importa decirme su nombre?

El hombre sacó la cartera del bolsillo.

—Steban Rodríguez. Tengo la documentación aquí.

Deborah lo despachó con un gesto.

—No es necesario —dijo—. ¿Qué está haciendo aquí a estas horas, señor?

Él se encogió de hombros y devolvió la cartera al bolsillo.

—Bueno, suelo llegar antes la mayoría de días, pero el equipo está de viaje: Vancouver, Ottawa y Los Ángeles. Así que hoy he venido un poco más tarde.

—¿Hay alguien más aquí en este momento, Steban?

—No, solo yo. Todos duermen hasta media mañana.

—¿Qué me dice de anoche? ¿Tienen vigilantes nocturnos?

Él hombre dibujó un círculo con el brazo.

—La gente de seguridad se pasa por el aparcamiento todas las noches, pero no se quedan mucho tiempo. La mayoría de días soy el primero en llegar.

—¿El primero que entra, quiere decir?

—Sí, claro, es lo que le acabo de decir.

Salté del coche y me apoyé en el techo.

—¿Es usted el que se encarga de pasar la Zamboni sobre el hielo? —le pregunté. Deb me miró, preocupada. Steban se volvió hacia mí, observando la camisa hawaiana y los pantalones de chándal.

—¿Qué clase de poli es usted, eh?

—Uno de los tontos —dijo—. Trabajo en el laboratorio.

—Aaah, ya —dijo él, asintiendo con la cabeza como si eso le cuadrara.

—¿Pasa usted la Zamboni, Steban? —repetí.

—Síii, bueno, no me dejan llevarla durante los partidos, ya se sabe. Eso es para tipos trajeados. Les gusta poner a un chico, ya sabe. Algún famoso. Va dando vueltas y saludando, esas bobadas. Pero sí lo hago todas las mañanas. Cuando el equipo está en la ciudad. Paso la Zamboni a primera hora, cada día. Pero ahora están fuera, así que llego más tarde.

—Nos gustaría echar un vistazo al interior —dijo Deb, mostrando claros signos de impaciencia ante mi imprevista interrupción. Steban se volvió hacia ella, con un brillo de astucia iluminándole medio ojo.

—Claro —dijo—. ¿Tienen una orden?

Deborah se ruborizó. Formaba un hermoso contraste con su uniforme azul, pero probablemente no era la reacción que mejor reforzaba su autoridad. Y, como la conocía bien, sabía que se daría cuenta de que se había ruborizado y eso la enojaría. Ya que no teníamos orden de registro alguna y, de hecho, tampoco había ninguna justificación que pidiera una intervención oficial ni por asomo, no pensé que enfadarse fuera la mejor estrategia que seguir.

—Steban —dijo, antes de que Deborah pudiera meter la pata.

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí?

Se encogió de hombros.

—Desde que se abrió. Ya trabajaba en el estadio viejo desde hacía dos años.

—¿Así que la semana pasada, cuando se encontró el cadáver en el hielo, estaba usted aquí?

Steban desvió la mirada. Bajo el bronceado, la piel adoptó un tono verdoso.

—No quiero volver a ver algo así. Nunca.

Asentí, mostrando una simpatía sintéticamente auténtica.

—No es para menos, Steban —dije—. Y es por eso que estamos aquí.

Frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Miré de reojo a Deb para asegurarme de que no estaba sacando un arma o algo por el estilo. Ella me lanzó una mirada llena de reproche y golpeó el suelo con el pie, pero no abrió la boca.

—Steban —dije, acercándome al hombre y adoptando ese tono de voz que apela a la camaradería masculina—, creemos que existe la posibilidad de que cuando abras la puerta te encuentres con algo parecido esperándote.

—¡Mierda! —exclamó—. No quiero saber nada de eso.

—Es absolutamente comprensible.

—A la mierda con todo eso.

—Exacto —asentí—. ¿Por qué no nos dejas entrar primero? Solo para estar seguros.

El tío se quedó boquiabierto, y su mirada fue de mí a Deborah, que seguía ceñuda, una expresión que le quedaba de muerte con el uniforme.

—Podría meterme en un lío —dijo, por fin—. Perder el trabajo.

Le sonreí con auténtica simpatía.

—O puedes entrar solo y encontrarte con un montón de miembros cortados. Y esta vez pueden ser muchos más.

—Mierda —repitió él—. ¿Meterme en un lío, perder mi empleo? ¿Por qué iba a hacerlo, eh?

—¿Por obligación cívica, tal vez?

—Venga, tío —dijo él—. No me jodas. ¿A ti qué te importa que me quede en la calle?

No es que extendiera la mano, lo que supongo que era una muestra de gentileza por su parte, pero estaba claro que estaba esperando un regalito que le compensara la posible pérdida de empleo. Muy razonable, teniendo en cuenta que estábamos en Miami. Pero lo único que yo llevaba encima eran cinco pavos, y yo necesitaba para tomarme un café y comerme un buñuelo. De modo que me limité a asentir, en una muestra más de compañerismo entre hombres.

—Tienes razón —dije—. Esperábamos que no tuvieras que ver esos miembros... ¿te he dicho ya que esta vez hay unos cuantos? Pero la verdad es que no puedo pedirte que te arriesgues a quedarte sin empleo. Sentimos haberte molestado, Steban. ¡Qué tengas un buen día! —Sonreí en dirección a Deborah—. Vamos, agente. Nos esperan en el otro lugar para buscar los dedos.

Deborah mantenía la expresión de enojo, pero al menos hizo gala de ingenio suficiente y me siguió el juego. Abrió la puerta del coche mientras yo me despedía alegremente de Steban y entraba en el vehículo.

—¡Esperen! —gritó Steban. Le miré con expresión de educado interés—. Juro por Dios que no quiero volverme a encontrar con esa mierda. —Me miró durante un momento, tal vez con la esperanza de que aflojara y pusiera en su mano un puñado de billetes, pero, como ya he dicho, aquel buñuelo flotaba por mi mente y no cedí. Steban se humedeció los labios, después se volvió a toda prisa y metió una llave en la cerradura de la gran puerta doble—. Adelante. Los espero aquí.

—¿Estás seguro...? —pregunté.

—¡Venga, tío! ¿Qué más quieres de mí? ¡Adelante!

Me incorporé y sonreí a Deborah.

—Está seguro —dije.

Ella se limitó a sacudir la cabeza, en un gesto extraño que expresaba a la vez la desesperación típica de una hermana menor y el humor negro de un poli avezado. Rodeó el coche y cruzó la puerta, conmigo detrás.

El interior del estadio era oscuro y frío, lo que no debería haberme sorprendido. Al fin y al cabo estábamos en una pista de hockey a primera hora de la mañana. Steban debía de saber dónde estaba el interruptor de la luz, pero no se había ofrecido a informarnos de ello. Deb se sacó una gran linterna del cinturón y enfocó la luz hacia el hielo. Contuve el aliento mientras la luz se posaba sobre una portería y luego sobre la otra. Barrió todo el perímetro una vez, despacio, deteniéndose una o dos veces, y después me enfocó a mí.

—Nada —dijo ella—. Mierda.

—Pareces decepcionada.

Me lanzó un gruñido y se dirigió hacia el exterior. Yo me quedé en mitad de la pista, sintiendo el frío que emanaba del hielo y reflexionando sobre mis felices ideas. O, para ser más preciso, no exactamente sobre *mis* felices ideas.

Porque, en cuanto Deborah dio media vuelta, oí una voccecilla desde algún lugar situado por encima de mi hombro, un cloqueo frío y seco, un ligero toque familiar justo en el umbral de la audición. Y, cuando se fue la querida Deborah, me quedé inmóvil sobre el hielo, cerré los ojos y escuché lo que mi anciano amigo tenía que decir. No era mucho: solo un leve murmullo, una insinuación, pero le presté atención de todos modos. Le oí chasquear la lengua y susurrarme al oído cosas dulces y terribles, mientras que con la otra oreja oía cómo Deborah le decía a Steban que entrara y encendiera las luces. Eso hizo, instantes después, mientras el murmullo de aquella voz iba subiendo de tono, en un marcado *crescendo* de humor jovial y horror afable.

¿Qué pasa?, pregunté educadamente. La única respuesta fue una ola de ávida diversión. No tenía la menor idea de qué significaba. Pero no me sorprendió que empezaran los gritos.

Steban profería unos gritos tremendos. Era un gruñido áspero y estrangulado que parecía indicar un dolor violento más que cualquier otra cosa. El hombre no

tenía el menor sentido melódico del grito.

Abrí los ojos. Era imposible concentrarse en esas circunstancias, y de todos modos tampoco había nada más que oír. El susurro había terminado cuando empezaron los chillidos. Al fin y al cabo, esos gritos lo decían todo, ¿no? Así que abrí los ojos justo a tiempo de ver a Steban saliendo catapultado de uno de los armarios situados en el extremo opuesto de la pista y saltando hacia el hielo. Retrocedió, tambaleándose, resbalando, sin dejar de proferir exabruptos en español hasta finalmente abalanzarse sobre la barandilla. A cuatro patas, se escabulló hacia la puerta entre gritos de pánico. Una pequeña mancha de sangre quebraba la blancura del hielo en el lugar donde había caído.

Deborah entró deprisa, pistola en mano, y Steban la apartó a un lado, buscando desesperadamente la luz del día.

—¿Qué sucede? —dijo Deborah, con el arma dispuesta para disparar.

Ladeé la cabeza, oyendo el último eco del cloqueo final y, con aquel horror aún sonando en mis oídos, comprendí lo que pasaba.

—Creo que Steban ha encontrado algo —dije.

La política policial, como con tanta insistencia había intentado transmitir a Deb, era algo resbaladizo y tentacular. Y cuando agrupabas a dos organizaciones encargadas de ejecutar la ley que más bien se caían mal, las operaciones mutuas tendían a avanzar muy despacio, muy al pie de la letra, y con una gran cantidad de arrastre de pies, elaboración de excusas e intercambio de velados insultos y sutiles amenazas. Todo muy divertido de ver, claro, pero alargando los procedimientos solo un pelín más de lo necesario. En consecuencia, tuvieron que pasar varias horas desde la tremenda muestra de potencia vocal de Steban hasta que las disputas jurisdiccionales fueran resueltas y nuestro equipo se pusiera de verdad a examinar la feliz sorpresa que nuestro nuevo amigo Steban había descubierto al abrir la puerta del armario.

Durante todo ese tiempo, Deborah se mantuvo mayoritariamente a un lado, haciendo un gran esfuerzo por controlar su impaciencia pero sin conseguir ocultarla. Llegó el capitán Matthews con la inspectora LaGuerta a la zaga. Saludaron a sus colegas del condado de Broward, el capitán Moon y el inspector McClellan. El intercambio de ideas, realizado en un tono demasiado formal para ser considerado verdaderamente educado, podía resumirse así: Matthews tenía la razonable sospecha de que el descubrimiento de seis brazos y seis piernas en Broward formaba parte de la investigación que llevaba a cabo su departamento relativa a tres cabezas a las que faltaban esos miembros encontradas en Miami-Dade. Afirmaba, en términos que eran demasiado simples y amistosos, que parecía un poco rebuscado pensar que podían encontrarse primero tres cabezas, y que acto seguido tres cuerpos totalmente distintos aparecieran aquí por casualidad.

Monn y McClellan, siguiendo su misma lógica, señalaron que en Miami se encontraban cabezas a todas horas, algo que en Broward resultaba algo menos habitual, y que quizá por eso no bromeaban con ello; por otro lado, no había forma alguna de asegurar que ambas partes procedieran de un mismo cuerpo hasta haber realizado ciertos análisis preliminares, que claramente les correspondían a ellos ya que estaban en su jurisdicción. Por supuesto, no tenían ningún inconveniente en transmitir los resultados a sus colegas de Miami.

Y, obviamente, eso resultaba inaceptable para Matthews. Explicó con sumo detalle que la gente de Broward no sabía qué debía buscar y, por tanto, podía saltarse algo o destruir alguna prueba clave para la resolución del caso. Por supuesto, no por incompetencia o incapacidad: Matthews estaba bastante seguro de que, considerándolo todo, la gente de Broward era perfectamente eficaz.

Afirmación que, lógicamente, no fue recibida con un ánimo de alegría y cooperación por parte de Moon, quien observó, con cierto pesar, que esto parecía implicar que su departamento estaba lleno de capullos de segunda fila. Llegados

a este punto, el capitán Matthews estaba lo bastante enfadado como para replicar, en un tono excesivamente cortés, que oh, no, de segunda fila nada. Estoy seguro de que la discusión habría terminado a puñetazos si no hubieran llegado los caballeros del Departamento de Policía de Florida a arbitrar la cuestión.

El FDLE (Florida Department of Law Enforcement) es una especie de FBI local. Poseen jurisdicción sobre cualquier lugar del estado y a cualquier hora, y a diferencia de los federales, son respetados por la mayoría de los polis locales. El agente en cuestión era un hombre de estatura y corpulencia medias, con la cabeza rapada y barba recortada. No me pareció nada del otro mundo, pero cuando se metió entre los dos capitanes de policía, mucho más altos que él, estos callaron al instante y dieron un paso atrás. En poco tiempo tuvo las cosas claras y organizadas, y volvimos a estar en el escenario pulcro y ordenado de un homicidio múltiple.

El hombre del FDLE había decidido que la investigación pertenecía a la gente de Miami-Dade, a menos que las muestras de tejido probaran que las partes del cuerpo halladas aquí no guardaban relación con las cabezas halladas allí. En términos prácticos e inmediatos, esto significaba que sería el capitán Matthews el objetivo principal de los flashes de los reporteros que se agolpaban a la puerta.

Llegó Angel-nada-que-ver y se puso al trabajo. Yo no estaba muy seguro de cómo tomarme todo esto, y no me refiero a la riña jurisdiccional. No, estaba mucho más preocupado por el acontecimiento en sí mismo, que me había dejado con un montón de cosas que pensar más allá del propio asesinato y la redistribución de la carne, que era ya bastante sabroso de por sí. Pero, como pueden comprender, me las había apañado para echar una ojeada al pequeño armario de los horrores de Steban antes de que llegaran las tropas: no pueden culparme, ¿verdad? Solo había querido catar la matanza e intentar comprender por qué mi apreciado y desconocido socio había escogido ese lugar para dejar las sobras; solo fue un vistazo rápido, lo juro.

De manera que inmediatamente después de que Steban desapareciera por la puerta gimiendo y chillando como un cerdo que se hubiera atragantado con un pomelo, me dirigí al armario para ver qué había provocado esa espantada.

Esta vez las partes no estaban cuidadosamente envueltas. En su lugar, estaban dispuestas en el suelo formando cuatro grupos. Y, al mirarlos de cerca, percibí algo maravilloso.

Una pierna estaba tumbada a lo largo del lado izquierdo del armario. Era de un azul pálido y exangüe, y alrededor del tobillo llevaba una cadenita de oro con un cierre en forma de corazón. Un encanto, de verdad, sin horribles manchas de sangre que estropearan el conjunto; un trabajo auténticamente elegante. Dos brazos oscuros, igual de bien cortados, habían sido doblados a la altura del codo y dispuestos junto a la pierna, con el codo apuntando en dirección contraria a esta. Al lado, los miembros restantes, todos doblados por las articulaciones, habían sido

colocados formando dos grandes círculos.

Tardé un momento en captarlo: parpadeé, y de repente el conjunto cobró sentido y tuve que hacer grandes esfuerzos para no echarme a reír como la colegiala que Deb me había acusado de ser.

Porque los brazos y piernas formaban tres letras, que leídas en conjunto daban como resultado una palabra breve: *BOO* [abucheo, rechifla, “bu”].

Los tres torsos estaban situados debajo del *BOO* en un semicírculo, conformando una preciosa sonrisa de Halloween.

Menudo bribón.

Pero incluso mientras admiraba el espíritu juguetón de que hacía gala ese tunante, me pregunté por qué habría elegido ubicar la muestra allí, en un armario, en lugar de colocarla en el hielo donde obtendría el reconocimiento de una audiencia más amplia. Era un armario amplio, sí, pero seguía siendo un lugar cerrado con el espacio justo para albergar la obra. ¿Por qué?

Y, mientras reflexionaba, la puerta exterior de la pista se abrió con un crujido: la avanzadilla del equipo de rescate, sin duda. Y la puerta al abrirse envió, un momento después, una ráfaga de aire frío que pasó sobre el hielo y que me dio en la espalda...

El aire frío me subió por la columna y fue contestado por un fluido cálido que ascendía por el mismo camino. Sus uñas fueron subiendo hasta el fondo oscuro de mi conciencia y algo cambió en algún lugar de la noche sin luna que era mi cerebro de lagarto, y sentí cómo el Oscuro Pasajero asentía violentamente con algo que yo ni siquiera oía ni comprendía; de lo único que me daba cuenta era de que tenía algo que ver con aquella urgencia primitiva en busca de aire fresco y con las paredes que se cerraban, y una creciente sensación de...

Exactitud. No había duda alguna al respecto. Algo aquí era exactamente como debía ser y lograba que mi oscuro autoestopista se sintiera complacido, excitado y satisfecho de un modo que yo no lograba comprender. Y sobre todo eso flotaba una extraña noción de familiaridad. Nada de ello tenía sentido alguno para mí, pero así era. Y antes de que pudiera explorar más a fondo estas desconcertantes revelaciones, un joven de uniforme azul me ordenó que retrocediera y pusiera las manos donde pudiera verlas. Sin duda, era el primer elemento de las inminentes tropas, y me apuntaba con el arma de un modo bastante convincente. Dado que tenía una sola y oscura ceja que le cruzaba la cara de lado a lado y que, a primera vista, carecía de frente, decidí que sería buena idea ceder a sus deseos. Parecía pertenecer a esa clase de bestias pardas capaces de disparar contra un inocente... o incluso contra mí. Me aparté del armario.

Por desgracia, mi retirada desveló el pequeño diorama del armario, y de repente el joven tuvo que preocuparse de encontrar algún lugar donde depositar el contenido de su desayuno. Consiguió llegar hasta una enorme papelería situada

a unos treinta metros antes de empezar a emitir esos desagradables sonidos guturales. Me quedé quieto y esperé a que terminara. Eso de vomitar comida a medio digerir por cualquier sitio me parece un hábito de lo más asqueroso. Antihigiénico. Y en un guardián de la seguridad pública...

Entraron más uniformes, y poco después mi simiesco amigo tenía varios colegas con quienes compartir la papelera. El ruido era extremadamente desagradable, y más aún el olor que emanaba en mi dirección. Pero, con la mayor educación, esperé a que terminaran, ya que una de las cosas más fascinantes de las armas de fuego es que pueden ser disparadas casi con la misma facilidad por alguien que está vomitando. Pero, por fin, uno de los uniformes se incorporó, se secó la cara en la manga y empezó a interrogarme. Pronto fui dejado de lado y apartado de en medio con instrucciones de no ir a ninguna parte ni tocar nada.

Poco después habían llegado el capitán Matthews y la inspectora LaGuerta, y cuando por fin se hicieron cargo del lugar, me relajé un poco. Pero ahora que podía ir donde quisiera e incluso tocar algo, me limité a sentarme y pensar. Y lo que se me ocurría era sorprendentemente desconcertante.

¿Por qué me resultaba familiar el espectáculo del armario?

A menos que recayera en la idiotez de primera hora y me convenciera de que lo había hecho yo, no tenía forma de explicar por qué me parecía tan entrañablemente conocido. No había sido obra mía, desde luego. Y encima aquel *Boo*. Ni siquiera merecía la pena perder el tiempo mofándose de la idea. Ridículo.

Pero... ¿por qué me resultaba familiar?

Suspiré y experimenté un sentimiento nuevo, el aturdimiento. La verdad es que no tenía la menor idea de lo que estaba pasando, excepto que, de algún modo, yo formaba parte de ello. Esto no parecía una revelación demasiado útil, ya que cuadraba a la perfección con todas las demás conclusiones paralelas analíticamente razonadas que había alcanzado hasta el momento. Si descartaba la absurda idea de que, sin saberlo, fuera el autor de esto —y así lo hacía—, cada una de las explicaciones subsiguientes se volvía más improbable. Y así el resumen de Dexter sobre el caso queda como sigue: está implicado de algún modo, pero ni siquiera sabe qué significa eso. Sentía cómo las ruedecillas de mi antaño enorgullecedor cerebro se salían de las vías y derrapaban por el suelo. *Clanc, clanc*. Hey. Dexter descarrilaba.

Por suerte, la aparición de la querida Deborah me salvó del colapso total.

—Venga —dijo con brusquedad—. Subamos.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Quiero que charlemos con el personal administrativo —dijo ella—. A ver si saben algo.

—Bueno, algo deben de saber si administran esto —sugerí.

Me lanzó una mirada y luego dio media vuelta.

—Muévete.

Quizá fue por el tono de mando que se apreciaba en su voz, pero lo cierto es que fui. Nos dirigimos al extremo opuesto del estadio, donde yo me había pasado un rato sentado, y pasamos al vestíbulo. Un poli de Broward estaba frente al ascensor, y vi a varios otros formando una barrera justo por el lado exterior de la larga fila de puertas de cristal. Deb avanzó hacia el poli del ascensor y dijo:

—Soy Morgan.

Él asintió y apretó el botón de subida, mirándome con una inexpresividad que lo decía todo.

—Yo también soy Morgan —le dije. Se limitó a mirarme, para después desviar la cabeza y concentrarse en las puertas de cristal.

Un sonido parecido al de una campanilla anunció la llegada del ascensor. Deborah irrumpió en él, aplastando el botón con fuerza suficiente como para que el poli diera un respingo antes de que se cerrara la puerta.

—¿A qué viene ese malhumor, hermanita? —pregunté—. ¿No es esto lo que querías hacer?

—Es pura actuación, todo el mundo lo sabe —replicó ella.

—Pero representando el papel de detective —señalé.

—Esa zorra de LaGuerta ya ha metido las narices donde no la llaman —dijo entre dientes—. En cuanto termine de dar vueltas por aquí, tengo que irme de servicio al barrio de las putas.

—Oh, cielo, ¿con el trajecito sexy otra vez?

—Con el trajecito sexy —afirmó, y antes de que pudiera articular alguna palabra mágica de consuelo llegamos a la planta de oficinas y se abrieron las puertas del ascensor. Salí detrás de Deb. No tardamos mucho en encontrar la zona de personal, donde los administrativos habían recibido instrucciones de esperar hasta que su majestad la ley tuviera tiempo para dedicárselo a ellos. Había otro poli de Broward apostado en la puerta de la sala, supongo que con la intención de asegurarse de que ningún miembro del personal saliera a tomarse un café en dirección a la frontera canadiense. Deborah saludó al poli con un gesto y entró en la sala. Troté tras ella sin demasiado entusiasmo y dejé que mi mente volara hacia los problemas que tenía. Un momento después, Deb me hizo un gesto con la cabeza mientras conducía a un joven hosco, con la cara grasienta y el pelo largo y feo, hacia la puerta. De nuevo lo seguí.

Resultaba obvio que le estaba apartando de los otros para interrogarle, una táctica muy recomendable, pero para ser sinceros no es que la idea me llegara al corazón. Sin saber bien por qué, tenía la absoluta certeza de que ni una sola de esas personas podía realizar la menor contribución significativa. A juzgar por este primer espécimen, uno podía hacer extensiva esta afirmación a toda su vida en general. Esto no era más que aburrido teatro policial, asignado a Deb porque,

aunque el capitán creía que había hecho algo bueno, seguía considerándola una pesada. De manera que la había apartado, encomendándole una auténtica e inútil tarea policial que la mantuviera entretenida y fuera de su vista. Y a mí me habían arrastrado hasta allí porque a Deb le apetecía hacerlo. Supongo que quería ver cómo mis poderes extrasensoriales adivinaban qué habían desayunado aquellos pobres corderitos de oficina. Una mirada a la piel de este joven bastaba para asegurar que había tomado pizza fría, una bolsa de patatas y un litro de Pepsi. Le había estropeado el cutis y le había conferido un aire de vacua hostilidad.

Sin embargo, seguí sus pasos mientras el señor Gruñón dirigía a Deborah a una sala de conferencias de la parte trasera del edificio. En el centro había una gran mesa de roble con diez sillas negras de respaldo alto, y en el rincón había un escritorio provisto de un ordenador y un equipo audiovisual. Mientras Deb y el chico de los granos se sentaban y empezaban con los formulismos, yo me dirigí hacia el escritorio. Junto a él, bajo la ventana, había una librería baja. Miré por la ventana. Directamente a mis pies contemplé la creciente turba de reporteros y coches patrulla que rodeaban la puerta por la que habíamos entrado en compañía de Steban.

Eché un vistazo a la librería, diciéndome que con gusto apartaría unos cuantos tomos y me tumbaría allí, pasando olímpicamente de la conversación. Había una pila de carpetas de papel de estraza y, sobre ellas, un objeto pequeño y gris. Era cuadrado y parecía de plástico. Un cable negro iba desde ese objeto a la parte de atrás del ordenador. Lo agité para mover el objeto.

—¡Hey! —dijo el tipo de los granos—. ¡No juegue con la webcam!

Miré a Deb. Ella me miró, y juro que pude ver cómo las aletas de su nariz temblaban como las de los caballos de carreras en la línea de salida.

—¿La qué? —dijo en voz baja.

—La tenía enfocando la entrada —dijo él—. Ahora voy a tener que enfocarla de nuevo. ¿Por qué tienen que andar tocándolo todo?

—Ha dicho webcam —dijo a Deborah.

—Una cámara —me dijo ella.

—Sí.

Deb se volvió hacia el Príncipe Azul.

—¿Está en marcha?

Él la miró, boquiabierto, todavía concentrado en mantener el ceño fruncido.

—¿Qué?

—La cámara —dijo Deborah—. ¿Funciona?

Él soltó un gruñido sordo y después se rascó la nariz.

—¿A usted qué le parece? ¿La tendría allí montada si no funcionara? Me costó doscientos pavos. Claro que funciona.

Miré por la ventana siguiendo la dirección adonde apuntaba la cámara,

mientras él seguía rezongando.

—Hasta tengo un sitio web y todo: Kathouse.com. La gente puede ver al equipo cuando entra y cuando sale.

Deborah se acercó a mí, y su mirada siguió la mía.

—Enfocaba la puerta —dije.

—Ya —repuso nuestro feliz amiguito—. ¿Cómo va a ver la gente las entradas y salidas del equipo si no?

Deborah le miró fijamente. Unos segundos después el chico enrojeció y bajó los ojos hacia la mesa.

—¿La cámara estaba encendida anoche?

No levantó la cabeza, se limitó a murmurar:

—Claro. Bueno, supongo.

Deborah se volvió hacia mí. Sus conocimientos informáticos se reducían a saber lo suficiente para rellenar informes de tráfico estandarizados y sabía que yo entendía un poco más del tema.

—¿Cómo está programada? —pregunté a la coronilla del tipo, que seguía cabizbajo—. ¿Las imágenes se archivan automáticamente?

Esta vez sí que levantó la mirada. Supongo que se debió a que utilicé el verbo archivar.

—Sí —dijo él—. Las imágenes cambian cada quince segundos y la anterior pasa al disco duro. Normalmente las borro por la mañana.

En ese momento Deborah me apretaba el brazo con tal fuerza que creí que me rompería la piel.

—¿Las has borrado esta mañana? —le preguntó.

El chico desvió la mirada.

—¡Qué va! Llegaron ustedes con todos esos gritos y golpes. Ni siquiera he podido abrir el correo.

Deborah me miró.

—Bingo —dije.

—Acércate —ordenó Deborah a nuestro desgraciado amigo.

—¿Eh?

—Que vengas —repitió ella. El chico se levantó despacio, con la boca abierta y sin dejar de frotarse los nudillos.

—¿Qué?

—¿Sería usted tan amable de acercarse, señor? —ordenó Deborah con auténtico estilo de policía veterano, y él se puso lentamente en marcha e hizo lo que le pedía—. ¿Podemos ver las imágenes de anoche, por favor?

Él clavó la vista en el ordenador y luego en mi hermana.

—¿Para qué? —preguntó. Ah, la inteligencia humana es inescrutable.

—Porque —dijo Deborah muy despacio y enfatizando cada palabra— creo que podrías haberle sacado una foto al asesino.

La miró, parpadeó y luego enrojeció.

—No puede ser —exclamó.

—Puede ser —contradije yo.

—Asombroso —susurró—. No están de cachondeo, ¿no? Perdón... Bueno, ya me entienden. —Enrojeció aún más.

—¿Podemos ver las fotos? —dijo Deb.

Él se quedó inmóvil durante un segundo, después se dejó caer en la silla y movió el ratón. De inmediato la pantalla cobró vida, y el chico se lanzó a teclear y a clicar el ratón con furia.

—¿A qué hora quieren que empiece?

—¿A qué hora se marchan todos? —preguntó Deb.

Él se encogió de hombros.

—Anoche esto estaba vacío. Los últimos debieron de salir sobre..., no sé, ¿las ocho?

—Empieza a medianoche —dije, y él asintió.

—Vale. —Trabajó en silencio durante unos minutos y después murmuró—: Venga. Son solo seiscientos megahercios. Dicen que con eso basta, pero va taaan lenta, y no... Ya está —dijo de repente.

En el monitor apareció una imagen oscura: el aparcamiento vacío de abajo.

—Medianoche —dijo él, con la vista fija en la pantalla. Tras quince segundos, la imagen se cambió por otra idéntica.

—¿Tenemos que ver cinco horas de esto? —preguntó Deb.

—Avanza rápido —dije—. Busca faros o algo que se mueva.

—Vaaaaale —dijo él. Hizo unos cuantos movimientos rápidos y las imágenes empezaron a pasar a una por segundo. Al principio no variaban mucho: el mismo aparcamiento oscuro, alguna luz brillante en el borde de la imagen. Tras unas cincuenta fotos, una imagen saltó a la vista.

—¡Un camión! —exclamó Deborah.

El gilipollas que teníamos por mascota sacudió la cabeza.

—Son los de seguridad —dijo él. En la siguiente imagen, el coche de seguridad se veía claramente.

Siguió avanzando a través de toda una serie de imágenes, interminables e inmutables. Cada treinta o cuarenta fotos veíamos pasar el mismo vehículo de seguridad, y luego nada. Tras varios minutos de lo mismo, el patrón cambió de pronto al más absoluto vacío.

—Nada —dijo nuestro grasiento amiguito.

Deborah le lanzó una mirada fulminante.

—¿Se estropeó la cámara?

Él la miró y volvió a enrojecer.

—Los tíos de seguridad —explicó—. Son unos capullos. Todas las noches sobre las tres aparcan el coche al otro lado y duermen un rato. —Señaló con un

gesto a la serie de imágenes idénticas—. ¿Lo ven? ¡Hola! ¿Señor Seguridad? ¿Un trabajo duro, eh? —Emitió un profundo ruido por la nariz que supuse que era su risa—. ¡No mucho! —Repitió el ronquido y emprendió de nuevo el pase de imágenes.

Y, de repente...

—¡Espera! —grité.

En la pantalla una furgoneta se acercaba a la puerta de abajo. La imagen cambió y vimos a un hombre de pie junto al camión.

—¿Puedes hacer que se vea de más cerca? —preguntó Deborah.

—Dale al zoom —dije antes de que tuviera tiempo de fruncir el ceño. Movié el cursor, marcó la figura oscura de la pantalla y luego apretó el ratón. La silueta se hizo más grande.

—No es que tenga demasiada resolución —dijo el chico—. Los píxeles...

—Cállate —ordenó Deborah. Miraba a la pantalla con tanta intensidad que habría podido fundirla, y cuando vi la imagen comprendí por qué.

Estaba oscuro, y el hombre seguía demasiado lejos como para poder asegurar nada, pero con los pocos detalles que se apreciaban pude distinguir en él un aire extrañamente familiar: el modo en que aparecía congelado en la imagen, el peso apoyado sobre los dos pies, y la impresión general del perfil. Y mientras una creciente ola de susurros sibilantes emergía de las profundidades de mi cerebro y se apoderaba de mí con el impacto de una orquesta sinfónica, me di cuenta de que, en realidad, el tipo se parecía mucho a...

—¿Dexter...? —dijo Deborah, con una voz extrañamente afónica.

Pues sí.

El tío era igual a Dexter.

Estoy bastante seguro de que Deborah llevó al señor Malospelos de vuelta a la sala porque, cuando volví a mirar, estaba sola frente a mí. No tenía aspecto de policía a pesar del uniforme. Parecía preocupada, como si no supiera si gritar o llorar, como una madre que acaba de sufrir una gran decepción de su hijo preferido.

—¿Estás bien?

Su pregunta venía a cuento, lo reconozco.

—He tenido momentos peores —dije—. ¿Y tú?

Le dio una patada a la silla, derribándola.

—Maldita sea, Dexter, ¡ahora no me vengas con juegos de palabras! Dime algo. ¡Dime que no eras tú! —No dije nada—. Bueno, ¡pues dime que eras tú! Dime ALGO. ¡Lo que sea!

Sacudí la cabeza.

—Yo...

La verdad es que no tenía nada que decir, de manera que opté por volver a sacudirla.

—Estoy bastante seguro de que no era yo —dije—. Bueno, al menos eso creo. —Incluso yo tuve la sensación de que tenía ambos pies firmemente asentados en la tierra de las respuestas idiotas.

—¿Qué quieres decir con «bastante seguro»? —inquirió Deb—. ¿Eso significa que no lo estás? ¿Qué el tío de la foto podrías ser tú?

—Bueno —dije, una respuesta brillante, dadas las circunstancias—. Tal vez No lo sé.

—¿Y ese «no lo sé» significa que no piensas decírmelo, o significa que de verdad no sabes si eres tú el tío que salía en la pantalla?

—Estoy bastante seguro de que no era yo, Deb —repetí—. Pero no tengo una certeza absoluta. Se parece a mí, ¿no?

—Mierda —exclamó ella, dándole otra patada a la silla del suelo y haciéndola chocar contra la mesa—. ¿Cómo puedes no saberlo, joder?

—Es algo un poco difícil de explicar.

—¡Inténtalo!

Abrí la boca, pero por una vez en la vida no salió nada. Como si no tuviera ya bastante con todo esto, al parecer también se me había agotado la inteligencia.

—Son... Bueno, he estado teniendo una serie de sueños y... ¡No lo sé, Deb! ¡De verdad! —Mi voz se había convertido en un murmullo.

—¡Mierda, mierda, MIERDA! —dijo Deborah. Patada, patada, patada.

Y no era fácil disentir con su diagnóstico de la situación.

Todas aquellas reflexiones que había considerado fruto de mi estupidez y de mis ansias de automutilación me invadieron de nuevo, adoptando esta vez un tono

burlón e ingenioso. *Claro que no era yo... ¿cómo podría serlo? ¿Acaso no lo sabría?* Pues al parecer no, guapo. Al parecer no sabías nada de nada. Porque nuestros oscuros y enigmáticos cerebros nos dicen cosas que a veces son reales y a veces no, pero las fotos no mienten.

Deb propinó toda una serie de ataques salvajes sobre la pobre silla y después se irguió. Tenía la cara encendida y unos ojos más parecidos a los de Harry que nunca.

—Muy bien —concluyó—. Esto es lo que hay. —Y cuando parpadeó e hizo una pausa momentánea los dos pensamos que acababa de usar una de las frases de Harry.

Y, durante un segundo, Harry estuvo allí, entre Deborah y yo, los dos tan distintos y, a la vez, también sus hijos: dos extrañas muestras de su legado. La espalda de Deb perdió parte de la tensión y por un momento pareció humana, algo que hacía tiempo que no veía. Me miró fijamente y después suspiró.

—Eres mi hermano, Dex —dijo, por fin. Intuí que no era eso lo que había pretendido decir al principio.

—No tienes la culpa de eso —repliqué.

—¡Qué te jodan, Dex! ¡Eres mi *hermano*! —gritó, y su furia me pilló completamente desprevenido—. No sé qué os llevabais entre manos papá y tú. Esos secretos de los que nunca hablabais. Pero sí sé qué haría él en mi lugar.

—Entregarme —dije, y Deborah asintió. Algo le brillaba en el raballo del ojo.

—Eres mi única familia, Dex.

—Menuda ganga, ¿no?

Se volvió hacia mí y vi sus ojos llenos de lágrimas. Se limitó a mirarme durante un largo instante. Contemplé cómo una lágrima le caía del ojo izquierdo y le rodaba por la mejilla. Se la secó, recuperó la calma e inspiró profundamente, desviando la vista hacia la ventana.

—Tienes razón —dijo—. Él te entregaría. Y eso es lo que voy a hacer. —Evitaba mirarme, sus ojos estaban fijos en la ventana, observando algún punto del horizonte—. Tengo que terminar con este interrogatorio. Voy a dejar que seas tú quien decida si esta prueba es o no válida. Llévatela a casa, insértala en el ordenador y averigua lo que tengas que averiguar. Y cuando haya terminado con esto, antes de salir de servicio, iré a tu casa a buscarla y a escuchar lo que tengas que decir. —Eché una ojeada al reloj—. Las ocho. Si entonces creo que debo entregarte, lo haré. —Volvió a clavar su mirada en mí—. Joder, Dexter —dijo en voz baja antes de salir.

Me acerqué hasta la ventana y eché un vistazo con mis propios ojos. A mis pies el círculo formado por polis, reporteros y tíos desgarrados seguía girando, inmutable. Más allá, al otro lado del aparcamiento, se veía la autopista, llena del fragor de coches y camiones que zumbaban a ciento cincuenta kilómetros por hora, la velocidad máxima en Miami. Y más allá, en la distancia, aparecían las

siluetas de los edificios que conformaban el perfil de la ciudad.

Y aquí, en primer plano, estaba el débil y confundido Dexter, mirando por la ventana a una ciudad que no hablaba y que, aunque pudiera hacerlo, no le habría dicho nada.

Joder, Dexter.

No sé cuánto tiempo me pasé en la ventana, pero finalmente se me ocurrió que las respuestas no estaban allí. Si las había, tenían que estar en el ordenador del capitán Granos. Me volví hacia el escritorio. El aparato tenía grabadora de CD, y en el primer cajón encontré una caja de CD regrabables. Inserté uno, copié toda el archivo de imágenes y después lo extraje. Lo sostuve en el aire y lo miré; no tenía mucho que decir, y supongo que el débil cloqueo que creí oír de la oscura voz del asiento de atrás fue fruto de mi imaginación. Pero, solo para asegurarme, eliminé el archivo del disco duro.

Al salir, los polis de Broward que estaban de servicio no me pararon, ni siquiera me dirigieron la palabra, pero tuve la sensación de que me miraban con una dura y sospechosa indiferencia.

Me pregunté si era así como se siente alguien que tenga conciencia. Supuse que nunca lo sabría, a diferencia de la pobre Deb, que se debatía entre lealtades opuestas y que difícilmente podían convivir en un mismo cerebro. Admiré su resolución de dejarme a cargo de decidir si la prueba era o no convincente. Muy pulcro. Tenía un toque muy propio de Harry, como dejar un revólver cargado delante de un amigo culpable, sabiendo que la culpa apretaría el gatillo y ahorraría a la ciudad los costes de un juicio. En el mundo de Harry, un hombre no podía vivir con ese peso en la conciencia.

Pero, como Harry había comprendido muy bien, su mundo había muerto hacía tiempo, y en mí no había ni conciencia, ni vergüenza, ni sentimiento de culpa. Lo único que tenía era un CD con unas cuantas fotos. Y, por supuesto, esas fotos tenían aún menos sentido que la conciencia.

Tenía que existir alguna explicación que no incluyera a Dexter conduciendo un camión por Miami mientras dormía. La mayoría de conductores de Miami parecían hacerlo sin problemas, pero al menos estaban parcialmente despiertos cuando arrancaban, ¿no? Y aquí estaba yo, con los ojos brillantes y alerta, para nada la clase de persona que saldría a la ciudad a matar inconscientemente; no, yo era de la clase de persona que quería vivir ese momento de forma plena. Y, para rematar el tema, estaba la noche de la autopista. Era físicamente imposible que hubiera podido arrojar la cabeza contra mi propio coche, ¿no?

A menos que me hubiera convencido a mí mismo de que podía estar en dos lugares al mismo tiempo, lo cual tenía bastante sentido, considerando que la única alternativa que se me ocurría era creer que solo *pensaba* que había estado sentado en el coche viendo cómo otra persona me lanzaba la cabeza, cuando en realidad yo mismo había arrojado la cabeza contra mi propio coche y luego...

No. Ridículo. No podía pedir a las últimas hebras de mi cerebro que se creyeran este cuento de hadas. Habría una explicación simple y lógica, y la encontraría, y aunque sonara como alguien que trata de convencerse a sí mismo de que no hay nada escondido debajo de su cama, expresé esa idea en voz alta.

—Hay una explicación simple y lógica para todo esto —me dije a mí mismo. Y, como uno nunca sabe quién más puede estar escuchando, añadí—: Y no hay nada debajo de la cama.

Pero, una vez más, la única respuesta fue un silencio muy significativo por parte del Oscuro Pasajero.

A pesar de la agresividad habitual de la que hacían gala los otros conductores, no encontré la respuesta en el camino de vuelta a casa. O, para ser totalmente sincero, no encontré ninguna respuesta que tuviera sentido. Se me ocurrían un montón de respuestas estúpidas. Pero todas giraban en torno a la misma premisa, que era que nuestro monstruo favorito tenía algún problemilla mental, lo que me resultaba muy difícil de admitir. Quizá solo porque no me sentía más loco de lo que me había sentido antes. No advertía la falta de tejido gris, no me parecía que mis procesos mentales fueran más lentos o más extraños, y hasta el momento tampoco era consciente de haber mantenido conversaciones con colegas invisibles.

Excepto cuando dormía, claro, ¿pero eso contaba de verdad? ¿Acaso no estábamos todos locos cuando dormíamos? ¿Qué era el sueño, al fin y al cabo, sino el proceso por el cual vaciábamos nuestra demencia al pozo oscuro del inconsciente quedando así listos para levantarse a la mañana siguiente y desayunarnos con cereales en lugar de hacerlo con los niños del vecino?

Y, dejando a un lado lo que había soñado, todo el resto tenía sentido; alguien me había arrojado una cabeza en la autopista, había dejado una Barbie en mi apartamento y había dispuesto los cadáveres en formas intrigantes. Alguien que no era yo. Alguien distinto de nuestro querido y oscuro Dexter. Y ese alguien había sido capturado, por fin, en las fotos del CD. Así que miraría esas fotos y demostraría de una vez por todas que...

¿Que daba la impresión de que el asesino era yo?

Bien, Dexter. Muy bien. Ya te había dicho que tenía que haber una explicación lógica. Alguien que en realidad era yo. Por supuesto. Eso sí que tenía sentido, ¿verdad?

Entré en casa con cautela. No parecía haber nadie esperándome. Tampoco había ninguna razón por la que tuviera que haber alguien. Pero saber que el demonio que estaba aterrorizando la metrópolis tenía mi dirección era un poco perturbador. Había demostrado que era un monstruo capaz de cualquier cosa: incluso podía venir en cualquier momento a dejar más trozos de muñecas. Sobre todo si era yo mismo.

Pero, de una vez por todas, no era yo. Seguro que no. Las fotos demostrarían

de algún modo que el parecido era pura coincidencia, coincidencia que también explicaría por qué estaba tan sintonizado con esos crímenes. Sí, no cabía duda, se trataba de una serie de coincidencias monstruosas. Tal vez debería llamar a la gente del libro Guinness. Me pregunté quién debería ostentar el récord mundial por no saber si había cometido o no unos asesinatos en serie.

Puse un CD de Philip Glass y me senté en mi silla. La música agitó mi vacío interior, y tras unos minutos algo parecido a la calma y la lógica de hielo que me caracterizaban fueron volviendo. Me acerqué al ordenador y lo encendí. Inserté el CD y miré las fotos. Activé el zoom una y otra vez, e hice todo cuanto sé hacer con el fin de limpiar las imágenes. Intenté cosas de las que solo había oído hablar y cosas que me inventé sobre la marcha: nada funcionó. Al final estaba en el mismo sitio que al principio. Simplemente no era posible conseguir la suficiente resolución para ver con claridad la cara del hombre de la foto. No obstante, seguí contemplándolas. Las cambié de ángulo. Las imprimí y las miré a la luz. Hice todo lo que haría una persona normal, y aunque la imitación me llenó de orgullo, no descubrí nada excepto que el hombre de la foto se parecía a mí.

No podía obtener una imagen clara de nada, ni siquiera de su ropa. Llevaba una camisa que bien podía ser blanca, o beige, o amarilla, o incluso azul pálido. La luz del aparcamiento que le alumbraba era una de esas brillantes Argón anticrimen que daba a todo una sombra anaranjada; entre eso y la falta de resolución de la foto, era imposible decir más. Los pantalones eran largos, amplios, de un tono claro. En conjunto, un atuendo de lo más normal que podía pertenecer a cualquiera, incluido yo. Tenía la suficiente ropa de ese estilo como para vestir a todo un regimiento de dobles de Dexter.

Me las arreglé para ampliar con el zoom uno de los lados del camión hasta alcanzar a ver la letra «A» y, debajo, una «B», seguida de una «R» y de otra letra que podía ser tanto una «C» como una «O». Pero parte del camión quedaba fuera del plano, y eso era todo lo que se veía.

Ninguna de las demás fotos me aportó la menor pista. Volví a ver la secuencia: el hombre desaparecía, reaparecía, y después la furgoneta ya no estaba. Ni una buena toma, ni un enfoque accidental del número de matrícula, y ninguna razón que permitiera establecer de manera categórica que ese hombre era o no Dexter, el hábil soñador.

Cuando por fin levanté la cabeza del ordenador ya había anochecido; estaba oscuro. E hice lo que una persona normal habría hecho, casi con seguridad, unas horas antes: abandoné. No había nada más que hacer excepto esperar a Deborah. Tendría que dejar que mi atormentada hermana me arrastrara hasta la cárcel. Al fin y al cabo, tampoco puede decirse que fuera del todo inocente. La verdad es que merecía que me encerraran. Quizás incluso acabara compartiendo celda con McHale. Siempre podía enseñarme el baile de la rata.

Y embargado por ese pensamiento hice algo realmente maravilloso.

Me dormí.

No tuve sueño alguno, ni sentí que viajaba fuera de mi cuerpo; no vi ningún desfile de imágenes espectrales ni de cuerpos decapitados y desangrados. Ni visiones de confites bailándome en la cabeza. No había nada, ni siquiera yo, nada a excepción de un sueño profundo y atemporal. Y, sin embargo, cuando me despertó el teléfono supe que la llamada tenía que ver con Deborah, y también que ella no vendría. La mano me sudaba antes de descolgar el teléfono.

—¿Sí? —dije.

—Al habla el capitán Matthews —dijo la voz—. Necesito hablar con la inspectora Morgan, por favor.

—No está aquí —dije, mientras una parte de mí se hundía ante el significado de esta idea.

—Ah... Vaya... ¿A qué hora se marchó?

Miré el reloj de forma instintiva; eran las nueve y cuarto y los sudores se hicieron más intensos.

—Deborah no ha venido —dije al capitán.

—Pero afirmó que se dirigía a tu casa. Está de servicio, debería estar allí.

—Aquí no ha llegado.

—Maldita sea —dijo él—. Dijo que tenías en casa una prueba que necesitamos.

—Así es —dije. Y colgué el teléfono.

Tenía una prueba, de eso estaba tremendamente seguro. Lo que pasaba es que no sabía muy bien qué era. Pero tenía que averiguarlo e imaginé que no disponía de mucho tiempo. O, para ser más precisos, imaginé que Deb no disponía de mucho tiempo.

Y, una vez más, tampoco era consciente de cómo lo sabía. No me dije conscientemente: «Él tiene a Deborah». El cerebro no se me llenó con imágenes de su terrible destino. Y tampoco se trataba de una premonición ni de una leve preocupación del estilo: «Vaya, Deb debería estar aquí; esto no es propio de ella». Simplemente supe, como ya había sabido cuando desperté, que Deb había venido a buscarme pero no había logrado llegar. Y sabía qué significaba eso.

Él la tenía.

Lo había hecho por mí, de eso estaba seguro. Había ido cerrando el círculo en torno a mí, acercándose cada vez más: entrando en mi apartamento, escribiendo breves mensajes con sus víctimas, tomándome el pelo con insinuaciones y atisbos de sus obras. Y ahora estaba tan cerca de mí como le era posible sin estar en la misma habitación. Se había llevado a Deb y estaba esperando con ella. Esperándome.

¿Pero, dónde? ¿Y cuánto tiempo esperaría antes de que la impaciencia le

empujara a empezar a jugar sin mí?

Y sin mí, sabía muy bien quién sería su compañera de juegos: Deborah. Se había presentado en mi apartamento vestida con el uniforme para trabajar con las putas, empaquetada como regalo especialmente para él. Él debió de pensar que era Navidad. La tenía, y ella sería su amiguita esta noche. No quería imaginarla así: atada y tensa, viendo cómo pequeñas partes de su cuerpo desaparecían para siempre de un modo horrendo. En otras circunstancias podría tratarse de un entretenimiento fantástico para una noche, pero no con Deborah. Yo estaba seguro de que la idea no me gustaba: no quería que hiciera nada maravilloso ni permanente, no esta noche. Más tarde, tal vez, y con otra persona. Cuando nos conociéramos un poco mejor. Pero no ahora. No con Deborah.

Y ese pensamiento pareció mejorarlo todo. Era fantástico haber establecido este hecho. Prefería a mi hermana viva, en lugar de en fragmentos desangrados. Un detalle encantador por mi parte, casi humano. Y ahora que esto estaba claro: ¿cuál era el siguiente paso? Podía llamar a Rita, llevarla al cine o a pasear por el parque. O, veamos, tal vez, no sé... ¿salvar a Deborah? Sí, parecía un buen plan. Pero...

¿Cómo?

Tenía algunas pistas, por supuesto. Sabía cómo pensaba; al fin y al cabo, no era un razonamiento tan distinto del mío. Y él quería que lo encontrara. Había enviado un mensaje alto y claro. Si pudiera quitarme de la cabeza todas las estupideces que me distraían —los sueños de hadas estilo New Age y todo lo demás—, estaba seguro de que llegaría a descubrir su lógica y correcta ubicación. No se habría llevado a Deb a menos que creyera que me había dado todo lo que un monstruo listo necesita saber para encontrarlo.

Muy bien pues, listo Dexter: encuéntralo. Sigue el rastro del secuestrador de Deb. Deja que tu lógica inexorable siga su pista como si fuera una manada de lobos hambrientos. Pon ese gigantesco cerebro que tienes a toda máquina, deja que el viento zumbe entre las explosivas sinapsis de tu poderosa mente mientras esta se dirige a cien por hora hacia la hermosa e inevitable conclusión. ¡Vamos, Dexter! ¡Adelante!

¿Dexter?

¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Al parecer, no. No oí que el viento zumbara entre explosivas sinapsis. Estaba más vacío que nunca. Al menos no estaba debilitado por un torbellino de emociones, ya que no tenía emoción alguna. Pero el resultado era exactamente igual de descorazonador. Estaba tan atontado y seco como si realmente pudiera sentir algo. Deborah había desaparecido. Corría un enorme peligro de convertirse en una obra de arte fascinante en tres dimensiones. Y su única esperanza de mantener alguna clase de existencia que fuera más allá de una serie de fotos colgadas de la pared de un laboratorio policial radicaba en su vapuleado y

atontado hermano. El pobre y descerebrado Dexter que, sentado en una silla con el cerebro avanzando en círculos, recordaba a un perro que se muerde la cola y aúlla a la luna.

Inspiré profundamente. De todas las ocasiones en que había necesitado ser yo, esta era la más importante. Me concentré con fuerza, con firmeza, y a medida que una pequeña cantidad de Dexter volvía a llenar el vacío de mi cavidad cerebral, me di cuenta de lo humano e imbécil que me había vuelto. El tema no tenía demasiado misterio. De hecho era de una obviedad patente. Lo único que le faltaba hacer a mi amigo era enviar una invitación formal: «Estaré muy honrado de contar con su presencia en la vivisección de su hermana. Se recomienda corazón negro». Pero incluso este leve atisbo de lógica fue barrido de mi atormentado cerebro por una nueva idea que penetró en él como un gusano, rezumando lógica podrida.

Cuando Deb desapareció, yo estaba dormido.

¿Podía significar que una vez más lo había hecho yo sin saberlo? ¿Y si me había llevado a Deb a algún lugar y la había despedazado en un pequeño y frío almacén, para...?

¿Almacén? ¿De dónde salía esto?

La sensación de encierro... la adecuación del armario en la pista de hockey... el aire frío que me soplaba por la columna... ¿Qué importaba eso? ¿Por qué seguía volviendo a lo mismo? Porque, pasara lo que pasara, eso es lo que hacía: volvía a los mismos recuerdos ilógicos, que aparentemente no tenían explicación alguna. ¿Qué significaba? ¿Y por qué me importaba eso más que el pedo de un colibrí? Pues porque, significara algo o no, era todo lo que tenía para seguir. Tenía que encontrar un lugar que cumpliera con esa sensación de frío y de presión adecuada. Lo cierto es que no tenía ninguna otra salida: encontrar la caja. Y allí también encontraría a Deb, y a mí mismo o a mi otro yo. ¿No era simple?

Pues no. No era simple, solo ingenuo. No tenía ningún sentido prestar atención a los mensajes fantasmales y secretos sacados de mis sueños. Sueños que no existían en la realidad, que no dejaban huellas de garras al estilo Freddy Krueger en el mundo real. Lo cierto es que no podía salir de casa y salir a la carretera llevado por una visión psíquica. Yo era un ser lógico y frío. Y, por tanto, salí de casa y fui a por el coche con lógica y frialdad. No tenía la menor idea de adónde me dirigía, pero la necesidad de llegar cuanto antes había cogido las riendas y me azotaba en dirección al aparcamiento donde estaba mi coche. Pero a cincuenta metros de mi apreciado vehículo me detuve como si acabara de chocar contra un muro invisible.

La luz del interior estaba encendida.

Desde luego yo no la había dejado así: era de día cuando aparqué y, por lo que veía desde allí, las puertas estaban bien cerradas. Un ladrón casual habría dejado la puerta entreabierta para evitar el ruido que hacía al cerrarse.

Me acerqué muy despacio, sin saber qué esperaba ver o si de verdad quería verlo. Desde unos diez metros vi que había algo en el asiento del copiloto. Rodeé el coche lentamente y, con los nervios a flor de piel, me decidí a mirar. Y allí estaba.

Otra Barbie. Ya empezaba a tener una colección.

Esta iba vestida con una gorrita marinera y una camisa cortada a la altura del pecho. Para completar, unos ajustados pantalones de color rosa. En una mano sostenía un pequeño maletín con la inscripción CUNARD impresa en un lateral.

Abrí la puerta y cogí la muñeca. Saqué el maletín de la mano de la muñeca y apreté el resorte que lo abría. Un pequeño objeto cayó de dentro y rodó por el suelo. Lo recogí. Se parecía mucho al anillo de graduación de Deborah. En el interior estaban grabadas sus iniciales, D. M.

Me dejé caer en el asiento, agarrando la muñeca con manos sudorosas. Le di la vuelta. Le doblé las piernas. Le moví los brazos. ¿Qué hiciste anoche, Dexter? Bueno, estuve jugando a las muñecas mientras un amigo troceaba a mi hermana.

No perdí el tiempo preguntándome cómo había llegado hasta el coche aquella Barbie Sexy y Marinera. Resultaba obvio que se trataba de un mensaje... ¿o era una pista? Pero las pistas deberían apuntar en alguna dirección, y esta parecía llevarme hacia una totalmente errónea. Tenía a Debbie, eso estaba claro. ¿Pero Cunard? ¿Cómo se conjugaba eso con un matadero tenso y frío? No veía la conexión. Pero la verdad es que solo había un lugar en todo Miami donde esto cuadrara.

Subí por Douglas y giré a la derecha por Coconut Grove. Tuve que reducir la velocidad para ajustarla al desfile de imbéciles felices que bailaban entre las tiendas y los cafés. Todos parecían tener demasiado tiempo, demasiado dinero, y, aparte de eso, pocas luces. Tardé mucho más de lo necesario en cruzar la zona, pero resultaba un poco absurdo enfadarse cuando uno no tenía muy claro adónde iba. Seguí sin rumbo; tomé Bayfront Drive, crucé hacia Brickle y llegué al centro. No vi ningún neón enorme engalanado con flechas centelleantes y palabras de ánimo que dijera: « ¡Vivisección a 2 km! ». Pero seguí adelante, acercándome al edificio de American Airlines y, un poco más lejos, a la autopista MacArthur. En el rápido vistazo que pude dar al edificio distinguí la superestructura de un barco de Government Cut, no era de la línea Cunard, por supuesto, pero miré ansioso por descubrir cualquier señal. Me parecía obvio que las indicaciones no conducían a un crucero: demasiada gente, demasiados marineros fisgones. Pero algo cercano, algo relacionado de algún modo... ¿Pero qué significaba eso? No había más pistas. Miré el barco con una insistencia tal que habría podido fundir la cubierta, pero Deborah no bajó por un mástil ni salió bailando por la rampa.

Miré un poco más. Al lado del barco, unas grúas de carga destacaban sobre el cielo nocturno como si fueran restos abandonados de *La guerra de las galaxias*.

Las montañas de cajas de carga apenas resultaban visibles por la sombra de las grúas, pero las había, desordenadas y en grandes cantidades, esparcidas por el suelo como si un niño gigante y aburrido hubiera derribado de un manotazo un juego de construcción. Algunas eran contenedores de almacenaje refrigerados. Y, más allá de esas cajas...

Espera un momento, querido amigo.

¿Quién me susurraba eso, quién murmuraba esas palabras a Dexter, el conductor solitario? ¿Quién estaba sentado detrás de mí? ¿De quién era aquella risa seca que ahora llenaba el asiento de atrás? ¿Y por qué? ¿Qué mensaje flotaba por mi cabeza, vacía y descerebrada?

Contenedores de almacenaje.

Algunos refrigerados.

¿Pero a qué venía eso? ¿Qué motivo podía tener para interesarme por un montón de espacios fríos y firmemente cerrados?

Ah, y a. Si te pones así.

¿Podía ser este el lugar que albergaría el futuro museo Dexter Morgan? ¿Con exhibiciones genuinas y en vivo, que incluían una extraña actuación de la única hermana de Dexter?

Giré el volante con decisión, cortando el paso a un BMW con un claxon muy potente. Extendí el dedo anular, conduciendo por una vez en mi vida como un auténtico nativo de Miami, y aceleré en dirección a la autopista.

El crucero estaba a mi izquierda. La zona de cajas y contenedores a la derecha, rodeada por una valla sujeta con cadenas y coronada de alambre. Tomé el camino que accedía hasta allí, luchando contra una marea creciente de certeza y un coro ronco de lo que parecían ser canciones de taberna entonadas por el Oscuro Pasajero. La carretera moría en un puesto de guardia situado antes de llegar a los contenedores. Había una verja custodiada por varios hombres uniformados; no había forma humana de cruzarla sin verse obligado a responder a algunas preguntas bastante embarazosas. Sí, agente, me preguntaba si podría entrar a echar un vistazo. ¿Sabe? Creo que podría ser un buen sitio para que un amigo despedace a mi hermana.

Atajé a través de una línea de conos anaranjados que había en medio de la calzada a unos diez metros de la verja y volví por donde había venido. Ahora el enorme barco quedaba a mi derecha. Giré a la izquierda antes de llegar al puente que llevaba hacia el centro de la ciudad, metiéndome en un área cortada en un extremo por una garita, y por una valla cerrada con cadenas en el otro. La valla estaba alegremente decorada a base de señales que advertían de los variados castigos que caerían sobre quien se atreviera a pasar sin permiso. Los firmaba el servicio de aduanas de Estados Unidos.

Si seguías la valla, llegabas a la carretera principal luego de atravesar un gran espacio que hacía las veces de aparcamiento, y que a estas horas de la noche

estaba vacío. Recorrí despacio su perímetro, sin apartar la vista de los contenedores que había a lo lejos. Eran los que procedían de puertos extranjeros y debían pasar por la aduana, y, por tanto, su acceso estaba sometido a fuertes medidas de control. A nadie le sería fácil entrar y salir de esta zona, sobre todo si iba cargado con miembros humanos o algo por el estilo. O bien encontraba un área distinta, o bien me rendía a la evidencia de que estos difusos sentimientos originados por una serie de sueños absurdos y una muñeca escasa de ropa eran una pérdida de tiempo. Y cuanto antes lo admitiera, más posibilidades tenía de encontrar a Deb. No estaba aquí. No había motivo razonable que justificara su presencia.

Por fin un pensamiento lógico. Solo eso ya me hizo sentir mejor, y no me cabe duda de que habría seguido mi propio consejo de no haber visto un camión aparcado al otro lado de la valla, en cuyo lateral podía verse la siguiente inscripción: ALLONZO BROTHERS. La multitud privada que habitaba en la base de mi cerebro cantaba a tanto volumen que sofocó mi propio suspiro, de manera que me acerqué hasta allí y aparqué. El chico listo que había en mí estaba golpeando la puerta principal de mi cerebro y gritando: «¡Deprisa, deprisa! ¡Ve!» . Pero, por el otro lado, el lagarto que también tenía dentro se arrastró hasta la ventana y sacaba la lengua con cautela, así que permanecí un momento sentado antes de salir del coche.

Caminé hasta la valla y me quedé allí, como un actor de reparto en una película de campos de exterminio ambientada en la Segunda Guerra Mundial: los dedos metidos en los agujeros de la valla, mirando con avidez lo que había al otro lado, separado solo por unos metros pero a la vez inalcanzable. Estaba convencido de que alguien tan inteligente como yo tenía que descubrir el modo de entrar, pero, por si sirve de prueba del lamentable estado mental que me embargaba, la verdad es que era incapaz de encadenar una idea con otra. Tenía que entrar, pero no podía. Y así me quedé, parado ante la valla y mirando hacia dentro, consciente de que todo lo que importaba estaba allí, a solo unos metros de distancia, y también de mi incapacidad de articular el gigantesco cerebro que poseía para resolver la situación. La mente elige momentos curiosos para irse de paseo, ¿no creen?

Saltó la alarma del despertador del asiento trasero. Tenía que moverme, y sin perder un segundo. Me encontraba en un área vigilada y en actitud sospechosa. Era de noche: en cualquier momento, algún guardia se interesaría por el apuesto joven que fisgaba desde la valla. Tendría que hacer algo, encontrar el modo de entrar, mientras rondaba en el coche. Me aparté de la valla, dedicándole una última mirada llena de cariño. Justo donde mis pies la habían tocado había un hueco apenas visible. Los alambres habían sido cortados hasta abrir un agujero lo bastante grande como para que entrara un ser humano, incluso un tipo adulto como yo. Una tela ocultaba el orificio, sujeta por el peso del camión aparcado

para que el viento no se la llevara revelando lo que escondía. Tenía que haber sido realizado recientemente, esta tarde. Después de la llegada del camión.

La invitación final.

Volví al coche muy despacio, sintiendo cómo una sonrisa despistada me ascendía por la cara. Hola, agente, solo estaba dando un paseo. Una noche perfecta para un despedazamiento, ¿no cree? Me metí alegremente en el coche, sin ver nada más que la luna flotando sobre el agua, silbando una feliz melodía mientras yo arrancaba y me alejaba. Nadie parecía prestarme la menor atención: lo único que oía era el coro que entonaba un Aleluya en mi mente. Llevé el coche hasta un aparcamiento cercano a la oficina del barco, a unos cien metros de mi artesana entrada vía de acceso al paraíso. Había otros coches allí. A nadie le extrañaría ver el mío.

Pero, cuando aparcaba, otro coche se detuvo junto a mí, un Chevy azul claro conducido por una mujer. Me quedé un momento inmóvil. Lo mismo hizo ella. Abrí la puerta y bajé.

La inspectora LaGuerta me imitó.

Siempre se me han dado bien las situaciones sociales comprometidas, pero debo admitir que esta me dejó atónito. La verdad es que no sabía qué decir, y me quedé mirando a LaGuerta, que sostuvo mi mirada sin pestañear y mostrando ligeramente los colmillos, cual felino depredador que vacila entre jugar contigo o devorarte. No se me ocurría ninguna observación que no empezara con un tartamudeo, mientras que ella solo parecía interesada en observarme. De manera que nos quedamos así durante un momento eterno. Por fin, fue ella quien rompió el hielo con uno de sus agudos comentarios.

—¿Qué hay allí? —preguntó, señalando en dirección a la valla que se erguía a unos cien metros.

—¡Qué sorpresa, inspectora! —grité, con la esperanza de que no siguiera por ese camino, supongo—. ¿Qué hace por aquí?

—Te he seguido. ¿Qué hay allí?

—¿Allí? —dije. Una observación bastante idiota, lo sé, pero, con sinceridad, ya se me habían agotado las réplicas inteligentes y en aquellas circunstancias no podía esperarse que tuviera una idea luminosa.

Inclinó la cabeza y sacó la lengua, dejando que esta recorriera su labio inferior: lentamente, primero hacia la izquierda, luego a la derecha, izquierda de nuevo, y después de vuelta a la boca. Después hizo un gesto de asentimiento.

—Debes de creer que soy imbécil —afirmó. Bueno, no puede decirse que esa idea no me hubiera pasado por la mente una o dos veces, pero no me pareció el momento oportuno de confesárselo—. Pero quiero que recuerdes que soy inspectora de Homicidios, y que estamos en Miami. ¿Cómo crees que llegué hasta aquí, eh?

—¿Por lo guapa que es? —dije, dedicándole una sonrisa deslumbrante. Un cumplido nunca está de más con una mujer.

Me mostró su encantadora dentadura, aún más brillante por los faros que iluminaban la zona.

—Muy bueno —dijo ella, moviendo los labios hasta que dibujaron una extraña media sonrisa que le hundió las mejillas y la envejeció—. Esa es la clase de mierda que me tragaba cuando creía que te gustaba.

—Claro que me gusta, inspectora —le dije. ¿Con demasiada ansiedad, tal vez? No pareció oírme.

—Ya, por eso me tiras al suelo como si fuera una cerda. Y yo me pregunto, ¿qué he hecho mal? ¿Tengo mal aliento? Y entonces se hace la luz. No soy yo. Eres tú. En ti hay algo raro.

Tenía razón, por supuesto, pero aun así oírlo de sus labios me dolió.

—No sé... ¿A qué se refiere?

Volvió a sacudir la cabeza.

—El sargento Doakes quiere matarte y ni él sabe por qué. Debería haberle hecho caso. A ti te pasa algo. Y me juego el cuello que tienes algo que ver con el caso de las putas.

—¿Algo que ver? ¿De qué está hablando?

La sonrisa que me brindó tenía esta vez un aspecto salvaje, y el acento cubano volvió a su voz.

—Ahórrate la representación para tu abogado. Y para el juez también. Porque creo que te he pillado. —Me contempló con dureza durante un momento y luego sus negros ojos brillaron en la oscuridad. Tenía un aspecto tan inhumano como yo, y eso hizo que un escalofrío me cosquilleara en la nuca. ¿La había subestimado? ¿Era realmente así de buena?

—¿Y por eso me ha seguido?

Más dientes.

—Sí. Exactamente. ¿Por qué estabas parado delante de la valla? ¿Qué hay allí?

Estoy seguro de que, en condiciones normales, se me habría ocurrido antes, pero apelo a su comprensión. No se me pasó por la cabeza hasta ese momento. Pero, cuando lo hizo, fue como una luz centelleante y dolorosa.

—¿Cuándo empezó a seguirme? ¿En mi casa? ¿A qué hora?

—¿Por qué te empeñas en cambiar de tema? ¿Voy bien encaminada, eh?

—Inspectora, por favor... Esto podría ser de una gran importancia. ¿Cuándo y dónde empezó a seguirme?

Me observó durante un minuto, y empecé a comprender que, en realidad, sí la había subestimado. Esa mujer tenía mucho más que instinto político. Parecía estar en posesión de algún talento extra. No acababa de estar convencido de que se tratara precisamente de inteligencia, pero lo que sí tenía era paciencia, y a veces dicha cualidad era mucho más útil en su campo de trabajo. Estaba dispuesta a observarme, esperar y repetir la misma pregunta hasta obtener una respuesta. Y después formularía la pregunta unas cuantas veces más, esperaría y me observaría un poco más, a ver qué hacía. En cualquier otro momento habría podido desesperarla, pero no esta noche. De manera que compuse la expresión más humilde que pude y repetí:

—Por favor, inspectora...

Chasqué la lengua una vez más y, por fin, se rindió.

—De acuerdo. Cuando su hermana desapareció durante horas sin decir dónde, empecé a pensar que tal vez tuviera algo. Y sé que no es capaz de averiguar nada sola, así que ¿adónde podía haber ido? —Enarcó una ceja y después prosiguió, en tono triunfal—. ¡A casa de su hermanito! ¿Adónde si no? ¡A hablar contigo! —Movié la cabeza, satisfecha de su lógica deductiva—. Así que me pongo a pensar en ti. En cómo apareces a mirar, incluso cuando no tienes por qué. En cómo has descubierto a otros asesinos en serie... Excepto a este. Y luego

me jodes con esa estúpida lista, haciéndome quedar como una imbécil, y encima me tiras al suelo... —La expresión de su rostro se endureció, y por un momento volvió a parecer más vieja. Después sonrió y siguió adelante—. Hice un comentario en voz alta, y va el sargento Doakes y me contesta: «Ya se lo advertí, pero no me hizo caso». Y de repente lo único que veo por todas partes es esa cara de chico guapo que tienes. —Se encogió de hombros—. Y me voy a tu casa.

—¿Cuándo? ¿A qué hora? ¿Se fijó?

—No. Pero no estuve más de veinte minutos, y después saliste y empezaste a mariconear con la Barbie antes de salir hacia aquí.

—Veinte minutos... —No había llegado a tiempo de ver quién o qué se había llevado a Deborah. Y lo más probable es que me estuviera diciendo la verdad y simplemente me hubiera seguido para ver... ¿para ver qué?

—¿Pero por qué seguirme?

Volvió a encogerse de hombros.

—Estás metido en esto. Quizá no seas el autor, no lo sé. Pero voy a descubrirlo. Y parte de lo que descubra te salpicará. ¿Qué hay en esas cajas? ¿Piensas decírmelo, o nos quedaremos toda la noche así?

A su modo había metido el dedo en la llaga. No podíamos pasarnos toda la noche allí. Desde luego, no antes de que cosas terribles empezaran a sucederle a Deborah. Eso sí no habían empezado ya. Teníamos que irnos, ahora mismo, encontrarlo y detenerlo. ¿Pero cómo hacerlo con LaGuerta al lado? Me sentía como una cometa con una cola no deseada.

Realicé una inspiración profunda. Una vez Rita me llevó a un taller New Age sobre salud y conciencia donde enfatizaban la necesidad de realizar inspiraciones profundas y purificantes. Les hice caso. No puede decirse que me sintiera más limpio, pero al menos me activó el cerebro, y caí en la cuenta de que tenía que hacer algo poco habitual en mí: decir la verdad. LaGuerta seguía mirándome, a la espera de una respuesta.

—Creo que el asesino está allí —dije a LaGuerta—. Y creo que tiene a la agente Morgan.

Me observó, inmóvil.

—Ya —dijo, por fin—. Y por eso vienes hasta aquí y te quedas apostado a la verja, ¿no? ¿Porque quieres tanto a tu hermana que te apetece mirar?

—Porque quería entrar. Buscaba un modo de cruzar la valla.

—¿Y porque se te olvidó que trabajas para la policía?

Bueno, habíamos llegado al quid de la cuestión, claro. De repente había dado en el clavo, y sin ayuda de nadie. Para eso no tenía respuesta. Todo este rollo de decir la verdad no suele funcionar sin tener que pasar por un trance desagradable.

—Solo... solo quería asegurarme, antes de dar la alarma.

Asintió.

—Vaya. Realmente brillante. Pero te voy a decir lo que pienso: o has hecho algo malo, o conoces a quién lo ha hecho. Y algo más: o lo estás protegiendo, o lo que quieres es descubrirlo por tu cuenta.

—¿Por mi cuenta? ¿Por qué iba a querer hacerlo?

Sacudió la cabeza con un gesto de desprecio.

—Para ganarte las medallas. Tú y esa hermanita tuya. ¿Te crees que me engañas? Ya te he dicho que no tengo un pelo de tonta.

—No soy el carnicero que buscan, inspectora —dije, apelando a su compasión aunque estaba completamente seguro de que tenía aún menos que yo —. Pero creo que está allí, en uno de los contenedores.

—¿Y por qué lo crees? —preguntó, humedeciéndose los labios.

Vacilé, pero ella mantuvo su mirada de reptil sin parpadear. Por incómodo que me hiciera sentir, tenía que comunicarle una parte más de la verdad. Señalé hacia la furgoneta de Allonzo Brothers aparcada al otro lado de la valla.

—Ese es su camión.

—Ja —dijo ella, y parpadeó por fin. Su atención me abandonó durante un instante y pareció deambular hacia algún otro y profundo lugar. ¿El pelo? ¿El maquillaje? ¿Su carrera? No sabría decirlo. Pero un buen detective habría tenido unas cuantas preguntas que hacer: ¿cómo sabía yo que era su camión? ¿Cómo lo había encontrado? ¿Por qué estaba tan seguro de que no se había limitado a dejarlo aparcado aquí y se había largado a otro sitio? Pero, tras el examen final, decidí que LaGuerta no era una buena detective; se limitó a asentir, relamerse los labios, y decir:

—¿Cómo vamos a encontrarlo?

La había subestimado, desde luego. Ahora pasaba del «tú» al «nosotros» sin problema alguno.

—¿No quiere pedir refuerzos? —pregunté—. Es un individuo muy peligroso.

Admito que la estaba pinchando, pero ella se lo tomó muy en serio.

—Si no atrapo sola a ese tipo, dentro de dos semanas estaré vigilando parquímetros. Voy armada. No se me escapará. Llamaré pidiendo refuerzos cuando lo haya cogido. —Me miró sin parpadear—. Y si no está ahí dentro, te entregaré a ti.

Pensé que lo mejor que podía hacer era seguirle la corriente.

—¿Puede hacer que crucemos la valla?

Se rio.

—Claro que puedo. Mi placa nos lleva a cualquier sitio. ¿Y luego qué?

Llegábamos a la parte peliaguda. Si se lo tragaba, podía considerarme libre.

—Luego nos dividimos y buscamos hasta dar con él.

Me observó. Volví a ver en su cara lo mismo que había visto cuando se bajó del coche: la mirada de un depredador evaluando a su presa, preguntándose cuándo y dónde atacar y cuántas garras usar. Era horrible: de repente noté que

me caía mejor.

—De acuerdo —dijo por fin. Hizo un gesto en dirección a su coche—. Sube.

Subí. Condujo hacia la calzada y se acercó a la verja. Incluso a esta hora había tráfico. La mayoría parecían ser ciudadanos de Ohio que buscaban el barco, pero unos cuantos se plantaron ante la verja, donde los guardias les indicaron que debían desandar lo andado. La inspectora LaGuerta los adelantó a todos, aparcando el gran Chevy al principio de la cola. No le importó que la habilidad al volante de los oriundos del Medio Oeste no pudiera compararse con la de una mujer cubana que vivía en Miami y disponía de seguro médico. Se oyó un coro de bocinazos y unos cuantos gritos, mientras nos dirigíamos a la garita.

El guardia sacó la cabeza, un negro delgado y musculoso.

—Señora, no puede...

Ella sacó la placa.

—Policía. Abra la verja. —Lo dijo con una autoridad tan contundente que casi salté del coche para abrir la puerta en persona.

Pero el guardia se quedó paralizado. Tomó aire por la boca y miró nervioso hacia el interior de la garita.

—¿Qué está...?

—¡Abra la puta puerta! —ordenó ella, haciendo sonar la placa. Eso consiguió hacerle reaccionar.

—Enséñeme la placa.

LaGuerta la sostuvo a distancia, obligándole a dar un paso para verla. El tipo frunció el ceño, pero no encontró nada que objetar.

—Bien —dijo—. ¿Puede decirme qué busca allí?

—Puedo decirte que si no abres la puerta en dos segundos, te meteré en el maletero de mi coche, te llevaré a la ciudad, te encerraré en una celda llena de gays sádicos y luego tiraré la llave.

El guardia se incorporó de un salto.

—Solo intentaba ser útil —dijo y, por encima del hombro, gritó—: ¡Tavio, abre la puerta!

La verja ascendió y LaGuerta metió el coche.

—Ese hijoputa no sabe con quién está hablando —dijo la inspectora. Su voz tenía un tono divertido y nervioso a la vez—. Pero esta noche no estoy para contrabandos. ¿Adónde vamos?

—No lo sé —dije—. Supongo que deberíamos empezar por donde dejó el camión.

Asintió, acelerando entre los montones de contenedores.

—Si va cargado con un cuerpo, no creo que haya aparcado muy lejos del lugar adonde se dirige. —A medida que nos acercábamos a la valla, redujo la velocidad y con ella el ruido del coche. Aparcó a unos cincuenta metros del camión—. Echemos un vistazo a la valla —dijo ella, poniendo el freno de mano

y bajando del coche.

La sigui. LaGuerta pisó algo que no le gustó y levantó el pie para ver de cerca el zapato.

—Mierda —exclamó.

La adelanté a toda prisa, sintiendo cómo el pulso se me aceleraba con estruendo. Llegué hasta el camión, lo rodeé y probé las puertas. Estaban cerradas, y aunque tenía ventanillas traseras, estas estaban pintadas por dentro. Me acerqué por si había algún claro que me permitiera ver, pero nada. No había nada más en ese lado, pero me agaché y miré debajo. Sentí, más que oí, los pasos de LaGuerta a mi espalda.

—¿Tienes algo? —preguntó.

Me incorporé.

—Nada. Las ventanas traseras están pintadas por dentro.

—¿Y por delante?

Me dirigí hacia la parte delantera del camión. Tampoco había nada que ver allí. Por dentro del parabrisas había desplegadas dos pantallas para proteger del sol, esas que se llevan tanto en Florida, que impedían cualquier visión del interior. Me subí al capó y llegué hasta el techo, pero tampoco había ninguna entrada de aire.

—Nada —dije, y bajé.

—De acuerdo —dijo LaGuerta, mirándome con ojos turbios y mostrando solo el extremo de la lengua entre los dientes—. ¿Por dónde quieres ir?

Por aquí, susurró una voz desde mi cerebro. *Por aquí*. Miré hacia la derecha, el lugar adonde habían señalado los dedos mentales y después a LaGuerta, quien seguía atenta a cualquiera de mis movimientos como haría un tigre hambriento.

—Iré hacia la izquierda y daré la vuelta —dije—. Nos encontraremos en el centro.

—De acuerdo —repuso LaGuerta con una sonrisa letal—. Pero iré yo por la izquierda.

Intenté fingir sorpresa y decepción, y supongo que me las apañé para conseguir una imitación razonable, porque me miró y asintió.

—De acuerdo —repitió, girando hacia la primera fila de contenedores apilados.

Por fin estaba solo con mi tímido amigo interno. ¿Y ahora qué? Ahora que había engañado a LaGuerta y me había quedado con el lado derecho, ¿cuál era el siguiente paso? Al fin y al cabo, no tenía razón alguna para pensar que era mejor que el izquierdo o, por la misma razón, mejor que sentarme en la valla y hacer sonar dos cocos. Solo tenía aquel sibilino clamor interno... ¿Era suficiente? Cuando se es una torre de puro hielo, como yo había sido hasta ahora, la lógica suele guiar tus pasos y, por supuesto, hace caso omiso de aquel irritante y musical chillido de voces subjetivas e irracionales que salen del fondo del cerebro e

intentan enviarte por un camino en concreto, sin que importe lo ansias que se pongan bajo la electrizante luz de la luna.

Y, además, quedaba la cuestión de hacia dónde ir ahora: miré a mi alrededor, contemplando las irregulares hileras de contenedores. Por el lado que había tomado LaGuerta había varias filas de trailers de brillantes colores. Y, ante mí, ocupando el lado derecho, estaban los contenedores que tenían que ser embarcados.

De repente, me sentí muy inseguro. La sensación que tenía no me gustaba. Cerré los ojos. En cuanto lo hice, el susurro se convirtió en una nube sonora, y sin saber por qué me encontré caminando hacia un grupo de contenedores cercanos al agua. No tenía ninguna razón consciente para creer que esos fueran distintos a los otros, o que esta dirección fuera más adecuada o prometiera mayores recompensas. Simplemente mis pies se pusieron en marcha y me limité a seguirlos. Era como si alguien trazara el camino solo visible para sus dedos, o como si el leve susurro del coro que tenía dentro marcara un ritmo determinado que mis pies traducían en movimientos.

A medida que avanzaba, el sonido que procedía de mi interior creció, convirtiéndose en un rugido hilarante, haciéndome correr más que a mis pies, arrastrándome torpemente por el retorcido sendero que dejaban los contenedores a base de tirones poderosos e invisibles. Y sin embargo, al mismo tiempo una voz nueva, débil y razonable, me empujaba hacia atrás, diciéndome que yo no quería estar allí, urgiéndome a correr, volver a casa, alejarme de este lugar. No tenía más sentido que las otras. Dos fuerzas contrarias me empujaban con la misma violencia: una hacia delante y otra hacia atrás. Al mismo tiempo y con tanta fuerza que no conseguía que mis piernas funcionaran correctamente y acabé cayéndome de cara contra el duro suelo de piedra. Me puse de rodillas, con la boca seca y el corazón acelerado, y me detuve para meter el dedo en un desgarrón que se me había hecho en la bonita camisa Dacron. Introduje el dedo por el agujero y lo moví como si fuera una marioneta. Hola, Dexter. ¿Adónde vas? Hola, señor Dedo. No lo sé, pero estoy a punto de llegar. Oigo a mis amigos.

Y por lo tanto me incorporé sobre unos pies que de repente ya no me sostenían y escuché. Lo oí con claridad, incluso con los ojos abiertos, y la sensación fue tan fuerte que no me dejó caminar. Me quedé quieto, apoyado en los contenedores. Por si lo necesitaba, un pensamiento sensato me cruzó la mente. Algo innombrable había nacido en este lugar, algo que vivía en el agujero más recóndito y oscuro de Dexter, y por primera vez en mi vida sentí miedo. No quería estar en un lugar que emanara cosas tan horribles. Pero tenía que encontrar a Deborah. Una fuerza invisible me partía por la mitad. Me sentía como si fuera la lámina de un niño en un libro de Sigmund Freud, y lo único que quería era irme a casa y dormir.

Pero la luna rugió en el cielo, el agua aulló en torno al barco, y la leve brisa

crujió sobre mí como si de una convención de brujas se tratara, obligándome a seguir adelante. Los cánticos se hundían en mí como un gigantesco coro mecánico, empujándome a seguir, recordándome cómo mover los pies, impulsándome hacia las filas de cajas. El corazón latía y gemía a la vez, mi respiración era entrecortada y jadeante, y por primera vez en mi vida me sentí débil, atemorizado y estúpido; como un ser humano, como un pequeño y desesperado ser humano.

Avancé por aquel camino extrañamente familiar sobre unos pies que ya no sentía míos hasta que no pude más y de nuevo me apoyé en una caja. Un contenedor provisto de una bomba de aire acondicionado, cuyos latidos se mezclaban con los crujidos de la noche, golpeándome en la cabeza con tanta fuerza que apenas podía ver. Y cuando me apoyaba en el contenedor, la puerta se abrió.

El interior estaba iluminado por dos fanales conectados a una batería. Contra la pared del fondo había una mesa de operaciones improvisada, hecha a base de embalajes.

Inmovilizada sobre la mesa estaba mi querida hermana Deborah.

Durante unos segundos ni siquiera necesité respirar. Me limité a mirar. Largas y ajustadas tiras de cinta aislante rodeaban las piernas y brazos de mi hermana. Llevaba unos pantalones dorados y una blusa de seda transparente atada sobre el ombligo. El cabello recogido, muy tenso, y los ojos muy abiertos; respiraba por la nariz, en alientos cortos, ya que también la boca estaba cubierta por un pedazo de cinta que le cruzaba los labios y llegaba hasta la mesa, manteniéndole la cabeza quieta.

Intenté decir algo, pero me di cuenta de que tenía la boca demasiado seca para hablar, así que me limité a mirar. Deborah me devolvió la mirada. En sus ojos había muchas cosas, pero la más obvia era el miedo, y eso me retuvo en el umbral. Nunca antes había visto esa mirada en su rostro y no sabía bien cómo interpretarla. Di medio paso en dirección a ella y ella se debatió contra la cinta. ¿Asustada? Por supuesto... ¿pero de mí? Había venido a rescatarla. ¿Por qué tenía que temerme? A menos que...

¿Yo había hecho esto?

¿Y si Deborah se había presentado en casa esta noche, tal y como estaba previsto, mientras yo dormía la siesta, y se había encontrado con el Oscuro Pasajero al volante del Dextermóvil? ¿Y, sin ser consciente de ello, la había traído hasta aquí y la había atado de manera tan tentadora...? Pero eso no tenía sentido. ¿Después había corrido hacia casa para dejarme la muñeca Barbie, había subido y me había tendido en la cama para así despertar de nuevo como mi otro yo, como si estuviera enfrascado en alguna carrera de competición homicida? Imposible, pero...

¿Cómo si no había sabido llegar hasta aquí?

Sacudí la cabeza; no había forma humana de elegir este contenedor de entre todos los que había en Miami a menos que supiera de antemano dónde estaba. Y así había sido. La única explicación posible es que hubiera estado antes aquí. Si no esta noche con Deb, entonces ¿cuándo y con quién?

—Estaba casi seguro de que este era el sitio correcto —dijo una voz, una voz tan parecida a la mía que por un momento creí haber pronunciado esas palabras y me pregunté qué habría querido decir con ellas.

Se me erizó el vello de la nuca y di otro medio paso hacia Deborah... y él salió de las sombras. La suave luz de las lámparas le alumbró y nuestras miradas se cruzaron; por un instante la habitación empezó a rodar y no supe dónde estaba. Mi visión oscilaba entre yo en la puerta y él en la pequeña mesa de trabajo improvisada, y me veía viéndole, para luego ver cómo él me veía. Tras un flash cegador me vi en el suelo, sentado inmóvil, y no supe qué significaba esa imagen. Era muy inquietante... y después era yo otra vez, aunque empezaba a dudar de lo que eso significaba.

—Casi seguro —dijo de nuevo, con una voz alegre y suave, parecida a la del niño perturbado del señor Rogers—. Pero si estás aquí, es que no me he equivocado. ¿No crees?

No me gusta reconocerlo, pero la verdad es que me quedé mirándole con la boca abierta. Estoy seguro de que casi babeaba. Me limité a mirarle. Era él. No cabía duda. Era el hombre que habíamos visto en las imágenes captadas por la webcam, el hombre que tanto Deb como yo habíamos confundido conmigo.

De cerca podía ver que en realidad no era yo; para nada, y sentí una oleada de gratitud al comprobarlo. Hurra, yo era otro. Todavía no estaba completamente loco. Era gravemente antisocial, sin duda, y esporádicamente homicida, correcto. Pero no estaba loco. Ese otro ser existía, y no era yo. Tres hurras por el cerebro de Dexter.

Pero se me parecía mucho. Quizás unos tres o cuatro centímetros más alto, y más ancho de hombros y pecho, como si hubiera estado haciendo pesas recientemente. Eso, combinado con la palidez de su cara, me hizo pensar que tal vez hubiera estado en la cárcel en fecha no muy lejana. Tras la palidez, sin embargo, su cara era muy parecida a la mía: la misma nariz, las mismas mejillas; la misma mirada en los ojos, indicando que las luces quizás estuvieran encendidas, pero que no había nadie dentro. Incluso el pelo tenía algo en común con el mío. No podía decirse que fuéramos idénticos, pero sí muy parecidos.

—Sí —dijo él—. La primera vez resulta toda una impresión, ¿verdad?

—Un poco —dije—. ¿Quién eres? ¿Y por qué está todo tan...? —Dejé la frase en el aire, porque no sabía cómo seguir.

Hizo una mueca, una mueca de decepción muy propia de Dexter.

—Vaya. Estaba seguro de que lo habías adivinado.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera sé cómo llegué hasta aquí.

Sonrió con dulzura.

—¿El otro conducía esta noche? —Mientras sentía cómo un escalofrío me recorría la nuca, él emitió una risita, un sonido mecánico que no merecería mención de no ser porque la voz de lagarto que salía del fondo de mi cerebro la repitió, idéntica, nota por nota—. Y eso que hoy no hay luna llena...

—Bueno, tampoco hay luna vacía —dije. No puede definirse como una réplica ingeniosa, pero al menos era un intento, y en esas circunstancias ya era algo. Me di cuenta de que me invadía una sensación de ebriedad al ser consciente de que por fin tenía ante mí a alguien que lo *sabía*. No hacía comentarios a lo tonto que por casualidad daban en el blanco. Mi blanco era también el suyo. Lo sabía. Por primera vez podía mirar al espacio que separaba mis ojos de los de otra persona y decir sin preocupación alguna: *Es como yo*.

Fuera lo que fuera yo, él lo era también.

—En serio —dije—. ¿Quién eres?

Su cara compuso una sonrisa propia de Dexter-el-Gato-de-Cheshire, pero como se parecía tanto a la mía, percibí que no había en ella felicidad real.

—¿Qué recuerdas de antes? —dijo él. Y el eco de esa pregunta rebotó en las paredes del contenedor y casi me hizo estallar el cerebro.

—¿Qué recuerdas de antes? —me había preguntado Harry.

Nada, papá.

Excepto...

El cerebro se me llenó de imágenes. ¿Visiones mentales? ¿Sueños? ¿Recuerdos? En cualquier caso, se trataba de imágenes muy claras. Y sucedían aquí... ¿en esta habitación? No, imposible. Este contenedor no podía llevar mucho tiempo aquí, y yo no lo había pisado antes. Pero la estrechez del espacio, la corriente fría que salía de la bomba de aire, la luz débil... todo formaba una sinfonía que me daba la bienvenida a casa. No había sido en este mismo lugar, claro, pero las imágenes eran tan claras, tan parecidas, tan completamente ajustadas, excepto por...

Parpadeé; una imagen flotaba sobre mis ojos. Los cerré.

Y vi el interior de un contenedor distinto, en el que no había cartones. Había... cosas encima de ella... De... ¿mamá? Le veía la cara y ella se escondía, mirando entre las cosas, mostrando solo su cara, una cara inmóvil, imperturbable. Y al principio tenía ganas de reírme por lo bien que se había escondido mamá. No podía verle el cuerpo, solo la cara. Debía de haber hecho un agujero en el suelo, y miraba desde allí, pero... ¿por qué no me contestaba ahora que ya la había visto? ¿Por qué ni siquiera parpadeaba? No contestó ni cuando la llamé a gritos; no se movió, no hizo nada. Solo mirarme. Y, sin mamá, estaba solo.

Pero no... no del todo. Giré la cabeza, y el recuerdo giró conmigo. No estaba solo. Alguien estaba allí. Al principio era muy confuso porque era yo, pero a la vez otro que se parecía a mí. Los dos nos parecíamos a mí...

¿Qué hacíamos en esa caja? ¿Por qué no se movía mamá? Tenía que ayudarnos. Estábamos sentados en un denso charco de, de... Mamá, muévete, sácanos de aquí, de toda esta...

—¿Sangre...? —susurré.

—Te acuerdas —dijo él a mi espalda—. Me alegro tanto.

Abrí los ojos. Los golpes de mi cabeza seguían. Casi podía ver aquella otra habitación superpuesta sobre esta. Y en esa otra habitación el pequeño Dexter se sentaba *allí*. Podía poner los pies en ese lugar. Y el otro yo se sentaba a mi lado, pero no era yo, claro; era alguien distinto, alguien que yo conocía tan bien como a mí mismo, alguien llamado...

—¿Biney...? —dije vacilante. El sonido era el mismo, pero el nombre no acababa de sonar bien.

Asintió con un alegre movimiento de cabeza.

—Así me llamabas. En esa época te costaba decir Brian. Decías Biney. —Me acarició la mano—. No pasa nada. Es agradable tener un apodo. —Hizo una pausa, sonriendo, pero con los ojos puestos en mi cara—. Hermanito.

Me senté. Él tomó asiento a mi lado.

—¿Qué...? —Fue todo lo que pude decir.

—Hermanos —repitió él—. La gente nos tomaba por gemelos. Naciste solo un año después que yo. Nuestra madre no era muy precavida. —Por su rostro se extendió una sonrisa, amplia y feliz—. En más de un sentido.

Intenté tragar. No pude. Él, Brian, mi hermano, prosiguió.

—En parte solo son deducciones —dijo él—. Pero tuve un poco de tiempo libre, y cuando me animaron a que aprendiera a hacer algo útil, lo aproveché. Me volví muy bueno buscando cosas en el ordenador. Encontré los antiguos archivos policiales. Nuestra querida mamá salía con un grupo de gente muy traviesa. Andaban en negocios de importación, como yo. Claro que el producto que importaban era un poco más sensible. —Alcanzó una de las cajas de cartón y de ella sacó un puñado de gorras con una pantera enfurecida grabada en ellas—. Mis productos vienen de Taiwán. Los suyos, de Colombia. Mi conclusión es que mamá y sus amigos intentaron iniciar algún proyecto por su cuenta con algún material que no era estrictamente propiedad suya; sus socios no acabaron de encajar bien su espíritu de independencia y decidieron desanimarla.

Devolvió con cuidado las gorras a la caja y sentí que me miraba, pero no podía volver la cabeza. Un momento después, desvió la cabeza.

—Nos encontraron aquí —dijo él—. Justo aquí. —Bajó la mano al suelo y tocó el lugar exacto donde aquel pequeño no-yo había estado sentado hace tanto tiempo—. Dos días y medio después. Adheridos al suelo sobre un dedo de sangre seca. —Su voz era ronca, horrible; pronunció aquella palabra, *sangre*, exactamente igual que lo habría hecho yo, con un odio profundo y despectivo—. Según los informes de la policía, había también varios hombres. Probablemente tres o cuatro. Nuestro padre podía haber sido cualquiera de ellos. La sierra mecánica dificultó mucho la identificación, claro. Pero están bastante seguros de que solo había una mujer. Tú tenías tres años; yo, cuatro.

—Pero... —dije. No me salió nada más.

—Cierto —prosiguió Brian—. Y me costó mucho encontrarte. En este estado se toman muy en serio la confidencialidad de las adopciones. Pero te encontré, hermanito, ¿verdad que sí? —Volvió a acariciarme la mano, un extraño gesto que me resultaba desconocido. Claro que también era la primera vez que veía a un hermano de sangre. Quizás era un gesto que debía practicar con mi hermano, o con Deborah... Y, de repente, con un súbito ataque de remordimiento, me di cuenta de que me había olvidado por completo de Deborah.

Miré hacia ella: a unos dos metros, pulcramente sujeta.

—Está bien —dijo mi hermano—. No quería empezar sin ti.

La primera pregunta coherente que hice puede sonarles muy rara, pero la hice:

—¿Cómo sabías que querría? —Lo que tal vez sonó como si de verdad

quisiera... y desde luego, no quería explorar a Deborah. Seguro que no. Y, sin embargo... aquí estaba mi hermano mayor, con ganas de jugar, una oportunidad genuinamente única. Más que por el hecho del parentesco, por el hecho de que era igual que yo—. No podías saberlo —dije, dando a la frase mayor incertidumbre de la que habría creído posible.

—No lo sabía. Pero pensé que era bastante probable. A los dos nos sucedió lo mismo. —Sonrió con más ganas y levantó el dedo índice—. Un Acontecimiento Traumático. ¿Conoces el término? ¿Has leído algo sobre monstruos como nosotros?

—Sí —dije—. Y Harry, mi padre adoptivo... Pero nunca me contó qué había sucedido exactamente.

Brian agitó una mano en el aire.

—Esto sucedió, hermanito. La sierra mecánica, las partes del cuerpo volando, la... *sangre*. —Lo dijo con el mismo énfasis temeroso—. Dos días y medio entre todo esto. Un milagro que sobrevivieramos, ¿no? Casi suficiente para hacerte creer en Dios. —Sus ojos centellearon y, por alguna razón, Deborah se movió emitiendo un sonido ahogado. Él la ignoró—. Creyeron que eras lo bastante pequeño como para recuperarte. Yo estaba justo por encima del límite de edad. Pero ambos sufrimos un Acontecimiento Traumático clásico. Todos los autores están de acuerdo. Eso me hizo lo que soy... y pensé que quizá había hecho lo mismo contigo.

—Lo hizo —dije—, exactamente lo mismo.

—¿No te resulta entrañable? Cosa de familia.

Le miré. Mi hermano. Esa palabra extraña. Estoy seguro de que no habría podido decirla en voz alta sin tartamudear. Era tan difícil de creer... pero a la vez era absurdo negarlo. Se parecía a mí. Nos gustaban las mismas cosas. Incluso compartíamos el mismo estilo de chistes.

Sacudí la cabeza.

—Lo sé —dijo él—. Cuesta un minuto hacerse a la idea de que somos dos, ¿verdad?

—Quizás un poco más —dije—. No sé si...

—Vaya, hermanito, ¿ahora tienes miedo? ¿Después de lo que pasó? Dos días y medio aquí sentados. Dos niños, sentados durante casi tres días sobre un mar de *sangre*. —Sus palabras me hicieron sentir vértigo, mareo, me aceleraron el corazón y restallaron en mi cabeza.

—No —balbuceé, sintiendo su mano apoyada en mi hombro.

—No importa —dijo él—. Lo que importa es lo que suceda ahora.

—Lo que... suceda —dije.

—Sí. Lo que suceda. Ahora. —Emitió un sonido breve, seco y sofocado que pretendía pasar por risa. Supuse que no había aprendido a fingir tan bien como yo—. Supongo que debería decir algo como: « ¡Llevo toda la vida esperando este

día!» . —Repitió el mismo graznido—. Claro que ninguno de los dos habría podido vivir sintiendo las cosas de verdad. La realidad es que no sentimos nada, ¿verdad que no? Nos hemos pasado la vida representando un papel. Moviéndonos en este mundo declamando frases y fingiendo que somos como el resto de seres humanos, pero no lo somos. Y siempre, siempre, siempre buscando el modo de *sentir* algo... Buscando, hermanito, un momento como este. ¡Sentimiento real, genuino, auténtico! Quita el aliento, ¿no crees?

Lo creí. La cabeza me daba vueltas y no me atrevía a cerrar los ojos por miedo a lo que me esperaba si lo hacía. Y, aún peor, mi hermano estaba a mi lado, observándome, pidiéndome que fuera yo mismo, que fuera como él. Y, para ser yo mismo, para ser su hermano, para ser quien era de verdad, tenía que... teníamos que... Mis ojos se volvieron, solos, hacia Deborah.

—Sí —dijo él, y en su voz oí ahora toda la furia fría y feliz del Oscuro Pasajero—. Sabía que lo adivinarías. Esta vez lo haremos juntos.

Negué con la cabeza, pero sin demasiada convicción.

—No puedo —dije.

—Tienes que poder —dijo él, y ambos teníamos razón. Aquel contacto en el hombro, suave como una pluma, batiéndose contra el tirón de Harry que mi hermano nunca podría entender, y sin embargo podía competir en fuerza con esa mano que ahora me levantaba y me empujaba hacia delante; un paso, dos... Los ojos abiertos de Deborah se posaron en los míos, pero con aquella otra presencia a mi espalda no podía jurarle que no fuera a...

—Juntos —insistió—. Una vez más. Fuera con las viejas costumbres. Empecemos de nuevo... juntos. —Di un paso más. Los ojos de Deborah me gritaban, pero...

Ahora estaba a mi lado, junto a mí, y algo brillaba en su mano. Dos objetos.

—Uno para todos, ambos para uno... ¿Has leído *Los tres mosqueteros*? —Lanzó un cuchillo al aire, recogiénolo con la mano izquierda y entregándomelo. La débil luz arrancaba suaves destellos de las hojas que solo podían compararse con el brillo de los ojos de Brian—. Vamos, Dexter. Hermanito. Coge el cuchillo. —Los dientes relucían como el acero—. Empieza el espectáculo.

Deborah emitió un sonido rasgado pese a la cinta que la sujetaba. La miré. En sus ojos había una frenética impaciencia. Y una ira creciente. ¡Venga, Dexter! ¿De verdad planeaba hacerle esto? Libérala y llévala a casa. ¿De acuerdo, Dexter? ¿Dexter? ¿Dexter? ¿Estás ahí, no?

No lo sabía.

—Dexter —dijo Brian—, no pretendo influir en lo que decidas. Pero desde que me enteré de que tenía un hermano como yo, no he podido pensar en otra cosa. Y tú sientes lo mismo, lo leo en tu rostro.

—Sí —dije, sin apartar los ojos de la ansiosa cara de Deb—, ¿pero tiene que ser ella?

—¿Por qué no? ¿Qué significa para ti?

Buena pregunta. Tenía los ojos fijos en Deborah. No era mi hermana de verdad, no lo era, no nos unía parentesco alguno. Le tenía cariño, claro, pero...

¿Pero qué? ¿Por qué vacilaba? Lo que proponía Brian era imposible. Sabía que era impensable, incluso mientras lo pensaba. No solo porque fuera Deb, aunque era una razón de peso, sino por un extraño pensamiento que se había metido en mi pobre y desmayada mente y del que no podía librarme: *¿Qué diría Harry?*

De manera que me quedé allí, inseguro, porque sin importarme lo mucho que me apetecía empezar, sabía lo que diría Harry. Siempre lo había dicho. Era una de las verdades inmutables de Harry: *Cárgate a los malos, Dexter. Despedázalos. No despedaces a tu hermana.* Pero Harry no había previsto que sucediera algo así: ¿cómo podía hacerlo? Cuando Harry escribió su Código, nunca imaginó que me enfrentaría a una decisión así: aliarme con Deborah, que no era mi hermana, o unirme a mi auténtico y cien por cien idéntico hermano de verdad en una partida que me moría por jugar. Harry no podía haber concebido algo así cuando me marcó el camino, Harry no sabía que tuviera un hermano que...

Pero espera un momento. No cuelgues, por favor. Harry lo sabía. Harry había estado aquí cuando sucedió, ¿verdad? Y lo había mantenido en secreto, nunca me dijo que tenía un hermano. Todos estos años de vacío y soledad en los que me creí el único yo, él sabía que no era así: lo sabía y no me lo había dicho. Era el dato aislado más importante sobre mi vida —no estaba solo—, y él me lo había ocultado. ¿Qué le debía ahora a Harry después de una traición de este calibre?

Y, volviendo al tema que nos ocupaba, ¿qué le debía a ese pedazo tembloroso de carne humana que gemía justo bajo mis ojos, a esta criatura disfrazada de hermana? ¿Qué podía deberle si lo comparábamos con el lazo que me unía a Brian, carne de mi carne, una réplica viva de mi precioso e idéntico ADN?

Una gota de sudor rodó por la frente de Deborah y le entró en el ojo. Parpadeó frenética, haciendo unas muecas horribles, en un esfuerzo por seguir viéndome y eliminar el sudor del ojo al mismo tiempo. Tenía un aspecto realmente patético, indefensa y atada como un animalillo; un animal humano. No como yo, no como mi hermano; no como el Bailarín de la Luna, el inteligente, pulcro, limpio, insensible como el filo de una navaja y burlón Dexter y su propio hermano.

—¿Y bien? —dijo él, y en su tono leí una nota de impaciencia, de crítica, un inicio de decepción.

Cerré los ojos. La estancia se cerró en torno de mí, se hizo más oscura, y no pude moverme. Mamá me miraba sin parpadear. Abrí los ojos. Mi hermano estaba tan cerca que notaba su aliento en mi cuello. Mi hermana me miró, los ojos tan abiertos como los de mamá. Y su mirada me acarició, como me había

acariciado mamá. Cerré los ojos; mamá. Los abrí; Deborah.

Cogí el cuchillo.

Hasta mis oídos llegó un leve ruido y una ráfaga de aire caliente entró por la puerta. Di media vuelta.

LaGuerta estaba en el umbral con una desagradable pistola automática en la mano.

—Sabía que lo intentarías —dijo ella—. Debería dispararos a los dos. Quizás a los tres —dijo, mirando a Deborah. Entonces vio el cuchillo que yo tenía en la mano y exclamó—. ¡Ja! Ojalá el sargento Doakes pudiera verlo. No se equivocaba contigo. —Y al decirlo me apuntó con el arma durante solo un segundo.

Pero fue suficiente. Brian se movió con rapidez, más de la que yo habría creído posible. Sin embargo, LaGuerta consiguió disparar y Brian se tambaleó un poco mientras hundía el cuchillo en el pecho de LaGuerta. Permanecieron así durante un momento, y después ambos cayeron al suelo, inmóviles.

Un pequeño charco empezó a extenderse por el suelo, mezcla de la sangre de ambos: Brian y LaGuerta. No era un charco profundo, ni llegó lejos, pero me aparté de aquella horrible visión llevado por algo muy parecido al pánico. Fui retrocediendo hasta chocar con algo que emitía sonidos sofocados con un pánico igual al mío.

Deborah. Le arranqué la cinta de la boca.

—¡Por Dios, qué daño! —dijo ella—. Dex, quitame esta mierda de encima y deja de portarte como un puto chiflado.

Miré a Deborah. La cinta le había dejado un rastro de sangre en torno a los labios, una sangre roja y horrible que me hizo volar en el tiempo hacia la estancia de ayer, hacia mamá... Y Deb estaba allí, como mamá. Exactamente igual que la última vez, el aire frío me daba escalofríos y las sombras oscuras hablaban en torno a nosotros. Exactamente igual que cuando ella estaba atada allí, la misma cinta, mirándome como...

—Maldita sea. Venga, Dex. Libérame.

Pero en esta ocasión tenía un cuchillo, y ella seguía indefensa. Ahora podía cambiarlo todo. Ahora podía...

—¿Dexter? —dijo mamá.

Quiero decir Deborah. Claro que me refería a ella. No mamá, que nos había dejado en este lugar donde todo empezó y donde ahora podía terminar: esa ardiente necesidad galopando en su oscuro caballo bajo la luz de la luna, esas mis voces íntimas susurrando: *Hazlo, hazlo ahora, hazlo y todo puede cambiar, ser como debía haber sido, volver al...*

—¿Mamá? —dijo alguien.

—Vamos, Dexter —dijo mamá. Quiero decir, Deborah. Pero el cuchillo se movía—. Dexter, por el amor de Dios, corta esta mierda. ¡Soy yo! ¡Debbie!

Sacudí la cabeza, y era Deborah, por supuesto, pero no podía parar el cuchillo.

—Lo sé, Deb. Y lo siento mucho, de verdad.

El cuchillo siguió subiendo. Solo podía mirarlo, sin poder hacer nada por detenerlo. Un ligero toque de la tela de araña de Harry seguía rozándome, pidiendo que le hiciera caso y recobrara la cordura, pero era tan pequeño y débil, y la necesidad tan grande, tan fuerte, más poderosa de lo que había sido jamás, porque esto era todo: el principio y el fin, elevándome fuera de mí y enviándome por aquel túnel que había entre el chico de la sangre y la última oportunidad de hacer las cosas bien. Esto lo cambiaría todo, castigaría a mamá, le enseñaría lo que había hecho. Porque mamá debería habernos salvado. Esta vez tenía que ser distinto. Incluso Deb tenía que verlo.

—Baja el cuchillo, Dexter. —Ahora su voz era más tranquila, pero las otras eran tan potentes que apenas la oía. Intenté bajar el cuchillo, de verdad, pero solo conseguí hacerlo descender un par de centímetros.

—Lo siento, Deb. No puedo —dije, luchando para pronunciar esas palabras contra el creciente bramido de esa tormenta que llevaba veinticinco años gestándose. Y ahora, con mi hermano y yo, juntos como truenos en una oscura noche de luna...

—¡Dexter! —gritó la malvada mamá, la que quería dejarnos solos entre tanta sangre horrible, y la voz de mi hermano susurró con la mía—: ¡Put! —Y el cuchillo volvió a ascender...

Oí un ruido procedente del suelo. ¿LaGuerta? No sabría decirlo, pero no importaba. Tenía que terminar, tenía que hacerlo, esto debía suceder así...

—¡Dexter! —dijo Debbie—. Soy tu hermana. No quieres hacerme esto. ¿Qué diría papá? —Eso me dolió, lo admito—. Baja el cuchillo, Dexter.

Un nuevo sonido a mi espalda, y un leve gemido. El cuchillo volvió a subir.

—¡Dexter, cuidado! —dijo Debbie, y me giré.

La inspectora LaGuerta estaba apoyada sobre una rodilla, jadeando, luchando para levantar un arma que le resultaba de repente increíblemente pesada. El cañón fue subiendo, despacio, despacio, apuntándome primero al pie, luego a la rodilla...

¿Pero acaso importaba? Esto iba a suceder ahora, pasara lo que pasara, y aunque hubiera visto cómo el dedo de LaGuerta apretaba el gatillo, el cuchillo que tenía en la mano no se habría detenido.

—¡Va a dispararte, Dex! —gritó Deb, histérica. Y la pistola me apuntaba al ombligo. En el semblante de LaGuerta se leía una tremenda concentración, fruto del esfuerzo y de su auténtica intención de disparar. Me había girado hacia ella, pero el cuchillo seguía recorriendo su camino hacia...

—¡Dexter! —gritó mamá/Debbie desde la mesa, pero el Oscuro Pasajero gritaba más, y actuaba, cogiéndome la mano y dirigiendo el cuchillo hacia...

—¡Dex!

Eres un buen chico, Dex, susurró Harry con aquella voz fantasmal, ligera como una pluma pero lo bastante penetrante para que el cuchillo detuviera el descenso.

—No puedo evitarlo —susurré, llevado por el temblor de la hoja de acero.

Elige qué... o a QUIÉN... matar, dijo desde detrás de aquel azul duro e infinito de sus ojos, mirándome con los mismos ojos que Deborah, mirándome con fuerza suficiente como para que el cuchillo se desviara un centímetro. *Hay mucha gente que merece morir*, dijo Harry, con aquella voz suave que contrastaba con la cólera creciente que me gritaba por dentro.

El extremo del cuchillo tembló y se quedó quieto. El Oscuro Pasajero no podía bajarlo. Harry no podía apartarlo. Y así nos quedamos.

A mis espaldas oí un ruido sordo, un golpe atronador, y después un gemido tan lleno de vacío que me recorrió los hombros como un pañuelo de seda sobre el cuerpo de una araña. Me volví.

LaGuerta había caído, el brazo que antes sostenía la pistola clavado al suelo por el cuchillo de Brian, el labio inferior atrapado entre los dientes y los ojos abiertos de terror. Brian se agachó a su lado, observando cómo el miedo le invadía el semblante. Le costaba respirar, pero sonreía.

—¿Limpiamos un poco, hermano? —dijo él.

—No... No puedo.

Mi hermano se puso en pie y se quedó plantado ante mí, oscilando lentamente de un lado a otro.

—¿No puedes? —dijo—. Creo que no conozco esta palabra.

Me quitó el cuchillo de la mano, sin que yo pudiera detenerle, ni ayudarle.

Tenía los ojos puestos en Deborah, pero su voz me azotaba y hacía que los dedos fantasmas de Harry desaparecieran de mi espalda.

—Debe hacerse, hermano. Es una obligación. —Jadeó y se dobló por un momento, incorporándose lentamente y levantando al mismo tiempo el cuchillo—. ¿Tengo que recordarte lo importante que es la familia?

—No —dije, con ambas familias, vivos y muertos, agrupándose en torno a mí clamando lo que debía y no debía hacer. Y con un último susurro del Harry de ojos azules de mi memoria, mi cabeza empezó a temblar y volví a decirlo—: No —y esta vez lo decía en serio—. No puedo. Deborah no.

Mi hermano me miró.

—Muy mal —dijo—. Estoy tan decepcionado.

Y el cuchillo descendió.

Epílogo

Sé que es casi una debilidad humana, y tal vez no obedezca más que a simple sentimentalismo, pero siempre me han encantado los entierros. Por un lado son tan limpios, tan pulcros, tan completamente dados al ceremonial. Y este era uno de los buenos. Había filas enteras de policías, hombres y mujeres, de uniforme, con aspecto solemne, pulcro y, bueno, en definitiva... ceremonial. Estaba el saludo ritual con las pistolas, el esmerado acto de doblar la bandera por los bordes: un espectáculo adecuado y maravilloso en honor de la fallecida. Al fin y al cabo, había sido una de los nuestros, una mujer que había servido con nosotros, los elegidos. ¿O eso es de los marines? No importa, había sido una policía de Miami, y sus compañeros sabían cómo organizar un funeral digno de uno de los suyos. Era algo en lo que tenían mucha práctica.

—Oh, Deborah —suspiré, quedamente. Sabía que no podía oírme, por supuesto, pero en aquel momento pensé que debía hacerlo y me gusta estar a la altura.

Casi deseé ser capaz de derramar un par de lágrimas para poder enjugármelas. Ella y yo habíamos estado muy unidos. Y había sufrido una muerte dolorosa y desagradable, impropia de un miembro de la policía: acuchillada hasta la muerte a manos de un maniaco homicida. El rescate había llegado demasiado tarde; todo había terminado mucho antes de que pudieran socorrerla. Y, sin embargo, su valor ejemplar y desinteresado había ayudado a demostrar cómo vive y muere un policía. Cito palabras textuales, por supuesto, pero esa era la idea. No estaba mal, la verdad; era bastante conmovedor para aquellos que tienen la capacidad de conmoverse. Yo no, claro, pero sé reconocerla cuando la oigo, y esta sonaba a auténtica. Y, abrumado por el valiente silencio de los agentes con sus uniformes azules y el llanto de los civiles, no pude evitarlo. Suspiré.

—Oh, Deborah. —El suspiro fue algo más fuerte esta vez, casi con sentimiento—. Querida, querida Deborah.

—¿Quieres callarte, capullo? —susurró ella, dándome un codazo. Estaba fantástica con el traje nuevo: por fin sargento, lo menos que podían hacer por ella después del duro trabajo realizado identificando y, casi, atrapando al Carnicero de Tamiami. Con todo el cuerpo de policía en su busca, no cabía duda de que capturarían a mi pobre hermano más tarde o más temprano. Si él no los encontraba antes, claro. Ya que me habían recordado con tanta vehemencia lo importante que es la familia, yo deseaba que siguiera en libertad. Y Deborah cedería, ahora que había conseguido el ascenso. Quería perdonarme, y ya estaba más que medio convencida de la Sabiduría de Harry. También éramos familia, como se había demostrado al final, ¿no? Tampoco era tan duro aceptarme como

era, ¿no creen? Las cosas son como son. En realidad, como han sido siempre.

Volví a suspirar.

—¡Para ya! —siseó ella, haciendo un gesto a la larga fila de polis de Miami. Seguí su indicación: el sargento Doakes no dejaba de mirarme. No me había quitado los ojos de encima ni un segundo, ni siquiera cuando echaba el puñado de tierra sobre el ataúd de la inspectora LaGuerta. Estaba convencido de que las cosas no habían sucedido como parecía. Yo tenía ahora la certeza absoluta de que vendría a por mí, siguiéndome el rastro como el sabueso que era, ladrando y olisqueando mis huellas hasta cazarme, hasta obligarme a pagar por lo que había hecho y por lo que, naturalmente, haría otra vez.

Apreté la mano de mi hermana y con la otra palpé el borde frío de la placa de cristal que llevaba en el bolsillo, una gotita de sangre seca que no acompañaría a su dueña a la tumba, sino que viviría eternamente en mi estante. Me reconfortaba, y me hacía olvidar al sargento Doakes y a sus intenciones. ¿Cómo iba a importarme? No podía controlar ser quien era o hacer lo que hacía más que cualquier otra persona. Vendría por mí. Claro, ¿qué otra cosa podía hacer?

¿Qué puede hacer cualquiera de nosotros? Indefensos como estamos, a merced de nuestras voces internas, ¿qué podemos hacer en realidad?

Deseé con fuerza poder derramar una lágrima. Era todo tan hermoso. Tan hermoso como la próxima luna llena, la noche en que iría a ver al sargento Doakes. Y las cosas seguirían siendo como siempre habían sido bajo aquella luna encantadora y brillante.

Aquella luna maravillosa, gorda, roja y melódica.



JEFF LINDSAY, nacido en 1952 en Miami, escribió varias novelas y dramas teatrales antes de triunfar con la saga de Dexter Morgan. Su primera novela, *El oscuro pasajero*, consiguió un gran éxito y fue saludada como un soplo de aire fresco en el panorama del thriller, con una afortunada mezcla de suspense, ironía, humor negro y trama criminal. Vive en Cape Coral, Florida con su esposa Hilary, sobrina de Ernest Hemingway.